

A romantic scene between a man and a woman in period clothing. The woman, seen from the back, wears a vibrant purple off-the-shoulder gown with a large bow at the waist and a pearl necklace. She is embracing a shirtless man who wears a white off-the-shoulder top. They are set against a background of a teal sky and white cherry blossoms. The title 'CORTEJANDO A UNA DAMA PELIGROSA' is written in a large, ornate, gold-colored serif font across the lower half of the image.

CORTEJANDO
A UNA DAMA
PELIGROSA

JULIE GRAYSON

*Cortejando
A una Dama
Peligrosa*

JULIE GRAYSON



Copyright 2024 de Julie Grayson

- Todos los derechos reservados –

Romance Histórico

Libros de Afrodita



Ella era la mujer más peligrosa que jamás había conocido. No solo porque estando con ella ponía en peligro su vida, sino porque a su lado, estaba seguro de que no volvería a ser el mismo.

La sencilla y algo tímida señorita Pembroke es la mujer más temida de toda la alta sociedad. La causa a esta paradoja no es su triste mirada o su manía de retorcer el pañuelo en sus manos, sino que **dos de sus prometidos acabaron muertos.** Pero su mala suerte no acaba ahí, pues **dos caballeros que se atrevieron a cortejarla también acabaron sufriendo accidentes mortales.**

Sólo **Lord Crowley está decidido a descubrir quién está detrás de estos supuestos accidentes.** Sus motivos para ayudar a Arabelle son, por supuesto, el puro altruismo... o eso es lo que él mismo quiere creer...

◆◆ *Descubre junto a Lord Crowley quién está detrás de estas muertes tan desafortunadas, y experimenta un amor que va creciendo conforme el misterio se agrava.*

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Epílogo](#)

[Notas](#)

Capítulo 1

Mayo de 1809

Hay algunos momentos en la vida tan perfectos que a uno le gustaría aferrarse a ellos para siempre. Éste era sin duda uno de esos momentos, decidió Ashton Hareland, lord Crowley.

Dentro de la fresca penumbra de su propio establo, le rodeaba el familiar olor del heno y los caballos; los ocasionales murmullos de mozos de cuadra ocupándose de sus asuntos no hacían nada por perturbar la apacible serenidad de la mañana.

Pero aún más crucial para su sentimiento de total satisfacción y completo contento era su reconocimiento del hecho de que estaba exactamente donde quería estar, haciendo exactamente lo que quería hacer.

Creo que nunca llegaré a estar tan hastiado como para que semejante espectáculo no me emocione —comentó, manteniendo la voz baja para no asustar a la yegua del establo que tenía delante. Estaba dando codazos a su potro recién nacido, instándole a ponerse en pie. La pequeña potrilla, bellamente formada, se tambaleaba y trastabillaba, pero pronto consiguió coordinar sus desgarrados miembros lo suficientemente bien como para encontrar su desayuno.

—En general, hemos tenido una suerte increíble —respondió Robert Hampton—. Aquí Dolly es la última, lo que significa que no hemos perdido ni una sola yegua o potro esta primavera.

Ashton miró a su primo, que no parecía muy contento con su buena fortuna.

—¿Por qué esa cara larga? Pareces tan malhumorado como un hombre que acaba de ver llegar último a su caballo en Newmarket.

—Según mi experiencia, la suerte tiene una forma de equilibrarse. Después de tantos meses con las cosas yendo exactamente como deseábamos, no puedo evitar sentir que el desastre acecha a la vuelta de la esquina.

Ashton rio entre dientes.

—Olvídate de esas tonterías supersticiosas y sube a la casa. Ver a esa potrilla engullir su primera comida me ha hecho darme cuenta de que nos hemos perdido el desayuno.

—Iré enseguida, después de hablar con Barkins sobre el corvejón dolorido de Daisy.

Se oyó un ruido de cascos en el exterior y Ashton salió a la brillante luz del sol a tiempo para dar la bienvenida a Jack y Justin, los gemelos de trece años de la finca vecina. Como de costumbre, su primita Jodie cabalgaba en el regazo de Justin.

—¿Ha tenido ya Dolly su potro? —preguntó Jack, bajando de su caballo.

—No hace más de diez minutos —respondió Ashton—. Una potra, y tan bonita como un cuadro. ¿No ha venido Maggie contigo?

Con la suprema confianza de que él la atraparía, Jodie se arrojó a los brazos levantados de Jack. Después de dos años observando la total falta de miedo de la niña, Ashton debería haberse acostumbrado a esas imágenes que ponían los pelos de punta, pero aun así el corazón le dio un vuelco.

—Patrick la está trayendo en el faetón —explicó Justin, desmontando de un modo más normal—. Está aumentando de nuevo. Es una molestia. Ahora no se le permitirá divertirse en todo el verano.

—No sé por qué no pudo simplemente haber tenido gemelos la primera vez —se quejó Jack—. Ella suele hacer las cosas con más eficacia que esto.

Sonriendo ampliamente, Ashton extendió los brazos y, con un gorgoteo de risa, Jodie se acercó a él, abrazándolo y 'hablando' a mil por hora. Era bastante parlanchina y siempre hablaba con gran seriedad, pero hasta el momento nadie podía entender ni una sola palabra de lo que decía, lo que por suerte no parecía molestarla lo más mínimo.

Los gemelos desaparecieron en los establos, y allí de pie con Jodie en brazos, Ashton sintió un intenso anhelo, un profundo pesar por no estar casado y tener un hijo propio. Pero fue sólo una tristeza momentánea, que disipó fácilmente con sólo recordar a su antigua prometida. Si no le hubiera dejado plantado, él no estaría aquí disfrutando de las bellezas de la primavera en Devon; estaría en Londres sufriendo el frenesí de la temporada.

Además, cualquier hijo que hubieran podido tener habría sido criado sin duda por los criados. Muy pocos padres seguían prácticas tan revolucionarias como las de Patrick y Maggie, de cuidar ellos mismos de sus hijos. La mayoría de los hombres prestaban más atención al entrenamiento de sus caballos que a la educación de sus hijos, y la mayoría de las mujeres pasaban más tiempo con sus peluqueras que con sus propios bebés.

Ojalá, pensó Ashton, viendo acercarse el faetón, pudiera conocer a una mujer como Maggie: una mujer intrépida, capaz, segura de sí misma, inteligente y conocedora de todos y cada uno de los temas. No había nada que Maggie no pudiera hacer a la perfección; y en una competición de cualquier tipo, ya fuera física o mental, haría falta un hombre extraordinario para vencerla. Y sin embargo, tales rasgos masculinos no restaban ni un ápice de su feminidad.

Patrick y los gemelos la adoraban y se regodeaban abiertamente en su calidez y aprobación. En realidad, toda la casa de la mansión Wylington giraba en torno a ella, como si fuera el sol y ellos planetas orbitando en su esfera.

Elisa también había querido -más bien exigido- ser el centro de atención, pero no había sido lo mismo. Pensando en ello, Ashton se dio cuenta de que ella siempre le había quitado; nunca le había devuelto nada. Si se hubiera casado con ella, con el tiempo le habría absorbido hasta dejarlo seco, hasta que sólo fuera una cáscara vacía... más bien como su padre.

No, puesto que no había ninguna otra mujer que pudiera igualar a Maggie, era mejor que se quedara soltero, decidió Ashton, no por primera vez. Su hermano, Adam, sin duda se casaría a su debido tiempo y aseguraría la sucesión, y si no, había cualquier número de primos que estarían más que encantados de mudarse a Crowley Hall.

—¿Por qué estás tan pensativo esta mañana? —preguntó Patrick, lord Granston, ayudando

a su esposa a bajar del faetón— ¿Mi hija te ha estado hablando hasta por los codos?

Al salir al encuentro de sus invitados, Ashton respondió sólo medio en broma:

—Tu hija es un encanto, como siempre. Si parezco pensativo, es simplemente porque he estado considerando la mejor manera de efectuar tu fallecimiento, Granston, para poder casarme con tu viuda. Buenos días, Maggie, tienes un aspecto notablemente saludable.

—Así he intentado convencer a mi marido, pero Patrick persiste en tratarme como si estuviera hecha de delicada porcelana, simplemente porque me encuentro en un 'estado interesante'. Le he dicho repetidamente que en las tribus mohawk las mujeres continúan con sus actividades normales hasta el día en que nacen sus bebés, pero aun así no me deja montar — lanzó a su marido una mirada sombría.

Siendo un hombre prudente, Granston ignoró la invitación abierta a la pelea y, en su lugar, sacó un pequeño paquete de papeles del faetón.

—Nuestro mozo de cuadra recogió tu correo junto con el nuestro cuando entró en Tavistock esta mañana.

—Gracias. Estaba a punto de subir a la casa a comer algo. ¿Me acompañas o prefieres que te presente al nuevo potro?

Al ser la comida la elección de Maggie, ella y Ashton dejaron a Patrick con los niños y subieron a la casa, donde la cocinera preparó un verdadero festín, incluido un cuenco de nata cuajada con bayas para Maggie, cuya afición por la misma era bien conocida en el vecindario.

Sin embargo, su agradable estado de ánimo se desvaneció cuando Ashton echó un vistazo a su correo y encontró, junto con los periódicos de Londres, una carta de su madre. Sólo la presencia de una dama le impidió soltar una maldición, pero no pudo evitar que su rostro revelara parte de su fastidio.

—¿Malas noticias? —preguntó Maggie amablemente.

—Una carta de mi madre —respondió él, rompiendo el sello—. Sin duda llena de recriminaciones y acusaciones, señalándome que soy un hijo antinatural que la llevará a su lecho de muerte rompiéndole el corazón ya que voluntariamente elijo esconderme en Devon en lugar de acompañarla por Londres, etcétera, etcétera, etcétera —miró la maraña de remolinos y bucles que cubrían la hoja de papel—. Esta vez parece más alterada que de costumbre, ya que su letra ha pasado de ser apenas adecuada a completamente ilegible. Me pregunto cuál es su propósito al enviarme una carta que no puedo ni empezar a leer.

—¿Quieres que vea si puedo descifrarla? —Maggie se ofreció cortésmente—. Cuando era institutriz, adquirí una habilidad considerable con esas cosas.

—No estoy nada seguro de querer que lo hagas —replicó Ashton con una sonrisa irónica—. Robert me advirtió no hace ni media hora que nos espera algo de mala suerte, y tengo la sensación de que sería más feliz si arrojara esta carta al fuego sin leerla —por muy fuerte que fuera la tentación de hacer precisamente eso, él no obstante, entregó la misiva a Maggie, que la estudió un rato antes de hablar.

—Sería más fácil si ella no hubiera cruzado y vuelto a cruzar sus líneas, y además, en tantos lugares sus lágrimas han hecho correr la tinta.

—Dudo que realmente estuviera llorando. Hace tiempo que sospecho que guarda un plato

con agua en su escritorio para poder rociar sus cartas con el número apropiado de gotas que indiquen el nivel de desesperación y angustia que le he causado.

—Aquí hay algo de antinatural... sí, tenías toda la razón, la siguiente palabra parece ser 'hijo'. Ella parece requerir tu presencia en Londres... algo sobre la muerte...

—Mis acciones poco filiales a lo largo de los años la han llevado repetidamente a su lecho de muerte, lo que es sorprendente, teniendo en cuenta que está sana como un caballo —intervino.

—No, parece ser la pronta desaparición de Adam lo que le preocupa.

Ashton se sentó más erguido.

—¿Adam? ¿Qué ha hecho el idiota de mi hermano? ¿Ha retado a alguien a un duelo o alguna tontería por el estilo? ¿O simplemente la está molestando de nuevo para que le compre una comisión y le deje ir a luchar contra Napoleón?

—Es difícil saberlo. Las palabras cruciales se han borrado bastante. Por suerte ella tiene tendencia a repetirse... ¡ajá! Ya lo tengo. Adam se ha enamorado de una viuda... no, de la Viuda Negra.

—¿La Viuda Negra?

—Aparentemente hay más peligro que sólo para su corazón... tu madre parece decir que los jóvenes que andan tras la Viuda Negra tienen una esperanza de vida más corta. Seguramente no lo he leído bien.

Ashton tuvo la ominosa sensación de que la desgracia sobre la que había bromeado antes estaba a punto de alcanzarle.

—No, eso parece ser lo que ella dice: que Adam se ha enamorado de una viuda cuyos encantos tienden a ser fatales.

—Sospecho que mi madre está exagerando la situación —Ashton echó hacia atrás su silla y se acercó a la ventana—. Sin duda todo es un complot para llevarme a Londres, donde naturalmente la crisis se habrá resuelto por sí sola, pero ya que estoy allí de todos modos, ¿no sería encantador que conociera a la hija de uno de sus amigos? Una chica tan dulce, tan bondadosa, tan lograda. ¡Bah! Conozco a mi madre, y no voy a caer en sus estratagemas, no importa cuántas cartas despache, ni cuántas lágrimas derrame sobre ellas.

Detrás de él, Maggie no dijo nada, ni falta que le hacía. Sabía muy bien que tendría que ir a Londres. Nada más le habría bastado para ir hasta allí, pero el peligro -real o imaginario- para su hermano pequeño siempre debía hacerle correr al rescate.



—Te agradecería que dejaras de sonreír. No veo nada divertido en que me obliguen a irme corriendo a Londres cuando hay tanto trabajo que hacer por aquí —Ashton frunció el ceño ante su primo.

—Lo siento, pero no puedo evitar alegrarme de que la desgracia, cuando llegó, te golpeará a ti y no a...

—Y no a ti. Muchas gracias. Aprecio mucho tu preocupación.

—Iba a decir, y no a los caballos —dijo Robert—. Hablando de eso, no debes preocuparte por ellos. Puedo encargarme de la yeguada en tu ausencia, como demostré hace tres años.

—Bueno, al menos esta vez no estaré fuera mucho tiempo. Lo más probable es que mi madre simplemente se haya sobresaltado y esté imaginando peligro donde no lo hay. Después de todo, la mayoría de los jóvenes que salen por primera vez a la ciudad se enamoran de alguna mujer inadecuada -una bailarina de ópera o una viuda elegante-, pero eso no significa que se casen con esas personas.

—Estoy seguro de que puedo persuadir a Adam de que sea razonable o, en el peor de los casos, puedo arrastrarle de vuelta aquí en persona, aunque no creo que a mi madre le gustara demasiado. Ella prefiere mantenerlo atento a sus caprichos, algo que yo siempre me negué a hacer.

—Creo que debo decirte que Barkins tiene la nariz torcida desde que se enteró de que pretendes llevarte a uno de los muchachos en su lugar. Cree que su antigüedad debería darle derecho a acompañarte.

—Como jefe de mozos, aquí se le necesita más. También dejó atrás a Fredericks, y él está igualmente disgustado. Sin duda, ambos podrán consolarse mutuamente.

—¿Ni siquiera te llevas a tu ayuda de cámara? ¿Qué excentricidad deseas que se piense de ti?

—La excentricidad no tiene nada que ver con el asunto. Si me lo llevo, mi madre hará todo lo posible por coaccionarme para que asista a una gran cantidad de bailes, danzas, fiestas de rutinas, veladas musicales, desayunos venecianos y cualquier otra cosa que se les haya ocurrido a las anfitrionas a estas alturas. De esta manera, tendré una excusa para acortar mi visita. Y para reforzar mi caso, también me llevo sólo suficientes camisas limpias para una semana.

Robert sonrió.

—Sé todo lo taimado que quieras, pero apostaré diez guineas a que mandarás a buscar a Fredericks y el resto de tu guardarropa antes de que acabe esa semana.



Ashton no llegó a la residencia de su madre en Grosvenor Square hasta bien entrada la tarde del tercer día después de recibir su carta. Técnicamente, la casa le pertenecía desde la muerte de su padre, pero su madre siempre actuaba como si siguiera siendo la propietaria. Dada su aversión por Londres, nunca se había esforzado por hacer valer sus derechos en el asunto.

Tras enviar a sus caballos y a su mozo de cuadras, golpeó la puerta principal con más fuerza de la que quizá era necesaria, había estado de mal humor durante cada minuto de esos tres días.

Justo estaba volviendo a levantar la mano hacia la aldaba cuando la puerta fue abierta por el almidonado mayordomo de su madre, que hizo caso omiso de su ceño fruncido y le dio una bienvenida bastante formal a Londres.

Pasando junto al hombre hacia el vestíbulo, Ashton no se molestó en disimular su estado de ánimo.

—No es un buen día, Morrison. No he tenido un buen día desde que mi madre me mandó llamar. Tráigame una botella de brandy y dígame que estoy en mi estudio. Cuanto antes acabe esta farsa, antes podré volver a Devon.

—Su madre ha salido, milord.

—¿Está fuera? —Ashton se detuvo en la puerta de su estudio.

—Siempre sale a dar una vuelta por el parque a las cinco, milord.

—Ya veo. La situación con mi hermano es desesperada, pero ella no ha dejado que interrumpa sus actividades sociales. Fui un tonto al venir aquí. Puede decirle que si desea hablar conmigo, puede visitarme en Crowley Hall.

Girando sobre sus talones, volvió sobre sus pasos, pero la huida no iba a ser tan fácil. Escurriéndose de la manera más indigna, el mayordomo consiguió llegar a la puerta principal antes que él y le bloqueó la salida.

Pareciendo avergonzado por su propia temeridad, Morrison tomó la palabra, con la voz temblorosa por el descaro cometido.

—Le ruego me disculpe, milord, pero me temo que su hermano se ha metido en un peligro mortal. Todos hemos estado rezando para que usted llegara a tiempo de salvarle. Parece estar tan encaprichado con la Viuda Negra, que lady Crowley teme que si ella le permite siquiera sospechar que lo ha mandado llamar, se ofenderá por su intromisión y se verá inducido a hacer algo imprudente.

—¿Algo imprudente? Seguramente no puede estar contemplando seriamente el matrimonio a su edad.

—Eso es precisamente lo que nos preocupa a todos, milord. Incluso lady Crowley está convencida de que el joven señorito Adam tiene la intención de ofrecerse a esa mujer en cuanto cumpla los veintiún años, lo que ocurrirá dentro de seis semanas y media. Dicen que las probabilidades en los clubes son ahora de tres a dos de que su hermano no sobreviva a la Temporada.

Ashton no podía creer lo exageradamente dramáticos que estaban actuando todos. ¿Qué había hecho esta viuda: envenenar a varios maridos? Si era así, ¿por qué no había sido llevada ante la justicia?

—Entonces, ¿cómo voy a persuadirle de que renuncie a esta mujer sin que sospeche que me opongo al matrimonio?

—Lady Crowley espera que usted finja que ha venido a Londres por motivos de negocios.

—Eso está muy bien, pero ¿se ha imaginado ella lo que voy a hacer después?

El mayordomo parecía completamente abatido.

—Ella no me ha puesto al corriente de todos sus planes.

—Lo que significa que no tiene ningún plan —conteniendo un juramento, Ashton se apartó de la puerta—. ¿Supongo que mi hermano no está?

El mayordomo se aclaró la garganta y luego dijo:

—Lamento informarle de que el joven señorito Adam ya no reside bajo este techo. Ha tomado habitaciones en el Albany.

Ashton empezó a sospechar que por fin había descubierto la verdadera razón por la que su madre le había citado en Londres: no, como intentaba aparentar, para salvar a su hermano de las garras de una viuda intrigante, sino más bien para obligar a Adam a residir de nuevo bajo el techo materno, donde ella podría controlar más fácilmente todas sus actividades.



Ashton no tuvo dificultad en localizar a su hermano, que se encontraba con dos amigos en sus habitaciones del Albany. Por desgracia, la expresión de culpabilidad en el rostro de Adam no presagiaba nada bueno para la rápida realización de la tarea asignada a Ashton.

—¿Qué haces en Londres? —soltó Adam.

—Cuida tus modales —respondió Ashton, más que un poco contrariado por la evidente incomodidad de su hermano. ¿Hasta qué punto estaba involucrado el chico con esta Viuda Negra?

—Oh, por supuesto. Uh, estos son mis amigos, Ernest Saville y Charles Neuce.

—Su hermano y yo ya nos conocemos —dijo inmediatamente Neuce a Adam.

Ashton echó la vista atrás, pero no pudo desenterrar ningún recuerdo del otro hombre, que le observaba con toda la ansiosa expectación de un joven sabueso de zorro sin adiestrar.

—Le compré un caballo cazador hace cuatro años —incitó Neuce—. Un castrado alazán, de nombre Hey Go Mad.

—Ah, sí, lo recuerdo —Ashton no se molestó en mencionar que, si bien podía recordar el caballo con bastante claridad, aún no recordaba al hombre que lo había comprado.

—De hecho, fue el mejor cazador que tuve. Lástima que lo perdiera a manos de Nethercott en una apuesta.

Cambiando su peso de un pie a otro, Adam repitió su pregunta.

—Entonces, ¿qué haces en Londres? Pensé que nunca venías aquí durante la temporada.

—He venido a ver a un hombre por un caballo —dijo Ashton vagamente, deseando haber podido discutir la estrategia con su madre antes de esta confrontación. En realidad, era dudoso que ella tuviera alguna idea útil sobre el tema. Lo que debería haber hecho era tener una larga charla con Maggie antes de salir de Devon. Si a ella no se le había ocurrido un plan infalible para separar a Adam de la Viuda Negra, sin duda los gemelos podrían haberlo hecho. Eran los dos chicos más ingeniosos que nunca había conocido... ni quería conocer jamás.

—¡Qué suerte! —exclamó Neuce—. Le he echado el ojo a un equipo de grises emparejados que se subasta en Tatt's. ¿Tendría quizá tiempo de acompañarme mañana? Agradecería el consejo de un experto.

—Puesto que crío cazadores, no soy experto en caballos de carruaje —puntualizó Ashton.

Luego, al ver la expresión de alivio en el rostro de su hermano, cambió de opinión. Si Adam no lo quería cerca, entonces Ashton estaba decidido a permanecer tan cerca de su hermano como un esparadrapo—. Pero estaré encantado de acompañarle y comprobarlo por usted. Al menos podré ver si están sanos.

—¡Perfecto! ¿Por qué no viene con nosotros esta noche? Cenaremos en White's^[1] y luego nos dejaremos caer por el baile de los Cholmondsey. Estoy seguro de que le habrían extendido una invitación, de haber sabido que estaba en la ciudad.

Ignorando deliberadamente la expresión de horror en el rostro de su hermano, Ashton aceptó de buen grado ponerse el traje de noche y reunirse con los otros tres en White's a las siete.



Ashton contempló con divertida incredulidad el salón de baile de los Cholmondsey, que estaba engalanado para parecerse a los jardines de una villa italiana, ¿o quizá a la finca de un grande de España? Era difícil determinar con exactitud lo que se había pretendido, pero el trabajo que supuso arrastrar estatuas de jardín y grandes urnas de mármol tuvo que ser inmenso, por no mencionar el coste de los cientos de flores que competían con los invitados por hacerse un hueco.

Los últimos tres años bien podrían haber sido tres días, veía muy pocos cambios en la gente que le rodeaba. Sin duda, había una nueva fila de jóvenes ansiosos sentados junto a sus acompañantes. Pero la mirada de desesperación de sus rostros duplicaba con tanta precisión las expresiones que llevaban las chicas que se presentaban tres años atrás que, con muy poco esfuerzo, uno podía convencerse de que eran las mismas jóvenes.

Mirando a su alrededor, empezó a reconocer poco a poco a algunas personas con las que había estado en contacto antes, aunque no podía poner nombre a todas las caras. Había, por supuesto, el surtido habitual de solteros perennes y maridos aburridos, madres ansiosas y antiguas beldades, dandis y corintios, estirados y gallardas jóvenes matronas.

Por desgracia, por mucho que estudiara a los demás invitados, Ashton no podía determinar cuál de las mujeres era la llamada Viuda Negra. Por un momento pensó que podría estar perdiendo el tiempo, que tal vez ella ni siquiera estuviera presente esta noche. Pero entonces recordó la expresión de consternación en el rostro de su hermano. No, la enamorada de Adam seguro que ya estaba aquí, o lo estaría antes de que terminara la velada.

Su trabajo sería inmensamente más fácil si tuviera alguna idea de cómo era ella. Quizá si pasease por la sala, podría escuchar una conversación que le diera una indicación de a quién estaba buscando.

Dirigiéndose en dirección hacia la mesa de refrescos, escuchó atentamente lo que decía la gente, pero ninguno de los cotilleos que oyó mencionaba a la viuda fatal.

En un rincón, medio oculta tras la estatua de una ninfa del bosque, divisó a la antigua señorita Everard, una de las pechugonas de Elisa, batiendo las pestañas ante lord Huxmere, cuya esposa bailaba con el mayor Thomas. Aunque Ashton no recordaba el nombre del hombre con el que se había casado la señorita Everard, estaba razonablemente seguro de que se trataba del

hombre que en ese momento flirteaba con la segunda esposa de lord Buckner. Lo que significaba que la señorita Everard no era viuda y, por tanto, podía ser eliminada.

Ashton no pudo contener del todo una sonrisa cuando se acercó a Dante Rivard, que estaba sentado con las chaperonas. Tres años atrás Rivard había aspirado a ser el líder de la moda. Esta noche había logrado definitivamente la dudosa distinción de ser el petimetre con el aspecto más tonto del baile.

Poco dotado por naturaleza, el delgaducho hombrecillo llevaba un abrigo que había sido acolchado para darle un conjunto de hombros de lo más impresionante, y luego entallado tan marcadamente en la cintura, que era un milagro que el hombre pudiera respirar. Para aumentar su magnificencia, los colores que lucía habrían hecho sonrojar a un pavo real, y además llevaba al menos veinte leontinas y sellos colgando del chaleco.

Por muy tonto que pareciera Rivard, al parecer al dandi no le faltaba temple. Estaba conversando con Hester Pembroke, cuya afilada lengua había dejado cicatrices en muchos jóvenes inofensivos. Su aspecto no era despreciable, e incluso le había granjeado un buen número de pretendientes durante su primera temporada, que había sido -Ashton echó la cuenta atrás- hacía unos seis años, cuando él mismo había sido un cachorro sin látigo como Adam, suelto en Londres por primera vez y decidido a hacer el ridículo.

Si la memoria no le fallaba, incluso se había prometido durante un breve periodo de tiempo, pero pocas semanas después había aparecido una retractación en el *Morning Post*. Nadie se había sorprendido mucho, ya que cualquier hombre que se casara con ella podía esperar vivir bajo la zarpa del gato.

La atención de Ashton se centró en la chica sentada junto a la señorita Pembroke. Había suficiente parecido como para pensar que se trataba de una hermana menor.

Su cabello era de un castaño intenso y estaba amontonado sobre su cabeza, dejando al descubierto un cuello muy agraciado. No tenía la belleza clásica de su hermana mayor -su nariz no era definitivamente regia, y su labio superior era un demasiado fino, mientras que el inferior era demasiado carnoso. En realidad, sus labios parecían bastante besables.

En general, sus rasgos eran más suaves, más redondeados y definitivamente más atractivos que los de la señorita Hester Pembroke. Ociosamente se preguntó cuál sería el nombre de pila de la hermana menor.

Inesperadamente, la muchacha levantó la vista y le sorprendió mirándola fijamente. Sus ojos eran oscuros y parecían demasiado grandes para su rostro, como los de un potro recién nacido. Durante un largo momento pudo mirarla profundamente a los ojos. Vio tanta tristeza allí -una mirada de herida inocencia- que resultó desconcertante, y se sintió casi aliviado cuando ella volvió a bajar los ojos hacia sus manos, que estaban afanosamente ocupadas en retorcer un pañuelo en su evidente detrimento.

—Joven, le agradeceré que se ocupe de sus asuntos —le espetó la mujer de rostro sombrío sentada junto a las dos muchachas—. Mi sobrina no es un espectáculo raro, para que la miren tan groseramente.

Al reconocer a la tía de la señorita Pembroke, también señorita Pembroke ya que nunca se había casado, Ashton se inclinó y murmuró todas las disculpas correctas, pero la vieja arpía no se iba a apaciguar. Parecía decidida a culpar a Ashton de todos los defectos del macho de la especie,

defectos que en su mente parecían innumerables.

Renunciando a la tarea del todo inútil de engatusarla y sacarla de su mal humor, siguió adelante y reanudó su búsqueda, sintiendo un momento de lástima por la menor de las señoritas Pembroke, atrapada como estaba entre una hermana de lengua afilada y una tía que odiaba a los hombres. No era de extrañar que ninguno de los jóvenes se agolpara a su alrededor, ansioso por firmar su carnet de baile.

Alcanzando por fin su ostensible objetivo, se sirvió una copa de champán y se volvió para observar de nuevo a la multitud. Tarde se le ocurrió que lo único que tenía que hacer en realidad era prestar atención a su hermano y fijarse en a cuál de las damas prestaba atención. Con suerte, Adam se traicionaría a sí mismo.

Ashton debería haber recordado que suerte era lo que ya no tenía. Cuando la velada estaba a medio terminar, Adam no había hecho nada más censurable que bailar con unas cuantas jovencitas, ninguna de ellas dos veces. Ashton estaba a punto de darlo por perdido e irse a casa cuando vio que el hermano de su madre, Humphrey Swinton, le hacía señales frenéticamente desde el otro lado de la sala.

Con gran resolución y determinación, Ashton comenzó una vez más a abrirse paso entre la presión de la gente, pero esta vez se movió tan rápido como se lo permitía la multitud.

Antes de que pudiera indicarle su deseo de hablar en privado con él, su tío le cogió del brazo y le arrastró detrás de una columna.

—Ashton, hijo mío, gracias al buen Dios que te he encontrado. Tu madre insistió en que viniera aquí esta noche para ayudarte a rescatar a tu hermano, pero es demasiado tarde: ya está sacando a bailar a esa desgraciada por segunda vez. O Adam está mal de la cabeza o se ha cansado de esta vida. No puedo evitar pensar que debería ser encerrado.

Ashton echó un vistazo alrededor de la columna y vio a su hermano a menos de cuatro metros, inclinándose ante... ¡No, eso era claramente imposible!

Agachándose de nuevo detrás de la columna, siguió interrogando a su tío, pensando que tenía que haber algún error.

—¿No querrá decirme que la señorita Hester Pembroke es la Viuda Negra?

—No, no, claro que no. Es su hermana menor, la señorita Arabelle Pembroke, cuyos encantos son tan fatales.

Capítulo 2

Entre todas las mujeres de las que Ashton había sospechado aquella noche, la más joven, la señorita Pembroke, definitivamente no había sido incluida en la lista de sospechosas.

—Lo hacen por una apuesta, debería darse cuenta.

La voz aguda de un hombre habló justo detrás de él, y Ashton se volvió para ver a Dante Rivard, que sonreía con malicioso regocijo.

—Los jovenzuelos creen que están demostrando su valentía bailando con ella. Su hermano está tentando a la suerte aún más que la mayoría al pedir un segundo baile. Plantea una pregunta sobre su inteligencia, ¿no le parece, Crowley?

Conteniendo su impulso de arrojar al dandi por la ventana más cercana, Ashton se alejó unos metros hasta tener una visión clara de su hermano, que seguía de pie frente a la señorita Arabelle Pembroke. Estaba diciendo algo, pero fuera lo que fuese, a ella no parecía complacerle. Con los ojos aún bajos, sacudía la cabeza repetidamente.

—Hay que detener a tu hermano antes de que acabe frío en su tumba como sus otros pretendientes —dijo el tío Humphrey en un fuerte susurro.

Mientras Ashton observaba, la señorita Hester Pembroke le dijo algo bruscamente a su hermano, que dio un respingo, luego se levantó y con evidente reticencia permitió que Adam la condujera fuera para unirse a un grupo que se estaba formando.

Habiendo visto lo suficiente, Ashton cogió del brazo a su tío y empezó a empujarle hacia la puerta. Detrás de ellos, Rivard soltó una risita maliciosa.

—¿No vas a hacer un esfuerzo para rescatar a tu hermano? —Protestó el tío Humphrey— ¿Pretendes dejarle en las garras de esa mujer? ¿No tienes sentido del deber? Después de todo, tú eres el cabeza de familia.

—Mi hermano puede irse al diablo con mi bendición —replicó Ashton, continuando fuera de la habitación y bajando las escaleras—. Y mientras él emprende su viaje, usted y yo vamos a tener una larga charla.

—No estoy seguro de querer involucrarme —dijo su tío—. Seguro que me altera la digestión.

Haciendo una breve pausa para recuperar sus sombreros y el bastón del tío Humphrey, pronto salieron al aire fresco de la noche, lo que supuso un bienvenido alivio. Resultaba difícil creer que las mismas personas que se quejaban del olor de los caballos y del 'hedor' de los establos pudieran pasar horas en habitaciones mal ventiladas y sobrecalentadas que apestaban a cera caliente, sudor rancio y perfumes almizclados.

—¿Ha traído su carruaje? —preguntó Ashton.

—No, he venido con Mannlius, y va a pensar que es muy raro que me vaya sin decirle una palabra.

Encogiéndose de hombros, Ashton comenzó a caminar en dirección a Grosvenor Square. Su tío vaciló y luego se apresuró a alcanzarle.

—¿No puedes esperar que converse mientras galopas así.

Obedientemente, Ashton acortó su zancada para igualar el paso más lento de su tío.

—Comience —dijo secamente.

—La pregunta es, ¿cuál es precisamente el comienzo? —intentó insinuar su tío, pero una mirada aguda de Ashton le hizo aclararse la garganta y empezar de nuevo.

—Bueno, supongo que empezó hace tres años, cuando la señorita Arabelle se prometió con Collingwood. Era todo un partido para una joven de diecisiete años en su primera temporada. Hijo de un conde, y todo eso.

—¿Se refiere al heredero de lord Wittingham?

—Ya no. Menos de una semana antes de la boda, fue arrojado de su caballo y se rompió el cuello. Afortunadamente, tiene tres hermanos menores, así que no hay problema con la sucesión.

—No me preocupa la sucesión, me interesa la señorita Arabelle Pembroke.

—Bueno, después de ese desastre, ella se retiró al campo, por supuesto. Creo que tienen una finca en Norfolk o Suffolk o algún lugar así. Bueno, ¿qué otra cosa podía hacer la pobre chica? Difícilmente se podía esperar que terminara la temporada. No habría sido apropiado. Aunque —continuó su tío reflexivamente—, no estoy seguro de cuánto tiempo se espera que uno llore por su prometido. Sin duda no tanto como por un marido, por supuesto. Pero puedes preguntarle a tu madre; estoy seguro de que ella lo sabría.

—Se está desviando del tema, tío.

—¿Hmmm? Ah, sí. Bueno, la siguiente temporada, se prometió con lord Thurwell. Sólo un barón, y no tan bien financiado como Collingwood, pero aún y todo, un buen partido.

—¿Qué pasó con él? —preguntó Ashton.

—Fue atropellado en la calle por un carromato tres días después de que se anunciaran los esponsales en el *Morning Post*. El conductor afirmó que había sido un accidente, insistió en que Thurwell sólo se le había adelantado. La mayoría de la gente no estuvo de acuerdo.

—¿Pensaron que hubo juego sucio? ¿Hubo alguna investigación?

—¿Juego sucio? No, no, nada de eso. La mayoría de la gente pensó que ella estaba bajo un hechizo maligno, y que Thurwell era simplemente una víctima inocente de esa maldición. Y el tiempo les ha dado la razón. La señorita Pembroke volvió a alejarse de Londres, y yo, por mi parte, nunca pensé verla aparecer por aquí de nuevo la temporada pasada. Bueno, es lógico, ¿no? A una chica se le mueren dos pretendientes: ¿quién va a querer arriesgar el cuello comprometiéndose con ella?

Aparentemente alguien, pensó Ashton. Incitando a su tío, que había hecho una pausa demasiado larga en su recital, preguntó:

—¿Quién?

—Arleton y Fellerman, esos. No están en absoluto al nivel de Collingwood y Thurwell, pero entonces, la chica probablemente se consideró afortunada de tener todavía algún pretendiente. Ni siquiera consiguió un anuncio en el *Morning Post* el año pasado. Desde la primera semana de la temporada, las apuestas eran fuertes en los clubes sobre cuál de ellos haría la primera oferta, pero sólo cuatro semanas después de comenzar la temporada, Arleton fue asesinado por un salteador de caminos en Hounslow Heath.

—¿Un salteador de caminos? ¿En estos tiempos?

—Probablemente casi el último que quedaba en Inglaterra, lo que demuestra lo desafortunado que es asociarse con la señorita Arabelle Pembroke. Cuando sacaron al pobre Fellerman del Támesis, hasta los últimos incondicionales estaban dispuestos a admitir que está aquejada de una maldición fatal, es decir, fatal para sus pretendientes. Fue después del funeral de Fellerman cuando todo el mundo empezó a llamarla 'la Viuda Negra'.

Caminaron en silencio unos instantes mientras Ashton pensaba en la historia que había relatado su tío.

—Pero no logro entender: ¿por qué la Viuda Negra? Parece que en realidad nunca ha estado casada, y mucho menos viuda, y su pelo es de un glorioso castaño en lugar de negro.

—Fue a Mannlius a quien se le ocurrió con bastante ingenio ese sobrenombre. Me lo relató todo. Me explicó que allí en las colonias tienen una araña llamada viuda negra. No sólo es mortalmente venenosa, sino que la mujer se come al macho después de que... bueno, ya sabe... después de que él hace lo que se supone que debe hacer... bueno, cuando ha terminado con él como su novio, por así decirlo, lo convierte en cena, por así decirlo.

—Eso es lo más repugnante que he oído nunca.

—Bueno, no se puede evitar; es bastante difícil persuadir a las arañas para que se comporten de una manera más civilizada. No hay forma de comunicarse con ellas, ¿sabe? Lo mejor es pisarlas.

—Me refería a lord Mannlius. Debería avergonzarse de haber echado leña al fuego de las habladurías. Todo esto no es ni más ni menos que una caza de brujas. Me asombra que la gente pueda ser tan supersticiosa, compañía presente incluida.

El tío Humphrey se apresuró a justificarse.

—Bueno, tendrás que admitir que es algo peculiar que la chica...

—No admitiré nada de eso. Más bien es típico de la ciega crueldad que muestran las turbas ignorantes cuando se dedican a deportes como el bearbaiting^[2].

—Oh, vamos —le espetó su tío—, estás exagerando. Nadie está siendo cruel; sólo están siendo precavidos.

Recordando la mirada de tristeza en los ojos de la pobre chica, Ashton dijo:

—No estoy de acuerdo. Están actuando como los más supersticiosos de los salvajes y están consiguiendo ignorar todo el progreso que la civilización ha hecho en los últimos mil años.

—Pero... pero de verdad, Ashton, ¿cómo puedes esperar que un hombre con el más mínimo sentido común arriesgue su vida? No, no, es claramente su deber rescatar a su hermano

de la Viuda Negra.

La rabia que se había estado acumulando en Ashton se desbordó ahora. Agarrando a su tío por la parte delantera del chaleco, Ashton tiró de él hasta que sus rostros quedaron a escasos centímetros.

—No vuelva a llamarla por ese asqueroso apodo. Se llama señorita Arabelle Pembroke, y le agradeceré que lo utilice.

El tío Humphrey se quedó con la boca abierta y miró a Ashton con asombro.

—¿Pero qué pasa con Adam? —soltó finalmente.

Obviamente, haría falta algo más que argumentos racionales para persuadir a su tío de que abandonara las tonterías supersticiosas que estaba soltando. Sintiéndose frustrado más allá de toda medida, Ashton le soltó.

—Me ocuparé de Adam mañana.

—Gracias a Dios, el chico tiene posibilidades de sobrevivir.

—En realidad no —respondió Ashton, con voz adusta—. Pienso tener su cabeza en una bandeja.



Volviendo a casa en el carruaje, Arabelle contó el número de días que faltaban para su vigésimo primer cumpleaños. Cinco semanas y cuatro días. Sólo treinta y nueve días hasta que fuera libre para regresar a Norfolk. Y nunca más, bajo ninguna circunstancia, volvería a Londres.

Detestaba todo lo relacionado con la Temporada: cada fiesta nocturna, en la que los jóvenes se retaban a bailar con ella; cada paseo por el parque, en el que la gente la señalaba y susurraba detrás de la mano sobre ella; cada llamada matutina, en la que la conversación cesaba en cuanto ella entraba en la habitación.

—¿Has visto el vestido que llevaba lady Fosterwell? —preguntó Hester—. Alguien debería decirle que su pelo de zanahoria no queda mejor con seda de morera. Por supuesto, ella insistirá en que su pelo es rubio en realidad. Y Mary Douglas volvía a vestir de azul celeste. Su locura, me temo, se debe a que cierto joven le dijo hace varios años que el azul resaltaba la belleza de sus ojos. Lleva ese color exclusivamente desde entonces, a pesar de que el joven que la piropeó se ofreció para Helen Chesterfield y ahora es el orgulloso papá de dos niños. Pero entonces, Mary siempre fue una tonta, incluso cuando iba dos años por delante de mí en la escuela de Madame Millicent en Bath. Nunca va a encontrar marido, y me pregunto por qué no se ha puesto aún los birretes.

Cuando su parloteo no obtuvo respuesta ni de Arabelle ni de tía Phillipa, Hester cambió de táctica.

—Me ha sorprendido ver que Crowley ha venido a la ciudad. Parecía bastante prendado de ti, querida hermana, mirándote como si estuvieras... ¿cómo lo expresó tía Phillipa?... Como si estuvieras en un espectáculo de rarezas.

Sabiendo muy bien que su hermana la estaba provocando, Arabelle se mordió la lengua y guardó silencio.

Sin embargo, la tía Phillipa no se mostró tan reticente.

—¡Ese desgraciado! No debes tener nada que ver con él, Arabelle. He descubierto que es sobrino de ese horrible Humphrey Swinton, y no permitiré que ninguna de las dos os relacionéis con ningún miembro de esa familia. Aún me estremezco al recordar cómo me trató Swinton hace treinta y dos años, cuando yo era una jovencita como tú.

—¿Qué hizo que fuera tan terrible, tía? —preguntó Hester, pero como siempre que salía el tema de Humphrey Swinton, tía Phillipa se negaba a divulgar las circunstancias.

—Mis labios están sellados —dijo tan dramáticamente como siempre que la señora Siddons declamaba su papel en el escenario de Covent Garden—. He jurado llevarme ese secreto a la tumba. Pero en cuanto a ti, Arabelle, no debes hacer nada para animar a Crowley, ¿me oyes?

—Sí, tía Phillipa, te oigo —contestó Arabelle, recordando los ojos amables del caballero en cuestión, unos ojos amables que por desgracia estaban llenos de lástima. Compasión. De algún modo, eso dolía más que cualquiera de los cuchicheos y las apuestas y que la miraran fijamente. Hubiera dado cualquier cosa por marcharse de Londres antes de su cumpleaños, pero para su pesar, no tenía voz ni voto en el asunto.

—No te preocupes, tía —dijo Hester alegremente—. Apuesto a que lady Crowley le mandó llamar después de enterarse de que su precioso hijo Adam bailó con Arabelle dos veces en el baile de los Bridgeford el pasado viernes. Sin duda no volveremos a ver a ninguno de esos dos jóvenes —al menos esperaba que fuese así, pensó Hester, apretando los puños en su regazo.

Crowley había estado en Londres hacía seis años, y verle de nuevo esta noche le había traído demasiados recuerdos. Por suerte, nadie en la tonelada había sospechado nunca que Peter la había dejado plantada, que había esperado hasta que las capitulaciones matrimoniales estuvieron listas para firmar antes de informarle de que iba a casarse en su lugar con su novia de la infancia, una insignificante don nadie allá en Dorset.

Al parecer, temiendo una escena si le informaba en la intimidad de su propia casa, la había llevado aparte en un baile y en voz baja le había dicho que había enviado una retractación al periódico al día siguiente. Por desgracia para él, ella había quedado tan destrozada que había sido incapaz de darle la vuelta a la tortilla.

Evidentemente, él había esperado que ella le rogara y suplicara, pero en lugar de eso, con voz mordaz y sin moderarse lo más mínimo, había denunciado su carácter sin mencionar en ningún momento la volubilidad de sus afectos.

Suficiente gente había oído claramente cuando ella le llamaba ludópata empedernido y libertino, que cuando su retractación había aparecido en el periódico, él era el objeto de las carcajadas y los susurros, y nadie había sospechado que tenía el corazón roto.

Pero por mucho que la hubiera herido, la posterior traición de su padre había sido aún más difícil de soportar. Ella había pensado que él la amaba, pero tras su muerte había descubierto que ella no significaba nada para él. Su amor y su afecto habían sido tanto una ilusión como lo habían sido los de Peter.

El carruaje se detuvo frente a su casa y Hester se frotó la frente, intentando inútilmente aliviar el dolor de cabeza que le había invadido en cuanto había visto a lord Crowley mirándola

fijamente.

Esperaba que él regresara pronto a Devon. Verle le traía demasiados recuerdos desagradables. En los años transcurridos desde que la habían dejado plantada, había adquirido fama de mujer de corazón duro y lengua afilada, pero no le importaba. Nada le importaba tanto como ocultar a todo el mundo lo profundamente herida que la habían herido los dos hombres a los que había amado.



—¿Quería hablar de algo conmigo? —preguntó Adam, con una sonrisa trémula que delataba un ligero nerviosismo.

Al menos Adam había acudido puntualmente en respuesta a la nota que Ashton había enviado a los Albany, pero eso no bastaba para que Ashton tuviera caridad con su hermano.

—Siéntate. Desayuna algo. Los riñones a la parrilla están bastante buenos.

Con presteza, Adam se dejó caer en una silla, pero declinó participar de nada de la comida extendida sobre el aparador. Con una reverencia, el lacayo los dejó solos a los dos, cerrando las puertas tras de sí.

Mirando fijamente a su hermano, Ashton continuó comiendo, y cuanto más se prolongaba el silencio entre ellos, más incómodo se sentía su hermano. Primero Adam empezó a inquietarse en su silla; luego, poniéndose bruscamente en pie, llenó un plato para sí mismo.

—He decidido probar bocado después de todo —explicó Adam, volviendo a la mesa. Sin embargo, en realidad no comió mucho, pero al menos empujar la comida en su plato le dio algo que hacer con las manos.

Cuando Adam hubo alcanzado el estado adecuado de nerviosismo, Ashton comenzó su ataque, habiendo decidido que cualquier intento de subterfugio sería una pérdida de tiempo.

—El jueves pasado recibí una carta frenética de nuestra madre —dijo con calma—. Me informó de que estabas jugando con la muerte al cortejar a la señorita Arabelle Pembroke.

Adam dejó escapar el aliento y luego sonrió con naturalidad por primera vez desde que había entrado en la habitación.

—Oh, ¿es por eso por lo que has venido a Londres? Creía que mamá te había mandado llamar para que renunciara a mis habitaciones en el Albany.

—Lo que me recuerda, ¿cómo puedes permitirte alquilar tu propia casa?

—Lady Luck me sonrió. Gané doscientas libras jugando al faro hace tres semanas atrás. Pero no hace falta que se lo digas a mamá, porque se le meterá en la cabeza que soy un jugador empedernido, y no lo soy.

—¿Y qué hay de la señorita Pembroke? ¿Son serias tus intenciones?

—Yo diría que no —contestó Adam indignado—, y me parece una maldita molestia que nuestra madre te haya arrastrado lejos de tus caballos por una razón tan tonta. A pesar de lo que todo el mundo dice en los clubes, bailar con ella no es tan peligroso. En lo que va de año, nadie

ha muerto, aunque Lambreth se dio una mala caída por las escaleras justo después de bailar con la Viuda Negra, pero lo único que se rompió fue el brazo. Lambreth tiene el cráneo grueso.

Con el enfado creciendo en su interior al oír aquel repulsivo apodo, a Ashton le costó resistir el impulso de hacer entrar algo de sentido común en el grueso cráneo de su hermano. Pero con un esfuerzo hercúleo consiguió mantener un tono de voz suave.

—Así que has estado sacando a bailar a la señorita Pembroke para... ¿cómo decirlo? ¿Para demostrar tu hombría?

Adam se movió inquieto en su asiento.

—Bueno, tienes que entender cómo es esto, Ashton. Todo el mundo debe bailar con ella al menos una vez o le llamarán cobarde.

—¿Así que crees que es una muestra de valentía perseguir a una pobre mujer indefensa? —Incapaz de permanecer quieto por más tiempo, Ashton se puso en pie y miró con el ceño fruncido a su hermano—. ¿Crees que un hombre de verdad va por ahí alegremente causando desgracias a una joven? Dime otra vez: ¿cómo justificas una conducta tan odiosa y deshonrosa? Explícamelo, porque debo admitir que me parece el comportamiento más rastrero y cobarde que pueda imaginarse, y me avergüenza que mi propio hermano haya tomado parte en un asunto tan despreciable.

Con la cabeza gacha, Adam no respondió inmediatamente.

—Todo es culpa de madre —dijo finalmente—. Para empezar, nunca quise quedarme atrapado aquí en Londres. Aquí no hay nada que hacer salvo apostar o flirtear con tontas que no tienen más en la cabeza que la ropa y el baile. Quería ir a España y luchar contra Boney^[3], pero ya sabes que mamá se ha negado a comprarme una comisión. Si se sale con la suya, me mantendrá para siempre en la cuerda floja, como si aún llevara pantalones cortos; ¡no puedes saber lo que se siente, Ashton!

—¿Ah, sí? En este momento, no puedo culparla. Suenas exactamente como un niño petulante lloriqueando porque no siempre puede salirse con la suya. Dices que quieres demostrar que eres un hombre y, sin embargo, a la primera señal de problemas te escondes detrás de las faldas de tu madre. 'Todo es culpa de mi madre', imitó—. Y crees que Wellesley necesita 'hombres' como tú en España. Bah!

Ashton le dio la espalda a su hermano y salió de la habitación a grandes zancadas, deteniéndose en el umbral sólo el tiempo suficiente para añadir:

—Y te advierto que si vuelves a referirte a la señorita Pembroke como la Viuda Negra, te daré una paliza de muerte.



—Acabas de hacer una margarita verde, hermana querida —Hester señaló el error con la habitual nota de regocijo en su voz.

Arabelle bajó la mirada hacia el bordado que tenía en el regazo. Oh, caramba, su mente había vuelto a divagar y había terminado las hojas y continuado sin acordarse de cambiar los

colores del hilo. Ahora tendría que descoser toda la flor, algo que despreciaba hacer... pero en lo que tenía mucha experiencia.

Dada su propensión a soñar despierta, debería limitarse a hacer dobladillos en las sábanas, pero tía Phillipa insistía en que Arabelle podría llegar a ser tan hábil con todo tipo de labores de aguja como ella misma si Arabelle se lo proponía. Ése era el problema, por supuesto. A Arabelle le costaba poner su mente en todas las tareas que la tía Phillipa le asignaba.

Lo único que realmente le gustaba era cultivar plantas, pero su tía se negaba a dejarle tener un jardín propio. Hurgar en la tierra no era, en opinión de su tía, un pasatiempo propio de una dama.

—Sí, ¿qué pasa, Smucker? —La tía Phillipa levantó la vista del libro de sermones de mejora que estaba leyendo en voz alta.

—Ha venido un caballero a ver a la señorita Arabelle —respondió el mayordomo—. Un tal lord Crowley.

—¿Por qué nos molestas, Smucker? —replicó Hester antes de que la tía Phillipa tuviera oportunidad de responder—. Sabe que ya no permitimos visitas de caballeros a la casa.

—Dijo que era muy importante —explicó Smucker.

—No —dijo rotundamente tía Phillipa, y el mayordomo salió de la habitación sin más discusión.

—Probablemente desea mirarte otra vez, Arabelle —dijo Hester alegremente—. Juro que no sé cómo soportas que te miren fijamente dondequiera que vayas. Si fuera yo, me daría un ataque de histeria, pero nunca has tenido la menor sensibilidad.

—Ya basta, Hester —intervino finalmente la tía Phillipa—. Ahora, ¿por dónde iba?

Ninguna de las dos niñas contestó. En ese único aspecto Arabelle sabía que ella y su hermana se parecían: ninguna de las dos había oído realmente una palabra de los sermones de mejora que su tía se deleitaba en leer en voz alta.

—Disculpe —volvió a interrumpir el mayordomo—. Pero milord insiste en que es un asunto de la mayor gravedad.

—¿Grave? —dijo Hester con una risita—. Oh, Arabelle, amor mío, ¿supones que has despachado a otro pobre joven a su recompensa celestial? Oh, tía, hazle pasar, o juro que yo misma expiraré de suspense.

—No creo... —empezó la tía Phillipa, pero antes de que pudiera negarse rotundamente, Hester hizo otro esfuerzo por persuadirla.

—Sólo considera, querida tía, que si en verdad ha venido a decirnos que su hermanito ha sufrido un desafortunado accidente, cómo se verá ante los demás si apartamos al afligido hombre de nuestra puerta.

A pesar de lo irritada que Hester la estaba poniendo al decir semejantes tonterías, Arabelle aún estaba agradecida cuando por fin el mayordomo recibió instrucciones de admitir a lord Crowley.

¿Sería el vizconde tan apuesto a la luz del día como había aparecido a la luz de las velas? Una pregunta ridícula cuando lo pensaba, pero por más que lo intentaba, Arabelle no podía evitar

preguntarse la respuesta.

—Buenas tardes, señoras —lord Crowley hizo una reverencia formal, pero la tía Phillipa no le ofreció asiento. Era media cabeza más alto que Smucker, que sólo era unos centímetros más alto que ella, pensó Arabelle. Y era bastante guapo para cualquier hombre.

—Deseo presentar mis disculpas a ustedes, señoras, y en particular a la señorita Arabelle Pembroke, por las molestias que mi hermano haya podido causarles con sus acciones. He hablado con él y en el futuro no la molestará de ninguna manera.

Lo dijo de forma muy bonita, pero era bastante obvio que sus palabras no habían ablandado lo más mínimo el corazón de la tía Phillipa. Seguía mirándole con una expresión de extrema repugnancia.

—Gracias —dijo Arabelle en voz baja—. Acepto sus disculpas en nombre de su hermano.

Le sonrió, y luego la pilló completamente desprevenida al continuar:

—Sería para mí un gran placer que saliera conmigo esta tarde, señorita Pembroke.

Hester se echó a reír y la tía Phillipa se volvió para mirar a Arabelle, que se apresuró a declinar.

—No, gracias, milord.

Parecía como si fuera a presionarla para que accediera, así que ella repitió con más firmeza:

—No deseo salir con usted.

—¿Mañana, quizás?

Ella negó con la cabeza.

—Prefiero quedarme en casa.

La tía Phillipa hizo una señal al mayordomo y Smucker dijo suavemente:

—Si quiere venir por aquí, milord.

Crowley hizo una pausa, pero luego siguió al mayordomo a la salida.

—¿Crees que ha venido por una apuesta? —preguntó Hester.

—No, no lo creo —dijo Arabelle, y luego deseó haberse mordido la lengua. Cada vez que respondía al deliberado cebo de su hermana, sólo animaba a Hester a continuar.

—¿Cuántas libras crees que ha ganado con tan gran atrevimiento? ¿Crees que han sido cien libras? ¿O tal vez incluso más?

Haciendo todo lo posible por ignorar a su hermana, Arabelle bajó la vista hacia su bordado. ¿Qué la había inducido a intentar hacer una pantalla de fuego? Llevaba ya una eternidad trabajando en ella, y entre deshacer enredos y descoser flores verdes, no llevaba ni una cuarta parte del camino hecho. Si hubiera habido fuego en la rejilla, habría arrojado la desdichada cosa a las llamas.



Ashton echó un vistazo por la habitación para ver si se había olvidado algo, y luego se abrochó las correas de su portamaletas. Tal y como había esperado, había conseguido arreglar este desaguisado rápidamente, y estaría de vuelta en Devon antes de que acabara la semana.

Dejando su bolsa donde estaba, se acercó a la ventana y miró hacia fuera. Los dos días que llevaba aquí no habían hecho más que confirmarle su aversión por Londres. Estaría encantado de volver a sus queridos caballos. Pero continuó de pie mirando la calle.

Su mente no estaba en los vendedores ambulantes que vendían sus mercancías de casa en casa. Seguía viendo un par de grandes ojos oscuros con largas pestañas sedosas. Unos ojos hermosos... pero también los ojos más tristes que había visto nunca. Tanto dolor en ellos.

—Maldita sea —se dijo, apoyando la frente en el frío cristal. No podía persuadirse de que su responsabilidad hacia aquella pobre chica había terminado simplemente porque ella había aceptado sus disculpas.

Sabiendo muy bien qué curso de acción debía tomar, por desagradable que fuera, no se permitió más vacilaciones. Llamó a un lacayo y dio orden de que se enviara un mensaje a Devon solicitando que su ayuda de cámara se reuniera con él en Londres.



Arabelle comprobó su lista para asegurarse de que lo había conseguido todo: cinco codos de cinta amarilla para el sarcenet naranja de Hester, un paquete de alfileres, dos ells de encaje para ella e hilo dental azul a juego con la muestra que había enviado la tía Phillipa. Sí, todas las compras estaban hechas, lo que significaba que no les quedaba nada más que hacer que pasar por la biblioteca de préstamo e intercambiar libros.

Mirando a su alrededor en busca de Jane, la doncella que compartía con Hester, Arabelle encontró su vista bloqueada por un par de anchos hombros y amables ojos marrones.

—Buenas tardes, señorita Pembroke —lord Crowley le inclinó el sombrero—. ¿Puedo ofrecerle mi escolta mientras hace sus recados?

Ahora, cuando ya era demasiado tarde, apareció Jane, llevando el paquete de libros para intercambiar. Los ojos de la criada se agrandaron al ver a Arabelle conversando con un hombre, y la expresión de asombro en el rostro de Jane dejó demasiado claro que lord Crowley le parecía todo un hombre.

—He terminado con mis compras —dijo Arabelle débilmente.

—Excepto los libros —soltó Jane—. No olvide, señorita, que aún tenemos que ir a casa de Hookham. Hester estará disgustada si usted no le trae alguna novela nueva —aunque ostensiblemente se dirigía a Arabelle, la sonrisa fatua de Jane iba dirigida a lord Crowley.

—¿Hookham's? —dijo con lo que Arabelle sólo podía describir como un brillo malvado en sus ojos—. Vaya, allí es precisamente adonde yo mismo me dirigía —ofreció su brazo a Arabelle como si fuera lo más natural.

Una sola mirada a su alrededor bastó para mostrarle que ya eran el centro de atención. No podía saber en qué embrollo se estaba metiendo. Sin duda, al anochecer su nombre estaría en

boca de todos y en los clubes se harían apuestas sobre la duración -o la brevedad- de su esperanza de vida.

Estaba claro que le correspondía explicarle los peligros inherentes de asociarse con ella, pero no podía hacerlo aquí, no con todos los oídos ávidos de escucharla.

Con gran inquietud, le puso la mano en el brazo y le permitió que la acompañara fuera de la tienda. Detrás de ellos se oyó un revuelo de movimientos acompañado de susurros, y sabiendo exactamente lo que todo ello significaba, Arabelle sintió que se le calentaba la cara.

—Lord Crowley —dijo ella con seriedad—, debe de haber estado usted bastante aislado en Devon, pues parece que desconoce mi reputación.

—En absoluto —dijo él con calma—. Precisamente por eso la he buscado.

Sintiéndose traicionada por el hecho de que él no hubiera resultado ser mejor que cualquiera de los otros 'caballeros', intentó soltar su mano, pero él la atrapó con la otra y la mantuvo en su sitio.

—No —le dijo—, no tiene por qué enfadarse conmigo. No he hecho apuestas ni aceptado retos. Mi propósito es simplemente ayudarle. Me parece que lo que más necesita es un amigo, preferiblemente uno que no se deje llevar por tonterías supersticiosas.

Con los ojos bajos, dijo:

—Suponga que no son tonterías. Suponga que estoy realmente... maldita.

—¿Usted cree eso? ¿Cree sinceramente que es responsable de algún modo de lo que les ocurrió a esos jóvenes?

Ella no pudo responder y, finalmente, él le tocó la barbilla y, sin ejercer presión alguna, le levantó la cabeza para poder mirarla a los ojos.

—¿Cree que hay siquiera un grano de verdad detrás de las habladurías? —repitió.

—¿Importa lo que yo crea? —preguntó ella—. Realidad o ilusión, el efecto es el mismo. Docenas de jóvenes han 'demostrado su valentía' bailando conmigo. ¿Cuál cree que es la probabilidad de que al menos uno de esos hombres coja un resfriado o se caiga del caballo o le disparen en un duelo? ¿Y a quién cree que culpará todo el mundo si eso ocurre? —De nuevo ella intentó recuperar su mano, y aun así él la sujetó con fuerza—. Sólo puedo estar agradecido de no haber tenido nunca ocasión de conocer al primer ministro, así que al menos su asesinato no se ha achacado a mi puerta.

—Pero suponga que sólo hubiera un hombre cortejándola: ¿no cree que la gente se olvidaría de todos esos caballeros si fueran suplantados, por así decirlo?

Ella le miró horrorizada.

—¿Seguro que no está sugiriendo...?

Él sonrió, pero esta vez su sonrisa era bastante aterradora de contemplar.

—Pero lo estoy haciendo, señorita Pembroke. Tengo la intención de desafiar todas estas tonterías supersticiosas, y también tengo la intención de permanecer bastante sano y fuerte en el proceso.

—Pero... pero...

—¿Pero qué? O usted está de acuerdo en que son tonterías, en cuyo caso no tengo nada más que temer que los cotilleos, o está diciendo, en efecto, que usted causó esos desafortunados accidentes. Entonces, ¿qué va a ser? ¿Le da miedo la ilusión o la realidad?.

Ella pensó en lo que él le proponía y luego dijo:

—No creo que exista una maldición real. Pero, por otro lado, no puedo ignorar la vocecita en el fondo de mi cabeza que sigue diciendo: '¿Y si hay una maldición? ¿Y si todas estas otras personas tienen razón? ¿Y si cada hombre que se acerca a mí está poniendo en peligro su vida?'. Por desgracia, no importa cómo considere las pruebas, no puedo responder a esas preguntas con una certeza absoluta e inequívoca. Por lo tanto, tras considerar detenidamente su sugerencia, encuentro que no puedo permitirle arriesgar su vida de esta manera, lord Crowley. Mi respuesta tiene que ser no, no deseo que pretenda cortejarme.

Con eso, soltó resueltamente la mano y echó a correr calle abajo, sin mirar siquiera hacia atrás para ver si Jane la seguía.

Capítulo 3

-Buenas noches, señorita Pembroke —lord Crowley se inclinó cortésmente—. ¿Me concede el honor de este baile?

Las comisuras de su boca se torcieron ligeramente, y para Arabelle fue la gota que colmó el vaso. Aquel hombre era tan irritante que llevaba días siguiéndola por la ciudad, apareciendo donde menos se lo esperaba. Se negaba a aceptar un no por respuesta, pero no importaba lo que él intentara, ella no iba a cooperar con sus esfuerzos por demostrar que no había ninguna maldición.

—Lo siento, lord Crowley, pero no me apetece bailar esta noche —su sonrisa fue tan patentemente falsa como pudo hacerla.

—Está bien, señorita Pembroke. Estaré encantado de asistir al baile con usted —sin esperar permiso, ocupó la silla recién desocupada por Hester.

—Hace buen tiempo últimamente —comentó.

Mirando al frente, intentó actuar como si él no estuviera allí, pero se negó a ofenderse y marcharse.

Para colmo de sus problemas, la tía Phillipa, que estaba sentada a su izquierda, empezó a refunfuñar.

—Te he dicho que no te juntes con el sobrino de Swinton y, sin embargo, persistes en alentarlos. Usted, joven... —se inclinó alrededor de Arabelle y habló directamente a lord Crowley — ¡váyase y deje de molestar a mi sobrina!

Aunque la voz de la tía Phillipa era poco más que un fuerte susurro, varias mujeres sentadas cerca de ellos se echaron a reír detrás de sus abanicos, y a Arabelle le entraron ganas de hundirse por el suelo.

Al ser ignorada su orden directa, la tía Phillipa empezó a animar sobre la perversidad de todos los hombres. Entonces, para empeorar las cosas, la música terminó y Hester regresó con Dante Rivard y encontraron asiento al otro lado de lord Crowley. Los dos empezaron inmediatamente a comentar con aspereza a los otros bailarines.

Por si eso no fuera suficientemente malo, un joven se acercó, obviamente con la intención de invitarla a bailar. Sintiéndose como un zorro atrapado y acosado por una jauría de sabuesos, Arabelle se volvió hacia lord Crowley y le suplicó sin palabras que hiciera algo.



Respondiendo a la silenciosa súplica de Arabelle, Ashton miró con el ceño fruncido al hombre que se dirigía hacia ella. El joven titubeó y luego se desvió bruscamente en otra dirección. La edad avanzada tenía sus ventajas, decidió Ashton. Sus veintiocho años, aunque no le convertían en un anciano, sí le facilitaban la tarea de intimidar a los jóvenes de diecinueve y veinte años que se habían acostumbrado a divertirse a costa de la señorita Pembroke.

Por desgracia, nada le daba ventaja en lo que a la tía se refería. De hecho, le asombraba que con semejante dragón por carabina, la señorita Arabelle hubiera conseguido comprometerse dos veces. La mayor de las señoritas Pembroke no había dejado de fulminarle con la mirada desde que se sentó por primera vez junto a su sobrina, y era obvio que había querido escuchar sus comentarios *sotto voce*^[4] sobre los hombres. Habría sido divertido, si no fuera porque era evidente que estaba molestando a la señorita Arabelle.

Sin embargo, comparada con su sobrina mayor, la tía Phillipa era el modelo mismo de simpatía. Rivard y Hester parecían competir entre sí sobre cuál de los dos podía ser más dulcemente malicioso.

Tarde se le ocurrió que rescatar a una damisela en apuros estaba muy bien en las novelas, donde el héroe se limitaba a llevar a la damisela de vuelta a su castillo. Pero en la vida real uno tenía que vérselas con los parientes de la chica.

Seguramente la señorita Arabelle debía de estar tan harta de su tía y su hermana como él. ¿Quizás, ahora que había recurrido a su ayuda una vez, se mostraría un poco más dócil?

—Esto está bastante cargado. ¿Le gustaría tomar un poco de aire fresco? Creo que hay varios balcones disponibles.

—No, no me gustaría —respondió la señorita Arabelle, rechazando una vez más sus intentos de ayudarla.

Sin embargo, nada más rechazar su oferta, se acercó otro joven. Esta vez, cuando se dirigió a Ashton para pedirle ayuda, éste se limitó a sonreírle.

El joven hizo una reverencia y luego lanzó una rápida mirada hacia donde le observaba un grupo de amigos.

—¿Me concede este baile? —preguntó con una sonrisa burlona.

—Lo siento —dijo ella en voz baja—, pero he prometido dar una vuelta por la sala con lord Crowley.

Sin esperar ser rechazado, el joven vaciló, claramente inseguro de qué hacer a continuación, pero Ashton no tardó en ponerse en pie y ofrecerle el brazo a la señorita Arabelle.

En cuanto estuvieron lo suficientemente lejos como para que su tía no pudiera oírles, la señorita Arabelle le dijo:

—Debería darle vergüenza aprovecharse de mi situación para conseguir sus propios fines.

—Le pediría disculpas —replicó—, si no fuera porque he llegado al límite de mi tolerancia a las torvas miradas de su tía y a la lengua rencorosa de su hermana.

—Admitiré que mi tía y mi hermana pueden ser un poco fastidiosas. ¿Le han molestado sin motivo?

—Por qué pregunta tal cosa? ¿Simplemente porque un hombre menor ya habría

estrangulado a tu tía? ¿Y sin duda le habría arrancado la lengua de raíz a su hermana?

Ella sonrió brevemente y luego dijo:

—No siempre son tan malas. A mi tía nunca le han gustado los hombres, pero en su caso, como está estrechamente emparentada con Humphrey Swinton, le desagrada especialmente. Sea lo que sea lo que hizo su tío hace años, fue lo suficientemente malo como para ponerla en contra de toda su familia.

—¿Y su hermana? ¿Es siempre así de ácida? ¿O ha estado desplegando su ingenio estrictamente para mi entretenimiento?

—Creo que el señor Rivard es una mala influencia para ella —explicó Arabelle—. La anima a lanzar dardos venenosos en todas direcciones. Aunque nunca la describiría como dulce, en casa, en Norfolk, no se esfuerza tan deliberadamente por encontrar cosas desagradables que decir sobre nuestros vecinos.

Mientras paseaban, Ashton se fue dando cuenta de que un camino se despejaba mágicamente ante ellos y de que toda conversación cesaba con su aproximación. No deseando ser escuchado por unos y otros, consideró más prudente conducir a su compañera a uno de los mencionados balcones que daban al jardín.

Otra pareja había tenido la misma idea, pero en cuanto reconocieron con quién estaban compartiendo el aire fresco de la noche, la mujer soltó un gritito de consternación y el hombre la empujó de vuelta al salón de baile.

Por la luz que entraba por las puertas francesas, Ashton pudo ver razonablemente bien el rostro de Arabelle. Al principio pensó que ella no había notado nada raro en el comportamiento de la otra pareja, pero luego vio que sus manos apretaban con fuerza la barandilla y supo que el incidente la había disgustado de verdad.

Como al parecer ella deseaba fingir que no pasaba nada, él no mencionó lo que acababa de ocurrir, sino que empezó a hablar de un tema inocuo.

—Creo que lo que más echo de menos de Devon son mis caballos.

—¿No se los trajo a Londres con usted?

Sonrió.

—Me traje mi yunta y un caballo de montar, pero no podía traérmelos todos. Crío y entreno cazadores, ya ve. La yeguada Crowley es bastante conocida en los círculos cinegéticos, por lo que debo concluir que usted no caza.

—Me temo que es incluso peor que eso. No monto en absoluto.

Por un momento se quedó sin palabras. ¿No montar? Incluso su antigua prometida, Elisa Fairgrove -ahora lady Hazelmores-, que despreciaba los caballos, podía montar, aunque no con ningún grado de estilo, y no en un caballo que mostrara siquiera un mínimo de espíritu.

—Mi tía clasifica a los caballos sólo ligeramente por debajo de los hombres en su estima —explicó Arabelle—. Son demasiado grandes y están demasiado llenos de energía. También son torpes, lo que significa que están constantemente rompiendo cosas, a lo que se añade que comen demasiado y tienen una tendencia fatal al juego y a la bebida fuerte...

—¿Juego y caballos borrachos?

Arabelle se rio.

—No, no, ésa es su opinión sobre los hombres. Pero los caballos, sostiene ella, tienen casi los mismos defectos, además de que se sabe que muerden, patean y tiran a sus jinetes. Por lo tanto, la tía Phillipa sostiene que habilidades como montar y conducir son completamente impropias de una dama y no deben adquirirse'.

—¿Y usted comparte la opinión de su tía, o le gustaría aprender a montar?

—Mi opinión importa poco. Mi tía es la que decide lo que debo hacer y lo que no.

—Entonces, dada su aversión a los hombres, me sorprende que le haya traído a Londres para la Temporada.

—Oh, eso está fuera de su control. En su testamento, mi padre puso la estipulación de que debo tener una Temporada cada año hasta que cumpla veintiún años. Faltan menos de cuatro semanas para mi cumpleaños, momento en el que regresaré gustosamente a Norfolk y no volveré a mostrar mi cara en esta bella ciudad —hizo una pausa y luego continuó apresuradamente—. Pero no debe pensar que le estoy insinuando que se quede aquí y me haga compañía hasta mi cumpleaños. Al contrario, estoy persuadida de que será mejor para todos si vuelve con sus caballos.

—En absoluto —se oyó decir Ashton—. Estaré encantado de ser su amigo hasta que sea libre de regresar a su propio hogar —ahora, ¿por qué persistía en hacerse el héroe, cuando sus nobles sacrificios obviamente no eran bien recibidos por su destinatario?

Tras una breve pausa, dijo:

—Le agradezco la oferta, lord Crowley, pero como le he dicho una y otra vez, no puedo responsabilizarme del peligro al que se expondrá si persiste en sus esfuerzos en mi nombre. He llegado hasta aquí sola, y estoy segura de que podré superar estas últimas semanas. Después de todo, ¿qué daño hace un poco de cotilleo?

Se oyó un grito ahogado detrás de ellos y se giraron para ver a otra pareja de pie en la puerta, claramente sorprendidos al descubrir que el balcón ya estaba ocupado. Estaban tan alterados, de hecho, que era igualmente obvio que habían reconocido a Arabelle. Con miradas de horror, retrocedieron tan apresuradamente como si ella fuera una serpiente venenosa enroscada para atacar.

—Las habladurías son cualquier cosa menos inofensivas —dijo Ashton, con la voz aguda por la ira—. A veces siento que es la peor maldición de todas. Qué tontos son estos gentiles hombres de la tonelada.

—No deje que le alteren, entonces. No vale la pena inquietarse por ellos.

—No me estoy inquietando, señorita Pembroke. Ni estoy dispuesto a dejarles el campo libre. Todo lo que hace falta es un poco de audacia, un poco de resolución.

—Creo que debo advertirle que no soy terriblemente valiente.

—No es por presumir —dijo él con una sonrisa que volvía a ser bastante contagiosa—, pero tengo un amplio suministro de valor y estaré más que encantado de compartirlo con usted.

Mirándole a los ojos, Arabelle casi pudo sentir cómo su fuerza se derramaba en ella y, sin voluntad consciente, enderezó la espalda. Que la gente la mirara, decidió. No iba a acobardarse

más, por mucho que murmuraran. Y si alguno de los jóvenes volvía a molestarla, ella misma los mandaría a paseo.

—Ningún problema es tan malo —continuó lord Crowley en voz baja—, que no pueda aligerarse compartiéndolo con un amigo. ¿No aceptará mi amistad, señorita Pembroke?

Estuvo a punto de decir que sí, pero entonces esa vocecita en la parte posterior de su cabeza la regañó: ¿Pero suponga que en verdad estoy maldita? ¿Suponga que es abatido como los demás?

Así que en lugar de aceptar su oferta, se equivocó.

—Pensaré en lo que me ha dicho. Y ahora creo que deberíamos volver con mi tía. Me estoy enfriando un poco.

Por un momento pareció dispuesto a seguir argumentando su caso, pero luego la condujo de nuevo al interior sin más demora. Como de costumbre, la gente se apartó de ella, pero para sorpresa de Arabelle, cuando estaban hacia la mitad de la sala, una señora se plantó deliberadamente en su camino. Iba vestida con una bata roja con un escote escandalosamente bajo, y o bien se había pintado la cara o padecía una fiebre muy alta.

—Ashton, querido, estoy tan contenta de volver a verte en Londres —arrulló positivamente—. Pero me temo que no conozco a tu compañera. Te ruego que nos presentes.

Arabelle podía sentir la tensión que irradiaba lord Crowley y, cuando levantó la vista hacia él, se sintió sorprendida por la fuerte emoción que podía ver en su rostro. Antes de que pudiera identificar lo que él sentía -si alegría o ira- sus rasgos se alteraron, y ella bien podría haber estado mirando una estatua tallada en mármol.

Con voz de palo realizó las presentaciones.

—Lady Hazelmores, le presento a la señorita Arabelle Pembroke; señorita Pembroke, lady Hazelmores.

Luego, antes de que la mujer pudiera decir nada más, hizo una reverencia, presentó sus excusas y llevó a Arabelle a toda prisa hasta donde estaban sentadas su tía y su hermana.

Una vez allí, no ofreció ninguna explicación por su extraño comportamiento, que había rayado en la grosería, ni dijo qué relación tenía con la dama que le había llamado con su nombre de pila y que le había llamado 'querido'.

Pero Arabelle no pudo evitar darse cuenta de que durante el resto de la velada, por mucho que hablaran de esto y de aquello, sus ojos no dejaban de desviarse hacia lady Hazelmores, que por su parte no hacía el menor esfuerzo por disimular su interés por Ashton.



Black Jack Brannigan entró en el Spotted Dog y se sentó en la barra. O'Roark le puso inmediatamente delante una botella de ginebra y luego deslizó discretamente hacia él un trozo de papel. Black Jack lo palmeó; luego, mirando a su alrededor para asegurarse de que no le observaban, se lo metió en el bolsillo. Arrojando unas monedas de cobre sobre el mostrador, salió por la parte de atrás, llevándose la botella.

Subiendo las desvencijadas escaleras hasta su habitación encima de la taberna, sonrió con expectación. Otro trabajo, al parecer. El gentry mort^[5] que le contrataba pensaba que su identidad estaba bien oculta, pero la última vez que Black Jack se había ocupado de un pequeño problema para su anónimo empleador, también había conseguido averiguar la identidad del hombre. No se sabía cuándo podría necesitarse ese conocimiento, y Black Jack desconfiaba por naturaleza de la gente que deseaba utilizarle sin dar ninguna seguridad a cambio. Por lo tanto, se había provisto de su propia protección contra una traición.

Una vez en su habitación, dio un trago a su botella y luego sacó la nota del bolsillo. Desenrollándola, miró con frustración las letras escritas en ella. Luego golpeó la pared y bramó:

—¡Puaj!

Unos minutos después, apareció su vecina y amante ocasional, ya vestida para una noche en la calle.

—Léeme esto —le dijo, tendiéndole el papel.

—Te costará un penique —dijo ella, pero él levantó el puño y ella lo reconsideró inmediatamente. Acercándose a la mesa, echó un vistazo a la nota a la luz de la única vela—. No tiene mucho sentido. Sólo dice 'Lord Thor-ver-ton', y debajo está escrito 'cincuenta guineas'. Eso es mucho dinero.

Ella le miró con especulación en los ojos, pero él no hizo ningún esfuerzo por explicárselo. Cuanta menos gente supiera de este negocio, mejor. Cogiendo de nuevo el trozo de papel, envió a Peg por su camino con el ceño fruncido, prometiéndole que se arrepentiría si alguna vez mencionaba una palabra de su negocio a alguien más.



Arabelle paseaba de un lado a otro en el salón. Tía Phillipa y Hester habían ido a casa de Madame Parfleur a encargar unos vestidos nuevos, dejándola atrás, y todo porque temía que si salía, lord Crowley volviera a 'tener la oportunidad' de conocerla. Se estaba convirtiendo en poco más que una prisionera en su propia casa. Estaba claro que las cosas habían ido demasiado lejos.

Pero, ¿qué podía hacer? Aquel desgraciado persistía en hacerse el héroe. ¿Nadie le había dicho nunca que los héroes eran asesinados con bastante frecuencia mientras realizaban sus actos de valentía? ¿Por qué no podía hacerle comprender que no valía la pena arriesgar su vida sólo para que ella no tuviera que soportar que la miraran fijamente y cuchichearan sobre ella?

Sus pensamientos fueron interrumpidos por un golpe en la puerta, que fue abierta un momento después por Smucker.

—Disculpe, señorita Arabelle, pero hay una dama que desea verla.

Arabelle le miró asombrada. Ninguno de sus amigos había hecho una sola visita desde que la habían apodado la Viuda Negra. Las pocas visitas que habían tenido esta temporada habían venido a ver a la tía Phillipa o a Hester.

—¿Estás seguro de que desea verme, Smucker?

—Bastante seguro, señorita.

—Muy bien, la veré —quizás era una amiga de casa, alguien que sólo estaba de visita en Londres por unos días. O tal vez...No, no se le ocurrían otras posibilidades.

Unos minutos más tarde, el mayordomo hizo pasar a lady Hazelmores a la habitación, y fue todo lo que Arabelle pudo hacer para ocultar su asombro... y su curiosidad. ¿Qué había impulsado a esta mujer a acercarse a ella?

Los saludos de lady Hazelmores no sólo fueron profusos, sino que se expresaron en términos tales que cualquiera que la oyera podría confundirlos fácilmente con reverencias de pecho. Entonces Arabelle esperó con impaciencia mientras la otra mujer parloteaba, expresando sus opiniones sobre el tiempo -intempestivamente caluroso- y el baile de la noche anterior -un terrible flechazo- y el nuevo vestido que había encargado -una deliciosa confección en plata y rosa.

Finalmente, tras unos diez minutos de cháchara ociosa, lady Hazelmores fue al grano.

—Me he dado cuenta de que anoche estuvo con lord Crowley.

De algún modo, a Arabelle no le sorprendió en absoluto que surgiera su nombre; de hecho, lo había estado esperando desde que lady Hazelmores había entrado en la habitación.

—Sí —dijo brevemente. Nunca antes le había tomado a nadie una antipatía instantánea, pero ahora tenía la fuerte premonición de que aquella mujer no estaba aquí para ofrecerle su amistad, sino que lady Hazelmores tenía algún motivo oculto para su visita.

—Sentí que era mi deber cristiano venir a advertirle —lady Hazelmores sonrió, pero Arabelle no pudo ver ni buen humor ni amabilidad en la sonrisa.

—No hay necesidad de advertir a nadie —dijo Arabelle con bastante brusquedad—. Lord Crowley conoce bien los rumores relacionados con mi nombre.

—No, no, querida, no pensaba en eso. Sabiendo cómo ha sufrido por su terrible aflicción...

Arabelle sintió que se ponía rígida y empezó a odiar a la otra mujer por sus comentarios despreocupados, cuya crueldad apenas disimulaban las sonrisas que los acompañaban.

—... y sabiendo los escandalosos cotilleos que ya se han extendido por todas partes sobre sus, digamos, desgracias —sonrió dulcemente, revelando unos hoyuelos a juego—. Sentí que era nada menos que mi deber venir aquí y advertirle, para que no sufriera aún más por mi culpa. Me sentiría eternamente culpable si le causara siquiera un segundo de dolor adicional. Verá... Ashton y yo ... ¿Cómo decirlo?

Arabelle sospechaba que lady Hazelmores sabía exactamente cómo iba a decir las palabras rencorosas que había venido a decirle. Era más que probable que hubiera practicado cada pequeño titubeo, cada sonrisa falsamente dulce frente al espejo.

—Conozco a Ashton desde que era bastante joven. Éramos, de hecho, novios de la infancia, y todo el mundo sabía que algún día nos casaríamos.

Hizo una pausa, observando a Arabelle con el rabillo del ojo para ver qué efecto tenían sus palabras, pero Arabelle consiguió -esperaba- mantener su sonrisa insípida.

—Qué bien —murmuró, sin querer que esta mujer supiera exactamente cuánto dolor le estaban causando sus palabras.

—Hace tres años, nos prometimos formalmente, y el querido Ashton juró que me amaría

para siempre. De hecho, en aquel momento pensé que yo también le amaba —se secó los ojos con el pañuelo, pero Arabelle no pudo ver señal alguna de lágrimas.

—Pero, ay, yo era joven y no conocía mi propio corazón. Desde luego, no pensaba enamorarme de Hazelmores, pero él era tan persistente que no pude resistirme a sus ruegos. Una semana antes de haberme casado con el queridísimo Ashton, me fugué con Hazelmores al continente.

Arabelle se quedó mirando atónita.

—¿Dejó plantado a lord Crowley?

—Oh, no debe pensar mal de mí —exclamó lady Hazelmores, con cierta aflicción—. Era muy joven y estaba tan enamorada que no veía otra salida. No deseaba romper el corazón de Ashton, pero ¿cómo podía casarme con él cuando mi propio corazón estaba entregado a otro?

—Podría haberle pedido simplemente que le liberara de los esponsales —dijo Arabelle.

—No tuve el valor suficiente para enfrentarme a él —dijo lady Hazelmores, enjugándose de nuevo los ojos—. No podía soportar ver su dolor. Yo era tan joven, apenas tenía dieciocho años, y como había dejado de amarle, de algún modo parecía como si él también hubiera dejado de amarme. Si hubiera sabido que le estaba rompiendo el corazón, ay, no sé qué habría hecho, pues Hazelmores amenazó con suicidarse si me casaba con otro. Así pues, nos vimos obligados a huir a Francia, no fuera que Ashton retara a duelo a mi queridísimo Hazelmores. Ashton es un tirador letal, ya lo sabe. Pero Hazelmores es más hábil con una rima ingeniosa.

Qué ridículamente dramática es esta tonta mujer, pensó Arabelle. Le asombraba que alguien pudiera ser tan tonta y, sin embargo, tomarse a sí misma tan en serio.

—Sólo más tarde me di cuenta de que había roto el corazón del querido Ashton, pero para entonces no había nada que pudiera hacer para aliviar su dolor. Volví de Francia para descubrir que se había retirado completamente de la sociedad, encerrándose en Devon, encontrando el consuelo que podía con sus caballos.

—No veo en qué me concierne esto —dijo rotundamente Arabelle—. No estoy en absoluto interesada en viejos chismes.

Pareciendo un poco enfurruñada porque sus esfuerzos no estaban logrando el efecto adecuado, lady Hazelmores continuó.

—Cuando me enteré de que Crowley estaba de nuevo en Londres, me quedé realmente asombrada. Pensé, esperé, incluso me atreví a soñar, que tal vez su corazón se había reparado. Pero cuando le vi anoche, no pude dudar de que todavía me ama. ¿Qué voy a hacer, señorita Pembroke?

—Bueno, usted y su marido podrían irse de Londres por un tiempo —dijo Arabelle. Su respuesta tan práctica no agradó en absoluto a su visitante.

—¿Dejar Londres? ¡Pero si estamos en plena temporada! ¿No estará sugiriendo que renuncie a todas las festividades?

—Parecería lo más apropiado si de verdad desea evitar causar a lord Crowley un dolor innecesario.

Lady Hazelmores hizo un mohín que le sentó de lo más favorecedor.

—No puedo creer que el querido Ashton quisiera que yo también sufriera. Queriéndome como me quiere, estoy segura de que querría que fuera feliz.

Arabelle se encogió de hombros.

—Parece que uno de los dos debe sufrir, entonces.

Poniéndose en pie, lady Hazelmores dijo algo enfadada:

—He venido aquí por la bondad de mi corazón para advertirle de que si es usted tan tonta como para enamorarse de lord Crowley, también conocerá el dolor del amor no correspondido.

—¿Y eso por qué? —preguntó Arabelle, interpretando deliberadamente el papel de tonta ingenua.

—¡Porque él nunca amaré a nadie más que a mí! —gritó, mostrando por primera vez una emoción sincera no acompañada de ninguna expresión practicada.

Al ver a su visitante salir de la habitación, Arabelle no sabía si reír o llorar. Era difícil creer que lord Crowley pudiera haber amado alguna vez a una papanatas tan tonta y presumida como lady Hazelmores. Por otra parte, era bien sabido que el amor volvía tontos a los hombres... y a las mujeres.

Era muy probable que ella misma fuera la más tonta. Sin admitirlo ante sí misma, había estado esperando que lord Crowley se enamorara de ella, que la pretensión se convirtiera en realidad y que él la cortejara en serio.

Qué ridículo. Incluso si se hubiera recuperado de su corazón roto -y la expresión de su rostro ayer por la tarde, cuando había visto por primera vez a lady Hazelmores, sugería que no lo había hecho-, entonces, ¿por qué demonios iba a enamorarse de ella?

Caminando por la habitación hasta la chimenea, se miró en el espejo que había sobre la repisa. No había nada especialmente malo en su aspecto, pero por otro lado, había docenas de otras chicas igual de guapas o incluso más. Además, se le estaban haciendo bastante largos los dientes; ¡porque tenía casi veintiún años!

Volviendo a su asiento junto a la ventana, recogió su labor de aguja y la miró con disgusto. Realmente había llegado el momento de admitir que nunca llegaría a dominar el bordado... o el encaje de bolillos... o las acuarelas... o tocar el piano... o hablar francés e italiano. Tía Phillipa insistía en que tenía la capacidad de aprender si se lo proponía, pero ése era el problema: simplemente no se atrevía a interesarse por ninguna de esas cosas.

Quizá cuando regresaran a Norfolk -ya que entonces sería mayor de edad -podría insistir en tener una parcela de jardín propia. Tal vez una vez que se pusiera el gorro y admitiera ante el mundo que era una solterona, entonces no importaría tanto si se dedicaba a hurgar en la tierra... Tal vez sólo la considerarían excéntrica, lo que sin duda era admisible para una solterona, ¿no?

Tal vez incluso podría enfrentarse a la tía Phillipa y exigir que se le permitiera tomar sus propias decisiones. Y tal vez los cerdos podrían volar.

Se conocía lo suficiente como para admitir que nunca sería capaz de ganar una discusión con su tía, ni tampoco con su hermana. Lo cual era otra razón por la que no era probable que lord Crowley se enamorara de ella. Un hombre de su valentía y sus firmes convicciones querría una mujer valiente, decidida, capaz de plantar cara a la gente y mirarla fijamente. Definitivamente, él no querría casarse con una chica que no tuviera ninguna espina dorsal.

Enfadada consigo misma, clavó la aguja en la tela con tanta fuerza que uno de los hilos cruzados se rompió, creando un pequeño agujero. Lo miró consternada, muy consciente de que su tía se enfadaría mucho con ella.

Entonces, con una resolución que no sabía que tenía, sacó la pieza de su marco, la llevó a la cocina y la arrojó al fuego. Sintió más satisfacción al verla arder que la que había sentido nunca mientras trabajaba en ella.



Ashton levantó la vista de su escritorio para ver a su madre entrar en la biblioteca sin llamar, con una expresión militante en el rostro.

—Quiero hablar contigo. ¿Cómo te atreves a negarte a subir a tomar el té con mis invitados? Cuando Morrison me dijo que estabas demasiado ocupado, me sentí tan mortificada que casi me muero.

—Lamento si le he causado alguna vergüenza, pero ya le he dicho en repetidas ocasiones que no estoy interesado en conocer a las hijas de ninguno de sus amigos.

—¡Y sin embargo, parece que estás deseando lanzarte sobre esa descarada, esa Viuda Negra!

—Tenga cuidado con lo que dice. No permitiré que ni usted ni nadie use ese asqueroso apodo, madre.

—¡Llamaré a esa desdichada mujer como quiera!

Ashton la miró fríamente, preguntándose qué había hecho para merecer una madre así, cuya idea de la caridad cristiana consistía en dar diez libras a los pobres de la parroquia una vez al año durante la temporada de yuletide.

—Entienda esto, madre: Si vuelve a referirse a la señorita Pembroke de esa manera, no le permitiré más el uso de esta casa.

—¡No te atreverías a hacer tal cosa! ¿Por qué? ¿Qué diría la gente?

—Sabe, madre, nunca me ha importado especialmente lo que diga 'la gente'. Por favor, créame, hablo muy en serio. No se le ocurra poner a prueba mi paciencia, porque en este tema no tengo ninguna.

—Eres un hijo poco natural al hablar así a tu propia madre. Y estoy segura de que estás animando a tu hermanito a que desoiga también mis deseos.

—Adam ya no es tan joven. Tiene casi veintiún años y es bastante capaz de ser desobediente por sí mismo.

—Oh —gimió ella, apretando el pañuelo contra su pecho—, vais a ser mi muerte. Menos mal que tu querido padre no está vivo para oírte hablarme de esa manera.

Con ese disparo de despedida, salió de la habitación antes de que Ashton pudiera recordarle que 'su querido padre' había sido tan insubordinado como su hijo mayor.

Capítulo 4

Estar en Tattersall's no era tan bueno como estar en sus propios establos en Devon, admitió Ashton para sí mismo, pero era lo siguiente mejor. Aquí no sólo había caballos, sino también hombres que sabían de caballos, lo que lo convertía en un cambio bienvenido respecto a los salones de baile de Londres.

—¿Por qué estaría tan interesado en ver cómo se pone a prueba a una potrilla tan bonita como ésta?

Al reconocer la voz detrás de él, Ashton estaba sonriendo incluso antes de darse la vuelta.

—Hennessey, ¡viejo amigo! ¿Qué le trae por el mar de Irlanda? ¿Está comprando o vendiendo?

—Esa es una pregunta tonta; si lo que necesitara fuera otro caballo, es en Dublín donde me encontraría. No es que haya nada malo en un caballo inglés si no hay uno irlandés disponible.

El irlandés pelirrojo se deleitaba interpretando el papel de pueblerino iletrado, especialmente cuando compraba o vendía caballos, pero Ashton sabía que, a pesar de las apariencias, Thomas Hennessey no sólo era el propietario de una gran finca irlandesa con una floreciente yeguada de pura sangre, sino que también había sido educado en Oxford y estaba casado con la hija de un conde inglés.

—¿Lo que significa que hoy no pujará contra mí?

—Desde luego que no, si lo que quiere es comprar esta dulce cosita. No está a mi altura, y desde luego no a la suya, lo que me hace preguntarme si hay algo de verdad en los rumores que corren por Londres. He oído que planea casarse con cierta joven, aunque yo no lo habría creído. Aun así, si va a comprar la montura de una dama... —Dejó que su voz se entrecortara sugestivamente.

—La señorita Pembroke no monta —respondió Ashton, ignorando deliberadamente la pregunta, obviamente más intrigante, de cuáles eran sus intenciones respecto a la dama en cuestión. No le cabía duda de que Hennessey podría morderse la lengua si fuera necesario, pero, por otra parte, Tattersall's no era el lugar adecuado para mantener una discusión privada.

—¿No cabalga? Ahora sí que ha despertado mi curiosidad.

—Dígame, ¿es usted supersticioso además de curioso?

—Como hombre nacido y criado en Irlanda, estaría negando mi herencia si no creyera en pequeños seres -elfos, hadas, duendes y similares. Pero si me pregunta si creo que cierta joven está aquejada de una maldición fatal, entonces debo admitir que me resultaría más fácil creer que los caballos tienen alas.

—Pienso ejercitar a mi caballo mañana temprano en Hyde Park —dijo Ashton en voz baja.
Hennessey asintió con la cabeza al encuentro propuesto, y Ashton continuó con suavidad:

—En realidad, no he venido aquí para comprar un caballo. Mi hermano me pidió que me reuniera con él, pero confieso que no me dijo si deseaba valerse de mis expertos consejos sobre caballos o sobre mujeres.



Resultó que no se trataba ni de caballos ni de mujeres, sino de deudas de juego.

—¿Has hecho qué?

—No hace falta que grites. Son sólo ciento cincuenta libras —dijo Adam, sus ojos no llegaban a encontrarse con los de Ashton.

—¿Sólo? Se ha metido a gente en la cárcel de deudores por deber menos de esa cantidad. ¿Qué te poseyó para apostar con dinero que no tenías?

—No me sermonees, hermano mayor. Ya me he reprendido a fondo por ser tan crédulo. Admito libremente que fue una estupidez, aunque en aquel momento parecía que sería algo seguro.

—¿Parecía seguro? Que los santos nos protejan —murmuró Ashton.

—Te lo devolveré cuando reciba la paga del próximo trimestre...

—Y mientras tanto, ¿no debo considerarte un 'jugador empedernido', como dijiste tan bien el otro día?

La expresión de Adam se volvió algo enfurruñada.

—Sólo dime si me prestarás el dinero o no, porque si te niegas a complacerme en esto, tendré que buscar en otra parte.

—Oh, estaré encantado de prestarte el dinero, pero sólo con una condición.

—¿Qué condición?

—Que renuncies a tus habitaciones en el Albany y vuelvas a casa.

La expresión enfurruñada había desaparecido ahora, sustituida por una ira abierta.

—Maldita sea, Ashton, no soy una niña para que me den órdenes de ese tipo. Soy un hombre, y es enteramente mi decisión dónde vivo.

Ashton se encogió de hombros.

—Podría señalar que contraer deudas que uno no tiene los medios para pagar no es la marca de un adulto, pero no deseo prolongar esta discusión indebidamente. Te he dicho cuáles son tus opciones, así que dime tu decisión: ¿deseas que te preste el dinero o no?

Adam estaba obviamente dividido entre el deseo de rechazar el dinero de Ashton y las ataduras que conllevaba, y el conocimiento de que sin duda tendría dificultades para encontrar un amigo de su edad que tuviera ciento cincuenta libras de sobra tan cerca del final del trimestre.

—Muy bien, volveré a casa —dijo finalmente, y Ashton extendió un giro bancario en el acto.

Después de que Adam se marchara, Ashton demostró ser tan tonto como su hermano al pujar más que Fabersham por la potra que sería perfecta para la señorita Arabelle Pembroke... si supiera montar, que no sabía.

Obviamente, Londres le estaba afectando negativamente, admitió mientras arreglaba la entrega de su nuevo caballo en su establo. Tal vez había llegado el momento de renunciar a jugar al caballero andante y regresar a Devon antes de que cometiera una imprudencia aún mayor.



Aunque el día estaba nublado, el parque estaba abarrotado y, poco después de entrar en Hyde Park, Arabelle se preguntó por qué había pensado que su situación podría haber cambiado desde la última vez que había paseado por Rotten Row. ¿Había tenido la secreta esperanza de que los esfuerzos de lord Crowley ya hubieran convencido a la gente de que ella no era tan peligrosa?

Si era así, claramente había sido una ilusión, porque las miradas seguían siendo bastante groseras y la gente se apartaba de su camino con la misma rapidez que cuando había llegado aquí a principios de abril. Después de aquella primera expedición, había decidido que nada la induciría a repetir la experiencia.

Entonces, ¿por qué había cedido a las importunidades de Hester? Con Jane, su doncella, sintiéndose demasiado mal para pasear hoy por el parque, Hester podría haberse quedado en casa por una vez, en lugar de persuadir a Arabelle para que la acompañara.

—Mira hacia allí: lord Crowley acaba de atravesar la verja —dijo ahora Hester con voz cortante—. Aunque debo decir que no me sorprende verle. Se las arregla para aparecer allá donde vamos. Empiezo a sospechar que le estás enviando secretamente notas informándole por adelantado de todos nuestros planes.

—¡Hester! Es una acusación terrible. Jamás se me ocurriría comportarme de un modo tan descarado. ¿Cómo puedes siquiera sugerir tal cosa?

—Bueno, quizá no lo hayas hecho, pero la única otra explicación es que haya puesto a uno de sus criados a espiarnos. Pues esta vez su torpeza no le va a beneficiar lo más mínimo —Hester agarró a Arabelle del brazo y empezó a empujarla por el sendero alejándola del carruaje que se acercaba.

—Suéltame el brazo —siseó Arabelle, tirando hacia atrás—. Sólo estás haciendo que llamemos la atención al avanzar a un ritmo tan temerario.

—¿Y? No es a mí a quien todos miran. Y si no deseas que te miren embobados, hoy deberías haberte quedado en casa. Podría haber traído a otra de las criadas en tu lugar.

Que no era en absoluto lo que Hester había afirmado antes cuando había insistido en que se sentiría totalmente abatida si Arabelle rechazaba este pequeño favor. Pero al menos su hermana moderaba ahora algo su ritmo, cosa que Arabelle agradeció.

—Oh, Hester, ¿tenemos que pelearnos siempre?

—Mientras sigas viendo a ese hombre, debemos hacerlo.

—¿Qué tienes contra lord Crowley?

—Sospecho firmemente que te está tomando por tonta. Todo el mundo sabe que Elisa Fairgrove le rompió el corazón cuando se fugó con lord Hazelmere. Te engañas a ti misma si crees que lord Crowley se casará con una insignificante don nadie como tú después de haberse prometido con semejante belleza. Después de todo, si no fuera porque todos tus pretendientes han tenido un final prematuro, la sociedad te pasaría bastante por alto.

Arabelle hincó los talones y se detuvo tan bruscamente que consiguió soltar el brazo del agarre de su hermana.

—Esta vez has llegado demasiado lejos —dijo con voz ahogada.

Dándose la vuelta, empezó a caminar lo más rápido posible en dirección contraria, con la única intención de poner la mayor distancia posible entre ella y su hermana. Las lágrimas en sus ojos le dificultaban ver hacia dónde se dirigía, así que debió de ser el destino el que la llevó directamente junto al carruaje de lord Crowley, que estaba detenido detrás de otro faetón y dos landaus.

—Buenas tardes, señorita Pembroke —le dijo cortésmente, su voz familiar detuvo su huida precipitada —¿Le gustaría acompañarme a dar una vuelta por el parque?

A punto de presentar sus excusas habituales, Arabelle cambió bruscamente de opinión. La oportunidad de pasar un rato con una persona que no la alborotaba ni le daba la lata y que parecía disfrutar realmente de su compañía, era demasiado tentadora como para rechazarla.

Entre murmullos y jadeos de los transeúntes, permitió que su mozo, que había bajado de la parte trasera del faetón, la ayudara a subir al carruaje. Luego se apartó del camino y lord Crowley dio un golpe con las riendas, y el carruaje avanzó, aunque lentamente, ya que la aglomeración de vehículos era demasiado grande para permitir un progreso sostenido.

—Algo le ha molestado —dijo en voz baja.

Secándose subrepticamente una lágrima del rabillo del ojo con la punta del guante, Arabelle agradeció que él mirara a sus caballos y no a ella. No quería que se llevara la impresión errónea de que ella era por naturaleza débil.

—No fue nada, en realidad. Mi hermana a veces... —No se le ocurría una forma de decir con tacto que los comentarios mordaces de Hester a veces la hundían, pero lord Crowley asintió de todos modos, comprendiendo lo que quería decir sin necesidad de que ella terminara la frase. Era una de las cosas que hacían de él una persona con la que resultaba tan fácil conversar.

—¿Sabe? —dijo, con una sonrisa tirándole de las comisuras de los labios—, no siempre es fácil ser el hermano o la hermana mayor. Imagino que mi hermano menor a veces me encuentra tan agravante como usted a su hermana —eso sí que era un taradiddle^[6]. Lord Crowley era tan despreocupado, tan bondadoso, tan... tan amable que nunca podría decir nada desagradable a nadie, y menos a su propio hermano. Aunque -le echó una ojeada a hurtadillas- tenía que admitir que cuando se enfadaba por una injusticia, podía parecer realmente formidable.

Por suerte, él nunca se había enfadado con ella, y ella sólo podía rezar para que las circunstancias nunca la obligaran a sentir el peso de su ira.

Al echar un vistazo al carruaje que se acercaba a ellos, Arabelle se vio totalmente

sorprendida por la visión de lady Hazelmores, que los saludaba alegremente, o mejor dicho, saludaba y sonreía a lord Crowley mientras ignoraba a Arabelle como si nunca hubieran sido presentadas, como si nunca hubiera acudido a la residencia de los Pembroke y se hubiera desahogado con Arabelle.

Tal vez fue el desaire deliberado lo que hizo que Arabelle formulara la pregunta que la había estado atormentando durante días, desde que había oído la historia de los esponsales rotos... o tal vez fueron puros celos de que lord Crowley acabara de inclinar cortésmente su sombrero ante la otra mujer. Cualquiera que fuera su motivo, en cuanto el otro carruaje pasó a salvo junto a ellos, Arabelle se oyó a sí misma soltar la pregunta que nunca había tenido intención de hacer.

—¿Le rompieron el corazón de verdad?

Lord Crowley la miró, con expresión enigmática.

—¿Mi corazón?

Aunque hubiera preferido saltar del carruaje y salir corriendo, dijo con la mejor muestra de audacia que pudo reunir:

—Lady Hazelmores me hizo una visita hace unos días y me contó toda la historia de sus esponsales y su posterior fuga.

—¿Ella hizo qué? —Era evidente que lord Crowley estaba tan asombrado como lo había estado ella misma— ¿Por qué demonios haría ella algo así?

—No sabría decir cuáles fueron sus verdaderos motivos —respondió Arabelle, sintiéndose inexplicablemente un poco molesta por no haber afirmado inmediatamente que su corazón seguía completamente intacto—. En cualquier caso, me dijo que sentía que era su deber advertirme de que usted no hace más que jugar con mis afectos, que en realidad nunca se casará conmigo.

—No le contó nuestro plan, ¿verdad? —preguntó él, ignorando intencionadamente -o eso le pareció a ella- la cuestión mucho más interesante de si le habían roto el corazón o no.

—De hecho, no le conté nada. A diferencia de algunas personas, soy bastante capaz de controlar mi lengua —dijo Arabelle bastante enfadada, pasando por alto deliberadamente el hecho de que su lengua se le había estado escapando desde que se reunió con lord Crowley en su carruaje.

—Me alivia oír eso —dijo él—. Odiaría pensar que mis esfuerzos en su favor fueron en vano.

Era bien sabido en Norfolk que la disposición de Arabelle era bastante ecuaníme. Nunca había sido dada a las muestras de mal genio como su hermana mayor. Ahora mismo, sin embargo, Arabelle se daba cuenta de que unos cuantos juramentos bien elegidos contribuirían en gran medida a aliviar su agravio -agravio causado tanto directa como indirectamente por el hombre sentado a su lado.

En lugar de eso, recordando las frecuentes admoniciones de su tía de comportarse en todo momento como una dama, Arabelle se contentó con decir:

—No estábamos discutiendo sus esfuerzos por refutar la maldición. La pregunta que le hice -y que aún no ha respondido- es si le rompieron o no el corazón.

Y en segundo lugar, se dijo a sí misma, algunos nos preguntábamos cuáles son sus intenciones. Pero ella sabía la respuesta a eso. Había dejado claro desde el principio que sólo estaba siendo galante, que no estaba prendado de sus encantos, que Hester acababa de insistir en que eran inexistentes.

Sonrió, y luego soltó una carcajada.

—Sin querer decir nada despectivo de alguien a quien conozco desde la infancia, no ha pasado un solo día desde entonces en que no haya estado agradecido a una providencia misericordiosa por mi estrecha escapada.

No había forma de que ella pudiera dudar de que él decía la verdad; había demasiado regocijo infantil en su sonrisa como para pensar que sólo intentaba ocultar un corazón roto. Ella no pudo evitar que una sonrisa similar se dibujara en su propio rostro, y el resto del trayecto en coche alrededor del parque lo pasó comentando bastante amistosamente las noticias que había recibido de Devon sobre su semental.



Debía de haber sido un hada malvada la que había inspirado a lady Letitia para invitar a lady Crowley a dar una vuelta por el parque en su carruaje. Aunque Dorothea podía ser una compañera bastante agradable en el curso normal de los acontecimientos, en realidad era una mujer de lo más desagradable cuando las cosas no salían según sus deseos. Y a lady Letitia se le había hecho evidente de inmediato -aunque, por desgracia, no lo bastante de inmediato- que su compañera estaba teniendo sin duda un mal día.

En lugar de mostrar el debido agradecimiento por el honor de sentarse junto a lady Letitia, Dorothea lanzaba miradas fulminantes a su hijo, cuyo carruaje les precedía a poca distancia.

—Contrólese, Dorothea, por favor. Parece como si estuviera dispuesta a arrojarle delante del faetón de su hijo, lo cual es demasiado dramático incluso para usted. ¿Está tan empeñada en que su hijo siga soltero?

—No sea ridícula, nada me gustaría más que se casara y montara su guardería, pero ese desgraciado se niega a bocajarro a conocer a las hijas de cualquiera de mis amigos.

—Más bien creo que ya tiene el corazón puesto en una joven en particular.

—¡Maldita sea! Esa desdichada muchacha no es más que una intrigante buscona que quiere atrapar a mi hijo, y él sólo la anima porque sabe que eso me disgustará. Su padre era igual: obstinado, terco y testarudo. Y Ashton se parece a él. Se deleita en ir en contra de mis deseos. Estoy segura de que si yo recibiera a esa imbécil con los brazos abiertos, él la abandonaría en un instante.

Dorothea siempre había sido orgullosa, incluso de joven, y lady Letitia no la encontraba más atractiva ahora que años atrás. Era sorprendente que Ashton y Adam hubieran salido tan bien. Obviamente tenían mucho de su padre en ellos. Él había sido un hombre muy dulce, pero en realidad no estaba a la altura de su esposa.

—Supongo que usted ha tenido algo que ver en esto —murmuró ahora lady Crowley—. Sé muy bien que usted se deleita haciendo de casamentera.

—¿Yo? De verdad, Dorothea, no fui yo quien envió una carta a Devon exigiendo que lord Crowley viniera a Londres.

—Bueno, ahora que ha cumplido la tarea que le encomendé, me asombra que no se haya apresurado a volver con sus preciados caballos.

Lo que asombraba a lady Letitia era lo rápido que ciertas personas podían provocarle dolor de cabeza. Menos mal que ni Ashton ni Adam habían heredado el egocentrismo y el engreimiento de su madre.



Después de haber sido abandonada en público por su hermana, Hester se sintió bastante aliviada cuando Dante Rivard se acercó hasta donde ella estaba y la invitó a caminar un poco con él.

—No es justo —dijo ella, cogiéndole del brazo.

—¿Qué no es justo, mi amor? preguntó Dante.

—Por allí... mi hermana —fue todo lo que dijo Hester antes de volver la cabeza hacia otro lado, incapaz de soportar la visión de Arabelle sonriendo y hablando con lord Crowley. Sólo unas semanas más y no importaría, pero por ahora no debía cortejar a Arabelle, no cuando aún podía perderse todo.

—Da la impresión de estar totalmente encaprichado con ella, debo admitirlo —dijo Dante con una sonrisa burlona.

—Puede que a usted le parezca divertido, pero a mí no.

—¿Detecto una nota de celos en su voz? Por favor, modere sus tonos, mi dulce, o animará a todos y cada uno a divertirse a su costa.

Bajando la voz, insistió en tratar de sonsacarle su opinión.

—Quiero saber lo que piensa usted. ¿Van en serio las intenciones de Crowley? ¿O simplemente está jugando con ella? Es muy importante que lo sepa.

—¿Quién puede predecir lo que hará cualquier hombre? Todo lo que puedo decirle es que las probabilidades en los clubes son ahora de dos a uno de que Crowley expirará antes de que el mes de mayo haya terminado, y siete a una de que no vivirá para ver julio, así que yo diría que el consenso es que está cortejando seriamente a su hermana.

—Simplemente no es justo —repitió Hester, sintiéndose físicamente enferma ante la mera idea de que su hermana estuviera prometida una vez más.



—¿Puedo sugerirle su nuevo chaleco azul bígaro? —dijo Fredericks, con una expresión cuidadosamente insípida.

—No sabía que tenía un chaleco nuevo —respondió Ashton frunciendo el ceño.

—Un regalo de su madre —respondió su ayuda de cámara con demasiada prontitud. Por un momento Ashton se debatió entre la ira y la diversión.

—¿Hace falta que le diga que no he permitido a mi madre elegir mi ropa desde que dejé de llevar abrigos cortos?

—¿Desea entonces que me deshaga de la prenda ofensiva, milord?

—Eso depende de lo ofensiva que sea —respondió Ashton, incapaz de mantener la cara seria por más tiempo.

—En realidad es bastante impresionante —con una floritura, Fredericks sacó el mencionado chaleco de su espalda.

Tenía razón. Al ver por primera vez el chaleco, Ashton se quedó demasiado atónito para hablar durante unos minutos. La prenda podía ser azul, pero se veía muy poco de la tela, completamente adornada con bordados de oro y plata, perlas de siembra y...

—¿Diamantes, Fredericks? ¿Se le ha ido la olla a mi madre? ¿De verdad espera que me ponga eso... eso...? —Las palabras volvieron a fallarle.

—En realidad, éste es sólo el primero de muchos. El chico que lo entregó me informó de que su madre ha encargado un guardarropa entero para usted.

—¡Por Dios, me hielas la sangre!

—Me he tomado la libertad de utilizar su nombre para cancelar el resto de los artículos —dijo el ayuda de cámara con suavidad—. ¿Confío en que eso cuente con su aprobación?

—¿Puedes dudarlo? Sin duda se ha ganado un aumento —dijo Ashton, todavía mirando asombrado el chaleco.

Llamaron a la puerta y Fredericks la abrió para admitir al mayordomo.

—Disculpe, milord, pero lady Crowley solicita que se reúna con ella en el salón.

—¿A quién tiene con ella esta vez?

—A nadie —respondió Morrison—. Creo que espera compañía para cenar, pero por el momento desea hablar con usted a solas.

—Entonces dígle que bajaré cuando termine de vestirme.

Pasaron unos diez minutos antes de que Ashton se reuniera con su madre, que le miraba a través de su vaso examinador con desagrado.

—Ese abrigo obviamente fue confeccionado por ese miserable hombrecillo -no lo dignificaré llamándolo sastre- en Tavistock. Bueno, te complacerá saber que he tomado medidas para procurarte un guardarropa más adecuado para Londres.

Ashton no estaba nada contento, y estuvo tentado de decirle que sus planes ya habían sufrido un duro revés, pero se contuvo. En realidad, no estaba de humor para escuchar las recriminaciones y acusaciones que seguramente se producirían cuando ella descubriera por sí misma que sus pedidos habían sido cancelados.

—¿Había algo más que deseaba discutir conmigo aparte de lo inadecuado de mi atuendo?

—Sí, he invitado a varios amigos a cenar esta noche. Todos han expresado su deseo de conocerte.

—Siento decepcionarles, madre, pero ya he hecho mis planes para esta noche —en realidad no había decidido cómo pasaría la velada, pero bajo ningún concepto iba a dejar que su madre lo supiera. Estaba demasiado decidida a hacer de casamentera.

—Entonces simplemente debes cancelarlos. Falta sólo una hora para que lleguen nuestros invitados, y echarás bastante por tierra los números si te niegas a complacerme en este pequeño asunto.

Ashton se encogió de hombros.

—Me temo que eso no es posible. Debería haberme consultado antes'.

—¿Y habrías aceptado si lo hubiera hecho?

—Desde luego que no —dijo sin rodeos—, pero eso te habría dado tiempo para disponer a alguien en mi lugar.

—No puedo entender por qué te deleitas en avergonzarme de esta manera delante de mis amigos.

—Se equivoca, madre. Siempre he hecho todo lo posible por evitar cualquier contacto con sus amigos.

—Oh, oh, ¿cómo puedes hablarle así a tu propia madre? —Llevándose las manos al pecho, se desplomó contra el respaldo del sofá— ¿Qué he hecho para merecer unos hijos tan desagradecidos? Si vuestro padre pudiera ver cómo despreciáis cada uno de mis deseos, se revolvería en su tumba. ¡Que yo haya criado en mi seno a dos víboras como éstas! Todo es culpa de esa desdichada mujer: ¡os ha puesto en mi contra!

—Si por 'esa desdichada mujer' se refiere a la señorita Pembroke, podría considerar invitarla a cenar con nosotros. Yo estaría bastante de acuerdo con una cena aquí que la incluyera.

Instantáneamente su madre abandonó sus aires de muerta. Poniéndose en pie de un salto, acortó la distancia que los separaba y lo fulminó con la mirada.

—Puede que los Pembroke aún sean aceptables para algunas personas, aunque nunca se les invita donde hay hijos casaderos, pero sea como fuere, ¡nunca, nunca invitaré a ningún miembro de esa familia a mi casa!

Acostumbrado como estaba a las dramáticas declaraciones de su madre, Ashton se mantuvo firme sin inmutarse.

—Ignoraba que usted conociera a la señorita Arabelle Pembroke.

—Nunca me la han presentado, ni tengo intención de reconocerla de ninguna manera. Es sobrina de esa odiosa señorita Phillipa Pembroke, lo que basta para condenarla a mis ojos. Si supieras lo que esa horrible mujer le hizo a mi querido hermano, dejarías de lado a la muchacha.

No era precisamente su amada, pero Ashton no tenía intención de revelar a su madre la naturaleza exacta de su relación con la menor de las señoritas Pembroke. Pero, por otro lado, su curiosidad estaba definitivamente despertada.

—Entonces, ¿qué hizo la tía que fue tan terrible?

—En realidad no conozco los detalles —respondió su madre—, pero hiciera lo que hiciera, fue lo bastante terrible como para que la vida del querido Humphrey quedara arruinada.

—¿Arruinada? ¿En qué sentido? Nunca se ha quejado conmigo, y parece estar bastante contento con su situación actual.

—¡Eso es todo lo que tú sabes! Esa mujer bestial es la razón por la que ha permanecido soltero hasta hoy.

—¿No cree que ha sido simplemente la afición de mi tío a la autoindulgencia lo que le ha impedido meterse en la ratonera del párroco?

—¡Ahora insultas a mi pobre hermano maltratado! Oh, sabía que no lo entenderías. No tienes ni una pizca de sensibilidad.

Y su madre, decidió, no tenía ni una partícula de sentido común.

—Hasta ahora no me ha dado nada que entender; usted sólo ha hecho la más vaga de las acusaciones.

—Lo cual sería suficiente si sólo fueras un hijo cariñoso y obediente. En cualquier caso, no puedo decirte lo que no sé. Si deseas descubrir todos los sórdidos detalles, debes dirigirte a tu tío.

—Pienso hacer precisamente eso —replicó Ashton.



El tío Humphrey no estaba en sus habitaciones, ni en su club, pero afortunadamente Ashton se topó con un hombre al que reconoció como uno de los compinches de su tío.

—¿Swinton? He oído que cenaba con Mannlius esta noche.

Preguntando un poco más obtuvo indicaciones para llegar a la casa de lord Mannlius, que estaba en Hanover Square. Como la noche era templada y su destino no estaba demasiado lejos, Ashton optó por caminar en lugar de coger un coche de caballos.

Encontró la casa correcta sin dificultad, pero conseguir entrar era otro asunto totalmente distinto.

—Lo lamento, milord, pero no puedo permitir que interrumpa a los caballeros —dijo el mayordomo con toda firmeza—. ¿Le importaría esperar en la biblioteca hasta que termine la cena?

—Sólo deseo hablar brevemente con mi tío —respondió Ashton.

—Me temo que no comprende del todo las circunstancias. Su Alteza Real, el Príncipe de Gales, también está cenando con milord, y sencillamente no estaría bien que alguien irrumpiera en su casa sin ser invitado.

—¿No podría simplemente llevar una nota a mi tío, pidiéndole que salga al salón un momento?

Claramente conmocionado, el mayordomo se puso aún más rígido.

—Lord Crowley, ¿cómo puede siquiera sugerir semejante cosa? No se permite a nadie salir

antes de que se marche el Príncipe. Ahora, si desea esperar en la biblioteca, puede hacerlo, pero bajo ninguna circunstancia puede molestar a nuestro invitado real. La espera no debe ser demasiado larga puesto que el puerto ya ha sido acogido.

Como la casa estaba bastante cargada y hacía mucho calor, Ashton optó por esperar en el pequeño parque del centro de la plaza. El mayordomo accedió de buen grado a informar al tío Humphrey de que su sobrino deseaba hablar con él.

Al cabo de algo más de media hora, un adornado carruaje tirado por seis caballos se detuvo frente a la residencia de Mannlius, y cuatro jinetes de librea bajaron de un salto para ayudar al corpulento caballero, que bajó pesadamente los escalones y con gran dificultad consiguió subir al carruaje. Entonces los lacayos volvieron a tomar sus posiciones, el cochero hizo sonar su látigo y el carruaje se alejó rodando.

Unos minutos después apareció otro hombre en la puerta y Ashton reconoció a su tío. El mayordomo, que señalaba hacia Ashton, estaba obviamente diciéndole a su tío que esperaba para hablar con él.

Apartándose de la valla contra la que se había apoyado, Ashton se encaminó hacia la calle. Sólo había dado unos pasos cuando una voz grave detrás de él susurró roncamente:

—¿Lord Crowley?

Ashton empezó a girarse, pero antes de que pudiera ver quién se dirigía a él, le arrojaron una bolsa sobre la cabeza y se la enroscaron con fuerza alrededor del cuello, ahogándole la respiración.

Desesperado, arañó la tela, intentando aliviar la presión sobre su tráquea antes de desmayarse por falta de oxígeno, pero era una contienda desigual. No sólo su agresor era increíblemente fuerte, sino que además había atacado por la espalda, lo que le daba toda la ventaja.

A pesar de sus esfuerzos por liberarse, Ashton podía sentir que sus brazos empezaban a debilitarse, y sabía que la oscuridad que se cernía sobre él no se debía del todo a la capucha que le cubría los ojos.

Capítulo 5

Lenta e implacablemente, Ashton se vio obligado a arrodillarse, y su situación se volvió tan desesperada que tardó un momento en darse cuenta de que el martilleo de sus oídos era en realidad el sonido de pasos que corrían.

De repente, el hombre que le sujetaba emitió un gruñido de dolor y la presión sobre el cuello de Ashton desapareció. Apenas consciente, cayó al suelo, jadeando.

Unas manos ásperas le empujaron sobre la espalda y le quitaron de un tirón la capucha de la cabeza. Arrodillados a su lado, mirándole con horror, estaban su tío y el mayordomo de lord Mannlius. El asaltante no aparecía por ninguna parte.

—¿Estás bien? Háblame.

El tío Humphrey le sacudió, pero Ashton seguía sin poder hablar. Todo lo que pudo hacer fue asentir con la cabeza, pero eso fue aparentemente suficiente para tranquilizar a su tío, que se levantó pesadamente.

—No puedo creer que algo tan espantoso haya podido ocurrir aquí mismo, en Hannover Square —se lamentó el mayordomo, retorciéndose las manos— ¡Supongamos que hubiera atacado a Su Majestad Real!

Al oír ese comentario, Ashton recordó bruscamente las palabras que habían surgido de la oscuridad -lord Crowley- y supo que el príncipe de Gales no había estado en peligro.

Un enigma más inmediato era cómo sus dos salvadores habían logrado rechazar al atacante con tanta facilidad. Sintiendo que su respiración y sus latidos volvían poco a poco a la normalidad, Ashton se incorporó, esperó a que su cabeza dejara de estar mareada y se puso en pie.

—¿Cómo demonios ha detenido a ese gigante? —fueron las primeras palabras que pronunció.

—Le acuchillé el brazo —respondió su tío, lo que no explicaba en absoluto lo que había sucedido. El tío Humphrey se agachó y recogió una espada de la hierba y agitó su punta ensangrentada delante de la cara de Ashton.

—¿De dónde demonios ha sacado esa cosa?

—La encontré en una pequeña tienda en Italia -Floencia, creo que era-. El tendero tenía una colección de las armas más diabólicamente ingeniosas. Anillos envenenados, sillas con dagas que saltaban y mataban a quien estuviera sentado en ellas, guantes con agujas envenenadas trabajadas en el cuero, de forma que si estrechabas la mano de un hombre, éste moría horas después sin siquiera saber que algo iba mal. Típico de los italianos ser tan taimados'.

El mayordomo sacó un pañuelo blanco y el tío Humphrey limpió cuidadosamente la hoja. Luego el mayordomo le entregó un objeto largo de algún tipo, y Humphrey deslizó la espada en él, se oyó un clic, y de repente Ashton estaba mirando el bastón de su tío.

—¿Una espada oculta? Todos estos años ha llevado su bastón y no he sospechado que hubiera nada fuera de lo normal en él.

—Eso es lo bueno. No puedo ir por ahí con una espada normal y vaina atada a la cintura. Parecería un verdadero tonto, y sin duda haría que mi chaqueta colgara torcida.

—Me sorprende, tío.

—Tonterías, no tiene nada que ver. Me alegró tener la oportunidad de usar la espada después de todos estos años. Por supuesto, el bastón es bastante resistente y también bastante elegante, pero hacía tiempo que deseaba tener la oportunidad de probar la espada. En cualquier caso, espero que esto te haya servido de lección, muchacho.

—En efecto, me procuraré un pasaje a Italia lo antes posible. ¿Dónde dijo que estaba esa tienda?

Su tío resopló.

—En Florencia, pero no estaba sugiriendo que intentaras encontrar otra espada oculta; me refería a este ataque. Espero que ahora estés dispuesto a admitir que la sobrina de esa desgraciada está maldita.

De nuevo las palabras del atacante resonaron en la mente de Ashton: lord Crowley. Sólo dos palabras, pero fueron suficientes para hacerle saber que aquello no había sido una coincidencia. Ni el destino ni una maldición fatal habían estado detrás de este roce con la muerte. Había sido deliberado, bien planeado, dirigido específicamente contra él, y habría tenido éxito si el tío Humphrey no hubiera sacado inesperadamente su espada.

Siendo así, la pregunta que no podía eludirse era: ¿quién estaba detrás del ataque?

Estaba a punto de explicárselo todo a su tío, cuando se dio cuenta de que el mayordomo, tras haber cepillado todos los trozos de hierba del abrigo de Ashton, estaba ahora intentando reparar el daño hecho a su pañoleta. La prudencia le exigió que esperara a que él y su tío estuvieran en privado antes de continuar la discusión. Con gran dificultad, Ashton consiguió persuadir al mayordomo de Mannlius de que la crisis había terminado, que su ayuda, aunque había sido muy bien recibida, ya no era necesaria y que, por lo tanto, podía volver a su puesto.

—Te dije que esa mujer es veneno, resulta tan mortal asociarse con ella como uno de los Borgia, ¿no lo sabes? —dijo Humphrey mientras caminaban en dirección a la casa de Ashton—. Espero que en el futuro no seas tan imprudente como para ignorar la maldición.

—No hay ninguna maldición, tío, y yo no fui una víctima al azar. Ese matón sabía mi nombre.

El tío Humphrey meditó sobre esta nueva información durante unos minutos y luego dijo:

—Sigo diciendo que este ataque fue consecuencia directa de que anduvieras con esa mujer Pembroke.

—Me temo que está usted en lo cierto. La única otra explicación es que Fabersham está enfadado conmigo por haberle superado en la puja por la potra en Tattersall's esta mañana.

—Tonterías. Puede que Fabersham sea impulsivo, y probablemente le retaría a duelo si usted pujara más que él por una bailarina de ópera, pero no por una potra de cuatro patas. No, no, seguro que es una maldición.

—Me temo que no es una maldición, sino un villano de carne y hueso. No es el destino el que está disponiendo de los pretendientes de la señorita Pembroke. Aunque suene descabellado, parece que alguna persona está decidida a mantenerla soltera. Lo que lleva a una pregunta interesante: ¿se cayó Fellerman al Támesis después de emborracharse demasiado, o le empujaron?

—¿Empujado? ¿De qué estás hablando?

—Estoy hablando de un asesino —dijo Ashton— ¿Fue realmente un salteador de caminos quien asaltó a Arleton, o fue tal vez nuestro amigo de gran tamaño quien ahora luce un brazo dolorido?

—Ahora que lo pienso, recuerdo que se decía que el conductor del carro que atropelló a Thurwell era un hombre excesivamente grande. Pero, ¿cómo pudo la señorita Pembroke ganarse la enemistad de semejante gentuza?

—No entiende, tío. Ese hombre fue sin duda bien pagado por sus esfuerzos de esta noche.

—¡Al diablo con lo que dices! Bueno, si ese es el caso, confío en haberlo dejado fuera del negocio por un buen tiempo. Y con un poco de suerte, la herida se infectará, lo que acabará con él para siempre.

—Pero la pregunta sigue siendo: ¿quién le contrató?



La bruma se levantaba sobre la hierba y el parque estaba prácticamente desierto, salvo por algunos mozos de cuadra que ejercitaban a los caballos de sus amos. Habría sido bastante agradable si no fuera porque a Ashton aún le dolía el cuello lo suficiente como para recordarle constantemente los sucesos de la noche anterior.

—Entonces, ¿quién cree que está detrás del ataque? —preguntó Hennessey tras escuchar toda la historia.

—Confieso que aún no tengo la más vaga sospecha —respondió Ashton.

—Podría ser cualquiera de los hombres que han apostado grandes sumas de dinero sobre su pronta desaparición.

—Se me había ocurrido ese pensamiento, y si es cierto, es muy poco probable que lleguemos a identificar al culpable. Por otro lado, hay algunas pruebas circunstanciales que indican que puede haberse utilizado al mismo asaltante en ocasiones anteriores, lo que, de ser cierto, eliminaría a cualquiera de los implicados sólo por una apuesta actual.

Hennessey asintió con la cabeza.

—Entonces, ¿qué propone hacer?

—Intentar descubrir un motivo más plausible, supongo. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

—En ese caso, veré qué puedo hacer para encontrar a su amigo. Tengo algunos contactos en el Soho que quizá puedan proporcionarnos un nombre. No puede haber muchos hombres de su tamaño residiendo en Londres, y menos aún que tengan heridas de espada en los brazos.

—Le agradezco su ayuda y le deseo suerte.

—Y si cree que necesitaría un poco más de protección, tengo un par de robustos muchachos conmigo.

—¿Está sugiriendo guardaespaldas? Gracias, pero no será necesario. Creo que bastará con tomar precauciones razonables. Tendré cuidado de no pasear solo por Londres de noche, de eso puede estar seguro. Y estoy considerando seriamente la compra de un par de pistolas.

—En realidad, la única solución real es descubrir al villano, y puede contar conmigo para hacer todo lo que pueda.



Codicia... venganza... ambición... conveniencia...

Sentado a solas ante su escritorio, Ashton miró la lista que había escrito. En realidad, no había muchos motivos para asesinar. Uno a uno los fue considerando.

'Conveniencia': ¿era posible que alguien deseara casarse él mismo con la señorita Arabelle, y por eso estaba eliminando permanentemente a todos sus rivales? Una idea bastante descabellada, ya que no parecía haber ningún pretendiente desdeñado al acecho. Además, el método era un poco más drástico de lo necesario. Las flores y la poesía solían ser más eficaces que el asesinato.

Trazando una línea a través de la 'conveniencia', Ashton dirigió su atención a la 'ambición', pero por más que se devanaba los sesos, no se le ocurría ni un solo aspecto en el que la señorita Arabelle pudiera estar obstaculizando los objetivos de otra persona.

No era la belleza reinante -la Incomparable- de esta temporada ni de ninguna temporada anterior, ni se dedicaba al comercio. No intentaba acaparar el mercado de la lana ni controlar las rutas comerciales hacia China, ni nada parecido. Lo que significaba que podía eliminar la ambición frustrada.

'Venganza': eso era un poco más difícil de determinar. No podía, por supuesto, decir con seguridad si ella había dañado seriamente o incluso ofendido profundamente a alguien, aunque parecía muy poco probable. Para empezar, había pasado la mayor parte de su vida en un pequeño pueblo de Norfolk. Si había adquirido algún enemigo, lo más probable es que hubiera sido allí. Pero no parecía haberle ocurrido nada malo en Norfolk, lo que significaba que el problema se centraba en Londres. Si hubiera hecho algo horrible aquí, sin duda las malas lenguas habrían difundido hace tiempo todos los detalles por toda la ciudad.

En segundo lugar, a diferencia de su hermana, la señorita Arabelle era una persona tan amable que no podía imaginársela despreciando deliberadamente a nadie. Lo que significaba que la ofensa, de haberse producido, habría sido involuntaria. Motivo suficiente para el corte directo, pero apenas adecuado para el asesinato.

Lo que daba paso a la 'codicia': el amor al dinero es la raíz de todos los males, o eso decía la Biblia. Entonces, ¿cuánto dinero había en juego? ¿Y la señorita Arabelle ya era rica o simplemente iba a heredar una fortuna? Y lo que era más importante, ¿quién se beneficiaría si ella moría?

No, se le olvidaba. Ninguno de los ataques se había dirigido contra ella.

La pregunta estaba mejor planteada: ¿quién se beneficiaría si ella seguía soltera?

Aún estaba considerando las posibilidades cuando la puerta de su estudio se abrió de golpe y Adam entró furioso en la habitación.

—¿Por qué no me has dicho esta mañana que te atacaron anoche? Ojalá hubiera estado allí —dando zancadas por la habitación, hizo salvajes movimientos cortantes con el brazo, como si blandiera una espada—. No me habría conformado con herirle en el brazo, habría atravesado al canalla y lo habría dejado sin vida en el suelo.

—Sólo necesitaba esto —murmuró Ashton. Arrojando su pluma, dijo con firmeza: —Para de hacer esa ridícula pose, Adam. No tengo tiempo para esas niñerías.

—¡Niñerías! —Adam se irguió y fulminó a Ashton con la mirada— ¡No soy un niño! Tengo casi veintiún años.

Ashton se frotó la frente, donde el comienzo de un dolor de cabeza anunciaba su presencia.

—Debería haberle dicho al tío Humphrey que no te lo dijera, pero supuse que tenía más sentido común.

—Hoy no he visto al tío —dijo Adam, con voz helada—. Pero la historia del ataque contra ti está por toda la ciudad. En los clubes no se habla de otra cosa.

—¡Al diablo con lo que dices! El tío no puede haber sido tan indiscreto —para su disgusto, Ashton recordó bruscamente al segundo hombre que había acudido en su ayuda. El mayordomo, naturalmente, se lo habría contado a su patrón, lord Mannlius, quien a su vez no habría dudado un instante en contárselo a un centenar de sus más cercanos y queridos compinches, quienes a su vez...

Con creciente horror, Ashton se dio cuenta de que si la historia estaba realmente en toda la ciudad, sin duda se había extendido incluso a la casa de los Pembroke.

—Arabelle —dijo en un susurro—. ¿Qué estará pensando?

Sin detenerse a calmar la sensibilidad alterada de su hermano, Ashton salió corriendo de la habitación. Apresurándose hacia las caballerizas que había detrás de la casa, ensilló su caballo y partió al galope precipitado por las calles de Londres.



—Bueno, espero que estés satisfecha.

Arabelle levantó la vista para ver a su hermana entrar en la habitación y quitarse la cofia, que arrojó sobre una cómoda silla.

—Llegas tarde a la hora del té —dijo la tía Phillipa con enfado.

—No podía evitarse —replicó Hester—. Difícilmente podrías esperar que me despidiera antes de haber oído toda la historia.

—¿Qué historia? —preguntó Arabelle, aunque en lo más profundo de su alma sabía lo que Hester estaba a punto de decir, y sabía también que no quería oír ni una sola palabra del relato de Hester.

—Todo es culpa tuya, ¿sabes? —dijo Hester, sentándose y aceptando una taza de té de su tía—. Dios sabe que ya te han advertido suficientes veces de que estabas jugando con fuego.

—No, no —susurró Arabelle, sintiendo que sus manos empezaban a temblar, haciendo sonar su taza de té en el platillo.

—Lord Crowley fue atacado anoche en Hanover Square —dijo Hester sin rodeos.

—Es vergonzoso que haya ocurrido algo así, y en Hannover Square nada menos. Ya está bien de que en Mayfair pagemos un buen dinero por contratar vigilantes y, sin embargo, cuando se necesita uno, no se encuentra ni uno. Con todo y con eso, no es más de lo que se merece un pariente de ese horrible Humphrey Swinton, estoy segura —comentó fríamente la tía Philippa—. Y estoy segura de que le he dicho en numerosas ocasiones que se mantenga alejado de ti, Arabelle. No se te puede culpar de la muerte de ese joven.

—¿La muerte? —graznó Arabelle, a la vez tan helada como si la sangre de sus venas se hubiera convertido en agua helada— ¿Está muerto, entonces?

Hester se encogió de hombros.

—He oído que aún se aferra a la vida por los pelos, pero su familia está a la espera de darle el último adiós. Dicen que fue atacado por tres gigantes que lo golpearon sin piedad y luego lo descuartizaron. ¿Podrías pasarme ese plato de macarrones, hermana querida?

Sintiéndose como si estuviera a punto de romperse en mil pedazos, Arabelle dejó su taza de té y se puso en pie. Sin decir una palabra, salió de la habitación.

Detrás de ella, Hester gritó:

—Por supuesto, hay otros que insisten en que sus heridas no son realmente graves.



Ashton galopó hasta la residencia de los Pembroke, saltó de su caballo, arrojó las riendas y un chelín a un vagabundo que merodeaba cerca y subió corriendo los cinco escalones que conducían a la puerta principal. Golpeándola enérgicamente con la aldaba trajo al mayordomo, pero no con la rapidez suficiente para satisfacer a Ashton.

En cuanto se abrió la puerta, empujó al criado y subió las escaleras de dos en dos. Detrás de él, el mayordomo gritó:

—No puede venir irrumpiendo aquí de esta manera —pero Ashton le ignoró y encontró su propio camino hacia el salón que ya había visitado una vez.

Abriendo de golpe la puerta, entró sin anunciarse. Sólo había dos mujeres en la sala, y ambas le miraron con total asombro.

—Tiene usted un aspecto notablemente saludable para alguien de quien se dice que está en su lecho de muerte —comentó con bastante acritud la mayor de las señoritas Pembroke.

Confirmados sus peores temores, Ashton sintió que su corazón empezaba a acelerarse, y no por su reciente carrera escaleras arriba.

—¿Dónde está su sobrina, la señorita Arabelle? —preguntó.

—Mi sobrina no es asunto suyo —le espetó la tía Phillipa—. ¡Smucker, echa a este impertinente joven mequetrefe de mi casa!

El mayordomo llegó a poner una mano sobre el brazo de Ashton, pero un ceño feroz hizo apartar la mano como si le hubiera quemado.

—No me iré hasta que hable con la señorita Pembroke —dijo Ashton con decisión—. Así que si no me dice dónde está, me veré obligado a encontrarla yo mismo.

Hester empezó a soltar una risita.

—¡Oh, esto es demasiado delicioso! ¡El cadáver camina! Dígame, amable señor, ¿es usted acaso un espectro salido de la tumba para aterrorizar a todas las doncellas?

Ignorándola, Ashton giró sobre sus talones y comenzó a recorrer el pasillo, abriendo puertas de par en par, comprobando cada habitación en busca de la señorita Arabelle. Para cuando subió las escaleras del segundo piso, había toda una procesión detrás de él: la tía, la hermana, el mayordomo, un lacayo y dos criadas. Todos protestaban enérgicamente, y juntos no sonaban más que como una manada de gansos iracundos.

Cuando por fin encontró la puerta correcta, le dolió el corazón al ver a la muchacha tan quieta en medio de la habitación, con los brazos fuertemente envueltos sobre sí misma y el rostro tan blanco como la muerte. Ella no se movió, ni siquiera cuando él entró en la habitación.

—Arabelle —dijo él suavemente, y ella volvió los ojos ciegos hacia él—. Estoy bien. No me han herido de gravedad —para su alivio, vio que el reconocimiento devolvía gradualmente el color a su rostro.

—¿Lord Crowley? Dijeron que estaba usted al borde de la muerte —susurró ella. Le tendió una mano y empezó a tambalearse.

Él la cogió en brazos antes de que pudiera desplomarse, y ella se aferró a él desesperadamente.

—Dijeron... dijeron... —Empezó a llorar, grandes sollozos desgarradores.

Dejando al resto de los espectadores boquiabiertos en la puerta de la habitación, la tía Phillipa se acercó furiosa a Ashton y lo fulminó con la mirada.

—¡Cómo se atreve a llamar a mi sobrina por su nombre de pila!

Él no se molestó en replicar. Mirando impasible a la mujer mayor, siguió acariciando la cabeza de la señorita Pembroke donde descansaba contra su pecho. Finalmente, con un bufido de disgusto, la tía salió de la habitación, murmurando sus habituales imprecaciones contra el género masculino y salpicando su discurso con maldiciones contra Humphrey Swinton y toda su variada parentela. La señorita Hester fue la siguiente en intentar interferir.

—De verdad, Arabelle, estás actuando como la regadera más vergonzosa. Juro que arruinarás bastante el chaleco de su señoría si sigues así.

—¿Supongo que es usted quien ha traído a esta casa todos los cotilleos? —dijo Ashton, sin dudar ni por un momento de la veracidad de su suposición.

—¿Y si fui yo? ¿A usted qué le importa?

—Una advertencia, señorita Pembroke. Si continúa por el camino que ha elegido, algún día llegará a arrepentirse de cada palabra poco amable que haya pronunciado.

—¡Ja! Me hace reír —replicó ella, pero su risa sonó forzada, y al cabo de un momento le dio la espalda a su llorosa hermana y salió de la habitación.

El mayordomo, cuando tomó el relevo, mostró más sentido común que las dos mujeres.

—Moveos ya, todos vosotros —dijo—. El espectáculo ha terminado. Ocupaos de vuestros asuntos.

Consiguió espantar a todos los criados excepto a Jane, la doncella de la señorita Pembroke, que entró en la habitación y se plantó firmemente en una silla junto a la ventana. Cruzando los brazos sobre el pecho, fulminó con la mirada a Ashton, como si quisiera decirle que los caballos salvajes no podían hacer que abandonara a su ama en una situación tan comprometida.

Con las distracciones eliminadas de la escena, Ashton volvió toda su atención a la pobre muchacha que sollozaba en sus brazos. En efecto, su chaleco ya estaba estropeado, pero con gusto habría sacrificado una docena de chalecos si con ello le hubiera ahorrado a ella tanto dolor.

Murmuró pequeñas palabras tranquilizadoras, y después de una eternidad -que probablemente sólo fueron cinco minutos- se vio recompensado por una disminución de sus lágrimas.

—Dijeron... que fuiste atacado... por tres hombres... anoche —consiguió decir finalmente.

Por un momento se debatió entre decirle o no la verdad. Una mentira sería mucho más amable... pero también mucho más peligrosa, si ella llegaba a descubrir la verdad.

—Me asaltó un hombre solo, que parecía decidido a despacharme, pero mi tío y un criado estaban cerca y lograron rescatarme con gran eficacia. Por mi parte, no puedo afirmar que haya hecho una figura muy heroica.

Su intento de humor fracasó, y ella se zafó de sus brazos, pero sólo lo suficiente para poder comprobar si tenía heridas. Con un miedo desesperado en los ojos, empezó a palparle los brazos y a pasarle los dedos por el pecho, como si comprobara si tenía heridas o vendajes.

Cogiéndole las manos con las dos suyas, le dijo en lo que esperaba que fuera un tono tranquilizador:

—Aparte de unas cuantas magulladuras en la garganta, no estoy peor por el ataque. Y no, no puede arrancarme el corbatín para verlo usted misma. Puede estropear tantos chalecos como desee, pero me temo que debo trazar la línea cuando se trata de mi pañoleta.

Arabelle le miró incrédula. ¿Cómo podía hacer bromas en un momento así? Porque cada minuto que pasaba con ella aumentaba las posibilidades de que la próxima vez le cayera de verdad la maldición fatal.

Intentando liberar sus manos, ella protestó:

—Pero debe irse de aquí inmediatamente. Su vida corre un gran peligro.

—Pero no de ti —dijo él, negándose a soltarla.

—De estar conmigo —le corrigió ella—. Por favor, por favor, no debe volver a acercarse a mí. No puedo permitir que continúe con su temerario intento de refutar la maldición, no cuando ya casi le ha costado la vida. No podría soportar que le ocurriera algo.

—¡Señorita Pembroke, escúcheme! —Su voz era tan intensa que ella dejó de forcejear—. El hombre que me atacó sabía mi nombre; no fue un acto de violencia al azar.

—¿Qué está diciendo?

—Creo firmemente que al hombre le pagaron para atacarme.

Hubo un grito ahogado de la criada, y Arabelle se quedó tan quieta como si la hubieran convertido en una estatua de sal.

—¿Comprende lo que eso significa? —continuó lord Crowley—. Significa que alguien está decidido a mantenerla soltera... tan decidido como para recurrir al asesinato.

—¡Eso... eso no puede ser cierto!

—Es más fácil creer que alguien desea hacerle daño que creer que está aquejada de una maldición fatal. Como he mencionado en numerosas ocasiones, no soy un hombre supersticioso, pero tampoco soy un tonto ingenuo. Hace mucho tiempo aprendí que hay mucha maldad en este mundo.

Arabelle le miró atónita, con la mente intentando asimilar lo que había dicho. ¿Aquellos otros jóvenes tan agradables habían sido... asesinados?

—En este caso, el villano ha elegido a la víctima equivocada. Juro sobre la tumba de mi padre que descubriré su identidad.

No había risa en sus ojos, y Arabelle volvió a ver una ferocidad en su expresión que debería haberla asustado. Pero, de algún modo, nunca pudo tenerle miedo. Incluso mientras ella le miraba fijamente, su expresión se suavizó.

—Su dormitorio, lo lamento, no es el lugar adecuado para discutir este asunto. Debo ir a casa a cambiarme el chaleco, pero volveré dentro de una hora con mi carruaje. ¿Puede estar lista para salir para entonces?

—¿Salir en coche? Seguramente no querrá... —Al ver que la mirada feroz volvía a sus ojos, ella se detuvo bruscamente.

—La forma más fácil de acabar con las habladurías que corren actualmente por Londres es aparecer en público para que todo el mundo -incluido el asesino- pueda ver con sus propios ojos que estoy ileso.

—Pero si lo que dice es cierto, entonces si me ven con usted, quienquiera que haya hecho esto sin duda volverá a intentarlo.

—Exactamente —dijo él, y su expresión casi hizo que ella sintiera lástima por el asesino, por muy despiadado villano que fuera.



Una sola vuelta por Hyde Park fue todo lo que Arabelle pudo soportar. Si antes había pensado que llamaba la atención, no era nada comparado con la forma en que la gente la miraba y señalaba hoy. Para su alivio, lord Crowley dijo:

—Bueno, creo que ya hemos dado a estos groseros suficiente oportunidad de quedarse embobados, ¿no le parece?

Intentando mantener su tono tan ligero como el de él, ella dijo:

—Tiene razón. Creo que han saltado suficientes ojos y han caído suficientes mandíbulas como para decir que todo Londres hablará pronto de su milagrosa recuperación. Y de su insensatez al seguir asociándose conmigo —añadió.

Maniobrando hábilmente a la pareja de caballos a través de la verja que salía del parque, no volvió, como ella había previsto, la cabeza de sus caballos hacia su casa.

—¿Adónde vamos? —soltó ella.

—St. James's Park debería ser más tranquilo y propicio para la conversación, y aún no hemos hecho ningún plan definitivo para descubrir la identidad del asesino.

—Aún me cuesta creer que alguien esté conspirando deliberadamente contra mí. Seguramente esas cosas sólo ocurren en las novelas.

—La Sra. Radcliffe y otros de su calaña pueden urdir tramas elaboradas y bastante increíbles, pero no todos los villanos son producto de la imaginación de un autor. El propio Napoleón es una amplia prueba de que realmente hay gente que elige ser villana, aunque podemos considerarnos afortunados de que pocos obren su maldad a tan gran escala como él.

Dirigió hábilmente sus caballos a través de un estrecho hueco entre el carretón de un cervecero y el carro de un verdulero.

Aunque el día era cálido, Arabelle no pudo reprimir del todo un escalofrío.

—Creo que casi preferiría que fuera una maldición —dijo finalmente, deseando poder agarrarse al brazo de lord Crowley y esconder la cara contra su hombro. Pero con el ejemplo de valentía que él había estado mostrando, ella no podía actuar de forma tan cobarde—. Y a decir verdad, me parece increíble que me haya ganado semejante enemigo.

—De hecho, ya he estado considerando los posibles impulsos que podrían llevar a alguien a cometer un asesinato —dijo lord Crowley con tanta calma como si estuviera hablando del tiempo. Luego explicó el razonamiento que le había llevado a la conclusión de que la codicia era el motivo más probable. Cuando terminó, ya habían llegado a St. James's Park.

—Hay otra cosa que creo que deberíamos considerar —dijo Arabelle con voz débil—. Mi tía ha expresado a menudo su deseo de que tanto mi hermana como yo permanezcamos solteras para que las tres podamos vivir juntas en armonía sin hombres que perturben nuestras vidas. Quizá ella... —Pero tales pensamientos eran demasiado atroces, y Arabelle se dio cuenta de que no podía acusar a su tía de tan ruines actos.

—Hay un fallo importante en su razonamiento —dijo lord Crowley con una sonrisa.

—¿Y cuál es?

—Por muy virulentos que sean los prejuicios de su tía contra el macho de la especie, no me la imagino reclutando la ayuda de un hombre en su complot. Ahora bien, si una mujer muy

corpulenta me hubiera atacado anoche, podría inclinarme a pensar que su tía había tenido algo que ver en el asunto.

—O un hombre pequeño y fácil de intimidar —dijo Arabelle con su propia sonrisa—. Se habrá dado cuenta de que ni nuestro mayordomo ni ninguno de nuestros lacayos son siquiera de estatura media. En lo que respecta a los hombres, cuanto más grandes son, más ofensivos los encuentra la tía Phillipa.

—Lo que nos lleva de nuevo a la codicia como motivo —le recordó lord Crowley—. ¿Era su padre un hombre rico?

—Desde luego que no. Al menos —enmendó ella—, nunca nos he considerado ricos. Siempre hemos vivido muy sencillamente en Norfolk, y la tía Phillipa se deleita encontrando gangas. Por otra parte... Papá sí que se veía en la necesidad de venir a Londres una vez al mes para ocuparse de sus asuntos, aunque nunca me explicó en qué clase de negocios andaba metido. Y me temo que nunca pensé que me correspondiera hacerle preguntas sobre esas cosas.

—Supongo que usted y su hermana son las principales beneficiarias de su testamento

—Bueno, siempre lo he supuesto así. Hasta que cumpla los veintiún años, todo permanece en un fideicomiso, y Hester y yo recibimos asignaciones bastante generosas. Pero desde que tengo uso de razón, siempre se ha entendido que, por ser la mayor, Hester heredaría nuestra finca en Norfolk y yo heredaría la propiedad más pequeña en Suffolk que llegó a la familia con mi abuela. También he oído a mi padre mencionar inversiones, pero desconozco su alcance, ni cómo pueden legarse.

—Entonces, ¿no sabe cuánto dinero puede heredar de su padre, ni quién se beneficiará si le ocurre algo?

—Lo siento, pero lo único que sé es que estoy obligada a tener una Temporada cada año hasta que sea mayor de edad. Tía Phillipa ya ha refunfuñado bastante sobre esa cláusula, y confieso que preferiría quedarme en el campo.

Lo cual no era toda la verdad, ni tampoco era exactamente una mentira, ya que implicaba meras suposiciones por su parte. Tan a menudo y con tanta vehemencia había expresado su padre la opinión de que la sangre era más espesa que el agua, que ella no podía creer que hubiera dejado nada de su patrimonio lejos de su familia. Lo que a su vez significaba que la única que posiblemente podría beneficiarse era Hester. Pero seguramente su propia hermana no podría haber recurrido al asesinato, no por mucho que se deleitara reduciendo a los demás a la mínima expresión.

La mera idea era tan horrible, tan enfermiza, que Arabelle no se atrevía a contarle a lord Crowley sus sospechas.

Capítulo 6

-**A**ntes de proseguir con nuestro intento de descubrir la identidad de la persona o personas que contrataron al asesino —señaló Ashton—, debemos averiguar los términos del testamento de su padre para poder descubrir si efectivamente proporciona un motivo para el asesinato. ¿Conoce por casualidad al abogado de su padre?

—He visto al señor Wimbwell varias veces cuando vino a visitarnos a Norfolk trayendo papeles para que papá los firmara, pero nunca he tenido ocasión de conversar con él más allá de las amenidades sociales habituales.

—¿Pero su lugar de negocios está aquí en la City?

—Oh, sí, estoy segura de ello.

—Entonces descubriré su dirección y concertaré una cita para que hablemos con él. ¿Cree que su tía se opondrá?

—Sin duda —respondió la señorita Pembroke—. Pero ya no siento el menor deseo de preocuparme por lo que ella aprobará o desaprobará.

Ashton sonrió.

—Parece usted bastante feroz. ¿Qué ha ocurrido para provocar esta muestra de independencia?

—Cuando Hester nos habló del asalto hacia su persona, la tía Phillipa mostró una... una singular falta de compasión y preocupación por su bienestar —la señorita Pembroke desvió la mirada, como avergonzada de mirarle a los ojos.

—Me imagino que dijo algo parecido a: 'Bueno, se lo tiene merecido, el tonto obstinado'.

—¿Cómo lo ha sabido? —preguntó la señorita Pembroke.

—Su tía no se ha esforzado mucho por ocultar su opinión sobre mí o sobre mi tío. Pero no debe dejar que le moleste. Yo tampoco estoy precisamente orgulloso de todo lo que mis parientes dicen y hacen —pensaba concretamente en su madre, cuyos prejuicios contra la familia Pembroke eran casi tan irracionales como la opinión de la señorita Phillipa Pembroke sobre su tío Humphrey.

—Bueno, en cualquier caso, como sólo faltan unas semanas para que sea mayor de edad, he decidido que ya es hora de que empiece a ordenar mi propia vida en lugar de dejar que mi tía decida lo que puedo o no puedo hacer.

Con la curiosidad totalmente despertada, Ashton preguntó qué era exactamente lo que ella tenía en mente.

—Bueno, para empezar, por la presente resuelvo no volver a dar una puntada de aguja, algo que a mi tía le encanta pero que yo siempre he detestado. Por mi parte, prefiero con mucho cultivar plantas, pero ella siempre ha insistido en que las mujeres de bien no se dedican a hurgar en la tierra, así que lo más que me ha permitido hacer es supervisar a Bagwell, nuestro jardinero, y eso no es en absoluto lo mismo que cultivar flores y verduras yo misma. Cuando volvamos a Norfolk, tengo la intención de alterar esa situación para mi propia satisfacción.

Ashton pensó en su finca, donde nadie se preocupaba lo suficiente ni siquiera de supervisar al jardinero, que tendía por tanto a ser un poco displicente con su trabajo. La abuela paterna de Ashton había sentido pasión por cultivar cosas, y había dispuesto elaborados parterres y había plantado muchas variedades de arbustos, algunos bastante exóticos. Pero tras su muerte, los terrenos que rodeaban Crowley Hall habían empezado rápidamente a mostrar signos de abandono, que él nunca había intentado corregir después de que la finca pasara a sus manos. Al igual que su padre, su interés y atención se habían limitado a los establos.

—Y otra cosa —continuó la señorita Pembroke—, estoy bastante decidida a tener una mascota propia. Una vez, cuando era mucho más joven, encontré un gatito. Era tan pequeño y dulce que no pude evitar quererlo. Pero mi tía lo llamó 'pequeña bestia repugnante' y ordenó al jardinero que lo ahogara en el estanque.

—¡Qué terrible debió ser para usted!

—Bagwell no hizo nada de eso, por supuesto —dijo ella con fiereza—. Él nunca haría algo tan cruel. De hecho, es el único que comparte mis intereses de alguna manera, y fue mi mejor amigo cuando yo estaba creciendo. Por sugerencia mía, llevó el gatito a la esposa del granjero Simpson, que estuvo más que encantada de darle un hogar. Puedo jugar con él siempre que visito su granja, y ha crecido hasta convertirse en un ratonero espléndido. Sus gatitos están muy solicitados en el vecindario, y estoy segura de que si se lo pidiera, la Sra. Simpson me permitiría elegir entre la próxima camada.

De nuevo Ashton pensó en su propia casa, donde tenía tres perros domésticos, veinte parejas de sabuesos, además de innumerables gatos que mantenían tanto la casa como los establos libres de ratas y ratones, al tiempo que producían las inevitables camadas de gatitos. Por el contrario, le parecía que la señorita Pembroke había sido cruelmente privada durante su infancia y juventud. Sintió un fuerte deseo de invitarla a visitarle y conocer su colección de animales, lo que le hizo pensar en su última adquisición cuadrúpeda.

—Como parte de su impulso hacia la independencia, ¿ha considerado la posibilidad de aprender a montar? —le preguntó, intentando no sonar demasiado esperanzado. Después de haber estado tanto tiempo bajo el dominio de su tía, no deseaba, por su parte, coaccionar a la señorita Pembroke para que hiciera algo que no deseara de verdad.

—¿Cabalgar? Oh, me encantaría, pero... ¿dónde conseguiría un caballo? ¿Y cómo lo cuidaría? Me temo que el dinero de mis alfileres no alcanzaría para cubrir el precio de compra inicial, y mucho menos los gastos de alimentación y estabulación. A pesar de lo frugal que se inclina por ser mi tía, insiste en que debemos tener nuestro propio carruaje, ya que su padre -mi abuelo- siempre sostuvo que a una verdadera dama nunca se le ocurriría utilizar el transporte público. A pesar de ello, se queja poderosamente cada vez que recibe una factura por el heno, la avena o la paja. Bajo ninguna circunstancia aceptaría ella el gasto añadido de un caballo de montar, de eso estoy segura.

—Un problema no irresoluble. Da la casualidad de que recientemente he comprado una yegua para que mi madre la monte cuando esté en Devon —dijo Ashton con mendacidad—. Podría prestársela mientras esté aquí en Londres, y yo estaría encantado de enseñarle a montar. Podemos ir al parque temprano por la mañana, cuando no haya nadie, salvo algún mozo de cuadra ocasional, para presenciar sus esfuerzos iniciales.

—Me encantaría —la Srta. Pembroke empezó a aceptar, pero luego su rostro decayó—. Pero no lo había considerado. También necesitaría una silla de montar...

—Tengo una silla de montar lateral que podría utilizar —interrumpió Ashton.

—Pero aún queda el problema del hábito de montar. Y no intente convencerme de que por casualidad tiene un hábito de montar de señora que casualmente me queda bien, porque no le creeré.

—Podría...

—Y no es posible que me compre uno, porque sería de lo más impropio. De hecho, ahora que lo pienso, probablemente incurriría en la censura de todas las altas esferas si montara uno de sus caballos. Mi tía también estaría doblemente en contra de tal actividad, ya que combina caballos y hombres, dos cosas que ella detesta.

—Había pensado que estaba decidida a tomar sus propias decisiones sin preocuparse por los prejuicios de ella —como la señorita Pembroke no respondió de inmediato, continuó—. Estaba a punto de decirle que tengo un amigo cuya esposa es aproximadamente de su tamaño. Puede que ella tenga un viejo hábito de montar que podría prestarle.

—Me lo pensaré —fue todo lo que dijo la señorita Pembroke. Pero se las arregló, antes de devolverla a casa de su tía, para persuadirla de que debían ver sin demora al abogado de su padre.



Al bajar las escaleras, Arabelle se ponía los guantes y sentía un cosquilleo de excitación ante la idea de volver a ver a lord Crowley, aunque su recado era de lo más mundano. Él le había enviado una nota esa misma mañana, informándole de que el señor Augustus Wimbwell estaba dispuesto a verles esa tarde a las dos en punto.

—¿Y adónde crees que vas? inquirió la tía Phillipa, mirándola con el ceño fruncido.

—Lord Crowley y yo volveremos a salir esta tarde —respondió Arabelle con calma.

—Bah, no sé por qué te empeñas en ver a ese desgraciado —murmuró tía Phillipa, apartándose para entrar en la biblioteca.

En lugar de dejar pasar la observación de su tía sin hacer ningún comentario, Arabelle la siguió, cerrando la puerta tras ellas.

—Veo a ese 'desgraciado' porque es la única persona en Londres que se preocupa por mi felicidad. De hecho, es usted la que está siendo totalmente injusta al condenarle únicamente por su tío. Al fin y al cabo, la gente no se parece necesariamente a sus parientes —respirando hondo, continuó: —Por ejemplo, usted tiene un gran talento para la costura y yo no tengo ninguno.

Hizo una pausa, pero la tía Phillipa no intentó negar que Arabelle carecía totalmente de aptitudes para todas las manualidades.

—Además, como yo encuentro tanto placer en cultivar plantas como usted en hilvanar su aguja, cuando volvamos a Norfolk podrá bordar lo que desee, y yo me dedicaré a hurgar en la tierra a gusto, y usted dejará de intentar convertirme en una réplica de usted misma. ¿Queda entendido?

—No me había dado cuenta de que te sentías así —dijo la tía Phillipa, bastante desconcertada.

—Bueno, entonces no ha escuchado adecuadamente —dijo Arabelle, sintiéndose aún bastante acalorada—, porque se lo he dicho una y otra vez...

—Con tu vocecita mansa —señaló la tía Phillipa con una voz que no tenía nada de mansa. Arabelle sonrió, pero cuando contestó, su voz era tan firme como la de su tía.

—Quizá tenga usted razón. Admito que no siempre he mostrado mucha resolución a la hora de expresar lo que me gusta y lo que no. Pero si no me he explicado bien en esta ocasión...

—Creo que te he entendido —la tía Phillipa la miró como si estuviera estimando el grado de determinación de Arabelle. Finalmente dijo: —Muy bien, por mucho que me duela verte trabajar como una vulgar peón de campo, no armaré un escándalo si te dedicas a lo que has elegido. Aunque debo insistir en que lleves guantes y una cofia adecuada, pues si veo una sola peca, te retiraré mi permiso. Y, por supuesto, no entrarás en el salón apestando a abono, a menos que desees provocarme espasmos.

—Hay más —dijo Arabelle con firmeza, deseosa de aprovechar al máximo la oportunidad que se le presentaba—. Lord Crowley va a enseñarme a montar. Me va a dejar utilizar uno de sus caballos y puede proporcionarme una silla de montar. Además, cree que uno de sus amigos puede prestarme un hábito de montar...

—¡No, no, no se puede considerar! Te lo prohíbo rotundamente.

La tía Phillipa fue tan vehemente que Arabelle pudo sentir cómo su recién adquirida confianza en sí misma empezaba a erosionarse.

—¿Crees que quiero que se rumoree por todo Londres que soy tan tacaña como para proporcionar a mi sobrina ropa adecuada? De hecho, señorita, si insistes en subirme encima de un caballo como el resto de esas tontas sin sentido, entonces Madame Parfleur te hará un hábito de montar de la más fina estampa, y no escucharé ninguna discusión sobre el tema.

Con gran alivio ante la inesperada capitulación de su tía, Arabelle preguntó:

—¿Y puedo tomar prestada la yegua de lord Crowley?

—Bueno —dijo dudosa tía Phillipa—, no es exactamente apropiado que una joven monte un caballo proporcionado por un hombre que no es un pariente cercano.

—Pero, por otra parte, usted sabe perfectamente que los caballos inevitablemente se comen todo —señaló Arabelle, cuidándose de reprimir una sonrisa ante su victoria—, y sin duda tendríamos que contratar los servicios de un mozo de cuadra adicional, que supondría un gasto innecesario.

—Hay que tener eso en cuenta. Ojalá fuera una amiga la que le proporcionara una

montura. Aun así, creo que mi consecuencia es adecuada para evitar que la gente hable demasiado.

—Además, con cuatro pretendientes fallecidos en mi cuenta, ¿qué puede significar el préstamo de un caballo? —Arabelle deseó poder decirle a su tía que se trataba de cuatro pretendientes asesinados, pero recordó la admonición de lord Crowley de no revelar a nadie lo que habían descubierto hasta el momento, ya que más de una persona podría estar implicada en la trama.

La tía Phillipa suspiró profundamente.

—No puedo evitar desear que tu padre no se hubiera empeñado tanto en que tuvieras una Temporada cada año hasta que cumplieras los veintiuno, aunque ahora que lo pienso, cuando yo era más joven, él trataba continuamente de persuadirme para que fuera a Londres o incluso a Bath. Pero desde mi primera Temporada, ha seguido siendo un enigma para mí por qué cualquier mujer desearía atarse a un hombre —miró a Arabelle especulativamente—. Y creo que ya es hora de que me digas cuál es el propósito de lord Crowley al perseguirte. ¿Son honorables sus intenciones?

Por un momento Arabelle estuvo tentada de mentir, pero al final, cuando lord Crowley no diera la talla, eso sólo haría que su tía pensara peor de él.

—Me ha dicho abiertamente que no me ofrece nada más que amistad —el semblante de su tía se iluminó, pero sólo por un momento, ya que Arabelle continuó: —Pero si él se ofreciera por mí, sin embargo, tengo toda la intención de aceptar, y usted no me negará el permiso.

—¿O supongo que, tan decidida como parece estar, te fugarías?

Arabelle asintió, sabiendo en todo momento que nunca podría hacer algo tan escandaloso. Y sabiendo también que las posibilidades de que lord Crowley se ofreciera alguna vez por ella eran prácticamente inexistentes.

—Entonces, si tal es el caso, supongo que tendré que conocer mejor al joven. Debo decir que preferiría que me quitara a Hester de encima, pero supongo que a él no le gusta su lengua afilada tanto como a mí.

A Arabelle le resultaba cada vez más difícil no soltar todas sus terribles sospechas sobre su hermana. Pero seguramente en la oficina del abogado descubrirían que sus temores eran totalmente infundados. Cuando eran niñas, Hester había sido muy amable con ella, y habían jugado felizmente juntas. Por supuesto, eso había sido antes de que Hester cancelara sus esponsales y empezara a usar la lengua como un estoque.

Se oyó un golpecito en la puerta y Smucker entró para informarles de que lord Crowley esperaba fuera.



—Tiene un aspecto extraordinariamente satisfecho consigo misma —comentó Ashton cuando la señorita Pembroke estuvo sentada en el carruaje. Y extraordinariamente guapa, añadió para sí. No estaba seguro de la causa, pero cada día que la veía, parecía estar más guapa.

—Estoy muy contenta —respondió ella—. He tenido una discusión con mi tía y por primera vez en mi vida he salido vencedora de la confrontación. Ella ha cedido en todos los puntos. A partir de ahora será civilizada contigo, podré trabajar en mi jardín y usted tiene su permiso para enseñarme a montar a caballo.

—Entonces hablaré enseguida con la mujer de mi amigo.

—Eso no será necesario —dijo ella con un brillo de picardía en los ojos—. Mi tía fue muy inflexible en que si deseo montar, debo comprar un hábito adecuado a Madame Parfleur. De hecho, ahora que recuerdo nuestra conversación, sospecho que fue la mención de pedirle ropa prestada a una total desconocida lo que indignó tanto a mi tía, que se olvidó de protestar tan enérgicamente como podría haberlo hecho sobre las clases de equitación.

Parecía tan encantada -y tan encantadora- que a Ashton casi le pudo el impulso de cogerla en brazos y lloverle besos por toda la cara. Desgraciadamente -o quizá afortunadamente- un carruaje tirado por dos caballos frescos por las atestadas calles londinenses no era el mejor lugar para tales actividades.

Tampoco, ahora que lo pensaba, un comportamiento tan descortés sería coherente con su oferta de amistad. Aun así, no pudo evitar preguntarse si sus labios sabrían tan dulces como parecían.

Le costó un esfuerzo considerable apartar los ojos de sus encantos y obligar a su mente a volver a su conducción, sobre todo porque instantes después ella metió confiadamente la mano en el pliegue de su brazo.



—¿Sabe?, en todos los meses que llevo en Londres, ésta es la primera vez que he estado en la City —comentó Arabelle cuando habían salido de Fleet Street por una estrecha callejuela donde el señor Wimblewell tenía sus oficinas.

—¿Y cuál es su opinión al respecto? —preguntó lord Crowley.

—Todo el mundo parece tener mucha prisa. O quizá 'prisa' no sea la palabra adecuada; 'decididos' sería una forma mejor de describirlos. Nadie pasea sin rumbo.

Hizo parar a su pareja frente a un edificio de tres plantas y una empleada del bufete, vestida de borgoña, se apresuró a bajar los escalones para atender a los caballos. Ayudándola a descender, lord Crowley susurró al oído de Arabelle:

—¿Está preparada para sacar al león en su guarida?

—Sí, pero desde que me desperté esta mañana, me he estado preguntando qué haremos si el señor Wimblewell se niega a decirnos nada —murmuró ella.

Lord Crowley se encogió de hombros.

—Haré todo lo posible por persuadirle y, si se niega, simplemente tendremos que pensar en alguna forma de arreglárnoslas sin esa información.

Fueron recibidos en la puerta por un empleado, que hizo una reverencia y los condujo ante

otro personaje más digno, que a su vez los pasó a un socio menor, quien los entregó a otro socio algo menos menor, que con una floritura los condujo a presencia del socio mayoritario del bufete, el señor Augustus Wimbwell.

El procurador era bastante viejo y encorvado, y los pocos cabellos que le quedaban en la cabeza eran blancos como la nieve. Además, miraba a Arabelle de un modo tan amable y benigno que a ella le recordó cómo había tenido la costumbre de llevarles a ella y a su hermana sendas cajas de dulces cuando visitaba a su padre en Norfolk. En consecuencia, ya no sintió el menor temor ante la entrevista que se avecinaba, pues seguramente él haría todo lo que estuviera en su mano para ayudarla.

Después de que se hicieran las presentaciones y se pidiera el té, lord Crowley explicó sucintamente por qué estaban allí.

—¿Asesinato? —preguntó el señor Wimbwell, con los ojos muy abiertos—. Lo siento, pero nuestro bufete no tiene nada que ver con casos criminales. Limitamos nuestro negocio a contratos legales y demandas civiles.

—Pero para eso estamos aquí —dijo Arabelle, sonriendo de un modo que esperaba fuera persuasivo—. Necesitamos conocer los términos del fideicomiso que mi padre estableció para mí en su testamento, así sabremos quién tiene un motivo para impedir que me case.

Ante sus palabras, el abogado pareció aún más sorprendido de lo que se había sentido cuando lord Crowley había pronunciado la palabra 'asesinato'.

—Pero, mi querida niña, ¿seguro que no me está pidiendo que infrinja la ley? El testamento de su padre establecía específicamente que los términos del fideicomiso deben permanecer confidenciales hasta su mayoría de edad.

—Lo que ocurrirá en menos de un mes —le recordó ella.

—Por supuesto —respondió él—. Ya lo tengo anotado en mi calendario. En esa fecha estaré encantado de explicárselo todo. No me encontrará ni un poco retrasado en el cumplimiento de mis obligaciones.

—Señor Wimbwell —dijo lord Crowley con firmeza—, con el debido respeto, se trata de un asunto de vida o muerte. Como ya le he explicado, tememos que cuatro jóvenes hayan tenido un final prematuro por razones contenidas en ese fideicomiso. Yo mismo fui atacado anteanoche por alguien que creo fue contratado para matarme.

—Entonces, por todos los medios, milord, debe llevar sus pruebas y presentarlas ante un magistrado, y él se encargará de que se detenga a la persona adecuada. Pero repito, nosotros no nos ocupamos de asuntos criminales.

—En este momento, no tengo pruebas, sólo sospechas, pero la razón me dice que el motivo de los asesinatos está contenido en los términos del fideicomiso —dijo lord Crowley con tanta fiereza que a Arabelle le resultó obvio que estaba en peligro inminente de perder los estribos.

El abogado no pareció sentirse intimidado lo más mínimo por el temperamento de lord Crowley. Sonriendo benignamente, el señor Wimbwell dijo con voz igualmente firme aunque todavía suave:

—Si he de entenderle bien, me está pidiendo que yo mismo infrinja la ley.

—Sólo porque deseamos evitar otro asesinato —interpuso Arabelle, tratando de no pensar

en el hecho de que si hubiera otro asesinato, lord Crowley sería la víctima.

—Me temo que no lo entiende, mi niña—dijo el señor Wimbwell, volviéndose hacia ella—. Si una vez empezamos a hacer excepciones a la ley -incluso si creemos que estamos plenamente justificados-, al cabo de poco tiempo, todo el mundo pensará que puede decidir por sí mismo qué parte de la ley obedecerá y qué parte ignorará. Se produciría una anarquía total, un caos total. No, hija mía, debo atenerme a la letra de la ley.

—¿Aunque ignore la intención? —preguntó lord Crowley, su voz ahora gélida.

—Soy perfectamente consciente de cuál era la intención de sir John, milord. Yo mismo redacté la escritura de fideicomiso, y expresa exactamente los deseos de sir John.

—No puedo creer que el padre de la señorita Pembroke deseara que todos sus pretendientes fueran asesinados.

—Si tal es el caso, y desde luego no estoy admitiendo que lo sea, entonces estoy seguro de que la culpa es de otro, ya que soy muy conocido en la City por mi habilidad para redactar contratos legales que resistan ante un tribunal.

A pesar de los continuos intentos de persuasión, el abogado se negó a admitir la validez de sus argumentos, y finalmente lord Crowley se levantó y anunció que se marchaban.

Parecía tomarse su derrota con bastante calma, pero Arabelle estaba más furiosa de lo que recordaba haber estado nunca. Seguía echando humo cuando el carruaje de lord Crowley hubo sido recogido y estaban de regreso a Mayfair.

—Estoy segura —dijo finalmente—, de que si me hubiera llamado 'mi niña' una vez más, le habría gritado en la cara.

Pero no tenía suficiente práctica en seguir enfadada y, antes de que hubieran ido muy lejos, sintió que la tensión se le escurría del cuerpo, dejando tras de sí sólo un ligero dolor de cabeza.

—Ya que el Sr. Wimbwell se niega a ayudarnos, ¿qué propone que hagamos ahora?

—Aún existe la posibilidad de que encontremos a mi agresor. Un amigo mío, Thomas Hennessey, se está comunicando con ciertas personas que conoce para ver si puede descubrir la identidad del hombre.

—¿Pero cómo espera tener éxito si nadie vio la cara del granuja?

Lord Crowley sonrió.

—No soy precisamente un hombre pequeño, y mi tío jura que el hombre que intentó estrangularme era por lo menos una cabeza más alto que yo. No hay muchos hombres tan grandes, y el que buscamos tiene además una herida de espada en el brazo derecho. En consecuencia, tengo motivos razonables para pensar que pronto podré enfrentarme al canalla y descubrir quién le contrató'.



Solo en su despacho, Augustus Wimbwell abrió un cajón de su escritorio y sacó una petaca que estaba oculta bajo unos papeles sin importancia. Utilizando su taza de té, ya que no tenía ningún

vaso a mano, se sirvió una buena medida de brandy, que no dudó en engullir de un trago.

Temblaba tanto que tuvo que utilizar las dos manos para sujetar la taza, y aun así derramó unas cuantas gotas.

¿Por qué, oh, por qué lo había hecho? Un pequeño desliz, una ligera desviación del camino recto y estrecho, ¡y las consecuencias eran más graves que sus peores pesadillas!

Le había parecido tan insignificante cuando lo había hecho. Nunca antes y nunca después había cedido a la tentación. Sólo una vez no se había atenido estrictamente a la letra de la ley, y si las sospechas de lord Crowley eran ciertas, los resultados habían sido completamente desproporcionados a la ofensa.

En el curso de su discusión, bastante acalorada, lord Crowley le había acusado de carecer de compasión, lo cual era manifiestamente falso. Había sido la compasión -equivocada, pero bienintencionada- la que le había soltado la lengua tan desastrosamente hacía tantos años.

¡Ojalá hubiera alguna forma de retroceder en el tiempo! Si se le hubiera dado otra oportunidad, nunca habría pronunciado aquellas palabras aparentemente inocentes.

Pero seguramente las teorías de lord Crowley no tenían fundamento. Debía de haber alguna otra explicación. Pero en el fondo de su corazón, Augustus sabía que, en efecto, había cometido un pecado imperdonable, la peor ofensa de la que se podía acusar a un abogado. Había traicionado la confianza de uno de sus clientes. Sólo una vez, para estar seguros, pero ya era demasiada.



Al llegar a su casa de un humor poco agradable, Ashton se animó un poco al encontrar a Thomas Hennessey esperándole. Su alegría se vio atenuada al descubrir que el irlandés le había tomado confianza a Adam.

Sin embargo, ésa fue una irritación menor y se olvidó rápidamente cuando Ashton escuchó las angustiosas noticias que le había descubierto su amigo.

—He localizado a su agresor, o mejor dicho, un vigilante lo ha encontrado esta mañana. Además del corte en el brazo, que -puede felicitar a su tío por su manejo de la espada- llegó hasta el hueso, el hombre también tenía un disparo en la cabeza.

—¡Un disparo!

Hennessey asintió.

—Interrogué al vigilante, pero aparentemente no se encontró nada incriminatorio en el cuerpo. Sin embargo, el hombre era muy conocido en ciertos círculos. Se hacía llamar Black Jack Brannigan, y era un personaje totalmente desagradable. Las autoridades sospechaban desde hacía tiempo que había cometido diversos actos de violencia, pero nunca pudieron establecer pruebas.

—¿Dónde se encontró el cuerpo? —preguntó Adam.

—En Bruton Mews.

Volviéndose hacia Ashton, Adam dijo emocionado:

—Pero eso está justo detrás de la residencia Pembroke, en Berkeley Square.

—Lo que me lleva a preguntarme quién le empleaba —replicó Ashton—. Porque si se tratara simplemente de que atacó a otra persona inocente, seguramente la persona que le disparó en defensa propia habría denunciado el ataque a las autoridades competentes.

—Se me ocurrió el mismo pensamiento —dijo Hennessey—. Pero parece que al haber buscado a su empleador, el Sr. Brannigan recibió una bala en la cabeza en lugar del dinero que le habían prometido. Muy desafortunado para nosotros, aunque tal y como han resultado las cosas, sin duda lamenta tanto como nosotros no poder testificar contra la persona que le contrató. Pero díganos, ¿le fue mejor en la oficina del procurador?

Breve y sucintamente, Ashton relató los acontecimientos de su entrevista con el señor Wimblewell.

—Qué viejo más estúpido —soltó Adam.

—Yo no le llamaría así —le corrigió Ashton—. Puedo entender perfectamente su posición. Como él dijo, ¿dónde estaríamos si todo el mundo se sintiera libre de torcer la ley para adaptarla a sus propias necesidades?

—Es muy generoso por su parte —dijo Hennessey—, pero en este caso su rígida adhesión a la letra de la ley bien podría costarle la vida.

Capítulo 7

Hester se observó a sí misma en el cristal cheval. No estaba del todo satisfecha con el nuevo vestido que le había enviado madame Parfleur.

—El amaranto es un color muy favorecedor para usted —comentó Jane a su lado—. Debería ponérselo más a menudo.'

—Pero el escote es demasiado alto —dijo Hester con enfado—. No puedo imaginar en qué estaría pensando la señora. Debió de confundirme con una anciana de noventa años que teme las corrientes de aire.

Jane dobló experimentalmente por debajo un poco de la tela del escote.

—Quizá podría bajarse unos centímetros.

—No hay duda al respecto —replicó Hester—. El vestido es totalmente inaceptable tal como está ahora. Tendrá que volver para que lo arreglen.

Les interrumpió un ligero golpecito en la puerta. Era Smucker, que venía a informarla de que tenía un caballero esperando abajo.

—Dígale a Dante que puede esperar hasta que termine de probarme mis vestidos nuevos —respondió Hester automáticamente.

—No es el señor Rivard, señorita Hester. Creo que es el abogado de su padre, el señor Wimbwell.

—¿El querido y viejo Wimby? Qué encantador. No le he visto desde poco después de la muerte de padre. Llévelo a la biblioteca y dígame que bajaré enseguida. Ah, y, Smucker, tráele té y un plato de bombones. A Wimby le encantan los bombones, especialmente los que tienen centro de crema.

—Como desee —Smucker se retiró.

—Me pondré este vestido, Jane. A pesar de su edad, el Sr. Wimbwell sin duda aprobará su excesiva modestia. Pero date prisa y arrégrame el pelo.

Un cuarto de hora más tarde se reunió con el abogado de su padre. Había envejecido escandalosamente desde la última vez que se habían visto, y parecía como si ya tuviera un pie en la tumba. Luchó por levantarse de la silla, pero ella le puso la mano suavemente en el hombro.

—No se levante, queridísimo Wimby —le besó en la mejilla y luego se sentó en la silla contigua a la suya—. Hace tanto tiempo que no nos visita. Lamento que Arabelle y mi tía hayan salido de compras. A ellas también les habría encantado verle.

Al mencionar a las otras, una sombra pasó por el rostro del anciano, que giró ligeramente

la cabeza.

—Es mejor así, ya que necesito hablar con usted en privado. No sé muy bien cómo decirlo.

Hester no podía imaginar qué asunto había llevado al señor Wimbwell a hablar con ella en vez de con su tía.

—¿Tiene algo que ver con el fideicomiso?

—Sí —dijo él, pero su expresión se volvió aún más pertinaz—. Me temo que he hecho algo bastante perverso.

Hester jadeó.

—¡Nunca diga que ha malversado el patrimonio de mi padre!

Ahora fue el turno del señor Wimbwell de poner cara de asombro.

—¡Palabra mía, nada de eso! Todos los bienes están invertidos de la forma más apropiada en consolas del gobierno, y mientras haya una Inglaterra, ningún daño puede venir a su ... eh, al dinero de su padre. Es sólo...

—¿Es sólo qué? —Hester se estaba impacientando tanto por descubrir por qué había venido que deseaba poder sacudirle la información.

—Nunca debí haberle revelado los términos del fideicomiso —soltó precipitadamente. Luego la miró directamente y sus ojos se llenaron de una gran tristeza.

—Pero usted me dijo todo eso hace años. ¿Por qué se ha convertido ahora en un problema tan grave que ha necesitado venir a verme para hablar de ello? No es que no me alegre de tener esta oportunidad de verle, por supuesto.

Tras un poco más de persuasión por su parte, Wimbwell dijo finalmente:

—Si su hermana se casa en las próximas semanas, sus ingresos serán sólo una décima parte de lo que serían si permaneciera soltera.

—Sí, sí, eso es lo que me dijo —dijo Hester con impaciencia—. Continúe, por favor.

—No conozco ninguna forma delicada de decirlo... —continuó insistiendo.

—¡Dígamelo de una vez! —espetó Hester, con la paciencia al límite.

Sobresaltado, el anciano soltó:

—¿Ha estado contratando a alguien para que asesine a todos los pretendientes de su hermana?

—¿Asesinar? —Hester le miró atónita. ¿De verdad sospechaba que ella había contratado a alguien para matar a los pretendientes de Arabelle? Su pregunta era tan inesperada -y tan absurda- que apenas pudo contenerse para no soltar una carcajada. Pobre viejo, al parecer se había vuelto completamente senil.

Lágrimas de lástima llenaban ahora sus ojos, tan disgustada estaba de que el querido y viejo Wimby se hubiera visto reducido a este patético y paranoico anciano. Y todos aquellos años atrás había sido un hombre tan inteligente, despierto en cada traje, o eso había dicho siempre su padre.

—Ya está, ya está, mi querida niña.

Ahora le estaba acariciando la mano, intentando consolarla. Ella tuvo que morderse el labio para contener la risa histérica.

—Fue una tontería por mi parte pensar que usted podría hacer algo así.

Clavándose las uñas en las palmas de las manos, pudo controlar sus emociones lo suficiente como para decir con calma:

—En efecto, lo fue. Ni siquiera sabría dónde encontrar a un... asesino a sueldo, si quisiera emplear a una persona así, cosa que le aseguro que no hago.

El alivio en su rostro la enfureció. ¿Quién se creía que era, viniendo a ella con sus ridículas acusaciones? ¿Y qué clase de persona se creía él que era ella? Incluso haciendo concesiones por su aparente senilidad hizo poco para disminuir el dolor.

—Le pido disculpas por mis sospechas, hija mía, que veo que eran completamente infundadas —continuó pidiéndole perdón, pero ella apenas oía lo que decía. Cuando era una niña, él la había sostenido sobre sus rodillas y le había permitido jugar con su reloj, ¿y aun así la había creído capaz de asesinar?

Todo eran piezas de un juego: primero Peter la había traicionado; luego su padre, y ahora incluso Wimbwell, que siempre la había apreciado más, se había vuelto contra ella.

Le costó un inmenso esfuerzo mantenerse civilizada hasta que por fin consiguió expulsar al viejo de la casa. Pero no tardó mucho en ver las posibilidades de humor en todo el episodio. Como siempre había hecho, ocultó su dolor tras una lengua afilada y un ingenio sarcástico.



—¿Yo? ¿Por qué debería bailar con ella? —El tío Humphrey miró a Ashton consternado.

—Porque estoy decidido a desmentir esa supuesta maldición de una vez por todas —respondió Ashton—. Por lo tanto, he estado reclutando a algunos de mis amigos, a Thomas Hennessey, Adam y algunos otros en los que estoy seguro que puedo confiar para que contengan la lengua, para que bailen con la señorita Pembroke.

—Pero... pero... pero... —Humphrey miró a su alrededor como deseando poder huir del lugar, pero Ashton lo tenía acorralado entre un par de palmeras en maceta, y no había forma de que escapara salvo trepando por una u otra de ellas.

—Y no intente convencerme de que aún teme que algún poder sobrenatural le derribe —dijo Ashton, manteniendo la voz baja para que ninguno de los otros invitados les oyera—. Sabe tan bien como yo que Black Jack fue sin duda un asesino a sueldo y que a estas alturas ya se está pudriendo en la tumba de un indigente.

—Pero... pero... Yo no...

—Y no intente persuadirme de que usted no baila, pues le he visto salir con un buen número de damas.

—Sólo damas casadas, te lo aseguro, muchacho.

—No debe preocuparse. Puedo responder por la Srta. Pembroke; no se pondrá la cofia por

usted.

—Pero el problema es su tía. No puedo soportar a esa mujer, no lo sabe.

—No, no lo sé —dijo Ashton con enfado—. He estado intentando averiguar qué cosa imperdonable le hizo hace tantos años, pero hasta ahora mi madre se niega a divulgar sus secretos, y usted también está resultando bastante imposible de localizar.

—¿Yo? ¿Yo? Yo no le hice nada; más bien debería preguntarme qué me hizo ella a mí.

—¿Qué le hizo ella? —preguntó Ashton.

—Ella... Oh, maldita sea, sobrino, por mucho que desprecie a esa mujer, como caballero no puedo revelar lo que hizo, ni siquiera a ti, pues de lo contrario no podría seguir sosteniendo mi cabeza en público. Ahora, deja de reñirme, pues no te servirá de nada.

—No le estoy pidiendo que baile con la tía —dijo Ashton en voz baja y amenazadora—. Por mí puede darle el corte directo. Pero será cortés con la sobrina o usted responderá ante mí.

Humphrey se bajó el chaleco por encima de su redondeada barriga, se quitó una imaginaria mota de pelusa de la manga de la chaqueta, miró a Ashton con consideración y finalmente dijo malhumorado:

—Muy bien, bailaré con la muchacha.

—Gracias, tío, sabía que podía contar con usted. Verá que es bastante ligera de pies. No creo que deba preocuparse por sus dedos.

—¡Bah! —fue toda la respuesta que le dio su tío.



—¡Y luego me preguntó si había contratado a alguien para matar a los pretendientes de mi hermana! ¿Puede imaginarse semejante impertinencia? De verdad, era demasiado gracioso —Hester miró a su amiga expectante, pero en lugar de sonreír, Dante levantó la mano para tapar un bostezo.

—Querida, si persiste en contar estas aburridas historias sobre viejos seniles, me veré obligado a irme a la sala de cartas.

—Pues yo lo encontré bastante divertido.

—Los viejos nunca son divertidos, sólo tediosos. Preferiría que en Londres no se permitiera a nadie mayor de cincuenta años.

Hester ni siquiera sonrió ante su débil intento de ingenio, aunque su falta de respuesta no pareció molestar lo más mínimo a Dante. Empezó a contarle sobre la esposa de lord Westerholme, que resultó tan excitante que Hester abandonó su pose de afrenta y relató a Dante la historia igualmente escandalosa -e incluso posiblemente cierta- que había oído sobre el tercer barón de Edgeford, padre del actual barón.



Era asombroso lo que se podía conseguir engrasando la palma de la mano adecuada, pensó Adam con una sonrisa. Moviéndose sin hacer ruido por las oscuras habitaciones del local del procurador, pronto llegó a la puerta que había estado buscando. Sacando una segunda llave de su bolsillo, la introdujo en la cerradura, la giró y oyó el chasquido delator del cerrojo.

Una vez dentro de la habitación, comprobó que las pesadas cortinas estuvieran bien cerradas y luego levantó la persiana de su linterna sólo lo suficiente para poder inspeccionar el contenido de los cajones y las carpetas que contenían.

Encontrar la carpeta correcta le resultó más difícil de lo que había previsto, ya que no parecía haber ninguna lógica en el orden de los expedientes.

Tras una hora perdida, se dio cuenta de repente de que, después de todo, estaban ordenados de forma lógica, no alfabéticamente, como cabría esperar, sino por el rango y la importancia de los distintos clientes. Volviendo al primer cajón, pasó rápidamente por delante de un duque, tres condes, media docena más o menos de vizcondes, innumerables barones, hasta que por fin encontró el cajón adecuado que contenía los expedientes de los barones.

Momentos después estaba extrayendo los papeles relativos a la herencia de sir John Pembroke. Sin ningún reparo se sentó ante el escritorio y comenzó a copiar los pertinentes, utilizando para ello la pluma y la tinta del propio señor Wimbwell.

Los documentos eran largos y estaban llenos de terminología jurídica. El cielo mostraba un tinte rosado en el este para cuando terminó y los documentos originales fueron devueltos a su lugar.

Guardando las copias en el interior de su chaqueta, salió rápidamente y sin hacer ruido del local, cerrando las puertas tras de sí y escondiendo las dos llaves en el hueco donde le habían indicado que las dejara.

Una buena noche de trabajo, pensó con satisfacción. Y el contenido de los papeles era lo suficientemente condenatorio como para justificar el riesgo que había corrido. Ashton estaría muy contento de ver confirmadas sus sospechas.



Mirando alrededor de Tattersall's en busca de su hermano, Adam divisó en su lugar a su tío. Humphrey Swinton estaba acariciando el cuello de un llamativo caballo castrado negro, cuyo mozo de cuadra hablaba rápida y seriamente.

—Buenas tardes, tío —dijo Adam, inspeccionando a la bestia con ojos ictéricos.

—Ah, Adam, muchacho. Qué suerte tengo de que hayas aparecido en un momento tan oportuno. Dame tu opinión sobre este buen tipo: ¿debería comprarlo o no?

—Eso dependería, por supuesto, de si desea ponerlo en sus establos o en su guisera.

La respuesta de Adam no agradó demasiado al mozo de cuadra. Con un bufido de disgusto se llevó al caballo, sin duda buscando un cliente menos exigente al que embromar.

Lanzando una última mirada a la pareja que se marchaba, Humphrey dijo:

—¿Estás seguro, sobrino? Parecía un caballo tan bonito; su pelaje era tan brillante y de aspecto saludable.

—Ennegrecimiento de la bota —murmuró Adam, todavía buscando a su hermano entre la multitud.

—¿En serio? Qué raro.

—Lo único raro es encontrarlo aquí, en Tatt's. Es un viejo truco, pero si uno de los Tattersall's descubre que se utiliza aquí, el propietario tendrá que llevarse su negocio a otra parte. Por cierto, ¿ha visto a Ashton? Me dijeron que estaba aquí.

—Le he visto hace menos de diez minutos en la perrera. Me ha dicho que está pensando en hacerse con algunos sabuesos galeses. Quiere intentar correrlos con los sabuesos ingleses, tal vez incluso probar un poco de cruce. No puedo decir que lo apruebe, pero tu hermano siempre estuvo decidido a seguir su propio camino.

Unos minutos más tarde Adam vio a su hermano hablando con el viejo Sr. Tattersall. Moviéndose entre el grupo de hombres que inspeccionaban los diversos sabuesos, esperó impaciente mientras Ashton terminaba su conversación.

—Tengo algo que te interesará —dijo con la comisura de los labios cuando el Sr. Tattersall se excusó por fin para hablar con otro cliente.

—¿De qué se trata? —preguntó Ashton con impaciencia, con la mirada y la atención todavía puestas en una bonita pareja de sabuesos que estaban siendo exhibidos.

—No puedo decírtelo aquí. Necesito encontrar un lugar más privado —deslizando la mano por el interior de su chaqueta, Adam sacó los papeles lo suficiente para que su hermano pudiera ver las esquinas.

Tras ojearlos con cierto desagrado, Ashton miró a su alrededor y luego se dirigió a un rincón tranquilo, donde cogió los documentos y los hojeó rápidamente, mientras su rostro iba adquiriendo un alarmante tono rojo.

—¿De dónde demonios has sacado esto?

Alegremente, Adam le explicó lo fácil que le había resultado adquirirlos. Sin embargo, en lugar de elogiarle por su ingenio, Ashton siguió mirándole con el ceño fruncido.

—¿Cómo has podido hacer un truco tan infantil?

—¿Infantil? No ha tenido nada de infantil —replicó Adam, completamente indignado por la actitud de su hermano. Ashton siempre estaba decidido a acaparar toda la gloria para él; nunca quería que Adam recibiera el mérito de nada.

—Tienes razón: fue simplemente ilegal, ¿o no lo habías considerado? Soborno, allanamiento de morada, robo de documentos: ¿es ése el alcance total de tus actividades delictivas, o te has olvidado de contármelo todo?

—Debí saber que no apreciarías las molestias que me he tomado en tu nombre.

—¿Molestias? No parece comprender lo graves que serán las consecuencias si alguien descubre lo que has hecho.

—Nadie sospecha nada.

—Y te ruego que me digas cómo es posible que lo sepa.

Por primera vez, Adam empezó a sentirse un poco inquieto por su aventura nocturna.

—Bueno, ¿y por qué iban a sospechar algo? Lo dejé todo exactamente como lo encontré.

—¿Lo hiciste? ¿Estás absolutamente seguro? ¿Es otra de tus 'cosas seguras'?

—Incluso si sospechan que alguien estuvo allí, sé que no dejé ninguna prueba que me señalara.

—Has dicho que sobornaste a un empleado para que te diera las llaves. ¿No puede identificarte?

—Por supuesto, pero ¿qué significa eso? Si me acusa, entonces se acusa a sí mismo al mismo tiempo. No creo que eso sea probable.

—¿No lo crees? ¿Y cuánto tiempo crees que tardará en derrumbarse ante un interrogatorio persistente? ¿No intentará salvar su propio pellejo acusándote a ti?

—Pero no hay razón para que nadie le interrogué —insistió Adam, empezando a sentirse un poco más nervioso.

—A menos que hayas dejado alguna señal de tu entrada.

En su mente, Adam ya podía oír el tintineo de los barrotes cerrándose a sus espaldas cuando le encerraran en la prisión de Newgate o dondequiera que encerraran a los delincuentes condenados.

—El riesgo me pareció justificado, ya que se trata de una cuestión de vida o muerte —dijo finalmente.

—Dudo mucho que consideraras el riesgo en absoluto —dijo Ashton. Luego, llevándose los papeles consigo, se alejó.



Algún día, decidió Ashton, tendría que dejar que Adam sufriera las consecuencias de sus precipitadas acciones. Pero no esta vez, no cuando todo el futuro de Adam pendía de un hilo.

Haciendo señas a un carruaje de alquiler, Ashton dio instrucciones al conductor para que le condujera a la Ciudad. Dando tumbos, poco a poco se fue convenciendo de que cabalgaba hacia un desastre que no sería capaz de evitar.

Cuando entró en el despacho del procurador, todo era tan malo como había temido. En lugar del solemne decoro de su visita anterior, esta vez nadie le saludó ni le pidió que expusiera sus asuntos. En su lugar, todos los empleados, desde el secretario jefe hasta el oficinista más bajo, así como el socio menor, habían abandonado sus mesas y se agrupaban en torno a la puerta del despacho interior del Sr. Wimbwell.

Esperándose lo peor, Ashton se abrió paso entre la multitud hasta que pudo ver la sala contigua. El socio menor, que dos días antes se había mostrado tan digno, ahora tenía lágrimas corriendo por sus mejillas.

Arrodillado en el suelo había un hombre que parecía ser médico. Estaba revisando al señor Wimblewell, que yacía de espaldas sobre la alfombra. Incluso para los ojos inexpertos de Ashton era evidente que los servicios del médico ya no eran necesarios.

Mientras la atención de todos los demás se centraba en el cadáver, Ashton echó un rápido vistazo a la habitación. No pudo detectar ninguna prueba de la visita de su hermano, pero algo en la habitación le sacudió.

La caja de bombones sobre el escritorio del anciano, se dio cuenta, junto con las manchas de chocolate en los dedos del difunto.

—Al parecer ha sufrido un infarto —dijo el médico, poniéndose en pie—. Apenas sorprendente, teniendo en cuenta su edad.

—Si pudiera hablar con usted en privado —dijo Ashton. Luego, como si se tratara de su propio despacho, indicó al socio menor que despejara la sala y después cerró la puerta.

—Soy Stephen Jamison, milord —dijo el hombre en cuanto los demás hubieron vuelto a sus escritorios—. Como socio menor, supongo que ahora estoy a cargo aquí hasta que se pueda enviar a buscar al hijo del señor Wimblewell. Es superior a mí, pero desgraciadamente se marchó ayer por la mañana para atender unos asuntos urgentes en Edimburgo. Me temo que será muy difícil enviarle noticias.

—Existe la posibilidad de que el señor Wimblewell haya sido envenenado. Le sugiero que haga analizar el bombón —dijo Ashton en voz baja.

—¿Envenenado? —El señor Jamison se desplomó débilmente sobre una silla.

—¿Qué bombón? —inquirió el médico, mirando a su alrededor—. Ah, sí, ese caramelo.

—Parece probable que el difunto lo estuviera comiendo justo antes de morir —señaló Ashton—. ¿De dónde vino?

—Un m-mensajero lo t-trajo hace una hora —tartamudeó el compañero.

—¿Y quién lo envió? —preguntó el médico, cogiendo la caja para inspeccionarla.

—No sabría decirle, señor —respondió el socio.

Un registro de la habitación no reveló nada más que una tarjeta con el nombre de Mr. Wimblewell en ella.

—Ahora, señor —preguntó bruscamente el doctor—, me gustaría saber cuál es su interés en este asunto.

—Perdone, señor —interpuso el señor Jamison—, pero este caballero es lord Crowley. Y éste es el Dr. Creavy, milord. Tiene los despachos justo encima de nosotros.

Ashton le tendió la mano y, tras una breve vacilación, el doctor la tomó, aunque aún había un atisbo de sospecha en sus ojos.

—Hace cuatro días —explicó Ashton—, fui atacado por un asesino a sueldo. Anteayer visité al señor Wimblewell en estas oficinas para interrogarle sobre ese intento.

—Seguro que no creía a ese viejo capaz de semejante hazaña; no, claro que no. Perdone que le interrumpa, me temo que mis nervios están un poco a flor de piel. Le ruego que continúe —dijo el doctor, secándose la frente con un gran pañuelo.

—Creo que el atentado estaba relacionado con un fideicomiso que administra el señor Wimblewell, y que los documentos de sus archivos revelarán los motivos del asesino —dijo Ashton, consiguiendo con dificultad que su mano no se alzara automáticamente para comprobar los papeles incriminatorios que ahora reposaban en el bolsillo interior de su chaqueta.

—¿Asesino? Pero es obvio que sigue vivo, milord.

—Pero otros cuatro hombres están muertos, y muy probablemente a manos del mismo asesino, que ha sido identificado como Black Jack Brannigan.

—Si sabe quién le atacó, ¿por qué no le interroga directamente? —preguntó el doctor.

—Porque también ha sido asesinado —dijo Ashton—. Lo que me lleva a pensar que el señor Wimblewell también puede haber sufrido una muerte no natural.

Jamison emitió un gemido y se cubrió la cara con las manos, pero el médico cogió la caja de bombones.

—No pueden gustarme las implicaciones, pero creo que sus sospechas están lo bastante fundadas como para que sin duda disponga que se compruebe si estos caramelos están envenenados.

—Y si efectivamente han sido manipulados, ¿me lo hará saber?

—Por supuesto —aceptó el doctor, cogiendo la tarjeta de Ashton y metiéndola en el bolsillo de su chaleco—. Y le agradezco su ayuda en este asunto, milord. Aunque aún tengo esperanzas de que el químico no encuentre nada más peligroso que los rellenos de crema.



La hermana y la tía de Arabelle salían de compras cuando Ashton llegó a la residencia de los Pembroke.

—Buenas tardes, milord —dijo la tía en lo que para ella era un tono notablemente civilizado—. Si busca a mi sobrina menor, está en el jardín. Supongo que debo agradecerle que la animara en esta locura que tiene por ensuciarse las manos.

—Lamento no poder atribuirme el mérito de su interés por las plantas —respondió Ashton.

La tía resopló.

—Y su ridículo deseo de aprender a sentarse a lomos de un caballo sin caerse, supongo que tratará de convencerme de que usted tampoco tuvo nada que ver con eso?

—Pues no, señora, reclamaré toda la responsabilidad por haberle metido esa idea en la cabeza.

Con una mirada de desdén, la tía se alejó calle abajo a paso rápido. Al parecer, su provisión de urbanidad se agotaba con facilidad. En cuanto a la hermana, se las había arreglado todo el tiempo para ignorar a Ashton tan completamente como si fuera invisible.

Por otra parte, el mayordomo se había suavizado considerablemente desde la última visita.

—Buenas tardes, milord. La señorita Arabelle estará encantada de verle. Está trabajando en

el jardín. Si es tan amable de seguirme.

Al llegar a una puerta en la parte trasera de la casa que aparentemente daba al exterior, el mayordomo se detuvo antes de abrirla.

—Debo decirle, milord, lo complacidos que estamos algunos de nosotros de que se hayan levantado las restricciones contra los caballeros visitantes. Tengo entendido que debemos agradecerse a usted.

Con una sonrisa, Ashton le corrigió.

—No, más bien creo que todo ha sido obra de la señorita Arabelle. Ella ha adquirido la suficiente resolución para enfrentarse al dragón, por así decirlo.

—Ah, pero cuando uno se pregunta cómo adquirió ella esa resolución, entonces hay que fijarse claramente en usted —dijo Smucker, abriendo la puerta con una floritura.

Al divisar una figura arrodillada en el suelo al final del jardín, Ashton se dirigió en esa dirección. Con una cofia para protegerse la cara del sol, la señorita Pembroke estaba arrodillada sobre un paño doblado, pero los guantes que debía llevar en las manos yacían a su lado en el suelo. Al acercarse él, ella levantó la vista.

Su rostro resplandecía de tal placer, que sintió que el corazón le daba un salto dentro del pecho. Pero entonces recordó las malas noticias que le traía. En cuanto le contara lo que había ocurrido, su adorable sonrisa se desvanecería, sus ojos oscuros volverían a entristecerse...

No se creía capaz de soportarlo.

—Oh, milord, es tan maravilloso poder trabajar de nuevo en el jardín —ella levantó las manos y sonrió con pesar—. Mi tía insistió, por supuesto, en que llevara guantes, pero no pude resistirme a pasar las manos por la tierra, aunque el suelo de aquí no es el mejor. Me encantaría tener abono para trabajarlo.

—¿No puede conseguir todo lo que necesita en los establos?

Sacudiendo la cabeza, explicó con una sonrisa:

—El estiércol de caballo debe envejecer un año antes de que sea seguro utilizarlo. Además, está tan lleno de hierba y semillas, que me pasaría una eternidad escardando. Pero nuestro mozo de cuadra dice que conoce a un hombre que cría conejos y que sus excrementos son el mejor abono posible. Confía en poder conseguirme todo lo que necesito para un jardín tan pequeño'.

Ashton intentó sonreír también, pero el saber lo dolida que se sentiría cuando se enterara del contenido del fideicomiso se lo puso difícil.

Extendiendo la mano, recogió un terrón de tierra del que sobresalían unas cosas verdes y ralas.

—¿No es esto vergonzoso? Estos pobres bulbitos deberían haber sido trasplantados hace años. Se han multiplicado hasta estar tan apretados que es todo lo que puedo hacer para separarlos. Se asombrará cuando vea lo hermosamente que florecerán una vez que tengan espacio para crecer.

Ella le miró con tanta confianza que él deseó que hubiera alguna forma de posponer lo inevitable. Pero no la había.

—Le he traído una copia del fideicomiso que su padre estableció para usted y su hermana

—dijo, y la sonrisa se borró de su rostro. Sin más explicaciones, le tendió los papeles.

Ella empezó a cogerlos, pero luego se detuvo y levantó las manos para que él las viera.

—Me temo que estoy tan sucia como mi tía predijo que estaría. ¿Podría tal vez leérmelo?

—No contiene buenas noticias —advirtió él.

—No —dijo ella, cogiendo un manojo de bulbos y empezando a separarlos—, no pensé que lo haría.

—El testamento original era sustancialmente como usted lo había entendido, pero poco antes de su muerte su padre escribió un segundo testamento.

Las lágrimas rodaron por su mejilla, y ella se levantó y se las frotó con el dorso de la mano, dejando un reguero de suciedad en su lugar.

Deseando poder tomarla en sus brazos de nuevo, en lugar de eso desdobló los papeles, encontró la sección pertinente y empezó a leer.

—'Yo, John Pembroke, estando en pleno uso de mis facultades mentales y de mi memoria, alabado sea Dios, revoco por la presente todos y cada uno de los testamentos anteriores hechos por mí'. Siguen algunas instrucciones sobre el entierro apropiado, el pago de las deudas y los legados a los sirvientes; luego continúa: 'Item: Dado que parece poco probable que mi hija mayor, Hester, se case alguna vez, mi voluntad es que ella tenga la propiedad de su abuela en Suffolk y todos los ingresos de la misma para su propio uso y disfrute mientras viva, y a su fallecimiento descenderá a mi nieto mayor, para que se mantenga en fideicomiso para él hasta que llegue a la edad de veintiún años, y en su defecto, descenderá a mi nieto mayor, para que se mantenga en fideicomiso para él hasta que llegue a la edad de veintiún años, y en su defecto, descenderá a mi nieto mayor, para que se mantenga en fideicomiso para él hasta que llegue a la edad de veintiún años, y en su defecto, descenderá a mi nieto mayor, para que se mantenga en fideicomiso para él hasta que llegue a la edad de veintiún años. Y si ninguna de mis hijas deja descendencia legalmente engendrada de su cuerpo, entonces este patrimonio pasará a mi heredero varón legal más próximo.

—'Artículo: A mi hija menor, Arabelle, le dejo todas mis propiedades en Norfolk y todas las rentas de las mismas para su único uso y disfrute mientras viva, y a su fallecimiento... ' y ahí da los mismos términos que para su hermana, pero al final añade también, 'siempre que ella, mi hija menor, Arabelle, se case antes de los veintiún años, y si no lo hace, entonces ella tendrá la propiedad de su abuela en Suffolk y su hermana, Hester, mi hija mayor, tendrá la propiedad en Norfolk donde yo vivo ahora.'

—Bueno —dijo Arabelle, sonriéndole—, no son en absoluto malas noticias. Aunque la propiedad en Norfolk es mayor que la de Suffolk, la diferencia no es suficiente para justificar el asesinato de nadie.

—Hay más —dijo simplemente Ashton—. Le deja la renta vitalicia de todo el resto de su propiedad bajo las mismas condiciones: si usted no se casa antes de los veintiún años, será para Hester.

—¿Todo el resto? No conozco ninguna otra propiedad.

—Su padre tenía grandes inversiones -consolas del gobierno, acciones en la Compañía de las Indias Orientales y participaciones en varias otras empresas comerciales- y los ingresos

procedentes de ellas son diez veces superiores a los de las propiedades de Norfolk y Suffolk. Si no se casa en el próximo mes, su hermana será una mujer muy rica.

Los hombros de Arabelle temblaban ahora, pero no salió ni un sonido. Levantando hacia él un rostro bañado en lágrimas, le dijo:

—Pero es mi hermana, la quiero tanto. ¿Cómo ha podido hacer cosas tan perversas? No puedo creer que pudiera ser tan cruel, ni siquiera por dinero.

Con el corazón encogido, Ashton dijo:

—Me temo que los ingresos de los que estamos hablando ascienden a más de veinte mil libras al año.

Sacudiendo la cabeza, Arabelle gritó con tanta angustia que él sintió como si también se le rompiera el corazón.

—¡No quiero que sea ella!

Capítulo 8

-Hester debió de sentirse terriblemente herida cuando descubrió cómo nuestro padre prácticamente la había desheredado —dijo Arabelle. Estaba sentada junto a lord Crowley en un pequeño banco al fondo del jardín, y no podía evitar desear que sus brazos la rodearan. Ahora necesitaba consuelo más que ninguna otra cosa, y el recuerdo de la última vez que él la había estrechado entre sus brazos no se había desvanecido lo más mínimo.

—Hester estaba aún más desconsolada que yo tras la muerte de padre, lo cual era comprensible ya que ella estaba más unida a él que yo. Pero una semana después, más o menos, cambió; y ahora que lo pienso, fue más o menos cuando el señor Wimbwell vino a visitarnos cuando Hester sufrió dicho cambio: empezó a dejar que la tía Phillipa y todos los criados y yo sintiéramos el filo cortante de su lengua, cosa que nunca había hecho antes.

—Realmente, no puedo imaginar por qué el señor Wimbwell no hizo un mayor esfuerzo para persuadir a padre de que no modificara su testamento. De acuerdo, probablemente sea un documento bien redactado, pero es manifiestamente injusto, y así se lo diré la próxima vez que le vea.

A su lado lord Crowley guardaba silencio. Mirándole a los ojos, vio una gran tristeza. Empezó a hablar, pero ella sacudió la cabeza, no queriendo oír más. Entonces su brazo estaba alrededor de sus hombros, pero por muy reconfortante que fuera, cada palabra que decía aumentaba el dolor de su corazón.

—Pasé por el despacho del señor Wimbwell justo antes de venir aquí. Me temo que está... muerto.

—Oh, ese pobre viejo. No debería haber hablado tan duramente de él.

—Hay más.

Arabelle sintió que el corazón le daba un vuelco.

—¿Más?

—Existe la posibilidad de que el señor Wimbwell no muriera por causas naturales. Alguien le envió una caja de bombones y los estaba comiendo justo antes de desplomarse. Por sugerencia mía, el médico está haciendo que los analicen en busca de veneno.

—¿Bombones? ¿Eran quizás... de chocolate con... con centros de crema?

Su mano, que había estado acariciando el brazo de ella, se quedó muy quieta.

—Sí, de hecho, lo eran. ¿Cómo lo ha sabido?

—Eran sus favoritos. Desde que tengo memoria, siempre nos traía de ese tipo.

—¿Nos traía?

No quería decir las palabras que condenarían a su hermana.

—¿Quién, aparte de usted, sabía qué tipo de dulces prefería? —preguntó lord Crowley, no dejándola eludir el conocimiento que intentaba negarse desesperadamente a sí misma.

—Mi hermana lo sabía. Puede que mi tía también, pero no vivió con nosotros hasta después de la muerte de padre, así que no estoy segura de que conociera al señor Wimbwell en persona.

Lord Crowley no habló durante largo rato. Finalmente dijo:

—Por supuesto, siempre existe la posibilidad de que los bombones no estuvieran envenenados.

—¿Dijo que nadie sabe quién los envió?

Se quedó callado durante mucho tiempo, y luego dijo:

—Sí, fueron entregados de forma anónima.

—Lo que de por sí los hace muy sospechosos, ¿no?

—Pero, por otro lado, ¿por qué los habría enviado ahora su hermana? —preguntó, poniendo en palabras de forma tranquila y despreocupada lo que Arabelle más temía: que su hermana estuviera detrás de estos terribles hechos—. Se me ocurre preguntarme por qué -si hemos de suponer que ella ha conocido los términos del fideicomiso desde el principio, y que ha sido responsable de los 'accidentes' que han ocurrido a sus pretendientes- ¿por qué de repente, después de todos estos años, habría decidido hoy envenenar a ese pobre anciano?

El alivio inundó el corazón de Arabelle. Sí, era cierto: Hester no tenía ningún motivo para matar al señor Wimbwell, al menos no en este momento concreto.

—A menos, claro, que le haya dicho a Hester que hablamos con él esta semana —añadió lord Crowley, con una pregunta en la voz.

—No, no. No lo hice —dijo Arabelle con entusiasmo—. No le dije nada de nuestras sospechas, nada de nuestra visita a la City. Oh, por supuesto que ella no podría haber hecho algo tan vil, y fue perverso por mi parte sospechar de ella ni siquiera por un minuto. Ahora estoy segura de que el químico descubrirá que tampoco había nada malo en los bombones'.

Lord Crowley no contestó inmediatamente. Cuando habló, su voz no contenía ninguna convicción.

—Sin duda tiene usted razón.



Arabelle permaneció en el jardín después de que lord Crowley se marchara. Encontró cierta comodidad trabajando con las plantas, y no guardó sus herramientas hasta que el último de los bulbos estuvo trasplantado.

Al entrar en la casa, se encontró con Smucker, queladeó al verla.

—¡Señorita Arabelle, ha estado llorando! ¿Le ha hecho algo lord Crowley para disgustarla? ¿Quizás no debería haberle dejado a solas con usted en el jardín?

—No, no —dijo ella, deseando haber tenido la oportunidad de lavarse la cara antes de que alguien la viera—. Me trajo noticias de que el abogado de mi padre, Mr. Wimblewell, ha fallecido hoy.

—Oh, qué pena. Parecía bastante sano cuando vino a hablar con su hermana. Pero bueno, ninguno de nosotros puede saber el número de nuestros días en esta tierra.

Sus palabras la pillaron completamente por sorpresa, y Arabelle sintió que sus rodillas flaqueaban y su corazón empezaba a acelerarse.

—¿Cuándo... cuándo llegó aquí el señor Wimblewell?

—Ayer mismo, señorita. Deseaba hablar en privado con su hermana, pero no tengo ni idea de lo que hablaron.

Arabelle tenía una muy buena idea de lo que el señor Wimblewell le había dicho a Hester. Sin duda le había hablado de su intento de descubrir los términos del fideicomiso, lo que significaba que Hester había tenido, en efecto, un motivo para apartarlo de la escena... de forma permanente. En el fondo de su corazón, Arabelle ya no tenía ninguna duda de que el químico descubriría que el caramelo había sido envenenado.



—Baila usted muy bien... para ser un ogro —dijo la señorita Pembroke con una sonrisa.

Humphrey no pudo contener su propia sonrisa. Ya no le costaba entender por qué su sobrino estaba encaprichado con la chiquilla: tenía cierto atractivo.

—¿Ogro? —preguntó con una risita.

—Eso es lo que mi tía me ha hecho creer. Desgraciadamente, me temo que se ha equivocado, porque le encuentro encantador y un compañero delicioso.

Ante sus palabras, Humphrey se sintió completamente en caridad con la señorita Pembroke. En realidad, era encantador -no había necesidad de que tuviera falsa modestia- y bastante solicitado como pareja de baile. Era una lástima que aquella dulce joven tuviera que cargar con semejante tía y que su hermana tampoco pudiera soportarlo. Pero al menos la niña era lo bastante perspicaz para darse cuenta de las venenosas mentiras de su tía.

—De hecho —continuó con seriedad—, cuando uno se detiene a considerar que mi tía odia a todos los hombres, y que le odia a usted más que a nadie, habría que suponer entonces que es usted más... más varonil que la mayoría —ella bajó los ojos con bastante recato.

Humphrey hinchó el pecho. Realmente, había mucha lógica en lo que decía esta joven, y él, por su parte, estaba más que dispuesto a hacer todo lo posible para ayudar e instigar a su sobrino. De hecho, ahora que lo pensaba, Ashton estaba siendo notablemente lento a la hora de poner fin a toda esta tontería sobre una maldición.

Bueno, sólo tendría que hablar con el muchacho... señalarle sus responsabilidades...

encargarse de que el chico no perdiera más tiempo antes de pedir cuentas al asesino.



Arabelle se quedó mirando las palabras del *Morning Post*: 'procurador asesinado en su despacho'. Ayer le había enviado a lord Crowley una nota diciéndole que, después de todo, su hermana había hablado con el señor Wimbwell justo el día antes de su muerte. Y a vuelta de mensajero lord Crowley le había informado de que, en realidad, los caramelos de chocolate habían sido envenenados. Pero, de algún modo, ver los hechos expuestos por escrito daba al asesinato una realidad que Arabelle ya no podía negar, por mucho que deseara desesperadamente no creerlo.

Frente a ella, Hester seguía comiendo y conversando con su tía como si ella, Hester, no tuviera la menor preocupación en el mundo. ¿Acaso se regodeaba en secreto del éxito de su plan? ¿Se sentía completamente a salvo de ser descubierta? ¿Era tan egoísta, tan dura de corazón, que no sentía ningún remordimiento por lo que había hecho?

Si su hermana hubiera parecido lo más mínimo nerviosa, Arabelle se habría mordido la lengua. Pero la visión de Hester parlotteando sobre los vestidos nuevos que había encargado mientras el pobre señor Wimbwell ni siquiera estaba aun debidamente enterrado era demasiado para soportarlo.

Observando atentamente la expresión de su hermana, Arabelle dijo:

—Vaya, qué horror.

—¿Qué es eso, querida? —preguntó la tía Phillipa.

—El señor Wimbwell murió anteayer.

—¿El Sr. Wimbwell? El nombre me suena familiar, pero no puedo ubicarlo. ¿Con quién está emparentado? —inquirió la tía Phillipa.

Arabelle hizo una pausa, pero su hermana no hizo ningún esfuerzo por explicarse. De hecho, Hester estaba tan quieta que sólo el temblor de sus manos servía para diferenciarla de una estatua tallada en mármol.

—¿No lo recuerdas, Hester? —preguntó Arabelle, manteniendo la voz sosa, cuando lo único que quería era chillar de rabia.

Apartando rápidamente las manos de la vista por debajo del borde de la mesa, Hester respondió:

—¿Yo? Pues no, yo tampoco recuerdo el nombre —pronunció la descarada mentira con la voz más despreocupada, como si estuviera declining una invitación a pasear por el parque.

—¿No lo recuerda? Me sorprende. Era el abogado de nuestro padre y le recuerdo bastante bien —dijo Arabelle, sin dejar de observar la expresión de su hermana con suma atención—. Es bastante chocante leer que fue asesinado por comer unos bombones. Alguna persona anónima le envió bombones con centro de crema que estaban envenenados.

¿Cuál era la expresión de la cara de su hermana? Horror, sin duda, pero ¿había también culpabilidad? ¿O era sólo miedo? ¿Miedo a ser descubierta? Sólo de una cosa estaba segura

Arabelle: fuera cual fuera la emoción que hacía que su hermana se pusiera pálida como la muerte, no era remordimiento por lo que había hecho.

—Qué terrible —dijo la tía Phillipa—. Primero atacaron a Crowley en plena plaza de Hannover y luego asesinaron a ese tal Wimblewell en su oficina de la City. ¿Adónde va a parar este mundo?

Sin responder al comentario de su tía, Hester se excusó y salió de la habitación, con el desayuno apenas tocado.

—No lo sé, tía —dijo Arabelle. Pero ella sí lo sabía. Ya no podía seguir fingiendo que su hermana no estaba implicada en los asesinatos. ¿Por qué si no había mentido Hester al decir que no recordaba a Wimblewell, cuando le había visto sólo dos días antes?



Al subir las escaleras hacia su habitación, Hester se sintió tan débil que se aferró a la barandilla para no caerse. Las noticias del periódico de esta mañana la hacían sentirse positivamente enferma y no estaba nada segura de poder llegar a su habitación antes de desplomarse.

Los pensamientos corrían por su cabeza a una velocidad vertiginosa: Wimblewell había sospechado que ella había asesinado a los pretendientes de Arabelle, y ahora Wimblewell estaba muerto...

Por si eso no fuera lo bastante atroz, por mucho que intentara no escuchar, una vocecita en el fondo de su mente seguía repitiendo: 'Le dijiste a Dante Rivard que Wimblewell sospechaba que eras una asesina, y ahora el propio Wimblewell ha sido asesinado. Eres la culpable de su muerte'.

No, ¡ella no había tenido nada que ver! Se lo había contado a Dante como una broma, porque las ridículas fantasías de un viejo loco senil le habían parecido muy divertidas. Pero el asesinato nunca era cosa de risa, y el pobre viejo Wimby, que siempre la había favorecido más que Arabelle -el querido Wimby, que había sido para ella como un tío viejo y bondadoso- estaba muerto, envenenado por comer sus caramelos de chocolate favoritos con centro de crema.

Al llegar por fin a su habitación, cerró la puerta tras de sí, giró la llave y luego se recostó cansada contra los paneles. ¡Ojalá pudiera encerrar sus pensamientos con la misma facilidad! Pero no había forma de negar que había sido ella la que se había comportado como una tonta, convirtiendo irreflexivamente la visita del procurador en una divertida anécdota.

¿Le había hablado en algún momento a Dante de la afición de Wimblewell por ese tipo concreto de bombones? No podía recordarlo con seguridad.

Sin embargo, no cabía duda de que le había contado los términos de la confianza de su padre. Todos aquellos años atrás, cuando había descubierto cómo su padre prácticamente la había repudiado, había vertido su miseria y su rabia al oído de Dante.

Él había sido el único que había sabido lo amargada que se había sentido cuando se anunciaron los primeros esponsales de Arabelle.

Para empeorar las cosas, incluso había bromeado con él sobre su buena suerte después de que Collingwood muriera en un accidente de equitación. ¿Bromeaba? No, si había de ser sincera

consigo misma, se había regodeado en secreto, en realidad se había deleitado sabiendo que heredaría la mayor parte, que por derecho debería corresponder a la hija mayor.

Las palabras de lord Crowley resonaron en su mente: 'Algún día llegarás a arrepentirte de cada palabra poco amable que hayas pronunciado'.

¿Arrepentirse? Se cubrió la cara con las manos, recordando la forma desconsiderada en que había utilizado las palabras para herir la sensibilidad de los demás... la forma en que se había deleitado con la frase cortante, la historia maliciosamente divertida... siempre incitada por Dante a decir algo aún más desagradable.

De repente, la más espantosa comprensión la golpeó, y su corazón comenzó a acelerarse en su pecho. Ella le había contado a Dante las sospechas de Wimbwell, y ahora Wimbwell estaba muerto. Si, como ella sospechaba, Dante había matado al anciano, ¿qué le haría a ella si supiera que sospechaba de él? ¿Recurriría de nuevo al asesinato?

Hester empezó a temblar por todo el cuerpo y luego, presa de un pánico ciego, atravesó la habitación y se metió en su cama, tapándose la cabeza con las mantas. Acurrucada allí, en la suave oscuridad, trató de razonar sus temores.

Era imposible que Dante hubiera hecho algo tan monstruoso como envenenar a un anciano. No sólo había sido su amigo todos estos años, sino que era el dandi consumado, sin preocuparse de nada salvo del corte de su chaleco o del lustre de sus botas.

Pero, ¿era su amigo? Desde luego, siempre estaba a mano cuando ella necesitaba una pareja de baile, y con frecuencia la subía a su faetón para dar una vuelta por el parque. Pero si tuviera problemas, ¿podría acudir a él en busca de ayuda? No, la mera idea de pedirle a Dante el más mínimo favor era ridícula. Nunca había conocido a una persona más egocéntrica.

¿Podría haber sido tan altruista como para haber matado a alguien sólo para que ella pudiera heredar una fortuna? Hester sintió que se relajaba. Fueran cuales fueran sus sospechas, le resultaba imposible creer que Dante estuviera dispuesto a esforzarse lo más mínimo para ayudarla a ella o a cualquiera que no fuera él mismo. Por otra parte, ¿no sería beneficioso para él que ella heredara una fortuna? No era ni mucho menos adinerado, y en su primera temporada se había esforzado por captar a una heredera, que había acabado casándose con un par de hombros anchos. ¿Tenía Dante algún motivo oculto para cultivar su amistad todos estos años? ¿No habría pensado que era posible que ella compartiera parte de su herencia con él? Que si jugaba bien sus cartas, podría meter los dedos en su bolso siempre que lo deseara?

Por mucho que se esforzara en creer que él no era culpable de asesinato, seguía existiendo esa maldita coincidencia: ella le había contado a Dante las sospechas de Wimbwell, y al día siguiente Wimbwell había sido envenenado.

Si existía la posibilidad de que Dante hubiera utilizado veneno en una ocasión, ¿cómo iba a beber champán si era él quien se lo traía? Sabiendo cómo había caído Fellerman al Támesis, ¿cómo iba a ser lo bastante valiente como para salir a un balcón con Dante cuando un salón de baile resultaba demasiado sofocante? Después de lo que le había ocurrido al pobre lord Thurwell, ¿cómo iba a aceptar que Dante la acompañara de compras sin temer a cada momento que él la hiciera tropezar, que la empujara 'accidentalmente' bajo las ruedas de un vehículo que pasara?

Aún más crucial, ¿cómo podría hablar con él con normalidad, cómo podría mirarle a los ojos, sin revelar inadvertidamente que conocía su malvado secreto?

Temblando de miedo más que de frío, se arrebujó más en las mantas, deseando poder marcharse de Londres y no volver a ver a Dante... deseando que Wimbwell nunca le hubiera contado los términos de la confianza de su padre... deseando haber tenido el buen juicio de mantener una lengua civilizada en su cabeza todos estos años



Como de costumbre, Tattersall's estaba abarrotado, pero la mayoría de los hombres se encontraban en el patio donde se llevaba a cabo la subasta, y Ashton se las había arreglado fácilmente para encontrar un rincón tranquilo donde reunirse con los tres únicos hombres de Londres en los que confiaba plenamente. Tras informarles de los últimos acontecimientos, tenía la esperanza de que alguno de ellos pudiera sugerirle un plan para atrapar al asesino.

—Yo digo que deberíamos hacer algo —dijo indignado el tío Humphrey en cuanto escuchó la historia completa de los bombones envenenados.

—Creo que todos estamos de acuerdo en eso. Pero la pregunta es: ¿qué debemos hacer? —Dijo Ashton irritado.

—No lo sé, pero no podemos dejar que esa maldita mujer de lengua afilada tenga éxito con su infame plan.

—Lo peor de todo —señaló Hennessey—, es que si no hacemos nada, en unas pocas semanas la hermana mayor simplemente heredará la fortuna, y eso será todo.

—Bueno, creo que lo mejor sería que tú te casaras con la joven —dijo enfáticamente Adam.

—Espléndida idea —dijo Humphrey—. Deberías casarte con la muchacha, sobrino.

Sorprendido por el cambio total de opinión de su tío, Ashton dijo:

—¿Estás sugiriendo en serio que debería aliarme con esa familia? ¿Que debería tomar por esposa a una de esas ruines mujeres de Pembroke? —Luego no pudo evitar sonreír ante la inmediata incomodidad del hombre mayor.

—¡Bueno, desde luego no estamos sugiriendo que te cases con la hermana mayor! soltó Humphrey, obviamente horrorizado ante la mera idea de tal unión—. Pero la más joven de las Pembroke no se parece en nada a las otras dos, ¿sabes? No parece odiar a los hombres en lo más mínimo y, además, mantiene una lengua civilizada. Un tipo de mujer agradable, de hecho. Notablemente perspicaz también —añadió, pero no explicó en qué sentido era perspicaz.

—Creo que es un plan perfectamente bueno —dijo Adam—. Cásate con la señorita Pembroke y de un solo golpe frustrarás el infame plan de su hermana.

—Y me encontraré encadenado de por vida —dijo Ashton—. No, gracias. Debemos pensar en otro plan para desenmascarar a la villana.

—No entiendo por qué no quieres casarse con la chica —murmuró el tío Humphrey—. Una muchacha maravillosa como ella necesita un marido, ¿no lo sabes?

—Puede heredar los bienes de su padre sin casarse con nadie si podemos demostrar que su hermana es una asesina —replicó Ashton.

—No me refería al fideicomiso —dijo el tío Humphrey indignado—. Me refería a que sería una lástima que esa dulce cosita se quedara en el tintero. Será una madre cariñosa y un cálido bracito en la cama, te lo aseguro —al darse cuenta de que los otros tres le miraban atónitos, Humphrey añadió algo cojo: —Hay pasión en ella, ¿no lo sabéis? Que sea soltero no significa que no conozca a las mujeres.

—Estoy totalmente de acuerdo con su tío —dijo Hennessey, con un deje de picardía en la voz—. Ella es justo la esposa para usted, Crowley. Eso hace que sea tres a uno a favor del matrimonio. Será mejor que vea de conseguir una licencia especial.

—No encuentro divertido su intento de humor —dijo Ashton. Aunque la señorita Pembroke era, en efecto, un tipo de mujer agradable -no dada a la cháchara ni a tener ataques de histeria-, no se parecía en nada a la esposa de su vecino, y él había decidido hacía tiempo que, si algún día se casaba, su esposa debía ser igual de inteligente y conocedora, igual de ingeniosa y llena de recursos, igual de intrépida y audaz, e igual de competente y capaz que Maggie. Seguramente eso no era pedir demasiado, ¿verdad?

—No bromeaba lo más mínimo —dijo el tío Humphrey, y su tono era, en efecto, bastante serio—. Es mejor que te cases con la chica, y cuanto antes mejor. Una vez que estés casado, podrás olvidarte de todas estas tonterías del asesinato y ponerte a producir un heredero.

—¿Se olvida de mi madre, su hermana? Ya que está tan a favor de este matrimonio, le dejaré a usted la tarea de persuadirla para que acepte a la joven en cuestión —no es que Ashton tuviera intención de casarse con la señorita Pembroke, pero había prometido ser su amigo, y sería una tarea más fácil si su madre fuera al menos mínimamente civilizada.

—¿Yo? —dijo Humphrey, empezando a apartarse—. Por mucho que me gustaría ayudar, sobrino, me temo que estoy ocupado de otro modo en el futuro inmediato.

Para diversión de Ashton, Hennessey cogió al tío Humphrey por el brazo y le dijo con firmeza:

—Escuche con atención. Para mañana esperamos saber que lady Crowley visita a las señoritas Pembroke, ¿comprende?

Humphrey abrió la boca, pero no le salió ninguna bravata. El irlandés podía ser de lo más intimidante cuando se esforzaba, aunque Ashton sabía que su amigo era bastante apacible por naturaleza,

—Tiene veinticuatro horas, tío —dijo Ashton con una sonrisa.

A Humphrey no le hizo ninguna gracia. Soltando el brazo, se marchó sin mirar atrás.

—Y en cuanto a usted, amigo mío —dijo Hennessey, volviéndose hacia Ashton—, creo que haría bien en considerar seriamente la sugerencia de su hermano. Me parece que la señorita Pembroke sería una esposa ideal para usted.

—Y a mí me parece que hay demasiada gente que intenta meterse en mis asuntos —dijo Ashton, con los nervios a flor de piel.

Al ver a su amigo alejarse enfadado, Thomas Hennessey sonrió para sí. No debería -de verdad que no debería-, pero sabía que iba a hacerlo.

—Fue una buena idea la que tuviste, Adam. Lástima que su hermano no quisiera escucharle.

A su lado, el chico murmuró enfadado para sí mismo y luego dijo:

—Nunca me escucha. Sin duda, si usted lo hubiera sugerido primero, al menos lo habría considerado detenidamente, en lugar de rechazarlo de plano.

—Sabe, se me ha ocurrido que no es necesario que su hermano se case con la encantadora señorita Pembroke —Thomas hizo una pausa y luego añadió: —Lo único realmente necesario es que el asesino piense que ambos van a casarse.

Adam le miró con creciente comprensión, pero luego frunció el ceño.

—Mi hermano montaría en cólera si alguien -especialmente yo- hiciera algo contrario a sus deseos expresos. De hecho, no me sorprendería que se viera abocado a la violencia física.

Thomas se encogió de hombros.

—Se le pasaría. Sólo habría que pasar desapercibido hasta que se produjera la explosión inicial. Y además, ¿había considerado que si el plan funciona y el asesino es desenmascarado, su hermano tendría que reconocer que estaba equivocado y que otra persona tenía razón?

—¿Y si el plan funciona demasiado bien? ¿Si el asesino tiene éxito? No estoy tan ansioso por apoderarme del título y la hacienda de mi hermano.

—He traído conmigo de Irlanda a varios mozos corpulentos y puedo dar fe de su lealtad. Ya se los he ofrecido a su hermano como guardaespaldas.

—No me dijo nada de ellos.

—Bueno, ya ve, se negó a considerar usarlos. Dijo que podía protegerse a sí mismo.

—Ashton es tan diabólicamente determinado para hacer las cosas a su manera, él no escuchará las sugerencias de cualquier otra persona.

Thomas sonrió.

—Pero ya ves, muchacho, algunos de los demás estamos igualmente decididos.

—¿Quiere decir...?

—Exactamente. Ha habido dos de mis hombres siguiendo a su hermano desde el primer ataque.

El chico se rio, obviamente contento de descubrir que por una vez su hermano no se había salido con la suya.

—¿Ha oído hablar del combate de boxeo que se celebra esta semana en un pueblecito cerca de Reading? —preguntó Thomas despreocupadamente.

Adam no era tonto, eso era evidente.

—Sabe —respondió enseguida—, acabo de convertirme en un ardiente aficionado al pugilismo —sonriendo descaradamente, se despidió y se alejó, silbando suavemente en voz baja.

Adam inspeccionó la breve nota que acababa de escribir. 'Prometidos: La señorita Arabelle Pembroke y Ashton Hareland, lord Crowley'. Bien satisfecho con sus esfuerzos por imitar la mano de su hermano, Adam lijó la nota, luego la dobló y la selló. Después de borrar todas las

señales de su presencia en el estudio de Ashton, Adam buscó a uno de los lacayos y le dio instrucciones para que entregara la misiva en las oficinas del *Morning Post*.

Una hora más tarde, tras empaquetar lo necesario en un pequeño portamaletas, se escabulló de la casa y salió alegremente al encuentro de Charles Neuce y Ernest Saville, con quienes se dirigía a Reading.

Fue una lástima que no pudiera ser una mosca en la pared y oír los estruendosos juramentos que seguramente se proferirían cuando su hermano se enterara de lo que había hecho. Pero era más prudente ausentarse hasta que la ira de Ashton se hubiera enfriado hasta niveles manejables.

Capítulo 9

La tía Phillipa bajó su periódico y miró por encima de él a Arabelle.

—Bueno, señorita, veo que tu espléndido señor ha dado la talla.

Hester jadeó, y Arabelle miró a su tía desconcertada.

—¿De qué está hablando?

—La lista de esponsales del *Morning Post* incluye vuestros nombres: La señorita Arabelle Pembroke y Ashton Hareland, lord Crowley. Bueno, no puedo decir que no lo sospechase, pero sigue siendo bastante lamentable por tu parte no haberme informado del acuerdo entre vosotros dos antes de que lo leyera en el Post. Pero ya nada casi ni me sorprende, ya que hace tiempo que sé que la generación más joven no respeta la forma correcta de hacer las cosas. Se ha convertido en un mundo tan desordenado que no se sabe dónde acabará. En mis tiempos, los caballeros tenían la decencia de cubrirse la cabeza con pelucas, o al menos se empolvaban el pelo, pero ahora van por ahí con el pelo indecentemente corto.

Por mucho que odiara engañar a su tía, Arabelle no podía revelar que los esponsales no eran ni más ni menos que un engaño, sin duda una treta de lord Crowley para atrapar al asesino. Ojalá lord Crowley quisiera realmente casarse con ella; ¡qué maravilloso sería en ese caso!

Pero lo olvidaba: al anunciar su compromiso, ya fuera legítimo o un astuto engaño, lord Crowley se estaba convirtiendo en un blanco, preparándose para otro intento de asesinato.

¡Si tan sólo le hubiera pedido permiso primero! No es que ella se lo hubiera dado, por supuesto. Ni siquiera los ingresos de las inversiones de su padre eran lo suficientemente grandes como para justificar correr un riesgo tan temerario, y así se lo diría a lord Crowley cuando lo viera.

Tía Phillipa hizo sonar su papel con indignación, y luego dijo con retranca:

—Y en cuanto a ti, sobrina, habrías hecho mejor en seguir mi consejo y rehuir la compañía de los hombres. Bueno, eso es todo lo que diré sobre el tema, excepto esto: has hecho tu cama y ahora debes acostarte en ella.

Arabelle sintió que se le calentaba la cara al pensar en acostarse en la cama con lord Crowley. Había sido extraordinariamente agradable que él la estrechara entre sus brazos... ¿Cómo sería dormir a su lado? ¿Ver su rostro en la almohada junto a ella? ¿Despertarse por la mañana en su abrazo?

—Está suponiendo, por supuesto, que a su señoría no le ocurrirá nada adverso de aquí a la boda —dijo Hester, interrumpiendo las agradables ensoñaciones de Arabelle—. Me sorprende que esté dispuesto a arriesgarse a ser alcanzado por la maldición.

—No hay ninguna maldición —soltó Arabelle. Estuvo a punto de decir que había sido un asesino a sueldo quien había matado a sus otros pretendientes, pero afortunadamente se mordió las palabras a tiempo. Bajo ninguna circunstancia podía permitir que Hester se enterara de que habían descubierto sus perversas maquinaciones.

La expresión de Hester era ahora tan gélida que parecía una completa extraña, y Arabelle se preguntó si alguna vez había conocido de verdad a su hermana.

—Si yo fuera tú —dijo Hester—, me largaría antes de que sea demasiado tarde para salvar la vida de lord Crowley.

Me está amenazando, se dio cuenta Arabelle con asombro. En realidad me está advirtiéndome que hará que lo maten si no lo dejo. ¿Era Hester realmente el monstruo sin corazón que parecía ser? ¿No quedaba nada de la amable hermana mayor que había ayudado a Arabelle con sus lecciones? ¿Quien había arrojado a Arabelle por las noches tras el fallecimiento de su madre? ¿Quien había subido comida de contrabando a Arabelle cuando la mandaban a la cama sin cenar? ¿Se había ido esa hermana para siempre?

El amor al dinero es la raíz de todos los males. ¿Tanto deseaba Hester ser rica que estaba dispuesta a condonar -no, a imponer- el asesinato?

—Si ya has terminado de picotear, sugiero que llamemos al carruaje —dijo la tía Phillipa, interrumpiendo los pensamientos de Arabelle—. Madame Parfleur nos espera a las once para que podamos elegir la tela de tu hábito de montar. ¿A menos que hayas entrado en razón y renunciado a tan ridículas nociones?

—No, no he cambiado de opinión —dijo Arabelle, aunque ya no podía sentir la menor excitación ante la idea de aprender a montar. Dudaba, de hecho, que pudiera encontrar placer en ninguna actividad -ni siquiera en la jardinería-, tan agobiada como estaba por el temor por la vida de lord Crowley.

—¿Vienes con nosotros, Hester? —preguntó tía Phillipa, poniéndose en pie.

—No, he hecho otros planes —respondió Hester, su voz no traicionaba ninguna emoción.



Humphrey Swinton ensayaba su discurso mientras caminaba con paso alegre hacia la residencia de su hermana. Como cabeza de familia, diría, es decisión mía a quién -¿a quién?- reconoceremos y a quién daremos la espalda. Y he decidido que la señorita Arabelle Pembroke es una joven encantadora, muy digna de las atenciones de Ashton.

Deberíamos estar agradecidos, señalaría, de que los afectos de Ashton hayan sido comprometidos por alguien cuyos modales están por encima de todo reproche, cuyo semblante es agradable y cuya posición en la vida está a la altura de la de Ashton.

Un tono firme, eso sería lo mejor. Anularía las objeciones de Dorathea antes de que tuviera siquiera la oportunidad de pronunciarlas. Y proyectaría su voz como le había enseñado Babette, una cantante de ópera que había estado bajo su protección durante dos deliciosos años.

Hay que ser abierto de mente, le explicaría -aunque en realidad, como cabeza de familia,

no le debía ninguna explicación a su hermana. Condenar a una joven inocente porque tiene la desgracia de tener a una arpía por tía no sólo es injusto sino también... también... ¿Cuál era la palabra que necesitaba?

Injusto... pernicioso... censurable... No era exactamente lo que quería decir. Dejó de caminar y se rascó la cabeza con la punta del bastón, casi tirándose el sombrero en el proceso.

Vergonzoso: ésa era la palabra que buscaba. Exhibir tales prejuicios avergonzaba el justo nombre de Swinton.

Satisfecho al fin, comenzó a caminar de nuevo, murmurando su discurso una y otra vez, no fuera a ser que las palabras adecuadas se escaparan en el éter.

No pudo evitar sonreír. Podía verlo todo en su mente: él mismo, erguido y digno, imponiendo la ley; su hermana encogiéndose en su silla, temerosa de despertar su ira.

Sí, sí, no tendría ningún problema en llevar a cabo su misión. Ashton estaría muy orgulloso de tener un tío tan noble que cumplía con su deber ante una oposición contundente, que no se retiraba abyectamente cuando estaba bajo el fuego enemigo.

Al llegar a la residencia Crowley, subió los escalones, golpeó la puerta con su bastón, saludó a Morrison con gran bonhomía y luego ordenó majestuosamente: —Y dígame a mi hermana que deseo hablar con ella de inmediato.

—Le ruego me disculpe, señor, pero eso no sería prudente.

—¿De qué se trata?

—Lady Crowley está de un humor de perros. No puedo decir qué la ha conmovido, pero esta mañana ha tirado la bandeja del desayuno contra la pared, y luego le ha dado un golpe en las orejas a la criada... y milady nunca antes ha sido dada a la violencia física. Si yo fuera usted, volvería otro día.

Sin embargo, la imagen de sí mismo como un general, dirigiendo sin miedo a sus tropas a la batalla, permaneció en Humphrey, y dijo con voz firme:

—Tonterías. Ni ahora ni nunca he tenido miedo de mi hermana —lo cual era torcer considerablemente la verdad, pero el nuevo y resuelto Humphrey no temía a ninguna mujer... ni a ningún hombre, para el caso.

—Pero...

—No me ponga peros, buen hombre. Deseo hablar con mi hermana sin demora.

—Muy bien, si espera en el salón, le informaré de que está usted aquí.

La mirada del mayordomo no era precisamente de admiración, pero eso cambiaría después de que Humphrey hubiera barbado al león -es decir, a la leona- en su madriguera. Morrison se quedaría mudo de asombro, de hecho, cuando viera con qué facilidad Humphrey manejaba a su hermana.

'Leona' no era exactamente la palabra adecuada para Dorothea, descubrió para su propia consternación. 'Ángel vengador' era una mejor descripción, y sólo podía estar agradecido de que ella hubiera tenido a bien dejar su espada flamígera en sus aposentos.

Antes de que pudiera siquiera abrir la boca, ella le arrolló como una carga de caballería, gritando imprecaciones -aunque por suerte no dirigidas a él-, soltando desagradables amenazas,

profiriendo funestas advertencias. Implacablemente le obligó a retroceder, hasta que se encontró de espaldas a la pared.

Mirándole como una de las Furias^[7], le dijo:

—Espero que haga algo al respecto inmediatamente.

—¿Hacer algo? ¿Sobre qué?

—¿No ha estado prestando atención? Sobre los esponsales —ella agitó un trozo de periódico delante de su cara, y con alivio él lo cogió.

No era fácil de leer ya que había sido salvajemente destrozado, arrugado, rasgado, retorcido...

—¡Ahí, ahí! ¡Lea usted mismo el anuncio! ¡Oh, que un hijo mío haya hecho algo tan engañoso! ¡Traicionado por mi propio hijo! ¿Acaso una madre no merece siquiera un mínimo de respeto? ¿He criado una víbora en mi seno todos estos años? —Para alivio de Humphrey, ella se apartó de él y empezó a pasearse por la habitación.

Inmediatamente empezó a respirar de nuevo, y su corazón se ralentizó a apenas el doble de su ritmo normal. Entonces, con dedos que sólo temblaban ligeramente, alisó el trozo de papel de periódico y lo escaneó rápidamente. En medio de la lista de esponsales contraídos recientemente, le saltaron a la vista los nombres de la señorita Arabelle Pembroke y Ashton Hareland, lord Crowley.

Por Júpiter, ¡pero si su sobrino había tocado fondo! Lo había hecho de verdad: le había metido el dedo en la nariz al asesino. Ashton era un orgullo para la familia Swinton, aunque técnicamente fuera un Hareland y no un Swinton. Aun así, el muchacho era su sobrino y Humphrey estaba muy orgulloso de él.

—¡Exijo que ponga fin a esta tontería! Iré de inmediato a las oficinas del periódico y les amenazará con una demanda si no publican una retractación, ¿me oye?

Endureciendo el espinazo, Humphrey fulminó con la mirada a su hermana mayor. Durante años ella le había mangoneado y golpeado las cejas sin piedad, pero ya no.

—Le oigo —dijo con voz tranquila pero firme—. Y no dudo de que todos los criados puedan oírle también —dio un paso hacia delante y, mirándole asombrada, Dorothea dio un vacilante paso hacia atrás.

Presionando su ventaja, avanzó sin remordimientos.

—Como cabeza de familia, le ordeno que no se entrometa en este asunto de ninguna manera.

—¿Cómo... cómo se atreve a hablar...? —intentó decir ella, pero él la cortó sin piedad.

—Además, no sólo dará la bienvenida a la Srta. Pembroke a la familia, sino que dará una fiesta para ella y para su tía.

Perdiendo terreno rápidamente, Dorothea aún ensayó una defensa.

—Nunca —dijo, pero su voz tembló débilmente, y fue obvio para Humphrey que casi la tenía derrotada, a pie, a caballo y con pistola.

—No me diga 'nunca'; dígame 'sí, señor. De inmediato, señor' —su voz sonaba ahora

amenazadora incluso para sus propios oídos.

Su boca se movió, pero no salió ni un sonido.

—¡Dígallo! —bramó, y proyectó tan bien su voz que, de haber estado en el escenario del Covent Garden, se le habría oído incluso en el fondo del balcón más lejano. Babette habría estado orgullosa de él.

Las lágrimas brotaron de los ojos de su hermana y sintió que toda su energía y determinación se escapaban.

—No llores, Dorothea. Siento haberte gritado.

—A nadie le importan mis sentimientos —dijo ella, sorbiéndose los mocos—. La única razón por la que no me gustaba la señorita Pembroke en primer lugar era que su tía le trataba de forma tan abominable. Estoy segura de que es una chica muy dulce, si usted lo dice.

—Así es, y creo que estará de acuerdo conmigo una vez que la conozca mejor.

Estaba muy satisfecho consigo mismo cuando abandonó la residencia Crowley poco después. Realmente, no era nada difícil manejar a su hermana. Lo único que hacía falta era un poco de agallas.



Al ver cómo Morrison enseñaba la puerta a su hermano, lady Crowley estaba tan furiosa que apenas podía contenerse. Entonces, Humphrey pensó que podía pavonearse y dictarle a ella a quién debía reconocer. ¡Bah! El tonto ni siquiera se había dado cuenta de que ella no le había prometido nada.

Sería un canoso antes de que ella permitiera que esa despreciable Phillipa Pembroke pusiera un pie en su casa. Y en cuanto a la sobrina, si Ashton se casaba con esa intrigante libertina, entonces podría despedirse de su madre, porque ella, lady Crowley, nunca viviría en la misma casa que ellos dos. No es que a Ashton le importara que su madre tuviera que ganarse a duras penas una mísera existencia en alguna destartada casa alquilada en Bath. Era un hijo tan poco natural, tan falto del debido respeto filial.

Al pensar en la injusticia de todo aquello, lady Crowley empezó a sentir bastante lástima de sí misma. Pero al menos tenía un hijo que se comportaba como debía. Con toda seguridad, Adam nunca abandonaría a su queridísima madre. Tal vez incluso estuviera dispuesto a acompañarla a hacer sus recados esta tarde. Tenerlo como escolta haría mucho por calmar sus nervios crispados.

Llamó a Morrison y le indicó que informara al señorito Adam de que su madre deseaba hablar con él en cuanto fuera conveniente.

—Disculpe, milady, pero su hijo no está aquí en este momento.

—¿No está aquí? Pero nunca saldría sin detenerse a desearme buenos días y a interesarse por mi salud.

El mayordomo se aclaró la garganta y olvidó hasta tal punto lo que debía a su cargo que,

de hecho, arrastró los pies.

—La criada acaba de informarme de que anoche no se durmió en la cama del señorito Adam.

—¿No durmió en ella? ¿Ese ridículo muchacho ha vuelto a tomar habitaciones en el Albany? Si lo ha hecho, tenga la seguridad de que Ashton le traerá de vuelta directamente.

De nuevo Morrison parecía incómodo.

—Las cosas del señorito Adam están bastante intactas, milady, así que no creo que haya ido tan lejos como para mudarse.

—¿Entonces cuándo se fue? ¿Y por qué nadie le preguntó adónde iba? Seguramente no se habrá encargado de desobedecer mis instrucciones.

— Lo lamento, milady, pero nadie le vio salir de la casa. Parece que se escabulló en secreto.

Las lágrimas llenaron los ojos de lady Crowley, y esta vez no eran las lágrimas de cocodrilo que había producido hábilmente para ganar el enfrentamiento con su hermano.

—¿Escabullido? Tonterías. Mi queridísimo hijo nunca se habría escabullido como un vulgar ladrón. ¿Cómo se atreve a sugerir semejante cosa?

—Pero, milady...

—Oh —se lamentó ella, llevándose las manos al pecho—, ha sido secuestrado, lo sé perfectamente. Y todo es culpa de la Viuda Negra. No importa cuántas veces se le advirtiera -y yo misma se lo supliqué en numerosas ocasiones-, Ashton se asociaba con ella. ¡Y ahora la maldición de la que se burlaba ha golpeado a su inocente hermanito! Mi dulce Adam ha sido arrebatado de mis amorosos brazos; ¡más que probablemente asesinado de la forma más vil! Oh, ¿alguna vez una pobre madre fue tratada tan insensible y tan miserablemente como yo?



Nunca antes habían regañado a Ashton tan a fondo... ni tan deliciosamente. Desde el momento en que su carruaje se había alejado de la casa de ella, la señorita Pembroke había estado echándole la bronca: era temerario en extremo; se había convertido en un blanco; debería haberla consultado y ella le habría pedido precaución; si lo mataban, nunca se lo perdonaría.

Sin embargo, no creía que ella tuviera mucha práctica en el arte de intimidar a un hombre, ya que en lugar de hacerle sentir abatido, su sermón no hacía más que dificultarle reprimir una sonrisa.

Bajar la mirada hacia ella fue sin duda un error. Una mirada a sus ojos oscuros brillantes de lágrimas no derramadas, y su impulso de sonreír fue sustituido por un fuerte deseo de estrecharla entre sus brazos y besar sus tentadores labios, que temblaban dulcemente.

—Al menos podría haberme avisado. Me sentí como una auténtica tonta cuando mi tía me felicitó, no es que importe, pero Hester estaba sentada allí mismo, y podría haber dicho accidentalmente algo que traicionara nuestro plan. De verdad, no sospechaba que usted estaba a

punto de enviar ese anuncio al periódico.

—Erra en su suposición —replicó él, dirigiendo sus caballos hacia St. James's Park. No estaba de humor para correr el guante de los curiosos, cotillas y entrometidos cotillas que a esas horas conducían, cabalgaban y paseaban por Rotten Row—. No envié ningún anuncio al *Morning Post*.

—Usted... ¿Pero quién...?

—Visité sus oficinas y me informaron de que un criado que llevaba mi librea les llevó la nota. Por su descripción del tipo, yo le reconocí como uno de los lacayos de mi madre.

—¿Su madre? Pero seguramente ella no habría hecho tal cosa. Vaya, ni siquiera me reconoce en público.

—Mi tío ha hablado con ella sobre eso, y me asegura que ya no se atreverá a darle el corte directamente. Pero en cualquier caso, tiene usted razón. No fue mi madre, sino mi hermano quien instigó este plan.

—¿Sin consultarle?

—Oh, sí que me consultó. Me sugirió que me casara con usted para que su hermana no heredara los bienes de su padre. Cuando rechacé su plan, me desobedeció deliberadamente.

Se oyó un sonido suave a su lado -una súbita inspiración- y al instante deseó poder retirar sus destempladas palabras. Pero, ¿cómo podía explicar el daño que evidentemente le había causado al mencionar el matrimonio, y al mismo tiempo dejar claro que no deseaba casarse con ella? No podía decir muy bien: 'Estaría encantado de casarme con usted, pero no cumple las normas que he establecido para mi futura esposa'. Tampoco podía decir: 'No es que no me guste. De hecho, me gusta mucho. Por desgracia, no la amo'.

—No tiene por qué preocuparse —dijo ella en voz baja—. Cuando todo esto termine, le liberaré de cualquier obligación. No me aprovecharé de la insensatez de su hermano para atraparle en un matrimonio que no sea de su agrado.

Sonaba bastante tranquila, pero cuando él la miró, tenía la cabeza gacha y lo único que podía ver era su bonete. ¡Maldita sea! ¿Por qué no había pensado antes de sacar el tema del matrimonio? Estaba demostrando ser tan imprudentemente temerario como Adam.

Condujeron en silencio durante lo que pareció una eternidad.

—¿Le gustaría pasear un poco? —preguntó finalmente, incapaz de pensar en otra cosa que hacer para sanar la brecha que los separaba.

—No, gracias —dijo ella, con la voz aún apenas por encima de un susurro—. Creo que, si no le importa, me gustaría volver a casa ahora. El sol está realmente muy caliente, y olvidé traer mi sombrilla.

El trayecto de vuelta a Berkeley Square fue incómodamente tenso y, para aumentar su inquietud, Ashton divisó a dos hombres que les seguían. Grandes fortachones, parecían sacados del mismo molde que el difunto Black Jack Brannigan. Al parecer, la señorita Hester Pembroke se había buscado esta vez un par de asesinos a sueldo.

Sin embargo, Ashton había aprendido la lección lo bastante bien como para no mencionar a los dos rufianes a su compañera. Ya estaba lo bastante preocupada por su seguridad como para

no necesitar motivos adicionales de alarma.

Con un poco de suerte -y con la ayuda de sus amigos- debería ser capaz de capturar a uno de los rufianes y obligarle a revelar quién le había contratado. Una vez que se hiciera público el complot contra la señorita Arabelle Pembroke, él, Ashton, podría volver a sus caballos y permitirle que anunciara que sus esponsales quedaban cancelados. Lo que haría que fuera dos veces plantado, suficiente para que cualquier mujer se preguntara sobre su idoneidad como marido.

Por otra parte, tenía que producirse un escándalo cuando la hermana mayor de los Pembroke fuera detenida por asesinato. ¿Podría, con toda decencia, marcharse a Devon y dejar que la señorita Arabelle se enfrentara sola a las maliciosas habladurías?

De hecho, ahora que lo pensaba, sería mejor para todos los implicados que su hermana no fuera detenida y juzgada por asesinato. Con un manejo un poco juicioso de la situación, sin duda se podría persuadir a la señorita Hester para que emigrara a Jamaica, o Canadá o a algún otro lugar convenientemente distante, tras ceder primero a su hermana todos sus derechos sobre la herencia de su padre.

Evidentemente, le correspondía a él permanecer al lado de la señorita Arabelle hasta que todo estuviera resuelto.

Fruncía el ceño cuando devolvió sus caballos a los establos.



Tuvo que convencer a Dante de que todo era una patraña: algún bromista había insertado el anuncio de los esponsales en el periódico. Hester miró alrededor del abarrotado salón de baile tratando de divisar al dandi al que ya no podía descartar como nada más que un petimetre engreído y presumido.

Al divisarlo por fin bailando con la señorita Quailund, Hester esperó impaciente a que cesara la música. Luego se movió lo más discretamente posible por la sala, de modo que estuviera en posición adecuada para interceptarle cuando devolviera a la joven a su acompañante. Por primera vez en su vida, Hester se sintió cohibida y le costó creer que todos en la sala no la estaban observando cuando 'accidentalmente' chocó con Dante.

—Perdone, querida, ¿está bien? —Dante la cogió del brazo para tranquilizarla, y sus palabras eran todo preocupación.

Fijando una sonrisa en su rostro y esperando desesperadamente que él no notara lo falsa que era, ella soltó una risita nerviosa, y luego soltó:

—Lo más divertido es que se va a morir cuando se lo cuente —morir, ¿qué la había poseído para utilizar esa palabra?

Resueltamente continuó:

—Algún bromista ha insertado un anuncio en el *Morning Post* de que mi h...hermana está prometida a lord Crowley —con dificultad mantuvo la sonrisa, rogando que él no hubiera notado su tartamudeo, que no sospechara que intentaba engañarle.

—Hartwell, que se arriesga a perder cinco mil guineas si su señoría sigue vivo el primer día de julio, me informó de que el anuncio fue entregado por un lacayo que vestía la librea de Crowley. Qué extraño —comentó Dante distraídamente.

—Un criado descontento —improvisó rápidamente Hester—. El insolente mequetrefe ha sido, por supuesto, despedido.

Levantando las cejas en fingido asombro, Dante dijo:

—Pero usted está singularmente informada de los quehaceres de la casa de Crowley. No me había dado cuenta de que ustedes dos estaban tan unidos.

—Envió una nota a mi hermana, una disculpa, por así decirlo.

—Hay otra posibilidad, ¿sabe? —Dante la miró especulativamente.

Hester sintió que el desfiladero se le subía a la garganta: ¡seguramente él no pensaba, como Wimblewell, que ella tuviera algo que ver con la promoción de la maldición!

—Uno de los numerosos caballeros que han apostado pequeñas fortunas a la pronta desaparición de milord Crowley puede haber sobornado al criado.

¡El había aceptado su explicación! Ella se sintió inundada de alivio.

—Sí, por supuesto, es más que probable que así sea —asintió ella, y luego, rápidamente, antes de que él pudiera interrogarla más, cambió de tema y empezó a hablar del escandaloso vestido que llevaba la señora Gilmoreton, que la hacía parecer la más vergonzosa mariquita.

Sin embargo, su sensación de alivio no duró toda la velada. Lord Crowley, con alegre desprecio por su propia seguridad, bailó no dos, sino tres veces con Arabelle, actuando todo el tiempo como si no se diera cuenta de cómo todo el mundo le miraba con macabra expectación, de cómo todos esperaban que cayera fulminado por la maldición fatal.

Lo único que podía agradecer era que Dante hubiera abandonado la fiesta antes de que la pareja de recién prometidos bailara entre sí por tercera vez. Con un poco más de suerte, para cuando él se enterara de algún chisme, ella habría inventado otra prevaricación con la que calmar sus sospechas.

Si es que de verdad estaba relacionado de algún modo con los asesinatos. Tal vez fuera, como Dante había sugerido, obra de alguien que había apostado una gran suma a la brevedad de la esperanza de vida de lord Crowley. Los hombres, especialmente los malditos por la fiebre del juego, eran conocidos por comportarse precipitadamente en ocasiones.

¿No era más probable que uno de ellos -uno de los corintios que estaban dispuestos a arriesgar la vida y las extremidades en una carrera de curricanes o a contemplar con regocijo cómo dos hombres se machacaban la cara hasta convertirla en pulpa sanguinolenta- no era más probable que alguien así hubiera contratado a algún rufián para atacar a lord Crowley?

De hecho, ahora que lo pensaba, ese ataque ni siquiera estaba necesariamente relacionado con su hermana, a pesar de lo que los chismosos de la ciudad se apresuraban a susurrar. Las muertes de los otros pretendientes no habían sido, sin duda, más terribles que los accidentes que todo el mundo suponía que habían sido. Y lord Crowley, en un período anterior de su vida, podría haber despertado fácilmente la enemistad de alguien que ahora buscaba venganza.

Si tal era el caso, entonces lo único que quedaba sin explicar era el asesinato de Wimblewell,

que había ocurrido al día siguiente de que él la visitara. Pero aparte del elemento temporal, ¿había alguna razón para conectar un suceso con el otro? Sin duda, Wimbwell tenía un gran número de clientes, uno de los cuales podría tener motivos para odiar al viejo.

Por lo que ella sabía -y a pesar de sus afirmaciones de inocencia-, Wimbwell podría muy bien haber malversado dinero de algún otro cliente. Por otra parte, ella había visto signos de senilidad incipiente; ¿quizás simplemente había cometido un inocente pero costoso error con las inversiones de alguien?

Estaba, por supuesto, el hecho de que el asesino había enviado bombones de chocolate con centro de crema -los bombones de chocolate envenenados-, pero entonces, Wimbwell no había ocultado su afición por los dulces. Docenas de personas, incluido todo el personal de su oficina, debían saber que los engulliría de inmediato.

Lo más probable era que, cuando las autoridades investigaran, descubrieran a un empleado descontento, a un cliente insatisfecho, a una plétora de otros sospechosos, cualquiera de los cuales era un candidato más probable para Tyburn que Dante, que estaba demasiado ocupado con su propia persona -con el lustre de sus botas y los pliegues de su pañoleta- como para preocuparse por las divagaciones de un viejo tonto.

Debió de ser la conmoción al enterarse del asesinato lo que le había hecho sospechar de Dante en primer lugar, porque ahora que lo pensaba, la sola idea era absurda. Si Dante había envenenado a Wimbwell, eso significaría que también estaba detrás del ataque a lord Crowley, y ahí era donde sus sospechas vacilaban y fracasaban.

Aunque podía llegar a creer que Dante podría haber envenenado algunos bombones, no podía, ni con el mejor de sus esfuerzos, imaginárselo confraternizando con un scapegallows^[8] de Soho. Aunque Dante se enorgullecía de conocer al mejor proveedor de rapé de Londres, ella no podía imaginar que el dandi tuviera la menor idea de dónde ir a buscar a un asesino a sueldo. Incluso pensarlo ahora la hacía sonreír, de tan divertido que era.

Alrededor de Hester la gente cuchicheaba, y ella podía oír retazos dispersos de conversaciones: 'no apostaría un groat^[9] a que verá su próximo cumpleaños ', 'eso hará cinco muertos, ¿no?', 'la marca del diablo está en ella', 'no estaría en su pellejo ni por todo el té de China', 'la Viuda Negra', '¿hasta cuándo?', 'condenado', 'la maldición le hará caer, recuerde mis palabras'.

—Buenas noches, señorita Pembroke.

Hester reconoció al hombre que se dirigía a ella. El señor Hennessey era un irlandés advenedizo que cinco años atrás había asombrado a todos al conseguir la mano de lady Dalila.

—Creo que no nos han presentado — dijo ella con frialdad, pero en lugar de inclinarse cortésmente y seguir adelante, él tomó asiento a su lado.

—Puesto que lord Crowley es uno de mis amigos más queridos —dijo con desparpajo—, estoy seguro de que estamos destinados a conocernos bien una vez que sea su cuñado.

—Estoy dispuesta a esperar hasta después de la ceremonia —dijo ella, manteniendo los ojos apartados de su rostro. No le gustaba en absoluto la forma cómplice en que la miraba, la abierta valoración de su mirada.

¿Sospechaba él, como Wimbwell, que ella había contratado a un asesino? Pero no, no era

posible que él conociera los términos del testamento de su padre, por lo que no tendría motivos para relacionarla con la muerte del anciano.

Miró al irlandés con el rabillo del ojo, pero no se tranquilizó. Parecía un zorro listo para abalanzarse... y la estaba haciendo sentir como un conejo a punto de ser engullido.

—¿Así que cree que realmente habrá una ceremonia de boda? —preguntó—. La mayoría de la gente de aquí cree que Crowley será alcanzado por la maldición fatal, pero me gustaría conocer su sincera opinión. ¿Es lord Crowley valiente o simplemente temerario? Dígame, señorita Pembroke, ¿es usted tan supersticiosa como para creer en cosas como las maldiciones fatales?

Volviéndose para mirarle, dijo fríamente:

—Lo que creo, señor Hennessey, es que la gente que juega con fuego suele quemarse. Y ahora, si me disculpa. Me temo que he roto mi volante —se levantó y salió a toda prisa del salón de baile, perseguida por los murmullos de la multitud.

Capítulo 10

-No mires detrás de ti, pero nos están siguiendo —murmuró Ashton a Hennessey en cuanto hubieron abandonado el baile y comenzado a caminar las pocas manzanas que los separaban de la residencia Crowley—. He avistado al par de feos matones varias veces en los últimos días, pero hasta ahora no han hecho ningún intento de acecharme.

Haciendo caso omiso de la advertencia de Ashton, el irlandés miró despreocupadamente por encima de su hombro y luego estalló en una gran sonrisa.

—Malone y Mulrooney —dijo—. Tendría que estar de acuerdo con usted en que no tienen pretensiones hacia la belleza, pero por otro lado, cada uno es virtualmente lo suficientemente fuerte como para levantar un caballo y tirarlo por encima de una valla si la bestia se niega a saltar.

—¿Así que son los robustos muchachos que mencionó antes? Y sin mi permiso, los ha puesto a seguirme como un par de perros guardianes. Recuerdo muy bien haberle dicho que no necesito guardaespaldas.

—Ya que ha tenido a bien burlarse del asesino -me refiero, por supuesto, al anuncio que envió al *Morning Post*-, será un pequeño consuelo para sus amigos que atrapemos al culpable cuando ya le haya despachado a usted a una tumba fría y solitaria —dijo el irlandés—. Atrapar al villano es una persecución loable, pero tengo la intención de asegurarme de que el cebo no sea engullido en el proceso.

—Yo no escribí ese anuncio.

—Y yo que pensaba que había entrado en razón y le había pedido matrimonio a esa encantadora chica.

—Mi hermano se encargó de interferir una vez más. Esta vez, sin embargo, ha ido demasiado lejos, y probablemente harán falta sus dos corpulentos muchachos para evitar que le retuerza el cuello al chico cuando lo encuentre.

Al doblar la esquina de Grosvenor Square, Ashton preguntó:

—¿Quiere entrar a tomar un poco de brandy? Estoy seguro de que, si nos lo proponemos, podremos encontrar un tema de conversación más animado que mi hermano menor —dicho esto, Ashton comenzó a describir un potro nuevo que tenía, un prometedor ejemplar de dos años que estaba considerando conservar para su propio uso.

La discusión sobre los caballos llegó a un abrupto final cuando el mayordomo abrió la puerta para dejarles pasar.

—Su madre está esperando para hablar con usted en el salón —le informó Morrison, con el

rostro demacrado—. Es el señorito Adam; ha desaparecido por completo. Anoche no durmió en su cama y su madre está muy angustiada. Teme que haya sido secuestrado o incluso asesinado.

—¿Qué tontería es ésta? —dijo Ashton, apartando de su mente un fugaz temor de que su hermano pudiera haberse encontrado realmente con una artimaña.

—Sé que su madre tiene afición por el dramatismo, milord —dijo el mayordomo retorciéndose las manos—, pero esto parece serio. Nadie vio al señorito Adam salir de la casa, y no dijo a nadie adónde iba ni cuándo volvería, lo cual es muy poco habitual en él. Lady Crowley ha enviado lacayos a todos los clubes, preguntando por él, pero todos han negado conocer su paradero.

Ashton dio un ladrido de risa.

—Como mi madre debía esperar. ¿No se da cuenta de que los porteros de todos los clubes tienen instrucciones permanentes de decir que un socio no está presente aunque lo esté? Lo más probable es que mi hermano esté en este mismo momento instalado en un cómodo sillón del White's jugando a las cartas con sus amigos. Mi madre haría mejor en preocuparse por la fiebre del juego que parece haber infectado el cerebro de Adam, porque le digo rotundamente que no volveré a abrirle los bolsillos hasta que dé muestras de haber desarrollado al menos un mínimo de sentido común.

—Bueno, viejo amigo —dijo Hennessey, dándole una palmada en la espalda a Ashton—, creo que declinaré su oferta de brandy y conversación. Quizás otro día.

—¿Desertar bajo el fuego? —preguntó Ashton con una sonrisa apenada.

—Saber cuándo retirarse es a veces más crucial para el éxito que cargar ciegamente hacia delante —dijo su amigo antes de marcharse.

Poco después, Ashton se encontró en la poco acostumbrada posición de defender las acciones de su hermano.

—A Adam le faltan pocos días para cumplir los veintiún años, madre. No me parece nada extraño que haya descuidado darle cuenta de cada uno de sus movimientos.

Su madre se levantó de la silla donde había estado reclinada en pose trágica y avanzó hacia él completamente furiosa.

—Puesto que nunca me has mostrado la más mínima consideración, bien puedo creer que has estado animando a mi querido hijo a que me deje de lado como a... ¡como a un paño de cuello desechado!

—Bien dicho, madre, ya que persistirá en colgarle del cuello al pobre muchacho. Adam nunca llegará a ser un hombre si sigue tratándole como a un niño.

Ante sus burlonas palabras, ella se hinchó como una gallina melancólica protegiendo a su polluelo de un zorro merodeador.

—No deseo oír de ti un sermón sobre la forma correcta de actuar de una madre. Tú no eres ahora -ni lo serás nunca -una madre. Conociendo tu actitud, siento lástima por esa desdichada señorita Pembroke. Si supiera lo despiadado que eres, te abandonaría mañana mismo y se consideraría afortunada por haber escapado. Y en cuanto a tu hermano, te exijo que contrates a un corredor de Bow Street para encontrar a Adam, y sólo podemos rezar para que el corredor llegue a tiempo de salvar la vida de mi querido niño, una vida que tú has puesto en peligro al

asociarte con una joven que todo el mundo sabe que está aquejada de una maldición fatal.

—¿Un corredor de Bow Street? Seguramente bromea. No se me ocurre nada que enajenaría a Adam con más seguridad que tener un corredor enviado tras él para arrastrarlo a casa como a un niño travieso.

—Todo es culpa tuya, ¿sabes? Si no hubieras dado ese anuncio a los periódicos, la vida de tu hermano no estaría ahora en peligro, pero te has negado a seguir el consejo de tus mayores y evitar a esa desdichada mujer. Tal vez creas en maldiciones fatales cuando descubras el cuerpo sin vida de tu hermano, ¿o incluso entonces negarás tu responsabilidad?

Con esas palabras de despedida su madre salió de la habitación, con la espalda rígidamente recta proclamando su disgusto con su hijo mayor.

Poco sabía ella que sus airadas palabras habían recordado a Ashton la espina que tenía clavada con su hermano. Adam estaba sin duda -y muy sabiamente- escondiéndose hasta que cabía esperar que Ashton hubiera olvidado por completo aquel infame anuncio de esponsales.

Dejado en paz, Ashton llamó para pedir un poco de brandy y luego se acomodó frente al fuego. Sin embargo, sus pensamientos distaban mucho de ser pacíficos. Por mucho que estuviera convencido de que comprendía perfectamente por qué Adam había considerado necesario escabullirse de la casa, seguía existiendo la posibilidad de que la señorita Hester Pembroke se hubiera buscado otro asesino a sueldo que, a su vez, podría haberse llevado al hermano equivocado.

Ahora estaba siendo tan insensato como su madre, viendo villanos detrás de cada arbusto. Tomó un sorbo de brandy, pero lo encontró insípido. Finalmente se admitió a sí mismo que no podría estar tranquilo hasta que no se esforzara por encontrar a su hermano.

Con pesar abandonó su cómodo sillón y se dispuso a buscar a su hermano en los clubes. No se alegró mucho cuando oyó pasos detrás de él. Mirando por encima del hombro, reconoció a Malone y Mulrooney, y su presencia no contribuyó en nada a mejorar su humor.

Para cuando salió el sol, Ashton había hecho una revisión exhaustiva de todos los clubes a los que pertenecía, y también había ido a varios de los infiernos de juego más notorios. Desgraciadamente, él mismo no era un ardiente jugador, lo que significaba que ignoraba lamentablemente los innumerables lugares más pequeños a los que uno podía acudir si deseaba perder su dinero rápidamente.

Asimismo, si hubiera sabido quiénes eran los amigos especiales de su hermano, su búsqueda habría sido más fácil, ya que podría haberles pedido noticias de Adam. Pero para su disgusto, Ashton no podía recordar ningún nombre excepto el de Charles Neuce, cuyo rostro ni siquiera estaba seguro de reconocer. Aunque le resultaba doloroso admitirlo, Ashton empezó a sospechar que durante el último año, más o menos, debería haber prestado menos atención a sus caballos y más a su hermano.

Al volver a casa, le recibió en la puerta su madre, que evidentemente tampoco se había acostado. Cuando vio que estaba solo, la pena nubló su rostro. Si se hubiera puesto histérica, Ashton podría haber descartado sus temores y haberse ido a la cama, pero su mirada atormentada no formaba parte de su repertorio dramático habitual.

—Muy bien, madre —dijo cansado, pensando con añoranza en su cama—, iré de inmediato a Bow Street y contrataré los servicios de un corredor.



Lady Crowley miraba con odio a la joven con la que bailaba su hijo mayor. La Viuda Negra sonreía y hablaba como si una vez más no hubiera causado la muerte prematura de un joven inocente. Los sentimientos de Dorothea hacia Ashton no eran mucho más agradables. ¿Cómo podía actuar como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo, cuando su hermano podría incluso en este momento yacer muerto en alguna zanja, abatido por la maldición fatal?

Pero quizá no era demasiado tarde para salvar a Adam. Aunque el corredor de Bow Street había sido debidamente contratado el día anterior, aún no se había presentado, lo que a su modo de ver sólo demostraba que incluso un corredor estaba indefenso ante una maldición maligna.

No, la única forma de romper el poder de la maldición y salvar la vida de Adam era poner fin a la relación entre Ashton y aquella desdichada señorita Arabelle Pembroke.

Tal vez si hablaba con la muchacha directamente, la señorita Pembroke podría estar dispuesta a liberar a Ashton de sus garras. Pero no, la muchacha estaba sin duda embelesada con la idea de haber atrapado a un conde entre sus garras.

Por otra parte, podría ser susceptible a un soborno. Dada una oferta de dinero suficientemente grande, ella podría...

Pero no, Dorothea había oído que a sir John Pembroke había ido bien. Sin duda, ninguna de las dos hermanas Pembroke carecía de fondos suficientes.

Considerándolo todo, sólo quedaba una cosa por hacer. Mañana -no, esta noche- enviaría un aviso al *Morning Post* de que se habían equivocado al publicar el anuncio de los esponsales, y exigiría que publicaran una retractación. Ashton, por supuesto, montaría en cólera, ya que parecía estar totalmente cegado por los encantos de la señorita Arabelle Pembroke, pero Dorothea había soportado sus bravatas en ocasiones anteriores. Y esta vez, al menos, tenía la razón de su parte, lo que haría mucho más fácil soportar la ira de Ashton.



—¿Habéis visto alguna vez un luchador de caza como la Maravilla de Manchester? —preguntó Adam a sus amigos. Todavía se sentía bastante embriagado por la emoción del combate de boxeo que acababa de presenciar, y no podía calmarse con una copa de brandy como los demás. Moviéndose por el salón privado que habían alquilado en el Painted Boar, golpeó el aire con los puños—. Estaba bastante seguro de que caería en el vigésimo séptimo asalto, y con la paliza que le estaba dando el Bedford Bruiser, nunca hubiera creído que el Maravilla sería capaz de mantenerse en pie otros doce asaltos.

—Jugó bien —convino Charles Neuce, con tono lúgubre—, pero me hubiera gustado que hubiera exhibido un poco más de ciencia. Aposté doscientas guineas a que ganaba, y sólo el diablo sabe cómo le sacaré esa cantidad a mi padre.

—Yo sólo perdí cien —añadió Ernest Saville con pesar—, que no es una suma enorme, pero espero que mi hermano no lo vea así. Tocaré a rebato y me amenazará con la Flota, pero si

parezco debidamente castigado, al final pagará. Siempre lo hace. ¿Y qué hay de ti, Hareland? ¿Va Crowley a echarse a volar por las ramas cuando descubra tus pérdidas, o tienes el bolsillo lo suficientemente gordo como para no necesitar pedirle nada de latón?

Por un momento Adam estuvo tentado de mentir, pero luego confesó:

—No he perdido nada.

—¿No querrás decirme que apostaste tu dinero al Bedford Bruiser? —Charles Neuce le lanzó una mirada de disgusto.

—En realidad, ni siquiera hice una apuesta —admitió Adam—. La cosa es que mi hermano dejó bien claro que desaprueba que juegue con dinero que no tengo.

—Entonces, ¿a qué viene eso? —preguntó Saville—. A mi hermano tampoco le entusiasma, pero no dejo que eso me impida divertirme un poco.

—La cuestión es que cualquier dinero que recibo de Ashton tiende a tener demasiadas ataduras. Además, todavía tengo la esperanza de que, si juego bien mis cartas, pueda convencerle de que me compre mis colores en cuanto tenga veintiún años.

—Ríndete —dijo Neuce desdeñosamente—. Crowley nunca irá en contra de los deseos de tu madre, y tú nos dijiste que ella está totalmente en contra de una carrera militar para ti. Vaya, se pone histérica cada vez que mencionas siquiera el ejército, y te juro que la he visto tener palpitaciones con sólo verte junto a alguien que lleva una chaqueta escarlata.

—Sea como fuere —dijo Adam—, si puedo demostrarle a mi hermano que soy adulto, estoy seguro de que podrá arreglar algo. Cuando se decida, ni siquiera mi madre podrá hacerle cambiar de opinión.

Neuce y Saville intercambiaron miradas.

—No pretendo echar por tierra tus esperanzas —dijo Neuce—, pero mencionaste que te escabulliste de casa sin decirle a nadie adónde ibas. No creo que esa sea manera de atraer a tu hermano. Seguro que se enfadará cuando descubra que has tirado las huellas y te has ido a un combate de pugilismo.

Adam sonrió tímidamente.

—El caso es que antes de irme de Londres hice algo que sabía que le volvería loco de remate. No puedo decirte lo que fue, pero espero que si me mantengo alejado el tiempo suficiente, se le pasará lo peor antes de que vuelva a poner los ojos en mí.

—Estás loco —dijo Saville—. Me parece que Crowley estará doblemente enfadado contigo: una vez por el montaje que hiciste y otra porque no te plantaste y diste la cara.

Con el corazón encogido, Adam se dio cuenta de que su amigo tenía razón: nada enfurecía tanto a Ashton como una persona que se negaba a asumir su castigo como un hombre. ¿Por qué no se había acordado de eso cuando Hennessey había hecho su sugerencia de jugar al menos a la vista?

Una vez habían tenido un entrenador -un hombre de Dorset que había tenido un trato maravilloso con los caballos-, pero en una ocasión había estado dándose un pellizco en su habitación cuando debería haber estado atendiendo a una yegua de parto, y cuando Ashton se había enfrentado a él, el hombre se había quejado y había sacado a relucir cualquier cantidad de

excusas, cada una más floja que la anterior. Ashton había hecho que el hombre empacara y se fuera de la finca en menos de una hora.

—Bueno —dijo Adam, tirándose en una silla junto a sus amigos—, si Ashton no me sale bien, siempre puedo coger el chelín del rey.

—¡No lo harías! —dijo Saville—. Ser soldado raso no es propio de un caballero. No creo que te convenga en absoluto.

—Bueno, ciertamente no me sienta bien que me mantengan bailando atendiendo a mi madre. Y si ella se sale con la suya, me mantendrá en la cuerda floja durante el resto de mi vida natural —dijo Adam con el ceño fruncido.

—Tienes razón —dijo Neuce—. Me considero afortunado de que mi propia madre no quiera mover un pie fuera de Bath. La visito dos veces al año durante una o dos semanas y la acompaño al Pump Room como un hijo obediente, y eso es todo lo que espera de mí. El hecho es que al cabo de unos días suele insinuar que debo tener asuntos urgentes en otra parte. Una vez me dijo a la cara que soy demasiado vago para gustarle. Tiene tanta energía que la cansa sólo estar cerca de mí.

—Bueno, no veo por qué Hareland, aquí presente, soporta los caprichos y las zalamerías de su madre. Por lo que parece, necesita mostrar un poco más de espinazo —dijo Saville, sacudiendo la cabeza con disgusto—. Ya está bajo la pata del gato, y ni siquiera le han puesto grilletes todavía.

—Bueno, me gustaría verte hacerlo mejor —replicó Adam, poniéndose en pie de un salto—. Supongo que te reirías si tu madre te mirara con lágrimas en los ojos y te acusara de que ya no la quieres. Maldita sea, es mi madre, ¡no puedo mandarla al diablo!

Antes de que Saville pudiera contestar, se oyó un golpe en la puerta y Adam fue a abrir. Un hombre corpulento de gran estatura que vestía un sucio abrigo gris-marrón estaba allí de pie. Su nariz parecía como si en algún momento anterior hubiera disputado él mismo uno o dos asaltos en el ring.

—¿Señor Adam Hareland? —preguntó.

—Sí, soy Hareland —respondió Adam con impaciencia—. ¿Qué es lo que quiere de mí?

—Me llamo Stevens... Josiah Stevens. Su hermano me contrató para encontrarle —respondió el desconocido.

—¿Le contrató? ¿Qué tontería es ésta? —Adam estaba demasiado aturdido para pensar correctamente.

Acercándose por detrás, Neuce le dio una palmada en el hombro.

—Está claro como la luz del día, Hareland. Este caballero tiene la mirada furtiva e implacable de un corredor de Bow Street.

El hombre no lo negó, y desde su asiento junto a la mesa Saville tomó la palabra, haciendo deliberadamente que su voz fuera aguda y remilgada.

—Después de todo, el hijito de mamá no debe irse solo a jugar con sus amiguitos. Acompaña a este buen hombre; ha venido a llevarte a casa como un buen niño.

Sus dos amigos sonreían como tontos, y Adam sabía que bastarían unas pocas horas

después de que llegaran de vuelta a la ciudad para que esta historia se difundiera por todo Londres. ¡Maldita sea! ¿Cómo se atrevía Ashton a avergonzarle así? Si pretendía ser un castigo por la noticia de los esponsales en el *Morning Post*, era bastante extremo.

—Si recoge sus cosas, señor —dijo el corredor con deferencia—, será mejor que sigamos nuestro camino.

Volviéndose hacia sus amigos, Adam les dijo:

—Si decís una palabra de este asunto a alguien... me veré obligado a llamaros a filas.

Por desgracia, sus dos amigos se estaban riendo demasiado como para prestar atención a semejante amenaza.



Arabelle se quedó mirando el periódico, incapaz de creer las palabras que estaba leyendo: 'El *Morning Post* lamenta informar a sus lectores de que un par de nombres se incluyeron por error en la lista de esponsales que apareció en sus páginas anteayer. Lord Crowley nos ha informado de que en este momento no está prometido.

Era lo que ella había querido: al anunciar al mundo que no había nada entre ellos dos, lord Crowley estaba más que probablemente salvando su propia vida. Ayer ella misma le había instado repetidamente a que cancelara sus falsos esponsales.

Entonces, ¿por qué se sentía ahora tan desdichada? Cuando debería haber estado regocijándose en su corazón de que él estuviera a salvo, ¿por qué se sentía como si nunca fuera a volver a ser feliz?

—¿Por qué esa mirada afligida, sobrina? —inquirió la tía Phillipa, cogiendo con delicadeza un triángulo de pan tostado e inspeccionándolo cuidadosamente—. ¿Tan terribles son las noticias del *Morning Post* esta mañana? ¿Ha sufrido Wellesley una derrota en España?

Con dificultad Arabelle consiguió hablar.

—Parece que me han dejado plantada.

—¿Dejado plantada? —preguntó Hester. La expresión de alivio de su rostro se disimuló rápidamente, pero no antes de que Arabelle la hubiera visto—. Bueno, sin duda es lo mejor. Aunque una no elegiría ser plantada, es mejor que asistir al funeral de otro pretendiente más.

—Cuida tu lengua —le espetó la tía Phillipa. Luego, volviéndose hacia Arabelle, dijo con voz conciliadora: —Pero Hester tiene razón, querida. Romper el compromiso sin informarte antes demuestra una decidida inestabilidad de carácter por parte de lord Crowley. Sin duda estás mejor sin él, y sólo puedo esperar que no hagas nada tan tonto como entrar en decadencia'.

—No, no haré nada tan tonto —respondió Arabelle, pero a pesar de las tranquilas garantías que le dio a su tía, no pudo librarse del todo de un tonto sentimiento de pesar porque el compromiso -aunque hubiera sido un engaño- había terminado oficialmente. De hecho, había sido bastante agradable durante las últimas cuarenta y ocho horas fingir que estaban realmente prometidos, que algún día se casarían.

Por su propia reputación, no le importaba nada. Difícilmente podría caer más bajo en la estimación de la sociedad, hiciera lo que hiciera. Y no podía culpar a lord Crowley por enviar la retractación. Pero ahora que lo pensaba, se había comportado de una manera bastante prepotente. Como había señalado su tía, no le habría venido mal haberla informado con antelación de sus intenciones.

Con un esfuerzo deliberado, Arabelle avivó las pequeñas chispas de ira que titilaban débilmente en su interior. No era tanto lo que lord Crowley había hecho como la forma en que lo había hecho. Después de todo, la redacción del anuncio podría haberse mejorado con la simple conveniencia de decir: 'Lord Crowley y la señorita Pembroke nos han informado...'. No había necesidad de hacer tan evidente que la estaba plantando. Difícilmente podía llamarse a eso el acto de un amigo.

Pero tal vez incluso su amistad había terminado ahora. Tal vez lord Crowley había elegido deliberadamente este método para informarle de que ya no deseaba tener nada que ver con ella.



Hester observó el juego de emociones que cruzaba el rostro de su hermana. Manteniendo su propio semblante adecuadamente impassible, se alegró sin embargo por dentro. Aunque sentía lástima por su hermana, Hester no podía reprimir del todo la sensación de alivio que ella misma sentía.

Ahora, al menos, Dante -si en verdad era responsable de las muertes que generalmente se atribuían a la maldición fatal- no tendría motivos para perjudicar a lord Crowley. Y en quince días Arabelle cumpliría veintiún años, y entonces Hester heredaría no sólo la finca que siempre le habían prometido, sino también los ingresos de las vastas inversiones de su padre.

Una vez que el dinero fuera suyo, le daría, por supuesto, una generosa parte a Arabelle para que ambas pudieran ser felices. Realmente, sería mucho mejor así. Si Arabelle lo heredara todo, sin duda querría darle a Hester la parte que le correspondía, pero la única forma en que Arabelle podía heredar era casándose, y en tal caso su marido controlaría todo su dinero. Y tales eran los caminos del mundo que muy pocos hombres estarían dispuestos a dar la mitad de la dote de sus esposas a sus cuñadas.

No, en general, las cosas estaban saliendo bien. No había nada malo en lord Crowley como marido para Arabelle, y Hester haría todo lo posible por promover el cortejo de su hermana. Pero sólo después de que Arabelle tuviera veintiún años.



Ashton se estaba dando cuenta de que podía discutir con su madre hasta que se le pusiera la cara azul y ella seguiría sin admitir que había cometido una atroz ofensa contra una joven inocente.

Por lo tanto, por mucho que odiara hacerlo, no se le ocurrió otra forma de poner fin a sus maquinaciones que amenazarla allí donde era más vulnerable. Esperando sólo a que ella hiciera

una pausa en el recital de sus agravios, habló con voz tranquila y firme.

—Le advierto, señora, que si vuelve a interferir en mis asuntos, le compraré inmediatamente una comisión a Adam.

—¡No te atreverías! —dijo su madre, elevando la voz hasta un chillido.

—Se asombraría de lo que me atrevería —replicó él—. Y no se engañe pensando que estoy realizando una amenaza vana.

Llevándose las manos al pecho, ella declamó:

—¡Oh, que pudieras odiar tanto a tu propio hermano, que arruinarías su vida obligándole a entrar en el ejército!

—No haría falta coacción; ya me ha rogado que le compre una plaza de teniente en un regimiento de caballería. Y en cuanto a odiarle, me he dado cuenta de que si quiero hacer lo que más le conviene, haría bien en apartarle de su influencia.

Por una vez su madre se quedó muda, y antes de que pudiera recuperar la voz, él se inclinó cortésmente y salió de la habitación.

Por desgracia, aunque había logrado cierto éxito con su madre, aún tenía que enfrentarse a la señorita Arabelle Pembroke y contarle lo que había sucedido. 'Todo es culpa de mi madre', le explicaría. Pero no, no podía echarle toda la culpa a ella, no fuera a ser culpable del mismo tipo de comportamiento infantil por el que antes había regañado a su hermano.

De hecho, una vez abandonado Devon, había puesto en marcha un tren de acontecimientos que parecía haber desarrollado un impulso propio. ¿Habría enviado su madre la retractación al *Morning Post* si Adam no hubiera enviado primero el anuncio? ¿Y habría enviado Adam el anuncio si él mismo no hubiera pedido sugerencias sobre cómo atrapar al asesino? ¿Habría muerto Wimbwell si él y Arabelle no hubieran ido a hablar con él?

Caminando a paso ligero hacia Berkeley Square, Ashton fue dándose cuenta de que, con sus esfuerzos por ayudar, había causado un grave perjuicio a la joven a la que intentaba proteger. Por culpa de sus parientes, ella se había prometido en contra de su voluntad y luego había sido cruelmente plantada.

Si deseaba llamarse a sí mismo caballero, no le quedaba más remedio que pedirle -convencerla si era necesario- que se casara con él. Poco importaba que ella no fuera el tipo de mujer que él habría elegido por esposa si hubiera tenido la libertad de elegir. Lo que importaba era que hiciera lo que fuera necesario para deshacer el dolor que le había causado.

No es que ella fuera un antídoto, por supuesto. Era bastante agradable a la vista y no tenía ningún defecto grave que a él se le ocurriera. No era testaruda ni huidiza, ni parloteaba sin cesar. Y lo que es más importante, había mantenido su carácter dulce en condiciones lo suficientemente angustiosas como para haber provocado la amargura y el resentimiento incluso de un santo.

Sin duda, sus conocimientos sobre caballos eran inexistentes, pero al menos le gustaban los animales y parecía dispuesta a aprender a montar. Incluso podría ver la posibilidad de enseñarle a conducir.

Sí, ahora que lo pensaba, deberían ser capaces de llevarse bastante bien, y lo más probable era que, aunque esperara toda la vida, nunca conociera a otra mujer como su vecina Maggie, y dado que ése era el caso, la señorita Arabelle Pembroke se las apañaría bastante bien.

Lo que significaba que lo único que tenía que hacer era proponerle matrimonio de una forma convenientemente romántica para que ella no se diera cuenta cuando en realidad nunca le declararía un amor duradero. Las mujeres, había aprendido a través de las experiencias de varios amigos, eran así de graciosas; al sexo femenino no le gustaba especialmente tratar el matrimonio como cualquier otra fusión empresarial. Pero él confiaba en su propia capacidad para lograrlo.

Por supuesto, una propuesta adecuada no era en realidad todo lo que tenía que hacer: también tenía que atrapar a un asesino. Por suerte, las dos tareas podían combinarse fácilmente.

Para su mortificación, no se le dio la oportunidad de hablar con nadie excepto con el mayordomo.

—Lamento informarle de que las señoritas Pembroke no se encuentran en casa —dijo Smucker nervioso.

—Sólo necesito hablar con la señorita Arabelle Pembroke —explicó Ashton—. ¿Quizás podría esperar? ¿Cuándo espera que regrese?

Con aspecto aún más inoportuno, el mayordomo dijo:

—Las señoritas Pembroke no están en su casa —el énfasis era sutil pero definitivo.

Ashton maldijo en voz baja, y por un momento jugó con la idea de pasar por delante del mayordomo a la fuerza. Un comportamiento tan incivilizado difícilmente haría avanzar su causa, pero era tentador, teniendo en cuenta que la joven con la que deseaba casarse estaba sin duda en su habitación llorando a lágrima viva. O más probablemente estaba en el jardín encontrando consuelo entre sus plantas.

Sonrió ante la imagen mental de ella con los guantes tirados en el suelo, las manos y probablemente la cara manchadas de tierra.

Antes de que pudiera seguir interrogando al mayordomo, la puerta se cerró en sus narices y oyó el sonido del cerrojo al deslizarse en su sitio.

Caminando hacia Tattersall's, no pudo evitar contrastar este día con aquel idílico día de hacía sólo unas semanas, cuando había asistido al nacimiento del potro de Dolly. Efectivamente, Robert había estado en lo cierto cuando había profetizado que la desgracia iba a seguir a sus meses de buena suerte.

Era casi suficiente para convertir a Ashton en un supersticioso, pero a pesar de todo lo que había sucedido desde que llegó a Londres, seguía aferrado a su creencia de que un hombre podía crear su propia suerte, fuera buena o mala.

Capítulo 11

-Sigo diciendo que no debería visitar así a un caballero —protestó Jane.

—Lord Crowley vive con su madre —replicó Arabelle, levantando la pesada aldaba y dejándola caer—. Estoy segura de que ni el más exigente encontraría nada que criticarme, ya que pueden suponer que estoy llamando a lady Crowley.

—Pero usted no quiere hablar con ella —continuó protestando la doncella.

—Bueno, desde luego no puedo decirle al mayordomo que deseo hablar con lord Crowley —replicó Arabelle. No le apetecía nada un enfrentamiento con el enemigo jurado de su tía, y sólo podía esperar que lord Crowley estuviera casualmente con su madre.

Sus deseos no se cumplirían. Abriendo por fin la puerta después de un tiempo desmesurado, el mayordomo las miró a las dos por encima del hombro, como si fueran gitanas venidas a robar la plata de la familia.

Entregándole su tarjeta, Arabelle dijo con valentía:

—Deseo hablar con lady Crowley —mientras Jane intentaba ocultarse tras su espalda.

Con total falta de urbanidad, el mayordomo les cerró la puerta en las narices y las dejó de pie en la entrada mientras llevaba la tarjeta a su señora.

Cuando regresó al cabo de unos diez minutos, parecía haberse comido un caqui verde. Sin mirarla a los ojos, dijo con rigidez:

—Lady Crowley me ha dado instrucciones para que le diga que no es usted bienvenida en esta casa y que si vuelve a venir, hará que se presenten cargos contra usted ante el magistrado más cercano.

—Dios Santo —dijo Jane—, no tiene ningún motivo para ser tan irrespetuoso con milady, no importa lo que esa vieja arpía le haya dicho que haga.

—Su señoría también me ha ordenado que le diga que es culpa suya que el señorito Adam haya sido secuestrado y probablemente asesinado.

Ante la mirada de horror de Arabelle, la mayor parte de la rigidez desapareció de la columna vertebral del mayordomo, que parecía casi melancólico cuando dijo:

—Ha desaparecido por completo, y su señoría está fuera de sí de preocupación. Teme que él también haya sido alcanzado por... por...

—¿Por la maldición fatal? —preguntó Jane despectivamente.

El mayordomo asintió miserablemente, y Arabelle comprendió que no había más remedio que admitir su verdadero propósito al venir aquí.

—¿Podría informar a lord Crowley de que deseo hablar con él?

De nuevo el criado se convirtió en el mayordomo por excelencia. Enderezando la espalda, dijo con toda formalidad:

—Su señoría no está en casa —luego, tras una mirada furtiva por encima del hombro, cerró apresuradamente la maciza puerta de roble en las narices de Arabelle por segunda vez.

—Bueno, y espero que haya aprendido una lección de todo esto —dijo Jane malhumorada una vez que estuvieron bien lejos de la residencia Crowley—. Nunca ha salido nada bueno de una mujer persiguiendo a un hombre. Es antinatural, eso es lo que es.

Siguió animando sobre la estupidez de las jóvenes que llevaban el corazón en la manga, pero Arabelle apenas oía lo que decía la criada.

Pensamientos culpables se perseguían frenéticamente por la mente de Arabelle. ¿Por qué no había sido más decidida al rechazar la oferta de amistad de lord Crowley?

¿Importaba realmente si estaba aquejada de una maldición fatal o si había adquirido un enemigo mortal? Al fin y al cabo, los resultados eran los mismos: otro joven inocente había sido abatido en la flor de la vida.

Oh, ¡pero deseaba no haber aceptado nunca la oferta inicial de ayuda de lord Crowley, ni ninguna de las posteriores! Había sido egoísta en extremo, pensando sólo en su propia felicidad. No era de extrañar que lord Crowley no quisiera saber nada más de ella.



Con el final de la temporada acercándose rápidamente, Almack's estaba abarrotado de jóvenes damas, cuyas esperanzadas expresiones parecían un poco desesperadas. Ninguna de ellas parecía tan desesperada como se sentía Arabelle, pero ella no estaba intentando conseguir un marido, sólo intentaba evitar hablar -o bailar- con lord Crowley, no fuera que el asesino atentara de nuevo contra su vida o la de alguno de los amigos de Crowley.

Esto no era tan fácil como ella hubiera deseado, porque Almack's no ofrecía una plétora de lugares donde una joven pudiera esconderse. Después de su tercera visita en el espacio de una hora a la habitación destinada a las damas que deseaban refrescarse, su tía le preguntó si estaba acalorada por algo.

—No, simplemente no deseo bailar con lord Crowley —confesó Arabelle, sintiéndose bastante mal al ver que el mencionado lord se acercaba a ella una vez más.

—Entonces, por el amor de Dios, dígaselo a la cara. Los hombres no entienden las indirectas como las mujeres. Tienes que ser firme, de lo contrario seguirá jugando con tus afectos.

En lugar de hacer caso al consejo de su tía y mostrarse resuelta, Arabelle regresó corriendo al baño de señoras, donde se acurrucó miserablemente durante un buen cuarto de hora, deseando encontrar de nuevo consuelo en los brazos de lord Crowley, pero sabiendo que era demasiado peligroso para él.

Si tan sólo su cumpleaños llegara más rápido, antes de que la vida de alguien más se

hiciera añicos. No le importaría ganarse la vida con la escasa miseria que recibiría del testamento de su padre si tan sólo su hermana se diera por satisfecha con sus ganancias mal habidas y pusiera fin a esta malvada conspiración que había instigado.



—La próxima vez que se escape, podría acecharla y atraparla en el momento en que salga de ese maldito cuarto de retiro —sugirió Hennessey.

Ashton le miró con disgusto.

—Qué cosa tan caballerosa sugiere usted. Y supongo que una vez que la haya 'atrapado', debería echármela al hombro y largarme con ella como si fuera una de las mujeres sabinas. Parecería una auténtica pagana.

—Sólo intento ayudar —dijo Hennessey, con su jovialidad intacta — ¿Quiere que la saque a bailar? Quizá pueda averiguar qué le molesta.

—Ya sé lo que le molesta. Está molesta porque yo -o eso cree ella- cancelé los esponsales. No puedo decir que culpe a la señorita Pembroke por estar molesta conmigo. Ella no quería que el anuncio saliera en el periódico en primer lugar, y ahora probablemente esté disgustada conmigo.

—Aun así, debería darle la oportunidad de explicar que fue su madre quien envió la retractación, y no usted.

—Como si eso supusiera alguna diferencia para las cotillas. ¿Ha visto cómo cuchichean? Y la están evitando como si tuviera la peste.

—Estaban cuchicheando sobre ella y evitándola incluso antes de que le conociera, y nunca han dejado de hacerlo desde entonces. Lo único que pondrá fin a todas las especulaciones, cotilleos y apuestas es que usted se case con la chica.

—Lo cual es un poco difícil de hacer si no consigo que ni siquiera me hable.

Hennessey levantó las cejas con fingida sorpresa.

—Así que por fin ha entrado en razón. Le felicito.

—Las felicitaciones son un poco prematuras, ¿no cree? De momento no está dispuesta ni a bailar conmigo, y mucho menos a considerar una oferta de matrimonio.

—Pero estoy seguro de que podrá persuadirla —Hennessey le dio una palmada en la espalda—. Y ahora, si me disculpa, tengo que hablar con alguien.

Ashton le cogió del brazo.

—No va a molestar a la señorita Pembroke, le prohíbo que hable con ella.

—¿Prohibir? Vaya, nos sentimos bastante cascarrabias esta noche, ¿no?

—Entiéndame, Hennessey, no estoy bromeando sobre esto. Deme su promesa de que no se acercará a ella esta noche.

—Muy bien, si eso es lo que desea, prometo mantenerme alejado de ella —había algo en la

mirada del irlandés que Ashton no acababa de fiarse, pero difícilmente podía llamar mentiroso a su amigo.

—Gracias —dijo, soltando el brazo del otro hombre.

Hennessey se alejó como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo, y unos minutos más tarde Ashton lo vio conversando seriamente con Humphrey Swinton. Murmurando un juramento, Ashton se puso en marcha hacia su tío, pero antes de que pudiera abrirse paso entre la multitud, el tío Humphrey se había acercado a la señorita Pembroke y le había hecho una reverencia.

Con una sonrisa trémula, ella se levantó, le puso la mano en el brazo y le permitió que la condujera fuera para unirse al grupo que se estaba formando.

Ashton sintió una frustración tan intensa que quiso golpear la cabeza contra la pared, pero sabiendo cuánta gente le estaba observando y esperando a ver qué hacía, mantuvo cuidadosamente su expresión impassible.

Por mucho que se hubiera opuesto a la intromisión de Hennessey, ahora que la señorita Pembroke hablaba con el tío Humphrey, Ashton se sentía impaciente por descubrir lo que se decía.

La música se alargaba y se alargaba, y cuando sonó el acorde final, en lugar de devolver a la señorita Pembroke a su asiento, el tío Humphrey la condujo hasta un par de sillas que estaban colocadas algo separadas de las demás, y continuaron su conversación.

—Podría acercarse a ella ahora, sin duda —la voz de Hennessey llegó desde detrás de su hombro.

Sin volverse, Ashton dijo:

—Le sugiero que se marche antes de que Almack's se deleite con el espectáculo de dos hombres adultos peleándose como un par de colegiales.

—Tenga en cuenta que sólo intento ayudar —dijo Hennessey, con una sonrisa en la voz—. Y no olvide enviarme una invitación a la boda.

—Por lo que parece, preferiría casarse con mi tío.

—Maldita sea, la joven te adora.

—Tiene una extraña manera de demostrarlo —no era posible que Ashton sintiera celos, no de su tío, que era un soltero corpulento de media edad, más aficionado a la comida que a las mujeres. Pero incluso el soltero más empedernido podría dar un vuelco por un par de suaves ojos marrones.

Por extraño que parezca, ahora que había decidido que quería casarse con la señorita Arabelle Pembroke, de labios tan besables, se sentía bastante impaciente por zanjar el asunto.

—¿Sabe? —comentó Hennessey—, podría parecer un poco menos extraño si bailara con una o dos de las otras jóvenes. Quedarse aquí con el ceño fruncido mirando a su tío sólo echará más leña al fuego de las habladurías.

—¿Sabe? —replicó Ashton—, empiezo a encontrar su servicialidad un poco tediosa. Quizá si se esforzara mucho, podría encontrar a otra persona que apreciara sus consejos más que yo.

—Ah, pero las damas patronas no permitirán que Malone y Mulrooney entren en estos

sacrosantos portales, así que debo mantener mi lugar aquí junto a usted.

Ashton se volvió hacia su amigo con asombro.

—¿Seguro sospecha que aquí dentro van a atentarse contra mi vida?

—¿Por qué no? ¿Qué difícil sería en esta multitud que alguien se abalanzara sobre usted y al mismo tiempo le clavase un puñal entre las costillas? ¿O para dejar caer veneno en su vaso de orgeat^[10]? Esa cosa ya sabe lo suficientemente desagradable como para matar a un hombre.

—No me parece probable que la señorita Hester Pembroke sea hábil con el cuchillo, y no puede muy bien traer a otro como Black Jack para que haga el trabajo. Como ya ha señalado, las patronas son particulares en cuanto a quién permiten entrar. Además, ¿por qué un asesino a sueldo se tomaría tantas molestias para conseguir ser admitido en Almack's, cuando puede simplemente utilizar una pistola alguna noche y abatirme a sangre fría? ¿De qué utilidad serían usted, Malone, Mulrooney o mi tío en semejante caso? —preguntó Ashton.

Deseó poder oír lo que decía la señorita Pembroke. Sin duda, ella estaba enumerando afanosamente todos sus diversos y variados defectos para edificación de su tío.

—Para empezar, no todo el mundo es lo bastante buen tirador como para acertar en un blanco móvil en la oscuridad. En segundo lugar, como es de esperar que el asesino quiera escapar con vida propia, no se arriesgaría a intentar dispararle cuando está acompañado por hombres que podrían perseguirle.

—Está haciendo que parezca que estoy tan seguro en las calles de Londres como lo estaría si estuviera de vuelta en mis propios establos de Devon —comentó Ashton, con un toque de sarcasmo en la voz.

—De buenas a primeras, diría que la hermana aún no ha sido capaz de encontrar un sustituto para Black Jack, porque si lo hubiera hecho, seguramente ya se habría producido otro intento de enviarle a conocer a su creador.

Apartando los ojos de la señorita Arabelle Pembroke, Ashton echó un vistazo a la habitación y descubrió que la señorita Hester Pembroke le miraba fijamente. En cuanto sus ojos se encontraron con los de ella, ella apartó rápidamente la mirada, pero era demasiado tarde; él ya había notado su expresión de miedo.

—Hay algo más que debería considerar —le dijo Hennessey suavemente al oído—. Hay muchas posibilidades de que la hermana tenga un cómplice. No me refiero a alguien que ella haya contratado, sino a alguien de nuestra propia clase. Me resulta difícil creer que la señorita Hester tratara con Black Jack sin utilizar un intermediario, ni creo que hubiera ido con su criada a una tienda a comprar los bombones o el veneno. Por lo tanto, si desea desenmascararla, tendrá que descubrir quién de entre estos ilustres caballeros la ha estado ayudando e instigando'.

—¿Qué sentido tiene preocuparse por ello si la señorita Arabelle ni siquiera me deja hablar con ella?

—Ya se le pasará el enfado. No me parece el tipo de mujer que pueda guardar rencor. Y como usted ha señalado, sería criminal permitir que la hermana se beneficiara de sus fechorías.

Ashton estaba a punto de decir que el diablo se llevara el dinero de sir John Pembroke, lo único que quería era casarse con la señorita Arabelle Pembroke y llevársela a Devon y dejar que se dedicara a hurgar en sus jardines a gusto. Tenía dinero suficiente para los dos; ella no

necesitaba traer la fortuna de su padre como dote.

Pero algo en su interior se irritaba al pensar que la hermana se beneficiara de sus malvadas acciones.

Por fin, el tío Humphrey terminó su conversación con la joven en cuestión y la acompañó de vuelta con sus parientes. Luego paseó despreocupadamente en su dirección, deteniéndose a charlar con sus amigos por el camino. Ashton dudaba de que su intento de parecer despreocupado estuviera engañando a nadie en la sala.

Lanzando miradas furtivas a derecha e izquierda, el tío Humphrey se acercó a ellos.

—Nos vemos fuera dentro de media hora —murmuró con la comisura de los labios. Luego, todavía asintiendo y sonriendo a sus conocidos, siguió adelante.



—No está enfadada contigo por dejarla plantada, ¿no lo sabes? —dijo el tío Humphrey en cuanto los tres conspiradores se encontraron en la calle, frente a Almack's—. El caso es que fue a verte esta tarde, pero no estabas en casa, y tu madre ordenó a Morrison que le negara la entrada.

Caminando en dirección a Grosvenor Square, Ashton divisó una figura medio oculta entre las sombras y sus músculos se tensaron. Pero luego, aliviado, reconoció a Mulrooney. Sin duda, Malone también merodeaba cerca.

—Ni siquiera eso disgustó demasiado a la señorita Pembroke, porque entiende de parientes excéntricos, como es lógico, viviendo con esa tía suya. Admitiré que mi propia hermana también es dada a los arrebatos de locura, pero supongo que en este caso hay que hacer concesiones por el hecho de que está bastante fuera de sí preocupada por el joven Adam, ¿sabe?

Distraído como estaba por la idea de un posible asesino esperando en algún lugar de la oscuridad, Ashton no captó de inmediato la importancia de lo que Humphrey estaba diciendo. Cuando por fin asimiló las palabras de su tío, Ashton le cogió del brazo.

—Un momento: si la señorita Pembroke no está enfadada conmigo por la retractación, ¿por qué sigue sin hablarme?

—A causa de Adam, por supuesto. Su madre acusó a la señorita Pembroke de poner imprudentemente en peligro la vida de su hermano al relacionarse con usted. La maldición fatal.

—¡Maldita sea! Me aseguré de haber persuadido por fin a la señorita Pembroke de que no hay ninguna maldición y de que nunca la ha habido —dijo Ashton con dureza.

—Sin duda —replicó su tío con suavidad—. Pero eso no cambia nada en cuanto a los resultados. Ya sea una maldición o una hermana asesina, tendrás que admitir que es peligroso estar cerca de la señorita Pembroke.

—¡Bah! —fue lo único que se le ocurrió decir a Ashton. Por mucho que deseara lo contrario, lo que decía su tío tenía sentido—. Entonces, ¿cuál es su opinión, Hennessey? Ha estado inusualmente callado hasta ahora.

—Sólo estaba pensando que meterse en los asuntos de los demás puede ser arriesgado.

—¿*Et tu, Brutus*^[11]? —preguntó Ashton, sintiéndose mucho más viejo que cuando se había levantado de la cama aquella mañana.

—¿Qué es esto? —Preguntó el tío Humphrey— ¿Te has aficionado a soltar latín, sobrino? Si ése es tu placer, aquí es donde nos separaremos, porque si hay algo que no toleraré es escuchar a la gente parlotear en una lengua pagana. Habla en inglés o cállate la lengua.

—Parece —explicó Ashton—, que el señor Hennessey aquí presente también se ha estado entrometiendo en mis asuntos.

—Desempeñando el papel de *deus ex machina*^[12], por así decirlo —dijo Hennessey impudicamente.

—¡Maldita sea, ahora él también ha empezado! ¿No ha escuchado lo que acabo de decir? —La voz del tío Humphrey se había elevado casi a un grito—. ¡Ni una palabra de latín! ¿Me explico?

—Bastante claro, tío —dijo Ashton—. Ahora, ¿podría también ser un poco más claro sobre lo que ha estado haciendo, Hennessey?

—Bueno, no ha sido gran cosa. Simplemente le mencioné a su hermano que ayer iba a haber un combate a puñetazos en un pueblecito cercano a Reading —dijo el irlandés.

—¿Y no me dijo nada de esto cuando usted sabía que estaba preocupado por Adam? ¿Me dejó perder horas buscándole por todo Londres?

Ashton no podía mantener toda la rabia fuera de su voz, pero consiguió mantener un grado razonable de control hasta que le asaltó una repentina sospecha.

—Espere, ¿cuándo mencionó este combate de pugilismo?

—Justo después de señalarle que no era necesario que usted se casara con la señorita Pembroke, mientras el asesino pensara que iba a hacerlo —respondió Hennessey. Luego, levantando las manos en fingida rendición, añadió rápidamente: —¡No, no, no debe golpearme! Recuerde a Malone y Mulrooney: en una pelea entre nosotros, su lealtad sería hacia mí.

—Ah, pero usted olvida —no pudo resistirse a decir Ashton—, que tengo a mi tío de mi lado, y que lleva un bastón letal.

Hubo un momento de silencio atónito; entonces Humphrey objetó:

—A ver, sobrino, no esperes que acuchille a este bribón, porque te digo rotundamente que no lo haré, aunque sea un insolente irlandés demasiado lleno de palabrería para su propio bien. Porque, si empezara a cortar a gente a diestro y siniestro, lo primero que sabría es que todos los jóvenes me estarían llamando para poner a prueba su temple. No, no te complaceré en este asunto, y no creas que puedes persuadirme, porque verás que mi mente está bastante decidida.

Hennessey y Ashton estallaron en carcajadas.

—Tranquilo, tío —dijo Ashton, dándole una palmada en la espalda al hombre mayor—. Sólo estaba bromeando.

—Bueno, debo decir que es un momento extraño para hacer una broma —dijo Humphrey indignado.

—Cuando más negras se ven las cosas, ¿qué otra cosa se puede hacer? —replicó Ashton—.

Mi hermano ha desaparecido, mi madre está postrada de ansiedad, la he amenazado descaradamente, mi mejor amigo acaba de confesar descaradamente su intromisión, la mujer con la que deseo casarme ni siquiera me dirige la palabra y, para colmo, es indudable que alguien está tramando en este mismo momento la forma de matarme. Oiga, ¿qué puedo hacer sino reírme?

—Me vendría bien un trago fuerte —murmuró Humphrey—. ¿Todavía tienes algo de ese oporto que tu padre preparó en el 87?

—Imagino que Morrison podrá encontrar una botella o dos. No es mi bebida favorita, así que no he hecho grandes incursiones en ella —respondió Ashton.

—No, no. No puede referirse a un oporto tan magnífico como el 'tipple'^[13] —objetó Humphrey—. Es una falta de respeto. Uno debe tratar semejante bendición de los dioses con el honor que se merece, ¿no está de acuerdo, Hennessey?

—Muy a mi pesar, nunca he tenido el placer de probar ningún oporto del 87 —replicó el irlandés.

—¿Nunca lo ha probado? ¡Pero eso es chocante! ¡No me había dado cuenta de que Irlanda era tan incivilizada! Debe entrar y probar una copa. Ashton no pondrá objeciones —dijo Humphrey con seguridad—. Diré esto en favor del muchacho: nunca le ofrecerá un champán de calidad inferior o esa bazofia repugnante que sirven en Almack's.

Ashton estaba a punto de ofrecer a su tío una caja entera del mencionado oporto, cuando unos treinta metros más adelante y un poco a la derecha una sombra se separó de la oscuridad más profunda. Justo cuando empezaba a darse cuenta de la importancia de lo que estaba viendo, sonó un disparo de pistola.

Instintivamente se lanzó hacia el asaltante, pero antes de que Ashton pudiera dar siquiera dos pasos, su amigo y su tío se lanzaron sobre él y lo tiraron al suelo. Mientras caía, un segundo disparo silbó por encima de su cabeza, y los dos mozos irlandeses pasaron junto a los tres que yacían en el pavimento. Podían ser fuertes, pero por desgracia no eran notablemente rápidos de pies.

Los cascos de un caballo repiqueteaban calle abajo, lo que hacía aún más improbable que Malone y Mulrooney pudieran alcanzar al malhechor.

—¿Estás herido, querido muchacho? —La voz del tío Humphrey retumbó justo al lado del oído de Ashton.

Si Ashton hubiera podido moverse, habría hecho una mueca de dolor, pero con Hennessey y Humphrey tumbados sobre él, apenas podía mover un dedo.

—Estoy... en peligro... de expirar... en el acto —se esforzó por decir— Si ... ustedes dos ... no ... me sueltan ... Me temo que mi pecho ... será... aplastado.

Inmediatamente y con profusas disculpas sus compañeros rodaron fuera de él y se levantaron. El alivio fue enorme y Ashton sólo tardó unos instantes en recuperar el aliento y ponerse en pie. El tío Humphrey empezó a quitarle la chaqueta a Ashton.

—No importa, tío, me temo que esta prenda ya sólo sirve para el cubo de la basura —dijo Ashton.

—Bueno, al menos tenía razón a medias —dijo alegremente Hennessey, retrocediendo

unos pasos para recoger sus sombreros y el bastón de Humphrey.

—¿Cómo es eso? —preguntó Ashton.

—Muy poca gente tiene tan buena puntería como para acertar a un blanco móvil en la oscuridad. Lástima que no considerara también la posibilidad de que al asesino se le ocurriera proveerse de un caballo.

Hennessey le tendió el sombrero y Ashton lo cogió y se lo puso en la cabeza.

Unos minutos después regresaron los dos mozos de cuadra irlandeses. Entregándole a Ashton una antigua pistola de duelo bañada en plata, Mulrooney dijo:

—Parece que al asesino se le cayó una de sus pistolas. La encontré tirada en el pavimento.

—Creo, Hennessey —dijo Ashton tras inspeccionarla a la luz de una farola—, que sin duda tiene razón al suponer que la señorita Hester Pembroke tiene un caballero cómplice. No es el tipo de arma que utilizan la mayoría de los residentes del Soho.

—Es una lástima que no podamos simplemente registrar a cualquier persona de la que sospechemos, para ver si lleva la pareja de esta pistola. Por supuesto, existe la posibilidad de que algún armero pueda identificarla —sugirió Humphrey,

—Es posible, pero teniendo en cuenta su aparente antigüedad, no es probable —respondió Ashton—. En cualquier caso, creo que será mejor que ideemos un plan que tenga más posibilidades de éxito.

Capítulo 12

El carruaje se detuvo frente a la residencia de los Pembroke y Arabelle suspiró aliviada. En cuanto se abrió la puerta y bajaron los escalones, su hermana bajó y se apresuró a entrar en la casa sin mirar atrás. Arabelle, sin embargo, esperó a ver si su tía necesitaba ayuda.

Al descender del carruaje y coger el brazo que le tendía Arabelle, la tía Phillipa dijo petulante:

—Ojalá alguien me dijera qué está pasando. Hester no pronunció ni una sola palabra en todo el camino de vuelta a casa, lo cual, aunque para mí fue bastante relajante, está muy fuera de su carácter. Y en cuanto a ti, jovencita, te pasaste la velada entrando y saliendo del baño de señoras. Lo único que puedo deducir de vuestro comportamiento es que ambas se están contagiando de algo bastante espantoso, que sin duda echará a perder el poco placer que puedo encontrar en Londres estos días.

Smucker les abrió la puerta y cogió la capa de tía Phillipa, pero Arabelle indicó que deseaba conservar la suya por el momento.

—Sólo puedo esperar —continuó su tía—, que sea lo que sea lo que te enferma, no tenga que ver con manchas. No soporto ver a la gente rascarse. Es muy vulgar —con estas palabras de despedida, tía Phillipa subió las escaleras y desapareció de su vista.

Al quedarse por fin sola, Arabelle paseó por el jardín. Hacía sólo unas semanas había pensado que no podía ser más infeliz de lo que era. Ahora sabía que no era así.

Sólo habían pasado veinticuatro horas desde la última vez que había hablado con lord Crowley, pero parecía más bien una eternidad. En el transcurso de las últimas semanas habían estado tan preocupados por resolver el misterio de quién se deshacía permanentemente de sus pretendientes que Arabelle no se había dado cuenta de cómo, poco a poco, se había acostumbrado a estar con lord Crowley todos los días, a confiar en él para que la aconsejara, a recurrir a él en busca de consuelo.

Incluso cuando no estaba con él, sus pensamientos se centraban en él. No importaba lo que estuviera haciendo, invariablemente estaba anticipando su próximo encuentro: planeando lo que le diría, preguntándose qué noticias tendría para ella. Pero, sobre todo, deseando estar cerca de él.

Especialmente cuando las cosas iban mal -y parecían ir mal cada vez con más frecuencia-, ella le necesitaba a él y sólo a él. Su fuerza la sostenía y le daba el valor para enfrentarse a lo inevitable y la determinación para hacer frente a lo impensable.

Al recordar su vida antes de conocerle, se daba cuenta ahora de lo vacíos que habían sido sus días.

¿Y su visión del futuro?

Se le llenaron los ojos de lágrimas al pensar en los días interminables... las semanas vacías... los meses insoportables... los años insoportablemente solitarios. ¿Cómo podría arreglárselas sin él? ¿Cómo podía siquiera encontrar consuelo trabajando en su jardín, cuando dondequiera que mirara le recordaban a él?

Se suponía que el amor no debía hacerla sentir así; se suponía que el amor debía traerle felicidad y satisfacción, no una miseria que le desgarrara el alma.

Si tan sólo hubiera alguna forma segura de seguir viendo a lord Crowley... alguna forma de casarse con él que no pusiera en peligro su vida ni la de su familia y amigos.

En el oscuro y vacío jardín, a Arabelle le pareció como si su vida fuera a ser siempre tan sombría y solitaria como lo era ahora. Por un momento casi deseó que su hermana hubiera dispuesto que le ocurriera un accidente mortal. Pero entonces apartó resueltamente de su cabeza tan indignos pensamientos.

El tiempo, ella lo sabía muy bien, sí que curaba los corazones rotos. No sería pronto, pero algún día en el futuro sería capaz de recordar estas semanas en Londres y acordarse de lord Crowley sin dolor. Sería capaz de sentir gratitud por su amistad, por su ayuda, por el consuelo de sus brazos.

Algún día, pero no hoy. Mañana, incluso, se esforzaría por ser valiente y decidida, pero no ahora. Era demasiado pronto: la herida estaba demasiado fresca, el dolor era demasiado intenso.

Hundiéndose en el banco de piedra donde se había sentado con lord Crowley, Arabelle se cubrió la cara con las manos y dejó que las lágrimas fluyeran.

Cuánto tiempo lloró, no tenía forma de saberlo, pero cuando las lágrimas por fin terminaron, se secó los ojos, se sentó más erguida y empezó a planear su futuro: un futuro en el que no sería la esposa de lord Crowley.

Seguía decidida a aprender a montar, aunque él no sería su maestro. También tendría un gatito, y su tía sólo tendría que acostumbrarse a él. Pero lo más importante de todo era que ella y Bagwell, su jardinero, convertirían los jardines de Pembroke Hall en un lugar tan vistoso que la gente vendría de kilómetros de distancia sólo para ver las flores y los arbustos. Tal vez su tía incluso accediera a celebrar jornadas públicas. Tal vez tres veces al año -una en primavera, otra en verano y otra en otoño- podrían abrir las puertas a todo el mundo.

¡Si la tía Phillipa estuviera de acuerdo! Estaría bien tener una meta en la vida -tener algo a lo que aspirar. Y lo que es más importante, si ella y Bagwell hicieran tal cosa, tendrían que trabajar muy duro, porque había mucho que hacer y, en consecuencia, Arabelle no tendría ni un momento para pensar en los 'podría haber sido' y los 'si hubiera sido'.

Levantándose del banco con la intención de entrar, levantó la vista por casualidad y se dio cuenta de que la luz seguía encendida en la habitación de su hermana. ¿Y qué, se preguntó Arabelle, haría Hester con sus veinte mil libras anuales? ¿Se quedaría en Norfolk o querría viajar? ¿Viviría aquí en Londres, en esta casa que le pertenecería, o tal vez compraría una casa en Bath o Brighton? ¿Qué planes tenía para el dinero, para cuya obtención había conspirado para cometer un asesinato?

Las palabras de la Biblia vinieron entonces a Arabelle: ¿De qué le servirá al hombre ganar el mundo si pierde su alma?

¿Qué es lo que quieres poseer que valga el precio de la vida de otra persona, Hester? preguntó en silencio, mirando fijamente la ventana iluminada. ¿Se ha parado alguna vez a darse cuenta del precio que está pagando para adquirir los lujos sin los que parece creer que no puede vivir? ¿Podrá disfrutar de sus ganancias mal habidas? ¿Su conciencia está completamente muerta o aún siente algunas punzadas de culpabilidad?

Mientras Arabelle observaba, la luz se apagó en la habitación de su hermana, y pareció casi como si Hester le hubiera contestado. Incluso más tarde, cuando estaba acurrucada en su propia cama, el recuerdo de aquella ventana oscurecida permaneció con Arabelle, como si fuera un símbolo de la negrura del corazón de su hermana.



Adam esperaba impaciente en la biblioteca a que su hermano regresara de su entretenimiento nocturno. Durante el viaje de vuelta a Londres, su ira se había aplacado considerablemente, pero estaba teniendo poca suerte a la hora de frenar su inquietud.

Aunque no podía estar de acuerdo en que su hermano hubiera actuado correctamente al contratar a un corredor de Bow Street, aún y todo, era comprensible que Ashton se hubiera preocupado. Por mucho que odiara admitirlo, nunca se le había ocurrido a Adam que alguien pudiera sospechar que había sido víctima de un juego sucio. En circunstancias normales, Ashton habría llegado a la conclusión correcta, a saber, que Adam estaba jugando al despiste hasta que dejase de estar enfadado.

Pero no eran tiempos normales: un asesino recorría las calles de Mayfair, acechando a Ashton, y por lo tanto Adam no debería haberse ausentado del lado de su hermano.

De hecho, durante toda la tarde había estado imaginando todos los terribles 'accidentes' que podían haberle ocurrido a Ashton mientras él mismo se divertía por el campo con sus amigos.

Estaba empezando a repasar una vez más los posibles desastres cuando oyó una conmoción en el vestíbulo. Apresurándose hacia la puerta de la biblioteca, la abrió y contempló un extraño espectáculo.

Tío Humphrey, Ashton y Thomas Hennessey estaban allí de pie siendo atendidos por Morrison. Aunque los tres caballeros iban vestidos para una velada en Almack's, tenían el aspecto de haber pasado varias rondas con el Bedford Bruiser. En un segundo vistazo, Adam se dio cuenta de que eran sobre todo sus ropas, que habían sufrido un gran maltrato, más que ellos mismos.

—¿Qué habéis estado haciendo los tres, para llegar a rastras a casa sobre las manos y las rodillas? —dijo, e instantáneamente se hizo un silencio sepulcral y tres pares de ojos se volvieron hacia él. Cuatro pares, en realidad, si se contaban los del mayordomo.

Tras un largo momento, durante el cual Adam pudo sentir cómo sus mejillas empezaban a calentarse, Ashton dijo suavemente:

—Bienvenido de nuevo.

Adam había tenido la intención de reprender a su hermano por enviar tras él a un corredor de Bow Street, pero ahora cambió de opinión. Por los modales de los demás le resultaba obvio

que algo inapropiado había ocurrido esta noche, y su propia justa indignación por ser tratado como un niño ahora le parecía... le parecía, bueno, bastante infantil.

—¿Alguien quiere decirme qué ha pasado? —dijo.

—Hum, bueno, sí —el tío Humphrey rompió el silencio—. Verás, mi querido muchacho, mientras regresábamos de una velada en Almack's -el habitual asunto lúgubre, por cierto. No te perdiste nada por quedarte fuera, pero entonces, he aprendido a no tener nunca grandes expectativas de pasarlo bien cuando voy allí. Es un lugar tan insípido que no me explico por qué es tan popular. Pero sea como fuere, mientras paseábamos de camino hacia aquí -no es que no hubiera preferido tomar un carruaje, pero entonces, nadie me consultó. Y sabe, ahora que lo pienso, nos habría ido mucho mejor volver a casa en coche, porque alguien le pegó un par de tiros a tu hermano, y habría estado mucho más seguro si hubiera ido en un carruaje cerrado, ya sabe.

—Eso explicaría el agujero en su sombrero, entonces —dijo Adam, admirando su propia sangre fría.

Ashton se quitó el sombrero y lo miró fijamente, luego rompió a reír.

—Pero el canalla era mejor tirador de lo que le he estado dando crédito. Parece que he sido negligente al no agradecerles debidamente, caballeros, que me tiraran al suelo y casi me arrancaran la vida.

Maldita sea, pensó Adam, ¡nunca debería haberse ido del lado de su hermano! Miró mal a Hennessey por haber hecho sus estúpidas sugerencias sobre el anuncio de los esponsales y la pelea de premios.

El irlandés le devolvió la mirada y se encogió de hombros. Luego, con aspecto convenientemente compungido, dijo:

—Por mucho que admire su pasillo, Crowley, sugiero que nos retiremos a la biblioteca, y quizás, si no es mucha molestia, podríamos tomar un poco de ese oporto del que tanto he oído hablar.

—Una sugerencia capital —dijo Humphrey—. Algo del 87, Morrison, si es tan amable.

Unos minutos después estaban todos cómodamente sentados, Hennessey y Humphrey sorbiendo el oporto, mientras Adam y Ashton compartían una botella de excelente brandy.

—Me parece —dijo Adam—, que todo este asunto se ha prolongado demasiado. Hay que hacer algo, y hacerlo pronto, para atrapar al villano.

—O villanos —dijo Hennessey—. Sospechamos que la señorita Hester Pembroke tiene un compinche, alguien que actúa como intermediario entre ella y los rufianes que contrata.

—¿Tienen pruebas de ello? —preguntó Adam con impaciencia.

—Ni la más mínima —respondió Ashton—. Pero las piezas del rompecabezas encajan mejor si suponemos que alguien de nuestra propia clase la está ayudando e instigando.

—¿Un caballero?

—No suenes tan sorprendido, hermanito. Sabes muy bien que Londres está lleno de supuestos caballeros que no tienen ni un asomo de conocimiento del honor —señaló Ashton.

—Así que la pregunta es, ¿qué vamos a hacer para atrapar a la pareja de villanos? —

preguntó Hennessey.

—Para empezar —dijo Ashton, mirando directamente a su hermano—, no habrá más anuncios en el *Morning Post*.

Adam empezó a protestar diciendo que sus intenciones habían sido buenas, pero entonces recordó su nueva resolución de actuar con más madurez, y se mordió las excusas que había estado a punto de pronunciar.

—Lo único que puedes hacer es volver a Devon —dijo inesperadamente el tío Humphrey.

—¿Y dejar en paz a la señorita Arabelle? No sea tonto —dijo Ashton acaloradamente.

Sus palabras eran tan airadas que Adam le miró atónito. ¿Qué más había ocurrido mientras él estaba fuera de la ciudad? ¿Su hermano, que después de que Elisa le dejara plantado había jurado no volver a mezclarse con una mujer -su hermano, que estaba decidido a que nunca le encadenaran las piernas-, había hecho lo impensable y se había enamorado? Parecía que tal era efectivamente el caso.

Bravo, hermano mayor, aplaudió Adam en silencio.

—No, no —protestó el tío Humphrey—, no pretendía abandonarla. Llévatela, y a su tía, y a su hermana, y a quien se nos ocurra. Hacedlo bien, para que parezca una fiesta en casa como Dios manda. La cosa es que Londres es demasiado grande, no hay forma de que podamos protegerla adecuadamente aquí. Pero Devon es otro asunto. Allí fuera, tan aislada en el páramo, los criados se darían cuenta en un santiamén si algún extraño estuviera merodeando.

—Por Júpiter, es una idea capital —dijo Hennessey—. Propongo que brindemos por su tío, que ha ideado el mejor plan hasta la fecha.

En lugar de levantar su copa, Ashton dijo:

—¿Puedo recordarle que la señorita Pembroke no me habla en este momento?

—Pero sólo porque pensaba que el joven Adam, aquí presente, había sido secuestrado por el asesino —dijo el tío Humphrey, y todas las miradas se volvieron hacia Adam, que se sintió aún más avergonzado de su comportamiento anterior—. Pero ahora que lo pienso, sólo tienes que decirle que tu hermano está de nuevo en casa sano y salvo, y estoy seguro de que te hará caso.

—Su hermano planea declararse a la señorita Arabelle Pembroke —explicó Hennessey, con la luz de la picardía de nuevo en sus ojos.

Para su asombro, Adam se dio cuenta de que Ashton -su tranquilo, maduro y siempre en control de sí mismo hermano mayor- parecía estar ruborizándose.

—Brindo por tu éxito —dijo Adam, su ánimo se elevó inconmensurablemente—. Nunca me gustó la idea de ponerme en tu lugar. Ahora podrás proporcionar tus propios herederos.

Ya no había ninguna duda al respecto: El rostro de Ashton estaba ahora de un rojo intenso.



—Creo que preferiría enfrentarme al asesino desarmado —murmuró Ashton a Hennessey a primera hora de la mañana siguiente mientras avanzaban sobre los adoquines en el carruaje

cerrado que Hennessey había pedido prestado para la ocasión a su suegro, el conde.

—¿En lugar de qué? —preguntó Hennessey—. Oh, ya lo tengo. En lugar de pedirle a la señorita Arabelle Pembroke que se case con usted —Se rio entre dientes—. ¿Está usted tan desanimado por un par de suaves ojos marrones que no puede encontrar las palabras que la hagan suya? Pero vamos, seguro que ha hecho esto antes... ¿no le propuso matrimonio a la bella Elisa de rodillas?

—Eso fue... más fácil de alguna manera —respondió Ashton—. Sabía que ella esperaba que lo hiciera, y sabía que tenía intención de decir que sí —lo que no añadió fue que, de algún modo, su respuesta, fuera sí o no, no había sido tan importante para él como lo sería la respuesta de la señorita Pembroke. Si Elisa le hubiera rechazado, se habría sentido indignado por haberle dado gato por liebre, y enfadado con ella por no habérselo hecho saber antes de hacer el ridículo, pero incluso cuando aún había pensado que quería casarse con ella -incluso antes de descubrir cómo sería la vida como su marido-, ni siquiera entonces habría sentido como si le hubieran roto el corazón si ella hubiera declinado casarse con él.

¿Pero si la señorita Pembroke decía que no? No quería pensar en ello. Pero a medida que avanzaban por las calles de Mayfair, no tenía otra cosa en qué pensar, y cuanto más pensaba en ello, más decidido estaba.

Si ella decía que no, él se lo pediría una y otra vez hasta que dijera que sí. Era así de sencillo. Después de todo, pensó con una sonrisa interior de placer, al principio ella le había dicho repetidamente que no cuando él le había ofrecido ser su amigo, y sin embargo él se las había arreglado cada vez para convertir su no en un sí.

Siendo así, ¿por qué prolongar las cosas? ¿Por qué no persuadirla hoy, en lugar de mañana, pasado mañana o pasado pasado mañana?

—Parece el gato que se comió al canario —dijo Hennessey, interrumpiendo sus pensamientos—. ¿Ha pensado cómo va a persuadirla para que le acepte?

—En absoluto —respondió Ashton, ahora sonriendo abiertamente— Pero estoy decidido a que no me vea salir de su casa hasta que esté prometido.

—Entonces le deseo suerte, amigo mío —dijo Hennessey cuando el cochero detuvo el coche y los lacayos -en este caso no los sirvientes del conde, sino Malone y Mulrooney- bajaron de sus puestos en la parte trasera del coche y abrieron la puerta.

—No creo en la suerte, ni en la buena ni en la mala —respondió Ashton—. Tampoco creo en maldiciones fatales ni en espíritus malignos ni... —aquí sonrió ampliamente— ni siquiera en duendes u otros duendecillos. En lo que sí creo es en la resolución, la determinación y la persistencia. En resumen, cuando se trata de terquedad, la señorita Pembroke descubrirá que yo soy un experto y ella no es más que una aficionada de rango.

—Afortunadamente para usted —coincidió Hennessey con una carcajada—. No desearía para usted una esposa que se pareciera a su honorable madre.

Dejando a su amigo en el carruaje, Ashton se acercó a la puerta y la aporreó con gran vigor. Un momento después, el mayordomo abrió la puerta y se asomó.

—Buenos días, milord —dijo Smucker cortésmente, y luego se lanzó a lo que obviamente era un discurso preparado—. Lamento informarle de que la señorita Arabelle ha dado órdenes...

Ashton le interrumpió.

—No me gusta contradecirle, Smucker, pero voy a entrar en esta casa y voy a hablar con la señorita Arabelle Pembroke.

El mayordomo le miró y luego bajó la vista hacia donde el pie bastante grande de Ashton estaba firmemente plantado en el umbral, impidiendo que la puerta se cerrara.

—No tengo ningún deseo de hacerle daño, Smucker —continuó Ashton—, y usted sabe tan bien como yo que no hay nadie en esta casa lo bastante grande y fuerte como para impedirme entrar —levantó una ceja en silenciosa pregunta, y el mayordomo asintió en señal de confirmación.

—Siendo así, supongamos que ahora le he levantado corporalmente y le he apartado del camino. ¿Podemos suponerlo, le parece? —ronroneó Ashton, con voz de terciopelo.

Reconociendo obviamente la férrea determinación que había tras las corteses palabras de Ashton, el mayordomo se apresuró a abrir más la puerta.

—Creo que podemos suponerlo —graznó. Tras aclararse la garganta nerviosamente, añadió: —Y del mismo modo podemos suponer que me ha obligado a decirle que la señorita Arabelle se encuentra actualmente en el jardín.

—Gracias, Smucker —dijo Ashton con una sonrisa genuina.

La sonrisa del mayordomo fue más tentativa.

—¿Y desea que asuma también que me ha amenazado con graves daños corporales si mencionaba su presencia aquí a la señorita Phillipa Pembroke?

—Oh, las más severas —respondió Ashton, sacando una guinea de oro de su bolsillo y dándosela al mayordomo, que la atrapó hábilmente— Y puedes felicitarme, Smucker. Voy a casarme con la señorita Arabelle.

—¿Ella... pero si... entonces por qué? —El mayordomo parecía más que un poco confuso.

—No, ni siquiera se lo he pedido como es debido —admitió Ashton— pero tengo la intención de remediar esa omisión lo antes posible. Y estoy decidido a que, antes de que abandone esta casa, ella acepte ser mi esposa. No estoy seguro de cuánto tardaré en persuadirla, pero si sigo aquí al mediodía, confío en que pueda proporcionarme un banquete adecuado. Odiaría debilitarme por el hambre'.

—No, en efecto, milord, eso no sería prudente —respondió Smucker—. Y haré que Cook prepare algo, por si acaso.

—Lo que me recuerda, ni una palabra de esto a nadie —dijo Ashton rápidamente—. Nadie debe saber nada de los esponsales, ni los criados ni siquiera la hermana y la tía.

—¿Están planeando una fuga? —Smucker parecía sorprendido.

—No, no, nada de eso. Sólo es necesario mantener en secreto los esponsales. La boda, que tendrá lugar muy pronto, será completamente abierta y sin tapujos.

—Entonces puede contar conmigo —replicó Smucker—. Si alguna palabra de esto se filtra, no será por ninguno de los sirvientes bajo mi supervisión —haciendo una reverencia formal, el mayordomo desapareció en las sombrías regiones inferiores de la escalera, dejando que Ashton encontrara su propio camino hasta la pequeña puerta que daba al jardín.

A primera vista, Ashton no pudo divisar a la señorita Pembroke, pero entonces vio una figura con un vestido color rosa arrodillada en el suelo, medio oculta tras un arbusto demasiado crecido. Se acercó a ella en silencio y, cuando estaba a sólo unos metros, ella habló sin levantar la vista.

—Si mi tía te ha enviado aquí para molestarme, Smucker, entonces puedes volver a entrar e informarle de que hoy no voy a ir de compras ni a que me pongan un vestido nuevo ni a recibir a ninguna dama para tomar el té. Voy a quedarme en el jardín todo el día, ¿está claro? —Su voz se tambaleó un poco al final y levantó una mano algo mugrienta y se limpió la mejilla.

—Bastante claro —respondió Ashton.

—Oh —jadeó ella, dejando caer su paleta. Levantó la vista hacia él, luego miró hacia otro lado, recogió la paleta, después volvió a dejarla en el suelo. Finalmente le echó un vistazo desde debajo del ala de su bonete.

Su confusión era deliciosa, y las rayas de lágrimas en su rostro le hicieron creer que no necesitaría el banquete que le había pedido a Smucker que preparara.

—¿Qué hace aquí? —dijo ella. Levantándose, se sacudió las faldas e intentó parecer severa —. Di órdenes específicas a Smucker de que no le admitieran.

Sacando su pañuelo, Ashton le limpió cuidadosamente las lágrimas y otras manchas de la cara.

—Por si no se ha dado cuenta, soy considerablemente más grande y fuerte que su mayordomo. Fue totalmente incapaz de impedirme entrar.

—¿Entró a la fuerza? —Sus ojos se hicieron aún más grandes y redondos.

—Digamos que como ambos acordamos que podría entrar a la fuerza si era fuera necesario, ninguno de los dos vio sentido en pasar por el aro —le levantó la barbilla y le inclinó la cara hacia la derecha y luego hacia la izquierda. Satisfecho de haber hecho un trabajo minucioso para eliminar las pruebas de sus esfuerzos de jardinería y sus lágrimas, se guardó el pañuelo en el bolsillo.

—Bueno —dijo ella, mostrando toda la determinación de una gatita de seis semanas—, será mejor que comience, porque no voy a hablar con usted —se cruzó de brazos y le miró fijamente, con el labio inferior empujado hacia fuera de forma pugnaz.

Ashton sintió una gran tentación de rodearla con los brazos y borrarle el mohín a besos. En lugar de eso, se contentó con pasar sus dedos ligeramente por la línea de su mandíbula.

—Mi hermano le envía sus disculpas. Lamenta mucho haberle causado preocupación en su nombre.

—¿Está a salvo, entonces?

La expresión de profundo alivio en su rostro hizo que Ashton lamentara su indulgencia en lo que se refería a la escapada de su hermano. El chico debería haber sido azotado por causar a la señorita Pembroke tantas horas de dolor y preocupación.

—Sí, volvió a casa sano y salvo. Nunca estuvo en peligro, más que en la imaginación de mi madre.

—Oh, me alegro tanto —susurró la señorita Pembroke, y entonces ella estaba en sus brazos

sin que él supiera quién había hecho el primer movimiento hacia la otra.

No dispuesto a dejar pasar una oportunidad de oro, Ashton le preguntó:

—¿Me haría el honor de casarse conmigo?

Haciendo ruidos de arrepentimiento, ella intentó liberarse de su abrazo, pero él aflojó su sujeción sólo lo suficiente para permitirle mirarle a la cara.

—Sabiendo el peligro que usted correría como mi prometido, no puedo aceptar casarme con usted —dijo ella, con pesar en la voz y dolor en los ojos.

—Anoche ni siquiera quiso hablarme —señaló, su voz completamente razonable.

—Sólo me negué por su propia protección —dijo ella con seriedad— No fue porque no le siga considerando mi amigo. Se lo expliqué todo a su tío, que prometió explicárselo a usted.

—Así lo hizo —confirmó Ashton.

—Como ve, no debería haber venido aquí. No es seguro que le vean conmigo, ni siquiera que le vean entrar en mi casa.

Deseó no tener que destruir sus ilusiones de seguridad.

—Entiendo perfectamente por qué actuó así —la tranquilizó. Luego se obligó a decir las fatídicas palabras—. Pero me temo que sus esfuerzos fueron en vano. Cuando volvía a casa anoche, alguien me disparó dos tiros.

La sangre se le escurrió de la cara, pero él continuó implacable. Tenía que comprender que vivía en un mundo de fantasía.

—El primer disparo atravesó mi sombrero, y el segundo me habría alcanzado más que probablemente en el pecho, si Hennessey y mi tío no me hubieran tirado al suelo.

Ante sus palabras, ella se desmayó muerta en sus brazos.

Capítulo 13

Sentado en el banco, con la inconsciente señorita Pembroke en su regazo, Ashton tenía dudas sobre su propio análisis de la situación. ¿Había sido realmente la única forma de persuadirla de que no iba a salvarle la vida negándose a verle? ¿No podía haber suavizado los acontecimientos de la noche anterior? ¿Hacerlos parecer menos graves?

Hacía unos minutos le había parecido necesario contarle toda la verdad para que pudiera comprender plenamente la crueldad de su adversario, pero cuanto más tiempo permanecía inconsciente, más temía haber actuado él mismo con demasiada crueldad.

Antes de que pudiera terminar de reprenderse a sí mismo, ella empezó a agitarse. No le costó identificar el momento en que ella cobró plena consciencia, porque se puso rígida, jadeó y luego se zafó de su regazo. Retrocediendo unos pasos, parecía deliciosamente confusa, y un rubor le subió por el cuello y coloreó sus mejillas de un encantador tono rosa.

—¿No quiere sentarse? —le dijo cortésmente, y tras una breve vacilación ella se sentó en el extremo opuesto del banco, lo más lejos posible de él. Lo que en realidad no era estar muy lejos, ya que era un banco pequeño, obviamente pensado para dos y no para tres personas.

Le miró nerviosa, como un potro asustadizo aún poco acostumbrado a los hombres.

—Soy bastante capaz de protegerme —dijo él suavemente—, y puedo protegerla a usted, a mis amigos y a mi familia.

Ella no dijo nada, así que él preguntó:

—¿Confía en mí? —Después de mucho tiempo -o eso le pareció a él- ella finalmente asintió.

—En ese caso, por favor, deje a un lado todas las consideraciones sobre maldiciones fatales y asesinos malvados e inmensas fortunas y fideicomisos mal pensados, al menos por el momento, y respóndame de corazón. Le pido que se case conmigo por la sencilla razón de que deseo pasar el resto de mi vida con usted.

Fue recompensado con una tímida sonrisa, lo suficientemente alentadora como para acercarse a ella. Cuando ella no se puso inmediatamente en pie, él cerró por completo la distancia que quedaba entre ellos y tomó sus manos entre las suyas. Sonriéndole, le preguntó:

—Señorita Pembroke, ¿me hará el honor de casarse conmigo? ¿Vendrá a vivir conmigo a Devon y cuidará de mí y de mi jardín tan descuidado?

Pudo ver la duda y la confusión que aún quedaban en sus ojos. Un caballero habría esperado, le habría dado tiempo para decidirse. Pero en ese momento Ashton no se sentía en absoluto como un caballero. Sin ningún reparo, se aprovechó de su indecisión.

Tirando fácilmente de ella hacia sus brazos, se dispuso a besarla hasta dejarla sin sentido. Tras el primer beso, largo y completamente satisfactorio, consiguió murmurar:

—Cátese conmigo —y cuando ella no respondió inmediatamente, volvió a besarla. Los brazos de ella se enroscaron alrededor de su cuello, y una vocecita en el fondo de su mente le señaló que su tío había tenido razón: que su lecho conyugal no carecería en absoluto de pasión.

La segunda vez que pararon a tomar aire, ella le preguntó con voz débil y sin aliento:

—¿Planea seguir besándome hasta que acepte casarme con usted, milord?

—Precisamente eso, señorita Pembroke —respondió él con firmeza, encantado con la forma en que progresaba su cortejo.

—Entonces —dijo ella, asomando sus atractivos hoyuelos—, creo que es justo advertirle que espero tardar mucho en decidirme.

Él soltó un ladrido de risa y luego apoyó la frente en la de ella.

—¿Y si me niego a besarla de nuevo hasta después de que haya aceptado casarse conmigo? ¿Qué pasará entonces, señorita Pembroke?

Podía sentirla temblar contra él, y su voz era tan suave que tuvo que esforzarse para oír su respuesta.

—Pues entonces me veré obligada a aceptar su oferta, milord.

Él casi gimió de alivio.

—Señorita Pembroke —dijo, abrazándola tan fuerte como se atrevió—, ¿será mi esposa?

—Sí, Ashton, lo seré.

—No se arrepentirá de su decisión, señorita Pembroke. Le juro que seré un buen marido.

—Puedes llamarme Arabelle —dijo ella suavemente—, y me temo que ya estoy empezando a arrepentirme de mi consentimiento.

Asombrado, él se apartó lo suficiente como para poder ver su rostro, que mostraba una expresión seria.

—¿Has cambiado de opinión tan pronto? ¿Qué he dicho? ¿Qué he hecho? —Su confusión era total.

—Bueno, hasta ahora, estar prometida a ti está resultando ser una gran decepción —dijo ella, y esta vez él captó el brillo de picardía en sus ojos—. Me prometiste -o al menos lo diste a entender- que si aceptaba tu oferta, volverías a besarme.

—Ah —dijo él—, tienes razón. Eso fue definitivamente parte de nuestro trato.

Un tiempo considerable después se le ocurrió preguntar:

—¿Cuántos besos calculas que te debo?

—Al menos los de toda una vida —murmuró ella.

—Bueno, que nunca se diga que no he pagado mis deudas puntualmente —respondió él antes de besarla de nuevo.



Relajada tras un sinfín de besos y segura entre los brazos de Ashton, no había nada que Arabelle deseara menos que romper la burbuja de felicidad que los rodeaba a los dos. Si tan sólo hubiera alguna forma de que pudieran pasar el resto de sus vidas juntos a solas en este pequeño jardín amurallado.

Pero el mundo fuera de las murallas seguía esperando, y el peligro allí amenazaría a Ashton hasta que ella cumpliera veintiún años... o hasta que se casara con él.

Con un profundo suspiro, habló a regañadientes.

—Dijiste que podías protegerte de mi hermana... o más bien, de quienquiera que intente hacerte daño —se corrigió—. ¿Exactamente cómo propones hacer eso?

—Para empezar, nadie debe saber que estamos prometidos de verdad —dijo él.

La decepción se mezcló con el alivio en el corazón de Arabelle. Por un lado, quería compartir su alegría actual con el mundo entero; por otro, no quería arriesgarse a perder a Ashton, y con él, su felicidad.

—En segundo lugar, hemos decidido...

—¿Hemos?

—Mi hermano, mi tío y mi amigo Thomas Hennessey. Anoche hablamos de varias posibilidades, y hemos decidido que lo más seguro para todos sería que todos fuéramos a Devon. Londres ofrece demasiadas oportunidades para un asesino. Invitaremos, por supuesto, a tu hermana y a tu tía, y Hennessey traerá a su esposa, así que no parecerá más que una fiesta campestre normal. La ventaja es que en el páramo, donde se encuentra mi finca, será muy fácil descubrir a cualquier extraño merodeando.

—¿Así que aún esperas que atenten de nuevo contra tu vida? Disculpa, es una pregunta tonta. Por supuesto que debemos estar alerta ante cualquier acontecimiento de ese tipo.

—Desearía poder decir sinceramente que no creo que tu hermana lo intente de nuevo, pero eso sólo sería un deseo —ambos se quedaron callados un momento, y luego Ashton dijo: —Hay otra cosa que debo decirte. Llevo en el bolsillo una licencia especial, sacada a nombre de los dos, para que no tengamos que esperar a que se convoquen las amonestaciones.

No necesitó recordarle que faltaban menos de quince días para su cumpleaños y que si esperaban a que se convocaran las amonestaciones tres domingos seguidos, Hester tendría éxito automáticamente con su malvado plan y heredaría una fortuna por medios sucios.

—Estás planeando una trampa para mi hermana, ¿verdad? —inquirió Arabelle, aunque sabía cuál tenía que ser la respuesta.

—Ojalá hubiera otra forma —dijo Ashton—. Haremos todo lo posible para evitar un escándalo. Y permíteme asegurarte que no es mi intención enviarla a prisión. Si podemos atraparla en el acto de... de intentar algo, no pensamos entregarla al magistrado. Si está dispuesta a cooperar, le pagaremos el billete a Canadá o a las Indias Occidentales, y podemos arreglar que se le pague un estipendio trimestral condicionado a que permanezca fuera de Inglaterra.

—Gracias —dijo Arabelle, sintiéndose muy triste ante la idea de no volver a ver a su

hermana. Y sintiéndose aún más triste al pensar en lo que le depararía el futuro a Hester, sola en un país extraño. Pero quizá en las Américas Hester también podría encontrar a un hombre que la quisiera, y quizá podría, con el paso de los años, volverse menos amargada.

Pensar en la amargura le recordó a Arabelle a su futura suegra.

—¿Y qué hay de tu madre? Sé que no me aprueba.

—Mi madre ha hecho tantas amenazas y promesas sobre lo que hará y lo que no hará que se ha arrinconado a sí misma —dijo Ashton con una sonrisa—. Con un poco de ayuda de Adam, ha decidido que necesita ir a Bath y tomar las aguas. Se unirá a nosotros después de escoltarla hasta allí y asegurarse de que se instala cómodamente.

—Siento interponerme entre ti y tu madre —dijo Arabelle.

—No lo sientas. Nunca hemos estado unidos, y ella siempre está enfadada por una u otra cosa que haya hecho -o que se imagina que he hecho- que no le agrada. Cuando le convenga, se pondrá en marcha. Lo más probable es que, en cuanto tenga un nieto al que adorar, se te eche al cuello y te proclame la nuera más perfecta de toda Inglaterra... eso siempre que le permitas dictarte todos los aspectos del cuidado del bebé. Además, cuando conozcas mejor a mi madre, descubrirás que tiene una memoria muy flexible y, una vez que sea abuela, negará bajo juramento haber pronunciado la más mínima palabra de censura contra ti. Y se creerá hasta la última palabra.

Arabelle podía sentir cómo se le calentaban las mejillas ante la idea de dar a luz al hijo de Ashton, e intentó esconder la cara contra su pecho, pero en lugar de eso él le levantó la barbilla, le sonrió y la besó suavemente.

—¿Tienes alguna otra preocupación que necesites comentar?

Ella negó con la cabeza.

—Entonces entremos e informemos a los demás de nuestros planes —dijo él, poniéndose en pie y tendiéndole la mano. Sin dudarlo, ella la agarró, deseando no tener que soltarla nunca más. Deseando... deseando que ya estuvieran casados y que él la condujera a su cama. Mirándole a los ojos, sospechó que sus pensamientos seguían el mismo camino que los de ella. En una palabra, parecía tan frustrado como se sentía ella.



Tras cambiarse de vestido y hacer que Jane le arreglara el pelo, Arabelle se reunió con Ashton en el salón. No le hizo mucha gracia descubrir que Dante Rivard también había venido a visitarla. Aunque sabía que debía estarle agradecida por no haber abandonado a su hermana durante estos últimos años en los que los demás caballeros se habían alejado en tropel, Arabelle nunca había conseguido sentirse a gusto cerca del dandi. Demasiado a menudo le parecía oír más verdadera malicia en sus comentarios que en las observaciones cortantes que le gustaba hacer a Hester.

—Oh, por fin estás aquí —dijo acerbamente tía Phillipa—. Crowley nos ha estado hablando de la expedición propuesta a Devon.

—Espero que esté de acuerdo —dijo Arabelle, tomando asiento junto a su hermana en el

sofá—. Estoy totalmente decidida a ir, pero puede venir con nosotros o quedarse en Londres como mejor le parezca.

La tía Phillipa la miró con desagrado y luego se volvió hacia Ashton.

—Todo esto es culpa suya, Crowley. Antes de conocerle, era la joven más dócil que uno pudiera desear. Nunca mostró la más mínima impertinencia, y ahora está tan empeñada en hacer las cosas a su manera que creo que discutiría conmigo si le dijera que el sol sale por el este.

—Puede que a ella no le importe en absoluto que nos acompañe —dijo Ashton con suavidad—, pero yo, por mi parte, me sentiré enormemente decepcionado si usted y su sobrina mayor no vienen de visita a Crowley Hall.

—Debe pensar que soy una estúpida si espera que me crea semejante chorrada. Un hombre —invirtió la palabra con repugnancia— nunca quiere que le acompañe una carabina, por mucho que pretenda ser un caballero. En este caso, ya que usted sin duda animará a mi sobrina a desafiarme si me niego a saltar a sus órdenes, supongo que tendremos que ir a Devon con usted. ¿Qué dices, Hester? ¿Deseas expresar tu opinión o todavía no tienes ganas de hablar?

Con la cabeza inclinada y las manos cruzadas sobre el regazo, Hester dijo suavemente:

—Lo que usted decida hacer me parece bien, querida tía.

Su mansedumbre era tan patentemente falsa que Arabelle quiso agarrar a su hermana y sacudirla y preguntarle por qué... ¿por qué había hecho las cosas terribles que parecía que había hecho?

La tía Phillipa resopló con disgusto.

—Ahora te has vuelto tan harinosa como solía ser Arabelle —volviéndose hacia Ashton, preguntó en lo que para ella era un tono bastante civilizado: —¿Cuándo piensa partir y a quién más ha invitado?

—Me gustaría partir pasado mañana, si eso le da tiempo para hacer el equipaje —respondió Ashton—. Y en cuanto a los demás, mi amigo Thomas Hennessey vendrá con su esposa, lady Dalila. Mi hermano se nos unirá más tarde, y —Ashton hizo una pausa y luego dijo con un toque de desafío en la voz—... y mi tío, Humphrey Swinton, también nos acompañará.

Ante la mención de ese aborrecido nombre, la tía Phillipa se puso rígida y todos los presentes la miraron fijamente. ¿Cómo reaccionaría, se preguntó Arabelle, ante la información de que su despreciado enemigo estaría incluido en la fiesta?

Arabelle estaba bastante orgullosa de su tía. Aparte de un ligero aleteo de las fosas nasales, la tía Phillipa no dio señales de no estar contenta con la inclusión del infame señor Swinton.

—Supongo que tendremos que incluirle también a usted, señor Rivard, para que Hester tenga un compañero de cena —dijo la tía Phillipa con una mueca—. Y ahora, si todos me disculpan, siento que me viene un dolor de cabeza —y diciendo esto, se puso en pie y con la cabeza bien alta salió majestuosamente de la habitación.

Arabelle exhaló un suspiro de alivio al ver que todo había salido tan fácilmente, pero antes de que pudiera comentar la capitulación de su tía, Hester también se puso en pie, murmuró algo sobre estar fatigada e igualmente abandonó la habitación.

Durante un momento se hizo el silencio, luego Dante habló.

—¿Saben? —dijo, mirando a Arabelle y Ashton con una sonrisa que rayaba en la lascivia —, empiezo a sentirme sobrepasada con ustedes dos oliendo a abril y mayo. En cualquier caso, ahora debo dejarlos solos, ya que si voy a unirme a su fiesta, debo ocuparme de cancelar mis próximos compromisos. ¿A qué hora desea partir, milord?

—¿Serían las nueve demasiado temprano para ustedes, señoras? —preguntó Ashton a Arabelle.

Ella negó con la cabeza.

—Todo lo contrario, no sería lo bastante pronto. Mi tía cree firmemente que empezar temprano un viaje demuestra una gran fortaleza interior y de ánimo y una gran superioridad moral. Las ocho te situarían mejor en su estima.

—Casi me convence de que cambie de opinión sobre ir —dijo Dante—, pero nunca he rechazado una oportunidad de visitar una de las grandes casas de campo, y sería un mal precedente empezar ahora. Aunque —se volvió hacia Ashton con una mirada de vergüenza—... ahora que lo pienso, quizá no debería haber aceptado sin oír la invitación de sus propios labios, milord, ya que usted va a ser nuestro anfitrión.

—No, no, por supuesto que debe venir. Hester se aburriría bastante sin usted —dijo Ashton.

Llegados a este punto, era obvio para Arabelle que no había nada más que Ashton pudiera decir si no quería ser terriblemente grosero. Lo cual era lamentable, ya que Dante no era una persona con la que ella deseara familiarizarse más. Al captar la mirada de Ashton, Arabelle leyó que comprendía sus sentimientos y, de algún modo, eso hizo más fácil ser cortés con el dandi cuando finalmente, con grandes profusiones de gratitud, se despidió.

En cuanto se quedaron solos, Ashton se levantó y fue a reunirse con ella, pero antes de que pudiera sentarse a su lado, la puerta se abrió y Jane, su doncella, entró y se dejó caer en el sofá.

Sin duda, era decepcionante tener una carabina tan decidida, pero Arabelle agradeció que al menos hubieran tenido una hora de intimidad en el jardín.

Aceptando el contratiempo de buen grado, Ashton no tardó en excusarse también, dejando que Arabelle se retirara a su habitación y comenzara a hacer las maletas. Sus pies tenían ganas de bailar y era todo lo que podía hacer para no contarle su secreto a Jane, pero recordó la admonición de Ashton de mantener el más estricto secreto sobre sus esponsales.



Mientras su doncella se afanaba por la habitación haciendo las maletas para el viaje, Hester se sentó en una silla y miró por la ventana. No vio el pequeño jardín amurallado porque su mente estaba demasiado ocupada con sus propios problemas.

Por más que intentaba encontrar una solución, se encontraba atrapada en un dilema. Por un lado, si Dante estaba haciendo algo perverso, era claramente su deber advertir a lord Crowley. Por otro lado, ¿qué pruebas tenía ella? A fin de cuentas, no tenía nada en lo que basarse, salvo una sensación de inquietud.

Cómo se burlaría su señoría si ella le dijera que sospechaba que Dante Rivard, de entre todas las personas, estaba detrás del ataque en Hanover Square. ¿Dante consorte de un rufián como Black Jack Brannigan? Era demasiado absurdo para resultar creíble, y lord Crowley ya había dejado claro que no creía en maldiciones fatales ni en tonterías por el estilo. Sin duda él también se burlaría de ella y la consideraría una tonta crédula si intentaba hacerle creer en su intuición de mujer.

Y lo que era peor, si expresaba sus sospechas, entonces tendría que admitir que el pobre viejo Wimbwell había traicionado, todos aquellos años atrás, la confianza de su padre y le había contado los términos del fideicomiso. Y destruir su reputación después de que se hubiera ido sería, en efecto, hacerle un flaco favor al pobre anciano.

—¿Desea llevarse su nueva capa marrón egipcia? —Jane interrumpió sus pensamientos—. He oído que puede hacer bastante viento en Dartmoor.

Hester se quedó mirando la prenda, pero su mente estaba demasiado preocupada por posibles asesinos como para considerar asuntos tan triviales como su vestuario.

—Tú decides —dijo finalmente—. No me importa lo que me ponga cuando esté en las tierras salvajes de West Country.

—¿Está enferma de algo? —preguntó la doncella. Cruzando la habitación, puso la mano sobre la frente de Hester, y luego dijo: —Bueno, al menos no parece tener fiebre. Lo más probable es que sólo esté quemada hasta la médula por todas las fiestas y bailes a los que ha asistido esta temporada. Les sentará bien a usted y a su hermana un breve arrendamiento reparador en el campo.

Hester forzó una sonrisa, que pareció tranquilizar a la doncella, que volvió a su tarea.

Si tan sólo, pensó Hester, alguien pudiera darme la seguridad de que encontraremos paz y tranquilidad en Devon... y no asesinato y caos.

Ahora sí que estaba siendo ridícula: ¡asesinato y caos! Si él tuviera la menor idea de los absurdos pensamientos que traqueteaban en su cabeza, lord Crowley estaría bastante justificado al pensar que estaba completamente atontada.

Con la firme resolución de mantener su imaginación bajo control, Hester se levantó de la silla y empezó a ayudar a Jane a clasificar la ropa en cuanto a la que había que empaquetar y la que podía dejarse atrás.

Asesinato y caos, ¡qué tontería! Tuvo que sonreír al ver adónde la habían llevado sus fantasías. Lo más probable era que anoche hubiera comido algo que no le sentara bien y eso hubiera provocado sus pensamientos irracionales.



Antes incluso de que hubieran llegado al río Colne, Arabelle se dio cuenta de que había cometido un terrible error. No es que hubiera habido otro ataque asesino contra Ashton ni un accidente sospechoso ni nada por el estilo. Hasta el momento, el viaje había transcurrido sin incidentes.

El señor Hennessey había tomado prestado el carruaje de su suegro para el viaje, y como

estaba más lujosamente equipado que el de la tía Phillipa, se decidió que las cuatro damas viajarían juntas en él, y el equipaje y los sirvientes variados seguirían en el carruaje de la tía Phillipa. Ashton, su tío y el señor Hennessey conducían los tres sus faetones, acompañados de varios mozos fornidos más Dante Rivard, realmente no había forma de que Arabelle pudiera arreglárselas para montar con Ashton, que le había explicado el verdadero papel que desempeñaban Malone y Mulrooney.

Había hecho falta menos de una hora después de su partida para que Arabelle se sintiera claramente incómoda, a pesar de que el carruaje estaba bien amortiguado y las banquetas de terciopelo eran las más suaves en las que había tenido el privilegio de sentarse. Era la compañía - o más exactamente, la conversación- lo que estaba destruyendo rápidamente la poca tranquilidad que Arabelle había recuperado tras oír que alguien había intentado disparar a Ashton.

Hester seguía mostrándose extrañamente silenciosa; la tía Phillipa, como era su costumbre en los viajes largos, no tardó en roncar suavemente en su rincón, lo que dejó a Arabelle sin nadie con quien conversar, salvo la esposa del señor Hennessey.

A decir verdad, no había nada en absoluto objetable en lady Dalila, que a pesar de su nombre no parecía en absoluto una sensual tentadora. Con el pelo del color de la zanahoria, los ojos verdes y una pizca de pecas en la nariz, parecía bastante accesible y, de hecho, se esforzaba por ser amable.

Por desgracia, su conversación languideció, ya que lady Dalila no sabía nada de jardinería y no tenía ningún interés en los últimos cotilleos sobre la Tonelada, pero Arabelle era demasiado educada como para no hacer algún esfuerzo por tranquilizar a la otra mujer.

Al final, todo lo que hizo falta fue una simple pregunta:

—¿Qué tal la caza esta última temporada? —y lady Dalila empezó a describir con detalles entusiastas las famosas carreras que habían tenido, los astutos zorros que habían perseguido, los caballos que ella y otros habían montado, las espectaculares caídas que varios miembros de la cacería habían tenido, etc.

Pronto se hizo evidente que, aunque su abanico de intereses no era amplio, sabía todo lo que había que saber sobre caballos y cría de caballos, pedigríes, caza, adiestramiento, carreras, sabuesos, y todas esas cosas que Arabelle ignoraba por completo.

Además, cuanto más hablaba lady Dalila, más deprimentemente obvio le resultaba a Arabelle que ella misma no era en absoluto el tipo de esposa adecuada para Ashton. Necesitaba a alguien como lady Dalila, o al menos a alguien que supiera algo más sobre caballos que el hecho de que eran grandes bestias de cuatro patas que habitualmente consumían una fortuna en heno y avena.

Arabelle ni siquiera estaba segura de lo que eran los corvejones de un caballo, y mucho menos de si era bueno que un caballo saltara de ellos o no, y se habría aburrido mucho escuchando a lady Dalila parlotear en lo que para Arabelle era una lengua extranjera, si no hubiera descubierto pronto que una vez que lady Dalila estaba bien lanzada, lo único que ella misma tenía que hacer era sonreír, asentir con la cabeza y murmurar de vez en cuando cosas como '¿Ah, sí?' y 'Madre mía'. Lo que dejó a Arabelle libre para pensar en lo bien y verdaderamente que se arruinaría la vida de Ashton si se casaba con alguien como ella, que ignoraba por completo todo lo que le importaba en la vida.

Después de conocerla, sus amigos sin duda le compadecerían de todo corazón, y él no tardaría en darse cuenta también de que nunca debería haber dado un paso como el matrimonio cuando lo único que sentía por ella era compasión.

Al recordar sus besos, se vio obligada a admitir que también había cierto grado de pasión entre ellos, pero ¿cuánto duraría eso cuando ella no podía compartir ninguno de sus intereses? ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que empezara a arrepentirse de su matrimonio? Si es que las cosas llegaban a progresar tanto.

Una boda empezaba a parecer una posibilidad bastante remota, y no por culpa de ningún posible asesino. Simplemente no era la esposa adecuada para Ashton, y tarde o temprano se daría cuenta de ello. Aunque siendo un caballero, lo más probable es que intentara ocultar sus verdaderos sentimientos.

Lo que a su vez significaba que sería ella la que tendría que llorar. Lo único que encontraba para estar agradecida era que nadie más conocía sus esponsales clandestinos y, en consecuencia, nadie más sabría cuando se rompieran.

Arabelle se dio cuenta poco a poco de que lady Dalila esperaba que dijera algo.

— ¿Disculpe?

— ¿Le he preguntado si ha cazado alguna vez con los Quorn? — repitió lady Dalila.

Sin pensarlo, Arabelle dijo:

— No monto — y lady Dalila se quedó tan estupefacta que no se le ocurrió nada más que decir. Condujeron en silencio hasta que se detuvieron para el almuerzo, que compartieron con los caballeros de su grupo en el King's Arms de Bagshot.

Después, cuando subieron de nuevo a su carruaje, la tarde se extendía ante ellos como una eternidad y, desesperada, Arabelle decidió que no quedaba más remedio que revelar todo el estado de su ignorancia.

— ¿Qué es una tablilla y por qué la tira un caballo? — preguntó.

Obviamente aliviada por poder volver a hablar de caballos, lady Dalila sonrió de la forma más amistosa y procedió sin la menor condescendencia a responder a esa pregunta y a todas las demás que a Arabelle se le ocurrieron. Excepto, por supuesto, la que Arabelle nunca jamás podría preguntar a nadie, a saber, si Ashton quería realmente casarse con ella.



Llevaban tres días en Crowley Hall y Hester había conseguido convencerse de que no tenía nada de qué preocuparse. Mirando alrededor de la mesa, reconoció que, aunque lord Crowley era un anfitrión encantador, su hermana no daba muestras de que pensara casarse con él antes de sus cumpleaños, para el que sólo faltaba una semana.

A pesar de los ocasionales refunfuños *sotto voce* de tía Phillipa -provocados cada vez que el señor Swinton se aventuraba a acercarse demasiado a ella-, la fiesta resultó de lo más agradable. Esta noche también estaban agasajando a lord Granston y lady Margaret, que habían venido en coche desde la finca vecina.

Sentado a su lado, Dante Rivard era su petimetre habitual, pero sin una fuente de cotilleos para su ácida lengua, se veía obligado a recurrir a la moda como tema de conversación y, en consecuencia, resultaba más agradable tenerlo cerca que de costumbre. Hester ya no podía creer que fuera un asesino, ni en persona ni por poderes. De hecho, se preguntaba cómo había podido alguna vez haber sospechado que hubiera cometido alguna acción más ruin que dar el corte directo a algún hongo invasor o deprimir sin piedad las pretensiones de gloria de un aspirante a dandi.

En resumen, todas las preocupaciones que la habían atormentado en Londres parecían haber sido causadas por el sobreesfuerzo y la fatiga de la temporada, ya que se habían desvanecido rápidamente como pompas de jabón reventadas en la atmósfera más cuerda que se respiraba en el campo. Fue casi suficiente para que Hester decidiera que, incluso después de heredar la fortuna de su padre, pasaría la mayor parte del tiempo rusticando en Norfolk en lugar de vivir una vida de alegre disipación en Londres.

Bueno, tal vez eso fuera un poco extremo. Unas semanas en Londres durante la temporada no serían mal recibidas. Para estar segura, necesitaría reponer su guardarropa periódicamente, y era agradable visitar el teatro de vez en cuando.

Poniéndose en pie, lord Crowley dio unos golpecitos en su copa para llamar la atención de todos. Una vez la tuvo, hizo un anuncio que hizo que la complacencia volara de la mente de Hester y la consternación la sustituyera.

— Mis queridos amigos, es para mí un gran placer informarles de que la señorita Arabelle Pembroke me ha hecho el honor de aceptar mi mano en matrimonio. Tiene el permiso de su tía y hemos decidido casarnos aquí mañana por la mañana con una licencia especial.

En medio de los gritos generales de felicitación, Hester oyó una maldición en voz baja, y volviéndose hacia su compañero de cena, vio tal frialdad irradiando de la mirada de Dante, que se sintió helada hasta la médula de los huesos. Observando su expresión, ya no le quedaba la menor duda de que era capaz de cometer personalmente un asesinato a sangre fría.

Para su consternación, Hester sintió como si estuviera viendo al verdadero Dante por primera vez, y pudo leer no sólo ira en sus ojos, sino también una locura aterradora. Estaba tan aterrorizada por lo que él pudiera hacer -de hecho, si las miradas mataran, lord Crowley habría caído fulminado en su silla- que no pudo emitir sonido alguno.

Entonces Dante desvió ligeramente la mirada y la sorprendió en el acto de mirarle fijamente, y la horrible ira desapareció al instante tras una sonrisa benigna. Sin esfuerzo aparente, su rostro adoptó la expresión fatua de un dandi londinense. Levantando su copa, se unió a los demás invitados para brindar por las próximas nupcias.

Pero una vez que vio más allá de su pulida fachada, Hester ya no pudo hacerse a la idea de que estaba totalmente cuerdo.

Tenía muchas ganas de contarle a alguien lo que había visto. Aún más, quería levantarse de la silla y salir corriendo y gritando de la habitación, para alejarse lo más posible del loco que estaba sentado tan cerca de ella.

Pero estaba demasiado petrificada para moverse. ¿Qué le haría si gritaba pidiendo ayuda? ¿Se volvería contra ella como una bestia frenética y la estrangularía? ¿Sacaría una pistola cargada del bolsillo y le dispararía?

¿O tendría siquiera que hacer algo? Si ella le acusara de crímenes atroces, ¿alguien la creería? ¿O todos le creerían cuando lo negara todo? Sólo tenía que sonreír con lástima y murmurar unas palabras sobre la imaginación sobrecalentada, y sin duda la mandaría a la cama con un vaso de leche tibia mezclada con láudano.

Incluso ahora, cuando él volvía a actuar con total normalidad y racionalidad, ella misma ya empezaba a preguntarse si realmente había visto lo que creía haber visto. Dante era su mejor amigo en Londres o, al menos, había sido su compañero casi diario. ¿Podría haberle conocido estos seis años sin conocerle realmente en absoluto? ¿Podría haber estado simplemente interpretando un papel? ¿Ocultándose tras una máscara con la que había conseguido engañar a todo el mundo en Londres?

Pero por mucho que intentara tranquilizarse, la imagen del brillo enloquecido de sus ojos no la abandonaba, y sabía que estaba sentada a escasos centímetros de un hombre muy peligroso, por muy tonto y petimetre que pudiera parecer a los demás.

Capítulo 14

El ambiente en el salón era tan tenso que ésta era casi visible, y Arabelle se dio cuenta de que el origen de la misma era Hester, que estaba sentada en el borde de su silla como si estuviera a punto de ponerse en pie de un salto. Cosa que hizo en cuanto oyó que los hombres se acercaban por el pasillo.

— Si me disculpan — dijo Hester frotándose distraídamente la frente —, parece que me duele un poco la cabeza. Creo que esta noche me retiraré temprano.

Dicho esto, se escabulló por la puerta que daba al salón azul, en lugar de salir al pasillo, que habría sido lo normal.

Arabelle deseó que hubiera alguna forma de advertir a su hermana de que no volviera a intentar contra la vida de Ashton. Con el poco tiempo que quedaba, ¿quién sabía qué medida desesperada podría intentar Hester? Y con todos los hombres en guardia, estaba destinada a fracasar, lo que significaría que sería desterrada de Inglaterra para siempre.

No intentes ninguna tontería, pensó Arabelle. Por favor, Hester, protégete; si no haces nada más, nadie tendrá pruebas de que hayas hecho algo malo.

Apenas se cerró una puerta tras Hester, se abrió la otra y entraron los hombres, y con ellos volvió la tensión a la habitación. Los únicos que parecían no darse cuenta de ello eran Dante Rivard, que se acercó y empezó a hablar con tía Phillipa como si todo fuera normal, y lord Granston, que fue a sentarse junto a su esposa.

A los ojos de Arabelle, el señor Hennessey y el señor Swinton hicieron demasiado evidente que estaban protegiendo a Ashton, que no hizo ningún intento de unirse a ella, como cabía esperar de un novio la víspera de su boda. Se sentó un poco apartado de ella, y tanto su tío como su amigo rondaron cerca de él y miraron sospechosamente alrededor de la habitación, como si esperaran que unos asesinos saltaran de detrás del sofá.

La tía Phillipa fue la primera en admitir su derrota. Aparentemente incapaz de soportar más la inane verborrea de Dante sobre sus problemas para procurarse paños de cuello decentes y obviamente poco dispuesta a arriesgarse a que la arrojaran junto al despreciado Sr. Swinton, se excusó y salió de la habitación.

Cuando Dante se dispuso a sentarse junto a lady Dalila, ella también salió corriendo, alegando que deseaba estar fresca para dar un paseo a primera hora de la mañana.

Por la significativa mirada que pasó entre ella y su marido, era obvio para Arabelle que el señor Hennessey se lo había explicado todo a su esposa. Arabelle sólo podía esperar que los demás en la sala no se dieran cuenta de lo raro que estaban actuando todos.

Ashton nunca habría sido un buen espía, decidió. Ignorando notoriamente sus deberes

como anfitrión, invitó a lord Granston a jugar una partida de billar. Murmurando algo a su esposa, Granston se levantó y salió de la habitación con Ashton, seguido por el señor Hennessey y el señor Swinton, que tropezaron entre sí en su prisa por seguirlos a través de la puerta.

Había un elemento de humor en sus intentos de parecer despreocupados, que habría hecho reír a Arabelle, de no haber conocido la seriedad de los anteriores atentados contra la vida de Ashton.

—Ya que mi marido ha tenido a bien abandonarme, señorita Pembroke, ¿le interesaría dar una vuelta por los jardines? La luna está llena, así que no necesitaremos linterna —dijo lady Margaret con una sonrisa.

—Eso sería encantador —dijo Arabelle, dispuesta a caer en cualquier sugerencia que la alejara de la presencia de Dante.

Luego, por un momento, pensó que no iba a funcionar, porque Dante hizo una mueca y dijo:

—Siempre me ha gustado pasear a la luz de la luna.

Lady Margaret se volvió hacia él y, aunque Arabelle no pudo verle la cara, aparentemente su expresión dejó claro al dandi que la invitación no le había sido extendida.

—Por otra parte, me temo que las actividades del día me han agotado bastante —dijo Dante—, o tal vez sea el aire del campo lo que me fatiga tanto. En cualquier caso, creo que yo también me acostaré temprano —haciendo una profunda reverencia, salió de la habitación.

Arabelle no pudo contener un suspiro de alivio cuando se hubo ido.

—No sé por qué —dijo, abriendo las puertas francesas que daban a la terraza superior—, pero nunca he aprendido a querer a ese hombrecillo. Quizá sea porque se gusta tanto a sí mismo que no deja nada para que nadie más lo aprecie.

Lady Margaret era la persona con más conocimientos que Arabelle había conocido y, sin embargo, también era la persona con la que resultaba más fácil hablar. Su conversación pasó agradablemente de un tema a otro, hasta que lady Margaret le preguntó despreocupadamente:

—¿Cree que le gustará vivir aquí, en Devon, después de casarse? Sé que algunas personas no ven la belleza del páramo y, en cambio, sólo notan el aislamiento.

—No siento un gran amor por Londres —confió Arabelle—, y no puedo dejar de ser feliz aquí desde que Ashton ha prometido darme rienda suelta para mejorar los jardines como me parezca oportuno. Así que estoy segura de que estaré de lo más contenta.

—La razón de mi pregunta —continuó lady Margaret—, es que usted no parece tan extasiada como debería estarlo una novia la noche antes de su boda.

Había una simpatía tan evidente en el comentario de lady Margaret que Arabelle rompió a llorar. Poco después, sentada en un banco junto a lady Margaret, Arabelle se encontró vertiendo todas sus preocupaciones y ansiedades al oído de su compañera. Sin guardarse nada, Arabelle relató toda la historia de la confianza de su padre, el asesinato del señor Wimblewell, los dos atentados contra la vida de Ashton, sus temores por su seguridad y, por último, admitió el dolor que le causaba la aparente implicación de su hermana.

—Era una hermana tan buena que no puedo creer las pruebas que parecen condenarla —

dijo Arabelle, secándose los ojos con el pañuelo de lino tamaño hombre que le había proporcionado lady Margaret—. Sé que Hester puede decir las cosas más cortantes, pero estoy segura de que lo hace sólo porque es infeliz. Pero no importa cómo lo explique Ashton, no puedo aceptar que ella haya elegido ser tan totalmente depravada, tan perdida para todo lo que es bueno y correcto.

—Entonces es más que probable que no lo haya hecho —dijo lady Margaret con naturalidad.

Sentándose más erguida, Arabelle preguntó:

—¿Por qué dice eso? ¿Cree que realmente fue una maldición fatal? Ashton dice que eso es ridículo, pero está seguro de que Hester es quien está detrás de los asesinatos y los intentos de asesinato.

—Puede decir lo que quiera —replicó lady Margaret—, pero según mi experiencia, la gente no cambia en lo fundamental. Los de buen corazón siguen siendo compasivos, los egocéntricos continúan siendo avariciosos y codiciosos, y los entrometidos nunca dejan de entrometerse en la vida de los demás. Si su hermana fue amable con usted cuando crecía, sin duda sigue siendo básicamente una buena persona, aunque se haya dejado llevar por la sociedad londinense, que está llena de personas increíblemente superficiales, como el Sr. Rivard, que no comprenden que el mundo no gira especialmente a su alrededor. Pero en cuanto a su hermana, si compartió de buen grado sus juguetes con usted cuando eran niños, no puedo aceptar que ahora conspire para estafarle su herencia.

Había mucho de verdad en lo que decía lady Margaret, se dio cuenta Arabelle. Por mucho que se estrujara el cerebro, no podía pensar en una sola persona que conociera que hubiera cambiado su personalidad de forma significativa.

—Oh, cómo desearía que mi padre se hubiera limitado a dividir su patrimonio a partes iguales entre nosotras —dijo malhumorada—. Porque Ashton dice que el fideicomiso idiota que mi padre organizó le da a Hester el mejor motivo -de hecho, el único motivo- para impedir que me case con nadie antes de mi cumpleaños, para el que sólo falta una semana.

—Los hombres tienen tendencia a creer lo que es obvio —dijo lady Margaret con calma—. Pero a menudo, cuando se mira bajo la superficie, la situación puede volverse bastante turbia. Ashton busca sin duda un buen motivo lógico, pero como Patrick y yo aprendimos antes de casarnos, los villanos tienen a menudo razones bastante extrañas e irracionales para hacer lo que hacen.

—Pero Ashton dice...

La risa de lady Margaret interrumpió a Arabelle.

—Mi querida niña, una vez casada, no debe permitir, bajo ninguna circunstancia, que su marido piense todo por usted. Por mucho que admire a Ashton, Dios no la dotó de un cerebro perfectamente bueno si no esperaba que lo utilizara.

Ante la mención del matrimonio, Arabelle tuvo que morderse el labio inferior para no romper a llorar una vez más. Sabía que no debía permitir que Ashton sacrificara su felicidad por ella, pero, por otro lado, deseaba tanto ser su esposa.

Malinterpretando su silencio, lady Margaret se disculpó.

—Mi querida señorita Pembroke, no pretendía ofenderla con mi comentario. Me temo que mi marido me anima a hablar con franqueza de mis pensamientos, y por eso a veces olvido que ser demasiado franca puede causar una ofensa involuntaria.

Arabelle respiró entrecortadamente y luego dijo:

—No me he ofendido. Es sólo que... —Las palabras se le atascaron en la garganta. ¿Cómo podía explicarle a esta mujer, que lo sabía todo, que podía hacer cualquier cosa, y cuyo marido claramente la adoraba, que ella, Arabelle, no sería una esposa adecuada para Ashton? Pero, por otro lado, ¿cómo podría seguir así, sin nadie que compartiera su desdicha, sin nadie que le diera apoyo y comprensión? Oh, ¡si tan sólo pudiera confiar en Hester!

—¿Tiene que ver con su boda de mañana? —preguntó lady Margaret, que albergaba tanta compasión en su voz, que Arabelle soltó su mayor temor.

—Estoy convencida de que Ashton se casa conmigo sólo porque prometió ayudarme, y es demasiado caballero para hacer otra cosa. Pero me temo que después de la ceremonia pronto lamentará lo que tan noblemente ha hecho y deseará volver a ser libre. Yo no soy en absoluto el tipo de esposa que él necesita, ya que soy una lamentable ignorante de los caballos y no sé montar ni conducir una yunta. Realmente necesita una esposa más como lady Dalila... o como usted —concluyó miserablemente.

Lady Margaret rio suavemente.

—Pero, mi querida señorita Pembroke ... ¿puedo llamarla Arabelle, pues estoy segura de que nos convertiremos en las mejores amigas ...?

Arabelle asintió, y lady Margaret continuó:

—Como iba diciendo, mi querida Arabelle, si Ashton necesita a alguien que entienda de caballos, no tiene que ir más lejos que a su propio establo, que está lleno de domadores y mozos de cuadra que saben mucho, y también tiene a su primo, Robert Hampton, a quien creo que ha conocido, que también es muy capaz en lo que a caballos se refiere. Como ve, no tiene verdadera necesidad de que su esposa sea una amazona destacada. Además, permítame señalarle que aunque usted pueda pensar que Ashton preferiría una esposa como yo, en realidad me conoció antes que Patrick, y aunque Ashton se apresuró a pedirme consejo sobre asuntos equinos, en ningún momento hizo el menor esfuerzo por cortejarme o siquiera por flirtear conmigo.

—Además, según mi experiencia —prosiguió lady Margaret—, la gente puede enamorarse profundamente de las personas más inapropiadas y en los momentos más inoportunos y seguir siendo bastante felices juntos.

—Pero ya ve —confesó Arabelle—, él nunca ha dicho que me ama. Me temo que sus motivos para desear casarse conmigo son estrictamente prácticos.

—Oh, estoy segura de que él cree de verdad que quiere casarse con usted por la más lógica de las razones —dijo lady Margaret con una risita—. Los hombres tienen la costumbre de encontrar las razones más inverosímilmente lógicas que les permitan hacer exactamente lo que desean.

—Ashton dijo... dijo que necesita a alguien aquí que cuide de sus jardines, que tendrá que admitir que están muy descuidados.

—¿De veras? ¿Y le explicó por qué, después de haber conseguido con éxito toda su vida

ignorar sus parterres y su césped, siente ahora una compulsión tan fuerte por ponerlos en orden que en lugar de contratar a un jardinero para que trabaje en ellos debe tomar él mismo una esposa?

—Lógicamente, sería mucho más económico contratar incluso a media docena de jardineros —dijo Arabelle, empezando a sentirse más alegre.

—A los hombres se les ocurrirá cualquier cantidad de razones para justificar el matrimonio, pero la única que considero válida es que dos personas deseen pasar el resto de sus vidas juntas.

Arabelle sólo pudo alegrarse de que la luna no proporcionara luz suficiente para que su compañera la viera sonrojarse.

—Sabe, ahora que recuerdo lo que me dijo, ésa fue la razón principal que dio Ashton cuando intentaba persuadirme para que aceptara su oferta. Dijo que deseaba pasar el resto de su vida conmigo.

—Asombroso —dijo lady Margaret—. Por lo visto, el chico tiene más sentido común del que yo le atribuía.

Inmediatamente irritada por las denigrantes palabras de la otra mujer, Arabelle espetó:

—Por supuesto que tiene sentido común. Y tampoco es un niño. Es el hombre más maduro, responsable y fiable que he conocido.

—Paz, paz —dijo lady Margaret, levantando las manos en fingida rendición—. Estoy segura de que Ashton será el mejor marido posible para usted y de que usted será la esposa perfecta para él.

Para su propia sorpresa, Arabelle empezó a pensar que tal vez lady Margaret sabía de lo que hablaba. Tal vez Ashton deseaba realmente casarse con ella. Mirando hacia la casa casi a oscuras, se preguntó si él también estaría pensando en ella y preguntándose si realmente deseaba ser su esposa.

Por desgracia, no era probable que ella tuviera la oportunidad de tranquilizarlo.



Ashton terminó de explicar a Granston los acontecimientos de Londres que habían desembocado en su inesperado anuncio de que se casaba al día siguiente.

—Diría que las probabilidades son más que buenas de que la hermana de Arabelle haga un último intento desesperado por impedir el matrimonio, pero creo que tenemos la situación bien controlada.

—Swinton y yo pasaremos la noche escondidos en la habitación de Crowley, por lo que no tendremos problemas para dominar a cualquier intruso —explicó Hennessey—, y ninguno de nosotros comerá ningún alimento ni beberá ninguna bebida que no hayamos traído con nosotros, por lo que no habrá oportunidad de drogarnos o envenenarlo.

—Si lo desea —dijo Granston—, puedo regresar después de ver a Maggie a salvo en casa.

—Agradezco su oferta —dijo Ashton—, pero eso sin duda provocaría habladurías entre los criados. Puesto que deseamos evitar el escándalo, cuantas menos personas sepan de la infamia de Hester, mejor. Estoy seguro de que estamos preparados para lo que ella pueda estar tramando. Si tiene algún sentido de la autoconservación, debe darse cuenta de que si intenta algo, sólo se estará condenando a sí misma. Sin embargo, por su expresión en la cena cuando le anuncié que me casaba con su hermana, me temo que a pesar de las probabilidades en su contra, está lo suficientemente desesperada como para hacer un último intento.

—Es una ventaja para nosotros haberla aislado aquí con éxito —añadió el tío Humphrey—. Por supuesto, hemos dicho a los criados que nos informen inmediatamente si ven a un extraño merodeando, sin decirles por qué estamos especialmente interesados.

Granston no parecía completamente convencido.

—Lo que me preocupa es que en demasiadas ocasiones he visto fracasar los planes más infalibles.



Jane la había ayudado a ponerse la ropa de dormir, le había cepillado el pelo y por fin la había dejado sola, pero Hester se sentía demasiado nerviosa para dormir. Sentada en una silla junto a la ventana mirando al interminable páramo iluminado por la luna, nunca había sentido tanta desolación de espíritu. Era como si estuviera atrapada en una pesadilla, incapaz de despertar. Excepto que esto no era un sueño.

Un ligero movimiento de aire en su nuca la hizo girar la cabeza a tiempo para ver cómo se cerraba la puerta del pasillo. Antes de que pudiera gritar, una figura negra se abalanzó sobre ella y una mano enguantada le tapó la boca.

—Ni un ruido —siseó la voz de Dante en su oído—, si no, nos han traicionado.

Soltándose fácilmente de él, pues en verdad cualquier músculo que pareciera tener no era más que arte de sastre, Hester le susurró:

—¡Cómo se atreve a entrar así en mi habitación! Váyase, antes de que eche la casa abajo a gritos.

—¿Seguro que cree que tengo intención de comprometerla? No, no, querida. No quiero que ningún escándalo asista a nuestro matrimonio. Y no olvide que si no baja la voz, podríamos atraer alguna atención no deseada. De hecho, sería desastroso para nuestros planes que me pillaran en su habitación.

—¿Matrimonio? ¿Planes? —preguntó Hester, sintiendo de nuevo el escalofrío que había sentido en la mesa de la cena cuando había visto el brillo de la locura en los ojos de Dante. Ya había sido bastante malo cuando había estado en una habitación bien iluminada, rodeada de familiares y amigos, pero ahora, aislada en su alcoba con un loco, su terror no conocía límites.

Ignorando sus preguntas, Dante continuó, y sus susurros tenían la intensidad de un fanático religioso al que ella había visto una vez predicando la condenación en St. James's Park.

—He venido a advertirle que no intente impedir la boda de mañana. Crowley sabe

demasiado.

Hester agradeció estar sentada, porque las piernas le temblaban tanto que dudaba que pudieran sostenerla.

—Puede estar tranquilo; no intentaré nada —le susurró, esperando que si lograba apaciguarlo, se tranquilizaría lo suficiente como para abandonar su habitación, dándole la oportunidad de encontrar ayuda.

—Ahora están conspirando juntos en la sala de billar —dijo Dante con tal tono de regodeo en la voz, que Hester sintió náuseas—, y por lo que he oído, hasta ahora ni Crowley ni ninguno de esos otros tontos ha empezado siquiera a sospechar de mí. Por eso es mejor que lo haga todo solo esta noche. Todo lo que requiero de usted, mi dulce, es que se mantenga al margen en su habitación. Odiaría deshacerme de Crowley sólo para descubrir que usted ha hecho algo para convertirse en sospechosa.

Con un grito sincero, Hester saltó de la silla e hizo un amago de correr hacia la puerta, pero Dante fue demasiado rápido para ella. Sintió un repentino tirón en el camisón, perdió el equilibrio y cayó sobre manos y rodillas. Antes de que pudiera ponerse en pie, Dante estaba agachado a su lado, y la luz de la luna que entraba por la ventana era suficiente para que ella viera que él tenía una pistola de duelo plateada en la mano.

—Oh, no, mi dulce, no se volverá contra mí ahora; no cuando he gastado tanto tiempo y dinero en ayudarla a asegurar la fortuna de su padre.

—¡Usted es responsable de la maldición fatal, de los accidentes que les ocurrieron a los pretendientes de mi hermana!

Él no hizo ningún esfuerzo por negar sus acusaciones. En lugar de eso, acercó el arma. Ella intentó retroceder, pero Dante la agarró del brazo. Esta vez temió que si forcejeaba para liberarse, él podría -accidentalmente o a propósito- apretar el gatillo.

—¿Detecto cierta reticencia a cumplir su parte de nuestro trato? Oh, no, preciosa mía, no me engañará con lo que me corresponde cuando estamos tan cerca de ganar el premio. Nos hemos entendido durante todos estos años, y no perderé cuando llegue el momento.

Sin pararse a pensar en las posibles consecuencias de enfadar al loco que tenía al lado, Hester soltó:

—No hemos tenido ningún acuerdo.

—Pero claro que hemos tenido un acuerdo, y nos casaremos en cuanto usted herede la fortuna de su padre. Tampoco crea que puede engañarme, pues si lo intenta siquiera, juraré sobre la Biblia que usted estuvo conmigo en cada paso del camino. De hecho, para cuando termine, tendré a todo el mundo convencido de que no fui más que su involuntario peón, hábilmente manipulado por usted. Así que tenga en cuenta, mi dulce, que si me cuelgan por asesinato, le garantizo que presentaré tales pruebas contra usted que se encontrará colgando de la horca junto a la mía. Ahora que he hecho el trabajo sucio, es demasiado tarde para que me deseche por otro novio.

—Pero yo nunca llegué siquiera a sugerirle que... que matara a nadie. Nunca siquiera insinué tal cosa.

—Bah, ni siquiera yo puedo creer sus protestas de inocencia, y un jurado se reiría en su

cara. Después de todo, ¿qué motivo podría tener para involucrarme en sus asuntos, aparte de que me había pedido ayuda y prometido compartir su fortuna conmigo?

—Le entregaré todo el dinero, hasta el último centavo de la fortuna de mi padre, si renuncia a sus planes de intentar matar a Crowley.

—Pero olvida, amor mío, que si Crowley vive, usted no tendrá fortuna que darme. No, no, me temo que no tengo otra alternativa que hacer que mis ayudantes envíen a su señoría a su recompensa celestial. Sabe, había estado lamentando verme obligado a fusilar al señor Brannigan, pero creo que los dos nuevos hombres que pude contratar en Londres servirán mejor a mis propósitos. Parecen mucho más capaces de utilizar la delicadeza. El gigante tendía a confiar en la fuerza bruta más que en la planificación inteligente.

Cubriéndose la cara con las manos, Hester empezó a llorar. Grandes sollozos sacudían su cuerpo, pero a pesar de que no podía detenerlos, al menos conseguía llorar en silencio.

Apartándole las manos, Dante la abofeteó en toda la cara, maldiciéndola e insultándola de la forma más soez.

Tardó sólo una fracción de segundo en darse cuenta de que había utilizado ambas manos y, sin pararse a pensar, se abalanzó sobre la sombra que debía de ocultar la pistola.

Tan cerca -las puntas de sus dedos llegaron a tocar el cañón del arma-, pero Dante volvió a ser más rápido que ella. Antes de que pudiera recuperar el equilibrio, la pistola le apuntaba de nuevo a la frente.

—Empieza a molestarme, querida —dijo fríamente—. Creo que ha llegado el momento de asegurarme de que no interfiera en el trabajo de esta noche —metiendo la mano en su chaqueta, sacó una petaca de plata y se la tendió—. Beba esto —le ordenó—, y no intente ningún otro truco tonto. Ya hemos determinado que no es tan rápida como yo, así que de nada le servirá intentar echarme el vino a la cara.

Ella vaciló, y él se puso en pie y se colocó sobre ella. Apretando el cañón de la pistola contra su sien, le ordenó de nuevo:

—¡Bébaselo! —y tal era la amenaza en su voz que ella no pudo dudar sino de que era capaz de matarla de un tiro en el acto.

Con un estremecimiento, desenroscó el tapón y se llevó la petaca a los labios. El vino era nauseabundamente dulce, pero aun así fue capaz de saborear la amargura del láudano con el que al parecer Dante lo había mezclado. Tras varios tragos empezó a tener arcadas, pero Dante la pinchó con la pistola y le ordenó:

—Bebe hasta la última gota —y de algún modo consiguió obedecer.

Él permaneció a su lado mientras la lasitud trepaba por sus miembros, y con su último pensamiento consciente se preguntó si le habría dado suficiente láudano para dormirla unas horas... o para siempre. Pero la pregunta ya no parecía importante.



La mañana de su boda no amaneció demasiado pronto para Arabelle. La noche había sido

excesivamente larga y había permanecido despierta durante la mayor parte de ella, con el cuerpo tenso y los oídos aguzados para oír cualquier sonido de refriega procedente de la habitación de Ashton. No es que hubiera podido oír nada a través de las gruesas paredes y las sólidas puertas de roble de Crowley Hall.

Tumbada, preguntándose cuánto tiempo tendría que esperar antes de poder llamar razonablemente a Jane, Arabelle oyó un arañazo en su puerta.

Se apresuró a salir de la cama, se puso una bata y abrió la puerta un resquicio.

Dante Rivard estaba allí de pie, pero era un Dante que ella nunca había visto antes. Su chaqueta parecía como si hubiera dormido con ella, su corbata estaba torcida y, lo más asombroso de todo, se retorció las manos y parecía estar llorando.

Presa del pánico, Arabelle le agarró del brazo y le arrastró hasta su habitación, cerrando la puerta tras ellos de la forma más impropia.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Han herido a Ashton? Dígamelo, pues no soporto este suspense.

—No, no. Él está bien —consiguió jadear Dante—. Pero mi pobre Hester, ¿cómo ha podido hacer algo tan vil? No tenía ni idea...

Agarrándole por los hombros, Arabelle sacudió al hombrecillo hasta que cesó en sus inútiles lamentos.

—Ahora, dígame qué ha pasado —le dijo con una calma que estaba lejos de sentir.

Se detuvo un instante y luego soltó:

—Intentó entrar en la habitación de lord Crowley; llevaba una daga y era obvio lo que pretendía hacer. Parecía una loca, pero Hennessey y Swinton consiguieron someterla, y me enviaron... —Volvió a tener hipo—. Me enviaron a buscarla. Incluso ahora están sacando de contrabando a Hester de la casa, y debemos reunirnos con ellos justo delante de las puertas.

Respirando hondo, continuó:

—Me han dicho que me asegure de que no nos vea ninguno de los criados, pues de lo contrario se armará un escándalo terrible. Oh, querida, todo esto es tan espantoso.

—Sí, sí, lo entiendo —dijo Arabelle, abriendo la puerta y asomándose al pasillo. No había nadie a la vista en ninguna dirección, así que empujó al dandi fuera de su habitación. Antes de cerrar la puerta, susurró: —Me reuniré con usted abajo, en la biblioteca, dentro de diez minutos... no, dentro de cinco minutos.

El camino de entrada a Crowley Hall era largo, y Arabelle se veía obligada a detenerse con frecuencia para que Dante pudiera alcanzarla. Entonces, al ver un carruaje cerrado delante, abandonó al dandi, se levantó las faldas y corrió hacia el vehículo, con los pies casi volando sobre la grava.

—Ashton, ¿estás bien? —gritó, abriendo de golpe la puerta y asomándose al sombrío interior.

El carruaje estaba vacío: ni Hester, ni Ashton, ni nadie. Al volverse, vio a Dante sorprendentemente cerca de ella, y la expresión de su rostro hizo inmediatamente evidente que la había engañado.

Instintivamente retrocedió para alejarse de él y, para su consternación, chocó con otra

persona, de constitución tan sólida que ni siquiera se tambaleó. Jadeó, pero antes de que pudiera gritar pidiendo ayuda, una mano grande y carnosa le tapó la boca y una voz áspera le carraspeó en el oído.

—No hay motivo para forcejear, señorita. No le servirá de nada y, si no tiene cuidado, se hará daño.

Ella forcejeó, pero el hombre tenía razón: sus esfuerzos eran inútiles.

Un segundo rufián se unió al primero, y como ambos iban armados con pistolas, Arabelle no tardó en sentarse en el carruaje junto a Dante, que sonreía de la manera más odiosa. En el asiento opuesto, el mayor de los dos rufianes también le sonreía y, lo que era peor, su pistola le apuntaba directamente al pecho.

Capítulo 15

Ashton tenía que venir a por ella, se dio cuenta Arabelle, y cuando lo hiciera, se enfrentaría a tres hombres armados y peligrosos. Ojalá hubiera algo que ella pudiera hacer para disminuir las probabilidades en su contra. Pero el hombre sentado frente a ella no era un enclenque como Dante. Era un hombre corpulento, vestía un raído abrigo gris-marrón, y su aspecto era tan fiero que ella bien podía creer que tenía la costumbre de disparar a una o dos personas antes del desayuno todos los días.

A pesar de sus esfuerzos por ser optimista, una imagen llenó su mente: la imagen de Ashton cabalgando en su rescate, seguida de una segunda imagen de él tendido en el suelo, con un agujero de bala en el pecho. Ella nunca debió seguir a Dante, pero tales pensamientos eran inútiles ahora. Peor que inútiles, de hecho. No tenía tiempo que perder revolcándose en autorecriminaciones. Lo que tenía que hacer era dedicar todas sus energías a descubrir una forma de escapar de la trampa de Dante.

El conocimiento es poder, le había dicho siempre su institutriz, así que tal vez si aprendía más sobre lo que había hecho aquel loco, podría descubrir una forma de burlarle. Sólo había una mínima posibilidad de éxito, pero tenía que esforzarse al máximo. Intentando que no le temblara la voz, preguntó:

—¿Le importaría explicarme adónde vamos y por qué?

Dante sonrió. No, Arabelle se dio cuenta que en realidad era más bien una mirada lasciva.

—Descubrí, amada mía, que a la hora de la verdad no podía permitir que se casara con otro. Ni siquiera podía soportar la idea de que otro hombre le cogiera de la mano, y mucho menos...

—¡Qué tontería! —exclamó Arabelle—. Si espera que crea que le importo lo más mínimo, entonces se engaña a sí mismo, pues es bastante obvio que es incapaz de preocuparse por nadie más que usted mismo... quizá por su sastre.

Su risa le crispó los nervios y apretó los puños para no abofetearle.

—Veo que trataremos con franqueza, mi dulce niña. Yo también prefiero tratar con franqueza y, de hecho, tiene toda la razón: sólo amo el dinero de su padre, no a su persona, y por eso he hecho mi pobre esfuerzo para que no despilfarrara su fortuna en otro hombre. Por ello, mis amigos de aquí han dispuesto que una embarcación nos espere en Exmouth, y una vez que estemos en el mar, el capitán ha accedido -por una tarifa, por supuesto- a casarnos.

Nunca había estado tan enfadada en su vida, pero con dos pistolas apuntándole, tenía que mantener una fachada tranquila aunque por dentro estuviera hirviendo.

—¿Así que fue usted quien contrató a Black Jack Brannigan para matar a los pobres

Collingwood, Thurwell, Arleton y Fellerman? —Había tan poca emoción en su voz que podría haber estado preguntando por el tiempo.

—En verdad, no era necesario que matara a Collingwood. Pero su accidente fue de lo más fortuito para mí. Cuando la dejaron en el altar, por así decirlo, me di cuenta de que lo único que necesitaba era contratar a Black Jack para que matara a todos sus pretendientes, uno por uno, y entonces, después de que Hester heredara la fortuna de su padre, podría casarme con ella y ser un hombre rico. Pero Black Jack fracasó en su intento de matar a Crowley, y entonces, como un tonto, vino a buscarme y quiso cincuenta guineas de mí a pesar de su falta de éxito. Cuando me negué a darle ni un centavo -y, de hecho, ¿por qué iba a pagar por un trabajo no completado a mi satisfacción?- el hombre me amenazó y me vi obligado a dispararle. Echando la vista atrás, veo que actué un poco precipitadamente. Debería haberle engañado para que me diera el nombre de otro asesino antes de matarle. Sabe, no es tan fácil como uno podría pensar encontrar a un asesino profesional a sueldo. Me llevó demasiado tiempo encontrar a mis dos nuevos socios.

Apretando las manos en el regazo, Arabelle preguntó:

—¿Y fue usted mismo, entonces, quien envenenó al señor Wimblewell?

Dante sonrió satisfecho.

—Lo hice muy astutamente, debe admitirlo. Adquirí el veneno hace varios años, pensando que podría serme útil, y así fue. Fue un viejo estúpido, acudir a Hester y contarle sus sospechas. Si hubiera ido a las autoridades y hubiera puesto información contra nosotros, todo habría estado perdido.

Hester, querido señor, ¿era cierto que ella había consentido los asesinatos?

—¿Y qué hay de mi hermana? ¿Se reunirá con nosotros más tarde?

Ahora se veía algo más que ira en el rostro de Dante; ahora Arabelle podía ver la locura que había estado supurando todos estos años en su alma.

—¡Que el diablo se lleve a esa arpía de lengua afilada! Después de todo lo que he hecho por ella, ha tenido el descaro de intentar estafarme con lo que me corresponde. Anoche afirmé que nunca había hecho un trato conmigo... insistió en que ni siquiera sabía que yo estaba organizando todos esos asesinatos... fingió que no había dicho nada que me hiciera pensar que se casaría conmigo si la ayudaba a heredar una fortuna.

—¿Y alguna vez dijo algo? —preguntó Arabelle, rezando para que su respuesta fuera la que ella quería oír —¿Realmente fue directa y dijo: 'Sí, Dante, me casaré contigo'? ¿Alguna vez le pidió directamente que matara a alguien?

Ahora parecía tan enfurruñado como un niño malcriado al que han enfadado por primera vez.

—No recuerdo si alguna vez utilizó la palabra 'asesinar', pero ¿qué más da? No paraba de lloriquearme sobre cómo lo heredarías todo, y me dijo repetidamente que ojalá no fueras a casarte y, por tanto, a ganar la posesión de la fortuna que debería haberle correspondido a ella como hija mayor. A mi modo de ver, eso es lo mismo que pedirme que arregle las cosas para que caigan en su beneficio.

Para la forma de pensar de Arabelle, no era nada de eso y, a pesar de la terrible situación en la que se encontraba, sintió un gran alivio al saber que Hester no había estado implicada en

los asesinatos.

—Pero me he ocupado de su hermana. Anoche cometió el error de intentar escapar de mí. Incluso iba a advertir a Crowley de mis intenciones. Pero no soy nada si no estoy bien preparado, y simplemente le apunté con mi pistola a la cabeza y la obligué a beberse todo el vino de mi petaca —sonrió para sí y empezó a acariciar el cañón de su pistola.

Arabelle tuvo la ominosa sensación de que el vino también podría haber sido envenenado.

—¿Ha... ha puesto algo en el vino? —preguntó, intentando inyectar una nota de admiración en su voz.

Volviéndose hacia ella, Dante se acicaló como si ella le hubiera felicitado por un chaleco nuevo.

—Sólo un poco de láudano para que duerma.

Algo del alivio de Arabelle debió mostrarse en su rostro, porque su sonrisa se volvió maliciosa y añadió:

—Por otro lado, puede que haya puesto demasiado del polvo que nos trae los sueños, ¿quién puede decirlo? Quizá duerma el sueño del que nadie despierta. Eso haría seis enviados a sus frías y oscuras tumbas: a los tres primeros los hice matar por mi asalariado y a los tres últimos los he asesinado yo mismo. Hay una cierta simetría en eso, que encuentro de lo más agradable.



Cuando Ashton se despertó, el sol ya había quemado la bruma del páramo y el día prometía ser hermoso. De pie junto a la ventana, se le ocurrió que aquella era la última mañana que se despertaría solo en su cama. La excitación empezó a notarse por cada músculo y tendón de su cuerpo, y estiró sus miembros hasta que cada articulación reventó. Para su sorpresa, había dormido profundamente y ahora se sentía descansado y lúcido.

No podía decirse lo mismo de sus dos compañeros, Thomas Hennessey y el tío Humphrey, que salieron de detrás de sus cortinas con los ojos desorbitados por el cansancio.

—La próxima vez que hagamos esto —dijo Hennessey, acercándose a su lado—, yo me ofrezco voluntario para ser el que duerma en la cama, y tú puedes esconderte detrás de las cortinas —luego, moviéndose tan rígida y lentamente como un hombre muy viejo, se acercó a la cama y se desplomó boca abajo sobre ella.

Ashton se apartó de la ventana y empezó a vestirse, su mente preocupada con visiones de desnudar a su propia bella dama. Sólo unas pocas horas más y volvería a llevarla a esta habitación.

—Si hay una próxima vez —dijo Humphrey con un gigantesco bostezo—, yo... Deberé... —Volvió a bostezar—. Traeré una baraja de cartas marcadas y así al menos por la mañana tendré algo que mostrar por mis esfuerzos. Pásame la peluca. Casi podría pensar que la sobrina de esa desgraciada se ha quedado deliberadamente en su propia habitación sólo para que tuviéramos que sufrir toda la noche.

Hubo un momento de silencio, mientras Ashton -y al parecer los otros dos hombres también- pensaba en el posible significado de la falta de excitación de la noche. Debía de haber alguna razón para la falta de acción, algún propósito nefasto que aún no habían descubierto.

—¿Cuándo vendrá el párroco? —preguntó Hennessey.

—A las once —contestó Ashton, calzándose las botas.

Hennessey miró el reloj de la chimenea.

—Eso significa que sólo tiene tres horas para hacer su movimiento. Francamente, no preví que esperaría hasta el último minuto. Ahora que es pleno día, será mucho más difícil para ella escapar a la detección ya que los sirvientes estarán levantados y por ahí'.

—No supondrás que pretende engañar al vicario, ¿verdad? —preguntó el tío Humphrey—. ¿Impedirle que celebre la ceremonia?

—Eso sería inútil —respondió Hennessey—. Tendría que mantenerlo prisionero durante días y, además, ¿qué nos impide encontrar otro párroco capaz de celebrar la ceremonia?

Ashton sintió que un escalofrío envolvía su cuerpo. Sólo había dos personas cruciales en una boda: el novio y la novia. Con un juramento, salió corriendo de la habitación, apresurándose por el pasillo hasta la habitación de Arabelle y abriendo de golpe su puerta sin detenerse a llamar.

La habitación estaba vacía y su camión yacía amontonado en el suelo. No se veía nada que fuera mínimamente siniestro y, sin embargo, supo de inmediato que había cometido el más espantoso error de cálculo.

Acercándose por detrás, Hennessey echó un vistazo a su alrededor y luego dijo:

—Puede que esté desayunando en la sala de la mañana. Aún no sabemos si... —No terminó la frase. No le hacía falta. Ambos sabían que el desastre había golpeado desde una dirección inesperada.

El tío Humphrey se acercó resoplando para unirse a ellos.

—No es buena idea irrumpir en la habitación de una dama sin avisar, ¿no lo sabes? Podrías encontrarte en una situación comprometida. Aunque supongo que no importa ya que estarás casado con la joven hoy de todos modos —mirando alrededor de la habitación vacía, también se quedó en silencio.

—¿En qué habitación se aloja su hermana? —preguntó Hennessey, pero Ashton ya estaba avanzando por el pasillo.

Esta vez llamó a la puerta, pero no hubo respuesta. Cuando intentó abrirla, la encontró cerrada. Gritó el nombre de Hester y golpeó lo bastante fuerte como para despertar a los muertos, y varios criados conmocionados empezaron a reunirse a una distancia prudencial. Volviéndose hacia ellos, Ashton bramó:

—Traed a la señora Berriball y decidle que traiga su juego de llaves.

Uno de los lacayos se apresuró a cumplir su orden, y detrás de él otra voz se sumó a la confusión general.

—¿Qué cree que hace aporreando la puerta de mi sobrina a estas horas? Y encima en mangas de camisa. ¿No tiene ninguna decencia? ¿Ningún sentido de la vergüenza por deambular

por los pasillos a medio vestir?

—Deshazte de esa mujer —murmuró Ashton en voz baja.

Con una sonrisa perversa que era casi una mirada lasciva, su tío empezó a caminar decidido hacia la señorita Phillipa Pembroke, que con un chillido de alarma retrocedió hasta su habitación, le cerró la puerta en las narices y luego giró la llave en la cerradura.

Evidentemente complacido con su destreza para aterrorizar a las solteras, Humphrey regresó adonde Ashton estaba de pie, frustrado, junto a la puerta de la habitación de la señorita Hester.

—¿Por qué crees que se ha encerrado?

—No creo que lo haya hecho —respondió Ashton—. Creo que... —No quería decir las palabras, pero finalmente consiguió forzarlas a salir—. Creo que ha cambiado de táctica. En lugar de impedir la boda matando al futuro novio, creo que ella ha...

Su mente intentó no aceptar las horribles visiones que su imaginación insistía en mostrarle.

—Mucho me temo que le ha hecho algo perverso a Arabelle. Creo que encontraremos la habitación vacía.

Se equivocaba.

Cuando la señora Berriball, el ama de llaves, apareció con sus llaves y abrió la puerta, encontraron a Hester inconsciente en el suelo. Jane corrió hacia delante y se arrodilló junto a su ama.

—¡Oh, está tan fría! ¡Temo que esté muerta!

Uniéndose a ella junto a Hester, Ashton comprobó que la mujer inconsciente aún respiraba y que su pulso era débil pero regular. Pero estaba en efecto bastante fría, y sus intentos por despertarla fracasaron.

—Sospecho que la han drogado —dijo—, y sin duda sufre de exposición.

La levantó, la llevó a la cama y la arropó bajo las sábanas. Detrás de él, Jane empezó a dar órdenes a los criados como si fuera la señora de Crowley Hall y no una simple Doncella de visita.

—Tú, ahí —ordenó Jane—, enciende el fuego, y date prisa. Y que alguien traiga ladrillos calientes. Necesitamos calentar a la señorita Hester antes de que sucumba a los efectos del frío. Y dile a la cocinera que necesitaremos una tetera de té caliente con abundante azúcar para cuando la señorita Hester se despierte.

Pero Ashton no iba a reprenderla por pasarse de la raya. Estaba más que dispuesto a entregar la tarea de cuidar de la hermana de Arabelle a quien fuera competente para ello, para poder organizar la búsqueda de la propia Arabelle.

Con la mente ya puesta en otros asuntos más desesperados, Ashton volvió a salir al pasillo, seguido por su tío, que le pedía lastimeramente que le explicara lo que estaba ocurriendo.

Antes de que Ashton pudiera empezar a organizar sus pensamientos, Hennessey salió de una habitación cercana.

—Rivard ha volado del gallinero —dijo—. Parece que nos han engañado a fondo.

—Imposible —dijo Humphrey con un bufido—. Ese pequeño dandi no es lo bastante fuerte como para obligar a la señorita Arabelle a irse con él. Si alguna vez he conocido a un enclenque, ése es él.

—No necesita músculos —replicó Ashton—. Todo lo que necesita es la otra pistola de duelo plateada.

Hennessey y Humphrey guardaron silencio, y Ashton supo que sus pensamientos iban por el mismo camino que los suyos, especialmente cuando Hennessey dijo:

—Bueno, al menos podemos estar seguros de que no la matará. La única forma de que consiga hacerse con la fortuna de sir John es casándose con la señorita Arabelle.

—Y no puede obligarla a punta de pistola a casarse con él —señaló el tío Humphrey.

—¿No puede? —preguntó Ashton, incapaz de mantener la ira fuera de su voz—. Tal vez no en este país, pero estoy seguro de que en Escocia o en el Continente puede encontrar a alguien con quien casarse que mire hacia otro lado y finja no darse cuenta de que la novia no está dispuesta. Y estamos tan cerca del mar que puede tenerla a bordo de un barco a las dos horas de salir de aquí. Para empeorar las cosas, no tenemos ni idea de cuándo la secuestró. Puede que ya haya zarpado con la marea.

A sus amigos no se les ocurrió nada que decir en forma de aliento, así que sin más demora Ashton se dirigió a los establos y comenzó a organizar una búsqueda, rezando todo el tiempo para que no fuera ya demasiado tarde. Con todo su corazón y toda su alma, quería a Arabelle allí, a salvo junto a él, pero tenía la ominosa sensación de que haría falta algo más que desearlo para recuperarla.

¿Y suponer que no lo consiguiera? ¿Y suponer que la perdía para siempre?

Ya sentía una soledad como nunca antes había experimentado -como si una parte de sí mismo hubiera sido cruelmente arrancada- y el dolor era más de lo que podía soportar. Sólo empujando despiadadamente todos los pensamientos y recuerdos de ella al rincón más oscuro de su mente fue capaz incluso de ensillar su caballo y sacarlo al patio, donde se asombró al ver un carruaje negro y polvoriento detenerse.



—¿Qué es esto? ¿Por qué nos detenemos? —Dante miró por la ventana y, más rápido de lo que Arabelle hubiera esperado que se moviera un hombre tan grande, el desconocido sentado frente a ellos se acercó y arrancó la pistola de duelo de la mano de Dante.

—¿Qué? no puedes tener mi pistola. Devuélvemela —vociferó Dante, pero fue en vano.

Guardando la elegante pistola en su bolsillo lateral, el rufián apuntó ahora al pequeño dandi con su arma mucho más grande.

—Dante Rivard, le arresto en nombre de la corona.

Justo entonces la puerta se abrió de golpe y el conductor del carruaje metió la mano, agarró a Dante por las solapas y lo arrastró con fuerza fuera del carruaje. Asombrada por este giro de los acontecimientos, Arabelle salió corriendo tras ellos y cayó de bruces en los brazos de Ashton.

Haciendo caso omiso de la gente que les rodeaba, él la besó a conciencia. Como una descarada, ella le devolvió el beso.

—No lo entiendo —dijo ella cuando él por fin le permitió hablar.

—Yo tampoco —replicó él. Manteniendo sus brazos firmemente alrededor de ella. Se volvió hacia los hombres que habían ayudado a Dante a secuestrarla—. Usted me resulta familiar —le dijo al más corpulento—. ¿No es usted el corredor de la calle Bow que contraté para traer de vuelta a mi hermano?

—En efecto, lo soy, milord. Josiah Stevens, a su servicio —el hombre sonreía de oreja a oreja.

—Entonces... —Ashton se volvió hacia el otro rufián, más larguirucho, que enderezó la espalda, se quitó un bigote postizo de la cara, se quitó la gorra sucia y se reveló como...

—¡Adam! ¿Qué demonios? —Ashton se echó a reír.

Su hermano se limitó a sonreír.

—Debes aceptar parte de la responsabilidad aquí, Ashton. Después de todo, si no hubieras enviado al Sr. Stevens tras de mí, como si yo fuera un niño recalcitrante al que hay que arrastrar de vuelta a casa, entonces él y yo no habríamos tenido todo el largo viaje de Reading a Londres para tramar este curso de acción.

—Y gracias al persistente interrogatorio de esta joven —añadió Stevens—, tenemos todas las pruebas que necesitamos para condenar a este villano. En mi presencia, Rivard confesó libremente y sin coacción haber asesinado a dos hombres y haber organizado la muerte de otros tres. No hay forma de que escape de la horca.

Al recordar a su hermana, Arabelle sintió un pánico repentino.

—Nos dijo que drogó a Hester, quizá incluso la mató. ¿Está bien?

—Parece que Rivard sólo le dio el láudano suficiente para asegurarse de que no interfiriera en sus planes —la tranquilizó Ashton—. Y he dejado a Jane a cargo de ella.

Pero Arabelle no podía estar tranquila hasta que viera con sus propios ojos que su hermana estaba bien. Acompañada por Ashton, se apresuró a entrar en la casa y a subir las escaleras hasta la habitación de Hester, donde no sólo encontró a Jane, sino también a la tía Phillipa y a lady Dalila.

Hester estaba despierta, pero aún tenía un aspecto bastante pálido y mustio.

—Tenía usted razón, lord Crowley —dijo—. Usted me dijo que algún día me arrepentiría de cada comentario mezquino que hubiera hecho. Y así es, me arrepiento de todas y cada una de las cosas desagradables que he dicho —se le quebró la voz y las lágrimas corrieron por sus mejillas.

Arabelle se apresuró a abrazarla.

—Estoy tan avergonzada de mí misma —sollozó Hester—. No tenía ni idea de que Dante era... era...

—Shhh, no te preocupes —le dijo Arabelle—. Dante lo ha confesado todo libremente ante los testigos, y tú has sido completamente exonerada.

—Nunca completamente —insistió Hester—, porque fue mi queja sobre los términos del testamento de padre lo que le dio la idea en primer lugar.

—Rivard fue lo bastante listo como para engañarnos a todos y cada uno de nosotros —dijo Ashton con firmeza—, así que no hay razón para esperar que usted haya visto a través de su acto. Además, nadie puede hacerla responsable de su locura, así que no oigamos más de esas autorecriminaciones.

—Pero no debería haberle hablado de mi insatisfacción —dijo Hester débilmente.

—Bueno, en cuanto a eso —dijo Arabelle con una sonrisa—, le desafío a que encuentre a alguien en toda Inglaterra que no se haya quejado a alguien por algo.

Antes de que pudiera pronunciar más palabras tranquilizadoras, Thomas Hennessey entró en la habitación para informar de que el vicario había llegado.

—Dile que la boda se ha pospuesto hasta el día después del cumpleaños de Arabelle —dijo Ashton, y Arabelle casi pudo oír todas las mandíbulas cayendo por la habitación.

—¿Después de su cumpleaños? Pero eso significa... —Hennessey empezó a protestar, pero Ashton le cortó.

—Soy muy consciente del significado del aplazamiento de una semana, pero sigo deseando que la boda se celebre después del cumpleaños de Arabelle —tenía un aspecto tan feroz cuando lo dijo que nadie se atrevió a plantear una objeción.

Arabelle recordó que él había dicho que tenía suficiente dinero propio como para no necesitar el de su padre, y le agradeció que estuviera dispuesto a renunciar a lo que podría haber sido su herencia. Legalmente, el dinero podía ser fácilmente suyo; moralmente, sin embargo, también sentía que su hermana tenía más derecho a él, y no sentía más que respeto por Ashton por estar dispuesto a hacer lo que tan pocos hombres habrían hecho.

Lo que dejaba a Arabelle con sólo una tarea más, y era la que más temía de todas. Ahora que el asesino había sido capturado, sabía que estaba igualmente obligada por su honor a liberar a Ashton de cualquier obligación de casarse con ella. Y a pesar de las garantías de lady Margaret de que él realmente quería que fuera su esposa, Arabelle pensó que lo más probable era que él no dudara en aceptar su libertad cuando se la ofreciera.

Arabelle le miró con ojos tan preocupados, tan tristes, que Ashton supo antes incluso de que ella hablara lo que iba a decirle.

—Creo que deberíamos discutir nuestros planes en privado —dijo en voz baja.

Discutir. Una forma educada de decirlo. Obviamente, ella pretendía cancelar la boda en lugar de simplemente posponerla. Ofreciéndole el brazo, dijo:

—¿Damos una vuelta por el jardín, entonces?

Casi con timidez, ella le puso la mano en el brazo y le permitió que la alejara de las otras tres mujeres, que lo miraban con una curiosidad tan morbosa, que él estuvo tentado de coger a Arabelle en brazos y llevársela a su propia habitación para su pequeña discusión.

Pero él era un caballero, y ella una dama, y estaba obligado por las estrictas costumbres sociales, que insistían en que no era propio de un caballero estar a solas en su dormitorio con una joven, aunque estuviera prometida a él.

Prometida, sí, pero ¿por cuánto tiempo? ¿Hasta que ella pudiera dejarle en privado? Al diablo la piedad, decidió. Toda su vida estaba en juego.

Cogiendo a Arabelle en brazos, recorrió el pasillo en dirección a su habitación, ignorando los jadeos de consternación que le seguían.

Arabelle no chilló, ni ofreció ninguna protesta. Lo que sí hizo fue rodearle con sus brazos y apretar su cara contra su cuello de la forma más satisfactoria. Ella también temblaba de la forma más deliciosa y, al mirarla, él pudo ver que el pulso de su cuello latía a un ritmo aún más rápido que el suyo.

Al entrar en su dormitorio, empujó la puerta tras ellos con el pie. Sin dejar su dulce carga, dijo:

—Ahora, entonces, ¿qué era lo que deseabas discutir conmigo?

Ella siguió escondiendo la cara en su cuello.

—Creo que... Creo que sería más fácil hablar contigo si me dejaras en el suelo —el aliento de ella lo calentó y le produjo escalofríos en la espalda, todo al mismo tiempo.

Se rio y la abrazó más fuerte.

—Sabes, no me interesa en absoluto facilitarte que me digas que no vas a casarte conmigo.

—Te di mi palabra de honor de que te liberaría de cualquier obligación de casarte conmigo —protestó ella suavemente.

Él se habría preocupado más si hubiera oído alguna resolución en su voz, pero todo lo que pudo oír fue reticencia a decir lo que ella se sentía obligada a decir. No iba a ser nada difícil, se dio cuenta, persuadirla de que estaba siendo singularmente tonta.

Ignorando resueltamente la tentación que le ofrecía la cama, cruzó hacia la ventana y se sentó en un cómodo sillón, sosteniendo aún a su amor en el regazo. Ella no hizo ningún esfuerzo por escapar de sus brazos, lo que no hizo sino confirmar sus sospechas de que sólo intentaba ser noble.

—Si recuerdas, hiciste esa oferta después de que mi hermano pusiera el falso anuncio de nuestros esponsales en el *Morning Post*. Cuando mi madre canceló ese compromiso, en efecto también canceló tu promesa de liberarme de cualquier obligación de casarme contigo. Pero desde entonces, te he hecho una oferta en forma, y tú has prometido por tu propia voluntad casarte conmigo. Por lo tanto, no tengo ninguna obligación de liberarte de tu compromiso de casarte conmigo.

Ella inclinó la cabeza hacia atrás lo suficiente para poder mirarle a los ojos, y en sus ojos él pudo ver tal angustia, tal dolor, que empezó a dudar de que supiera algo en absoluto. ¿Podía realmente obligarla a casarse con él si realmente no lo deseaba? ¿Era tan bruto como para obligar a una mujer a un matrimonio desagradable?

—¿Realmente deseas casarte conmigo? —preguntó ella, y él se maldijo mentalmente por haber hecho tal chapuza que ella ni siquiera sabía lo profundamente que la amaba.

—No sé montar a caballo, y no sé nada de caballos —continuó ella— y mi labor de aguja sólo sirve para hacer dobladillos en las sábanas, y no canto ni toco el pianoforte, y... y lo único que se me da realmente bien es cultivar plantas...

La detuvo con un beso, un beso muy largo y profundamente satisfactorio.

—He sido tan tonta —dijo—. Por favor, perdóname. Debería haberte dicho hace mucho tiempo que te quiero, pero era demasiado tonta para reconocer lo que sentía. Sólo cuando pensé que te irías para siempre me di cuenta de lo profundamente que te quiero.

Empezaba a parecer un poco más alegre, pero aún se veía ansiedad en sus ojos. Deseando más que nada en el mundo asegurarle su eterna devoción, dijo temerariamente:

—Si tuviera que elegir entre tú y mis caballos, los regalaría todos sin dudarlo un instante.

—¡Oh, nunca te pediría que hicieras una cosa así! No debes pensar ni por un momento que yo contemplaría semejante idea.

Lo cual era una sola de las muchas razones por las que la quería tanto, y estaba a punto de decírselo cuando llamaron a la puerta y Adam asomó la cabeza en la habitación.

—Odio interrumpir —dijo con una sonrisa que no revelaba ni el más mínimo rastro de reticencia—, pero he sido designado para ser quien le informe de que, por muy prometida que esté, deben observarse las formalidades. En resumen, debéis dejar vuestros arrumacos hasta dentro de una semana. La cocinera ha preparado un espléndido banquete en el salón de mañana, y el resto de nuestros invitados ya están reunidos allí. Pero si puedes posponer la ruptura del ayuno unos minutos más, Ashton, hay una o dos cosas que deseo discutir contigo.

Tras un último y rápido beso, Arabelle fue obedientemente a reunirse con los demás, y en cuanto se hubo ido, Adam empezó a exponer su caso.

—Sé que has dejado claro que desapruebas que gaste dinero que no tengo, pero me temo que debo pedirte de nuevo que me adelantes parte de mi asignación del próximo trimestre. Stevens y yo hicimos todo lo posible por persuadirle, pero Rivard se negó rotundamente a pagarnos un céntimo por adelantado. Tal y como están ahora las cosas, me temo que no es probable que nos reembolse el alquiler del carruaje, ni da muestras de querer desembolsar la tarifa habitual que Stevens cobra por día.

Ashton dio una palmada en el hombro a su hermano.

—Sabes muy bien que pagaré todos los gastos y me consideraré afortunado de que hayas mostrado una iniciativa tan inteligente.

Adam sonrió.

—En realidad, contaba con que te ofrecieras a hacerlo. Y ahora llegamos a mi segunda proposición, que desgraciadamente no estoy tan seguro de que apruebes.

Hizo una pausa, pero Ashton se limitó a esperar sin decir nada, aunque estaba noventa y nueve por ciento seguro de que sabía exactamente lo que iba a pedir su hermano pequeño.

—Sigo deseando ser soldado —dijo Adam sin rodeos—. No haré ninguna amenaza vana sobre aceptar el chelín del rey, pero quiero que sepas que si sigues negándote a comprarme una comisión, viviré aquí en Crowley Hall como un monje y ahorraré hasta el último centavo de mi asignación hasta que tenga la suma requerida.

—Eso no será necesario —dijo Ashton—. El día de tu cumpleaños te compraré tu comisión. Pero —añadió mientras su hermano empezaba a sonreír—, no intercederé ante nuestra madre.

—¿Estás diciendo que debo obtener su permiso antes de que me des el dinero? —preguntó Adam dubitativo.

—En absoluto —dijo Ashton, y esta vez era él quien sonreía ampliamente—. Lo único que digo es que debes ser tú quien le diga cuáles son tus intenciones.

—Bueno, al menos si consigo enfrentarme a sus lágrimas, reproches y recriminaciones, ni el mismísimo Napoleón podrá asustarme.



—Ahora os declaro marido y mujer —entonó el reverendo Goodman Thirsk, e inmediatamente se oyó un suspiro de alivio tan grande entre la multitud de amigos y sirvientes reunidos en la capilla, que Ashton se dio cuenta de que todos, todos y cada uno de ellos, habían temido en secreto que una maldición fatal aún pudiera fulminarle en el último momento.

Como siempre había insistido, él mismo no era un hombre supersticioso, pero al contemplar el rostro radiante de su novia, tuvo que admitir que no había hecho nada para merecer una esposa tan maravillosa, una compañera tan deliciosa, una alegría y un tesoro tan grandes.

Era pura buena fortuna lo que les había unido, y él se reconocía el más afortunado de los hombres.

Epílogo

A punto de salir de su habitación, Thomas Hennessey se detuvo en el umbral y observó con una ceja levantada cómo Humphrey Swinton golpeaba suavemente la puerta de la habitación de la señorita Phillipa Pembroke.

No era asunto suyo lo que la pareja mayor se traía entre manos, y él no debía -realmente no debía- entrometerse. Pero sabía que iba a hacerlo. Cerrando la puerta hasta que sólo quedó abierta la más mínima rendija, minimizó deliberadamente sus posibilidades de ser visto.

Ahora que el asesino había sido llevado de vuelta a Londres para ser juzgado, Devon se había convertido en un lugar bastante aburrido para estar, y Thomas estaba decidido a tomar su diversión donde pudiera encontrarla.

—¡Usted! —ladró con repugnancia la señorita Phillipa al abrir su puerta— ¡Cómo se atreve siquiera a acercarse a mí!

—Quiero hablar con usted en privado —dijo Swinton con más resolución de la que Thomas le había atribuido—. Ahora que su sobrina se ha casado con mi sobrino, es hora de que enterremos el hacha de guerra; o al menos, si usted no está dispuesto a perdonar y olvidar, cosa que yo estoy totalmente dispuesto a hacer por el bien de ellos, entonces deberíamos poder fingir que hemos alcanzado cierto grado de tolerancia mutua.

—¿Me está pidiendo que finja que me cae bien? ¿Usted, la persona que más detesto en todo el mundo?

—Lo único que le pido es que sea un poco más cortés cuando estemos en público —respondió Swinton con firmeza. Entonces, para alegría de Thomas, se oyeron voces que se acercaban por el pasillo y, con una mirada de consternación, el hombre mayor se abrió paso hasta el dormitorio de la señorita Phillipa Pembroke, cerrando la puerta tras de sí.

Las posibilidades inherentes a esta situación eran tan deliciosas que Thomas sólo esperó a que las dos criadas parlanchinas hubieran pasado antes de deslizarse por el pasillo y pegar la oreja al panel de la puerta. Dijeran lo que dijeran Swinton y la señorita Pembroke, hablaban demasiado bajo para que él pudiera oírlas, pero no importaba. Estaban a punto de ser 'descubiertos en una situación comprometida', y la escena subsiguiente iba a ser divertida, si no esclarecedora.

Abriendo audazmente la puerta, Thomas sobresaltó tanto a la pareja mayor que ni siquiera se les ocurrió preguntar qué asuntos tenía irrumpiendo en la habitación de una dama sin anunciarse.

—Swinton —gritó, fingiendo un asombro total—, ¿qué demonios está haciendo ... pero le ruego me disculpe, señora, usted y ... es decir, ¿es usted?... ¿es él?... oh, mi... oh, querido... ¡oh,

esto es espantoso!

Poniendo rápidamente distancia entre él y la señorita Pembroke, Swinton tiró de su chaleco, con un aspecto tan miserable como si se enfrentara a un pelotón de fusilamiento.

—A ver, Hennessey, no es lo que usted piensa. Mis intenciones son estrictamente honorables —volviéndose hacia su némesis de toda la vida, tragó saliva y luego soltó: —Señorita Pembroke, ¿hará el honor de casarse conmigo?

Ella le miró con un odio sin diluir.

—Casi me había convencido de que se había reformado, pero ahora vuelve a las andadas. Su persistencia en forzar su demanda no le honra, he de hacerle saber. No vuelva a dirigirme la palabra —con una última mirada para Thomas, salió de la habitación.

—¿'Una vez más'? ¿Acaso se ha ofrecido antes por ella? —preguntó Thomas con interés no fingido.

—Por supuesto —respondió Swinton con el ceño fruncido—, y por eso esa desgraciada mujer -esa despreciable solterona- me ha odiado todos estos años. Hace treinta años puse mi corazón a sus pies, y ella... ni siquiera me hizo la cortesía de negarse cortésmente. Esa despreciable mujer. Por la forma en que actuó aquel fatídico día, se habría pensado que le estaba ofreciendo un resbalón en el hombro, y desde entonces ha actuado como si fuera yo quien hubiera hecho algo malo.

—Obviamente está tocada en los trabajos superiores —comentó Thomas alegremente—. De lo contrario, habría aprovechado la oportunidad para atrapar a un buen tipo como usted. ¿Y entonces dónde estaría usted?

Enderezándose, Swinton empezó a sonreír.

—Casado es donde estaría, y sin duda viviendo bajo la pata del gato —se dirigió hacia la puerta y luego se volvió para esperar a que Thomas le alcanzara—. Sabe, Hennessey, por mucho que esa mujer odie a todos los hombres, es a mí a quien más odia de todos. ¿Qué le dice eso?

Por lo que seguramente fue la primera vez en su vida, a Thomas no se le ocurrió ninguna respuesta inteligente.

—Pues le dice que soy más varonil que los demás hombres —explicó Swinton con orgullo.

—Así es —convino Thomas—. Yo mismo no podría haberlo expresado mejor.

Notas

^[1] White's es el club de caballeros más antiguo de Londres, fundado en 1693, y es considerado por muchos como el club privado más exclusivo de Londres.

^[2] Bearbaiting es un espectáculo consistente en hacer pelear contra un oso encadenado en el centro de un foso a perros de caza especialmente entrenados, que van siendo sustituidos conforme caen heridos o muertos. Era una diversión popular en Inglaterra hasta el siglo XIX

^[3] Boney era usado como el diminutivo de Napoleón Bonaparte.

^[4] Sotto voce; pronunciación en italiano: literalmente "bajo la voz" significa bajar intencionadamente la voz para enfatizar. En español se suele utilizar también la expresión hablar entre dientes.

^[5] Gentry mort. Jerga que se utilizaba en los bajos fondos para denominar a un noble.

^[6] Taradiddle, significa una mentira.

^[7] Las **Furias** (o Erinias, Erinia en singular) eran criaturas de la mitología griega que aplicaban el castigo divino a los culpables de malas acciones.

^[8] Un scapegallows es un criminal que ha escapado por poco de ser ahorcado.

^[9] El groat es el nombre tradicional de una moneda de plata inglesa e irlandesa desaparecida que valía cuatro peniques

^[10] El Orgeat es un sirope dulce de almendras, azúcar y agua de rosas o agua de azahar.

^[11] Et tu, Brute? es una frase latina supuestamente pronunciada por Julio César en el momento de ser asesinado. Se utiliza para expresar una traición inesperada.

^[12] Deus ex machina es una locución latina que significa «el dios [que baja] de la máquina», traducción de la expresión griega «ἀπὸ μηχανῆς θεός», o mejor entendido como "por obra de Dios"

^[13] El 'tipple es una bebida alcohólica